

México en las miradas de Estados Unidos

José N. Iturriaga




ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA


CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

México
en las miradas de Estados Unidos

José N. Iturriaga


ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA


ce
CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

México
en las miradas de Estados Unidos

José N. Iturriaga

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Marko Antonio Cortés Mendoza
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. César Camacho
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Francisco Martínez Neri
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Jesús Sesma Suárez
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Norma Rocío Nahle García
Coordinadora del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. José Clemente Castañeda Hoeflich
Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. Luis Alfredo Valles Mendoza
Coordinador del Grupo Parlamentario de Nueva Alianza

Dip. Alejandro González Murillo
Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

MESA DIRECTIVA

Dip. Jorge Carlos Ramírez Marín
Presidente

Dip. Martha Hilda González Calderón
Dip. Edmundo Javier Bolaños Aguilar
Dip. Arturo Santana Alfaro
Dip. María Ávila Serna
Vicepresidentes

Dip. Marco Antonio Aguilar Yunes
Dip. Alejandra Noemí Reynoso Sánchez
Dip. Isaura Ivanova Pool Pech
Dip. Andrés Fernández del Valle Laisequilla
Dip. Ernestina Godoy Ramos
Dip. Verónica Delgadillo García
Dip. María Eugenia Ocampo Bedolla
Dip. Ana Guadalupe Perea Santos
Secretarios









PRESENTACIÓN

Por su gran extensión territorial, México reúne un sinfín de costumbres, tradiciones, expresiones culturales y artísticas, además de diversidad de climas y suelos que enriquecen aún más el valor que le da su gente a esta privilegiada nación. Tal peculiaridad no deja de maravillarnos a propios y principalmente a ajenos, cuya atención se ha visto cautivada.

Una de las fortalezas de nuestro país es precisamente esa gran variedad de formas de vida, enmarcadas o determinadas por espectaculares paisajes, ambientes agrestes e incluso por entornos impensables para ser habitados, que muchos extranjeros han plasmado con singular visión. *México en las miradas de Estados Unidos* da cuenta de la simpatía, sorpresa, aversión o cariño con que los estadounidenses lo han captado y vivido.

Como estudioso de temas de viajeros y de la cultura mexicana, el doctor José N. Iturriaga, autor del presente volumen, logra una compilación magistral que da cuenta de la distancia y la cercanía con que nos han percibido nuestros vecinos estadounidenses, con quienes siempre hemos mantenido una estrecha relación, pese a las naturales diferencias que marcan nuestras respectivas cosmovisiones. El lector tiene en sus manos una brillante síntesis resultado de la minuciosa tarea emprendida por Iturriaga, la cual consistió en seleccionar los episodios más emblemáticos de libros, diarios y memorias escritos por personajes de variado perfil, entre los que se encuentran diplomáticos, escritores, periodistas, expedicionistas, aventureros, cineastas, literatos, antropólogos y empresarios, por citar algunas de sus ocupaciones o profesiones, publicados en el lapso de las centurias del XIX hasta nuestros días.

Llama la atención la forma en que estos hombres y mujeres capturaron la esencia de México y compartieron abiertamente su mirada, la cual responde



a su época y al contexto que vivieron: desde un territorio en busca de su independencia, en determinado momento convulsionado en su afán de mantener un régimen republicano, a veces apaciguado, o en plena Revolución, hasta llegar a la época moderna y las vertiginosas transformaciones que estas etapas han traído. El autor se encarga de mostrarnos el asombro de los estadounidenses ante los actores de cada proceso histórico, ya sean políticos, luchadores sociales, indígenas, ciudadanos e incluso pone el foco en la percepción que esos extranjeros plasmaron respecto de detalles plenamente cotidianos.

México en las miradas de Estados Unidos representa una ventana a través de la cual nos podemos observar y re-conocernos, vernos desde fuera, tomando distancia de nuestra propia forma de ser mexicanos, como afirma el autor: "Por eso hay una diferencia fundamental entre los textos de los viajeros mexicanos acerca de su propio país y aquellos escritos por extranjeros, ya que éstos destacan nuestro perfil prototípico y nos hacen reflexionar sobre lo que nos distingue de los demás pueblos. Ven lo que nosotros ya no vemos".

Por lo mucho que aporta este ejercicio de reflexión y considerando la contribución de tan caleidoscópica perspectiva, nos complace presentar este libro, así como ponerlo al alcance del público interesado, pues en nuestro hacer diario nos sumamos a la construcción cultural, social e ideológica de México, proceso durante el cual convienen mirarnos en el nítido espejo que ahora José N. Iturriaga nos ofrece.

Dip. Emma Margarita Alemán Olvera
Presidenta del Consejo Editorial
H. Cámara de Diputados

México en las miradas de Estados Unidos es una obra que forma parte de la Colección *Estudios Políticos*, como un esfuerzo colectivo que encabeza el Consejo Editorial en coordinación con la Secretaría General; Secretaría de Servicios Parlamentarios; Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis; Centro de Estudios de las Finanzas Públicas; Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública; Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias; Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género y Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria de la Cámara de Diputados.

Primera edición. 2017
ISBN:

Av. Congreso de la Unión Núm. 66
Edificio E, Planta Baja
Col. El Parque
Ciudad de México
Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

ÍNDICE

SIGLO XX

SIGLO XXI



INTRODUCCIÓN

Cuando un mexicano viaja al extranjero, de alguna manera comienza a descubrir a su propio país. Por contraste, surgen en su mente las cualidades de México, desde el carácter amable de nuestro pueblo hasta las extraordinarias bellezas naturales y atractivos culturales. Desde luego, también destacan a lo lejos los defectos. Y no es que no conozcamos nuestras características desde antes de estar en otros países, sino que se evidencian al hacerlo.

En un fenómeno parecido –por surgir también de la comparación–, cuando nos visitan extranjeros generalmente se asombran ante aspectos que para nosotros son cotidianos. Valgan como ejemplo los panes de muerto con huesos simulados, las calaveras de azúcar con nuestro propio nombre en la frente y los pequeños ataúdes y esqueletos como juguetes para los niños; ante todo ello, los forasteros, sobre todo los no latinos, se pasman y desconciertan.

Por eso hay una diferencia fundamental entre los textos de los viajeros mexicanos acerca de su propio país y aquellos escritos por extranjeros, ya que éstos destacan nuestro perfil prototípico y nos hacen reflexionar sobre lo que nos distingue de los demás pueblos. Ven lo que nosotros ya no vemos.

Esta investigación es un trabajo histórico que busca lo noticioso en los relatos que sobre México y los mexicanos escribieron sus visitantes estadounidenses, a lo largo de tres siglos.

El propósito de esta obra es ilustrar al lector a través de los testimonios que hallamos espulgando los textos de esas personas oriundas de Estados Unidos. Ellos han visto a nuestro país a través de toda la gama de colores que hay en la lente. Sus puntos de vista reflejan desde el más diáfano blanco hasta el negro más impenetrable. Digámoslo con la agudeza de Andrés Henestrosa:



"Todos los viajeros, así el que niega como el que afirma, el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con sus sombras a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia".[1]

Sobre el mismo tema, José Rogelio Álvarez también justiprecia los diversos enfoques que ha habido sobre nosotros:

> El viajero extranjero registra especialmente lo que no hay en su país, lo extraño, si de veras conoce lo propio y es objetivo; lo que juzga superior o inferior a lo que ha visto, si se remite a una tabla de valores; lo que supone de antemano que va a encontrar y su admiración o decepción una vez que le consta; pero, a menudo, solamente encuentra lo que quiere ver, porque anticipa a la opinión un prejuicio [...] Queda México instalado en una casa de espejos planos, cóncavos y convexos, parcialmente iluminado por los destellos variables de una lámpara centelleante, útil, sin embargo, para advertir que la luz natural es otra.[2]

Seleccionamos 131 estadounidenses que dejaron sobre el papel sus observaciones acerca de México; ellos tuvieron los más diferentes motivos para visitarnos. Valga enumerar los oficios, ocupaciones o quehaceres de algunos: comerciantes e ingenieros, aventureros y marinos, exploradores e historiadores, fotógrafos y arqueólogos, diplomáticos y periodistas, novelistas y mineros, geógrafos y artistas, poetas y cineastas, sacerdotes y hacendados, científicos, varios militares, un cómico y un presidente.

Tales visitantes escribieron en los más diversos formatos (como hoy se diría): cartas, memorias, informes, historias, diarios, crónicas, reportajes, estudios, ensayos y libros propiamente dichos. Además, entre los trabajos de los escritores –ocasionales o profesionales– incluidos en este libro, encontramos 25 novelas, dos cuentos, dos poemas y una obra de teatro.

---

1 Henestrosa, Andrés, Presentación, en Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, tomo I, México: FCE, 1988, p. 9.

2 Álvarez, José Rogelio, Presentación, en Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, tomo II, México: FCE, 1989, p. 9.



Los 122 autores que aquí aparecen no son todos muy conocidos. Incorporamos figuras connotadas como Joel R. Poinsett (primero espía y después diplomático), John L. Stephens (arqueólogo), James K. Polk (presidente de Estados Unidos), Henry W. Longfellow (poeta), John K. Turner (periodista), John Reed (periodista), Jack London (novelista y periodista), Alma Reed (periodista, aquí conocida como "Peregrina"), William Spratling (platero en Taxco), Ray Bradbury (escritor), Groucho Marx (cómico de cine), Tennessee Williams (dramaturgo), Elia Kazan (cineasta), John Womack (historiador), Jeffrey Davidow (embajador) y el Premio Nobel John Steinbeck. Muchos otros son menos célebres.

De los 131 textos que presentamos aquí, 28 corresponden a mujeres. A los investigadores se ofrece una bibliografía con los detalles de cada uno de los libros de los autores reseñados en este tomo. Adicionalmente, nos permitimos remitirlos a los tomos I y IV de nuestro *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*[3], donde se publicó otra bibliografía con 1 921 fichas de obras de viajeros en México que constituye un reto para subsecuentes volúmenes de este trabajo y que puede ser también material de consulta interesante para otro tipo de indagaciones. También nuestros *Atisbos forasteros a la historia de México*[4] y los dos tomos del *Anecdotario de forasteros en México*[5] tienen mayor información al respecto.

~~~~~~~~~~~~~~~~~~

Permítasenos insistir en una última reflexión. Así como un país sólo existe como tal en tanto hay otras naciones fronterizas que lo delimitan; asimismo, lo que precisa el perfil de un pueblo es la existencia de otros pueblos que son diferentes.

[3] México: Fondo de Cultura Económica, 1991 y 1992.
[4] Xalapa: Instituto Veracruzano de la Cultura, 2003.
[5] México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001 y 2009.
~~~~~~~~~~~~~~~~~~



El autoconocimiento de los mexicanos es susceptible de ahondarse no únicamente por la introspección en los elementos que construyen nuestra identidad, sino que puede llegarse a una autognosis más acabada si nos proponemos saber cómo nos ven los otros; cómo nos ven los viajeros pertenecientes a otras comunidades culturales.

Dicho sin ninguna ficción retórica: uno no puede saber cuál es su semblante espiritual si no fuera por el reflejo que los otros nos entregan de cuanto somos. Los demás son el espejo mediante el cual vemos mejor nuestra fisonomía. Nada hay más abstracto que el hombre concebido en soledad.

Cada viajero oriundo de una cultura distinta ve con ojos de azoro muchos de los rasgos de la nuestra, que para nosotros son naturales. Tanto las cualidades positivas como las negativas, esas que nos pasan inadvertidas, el extranjero las nota desde luego y, al relatarlas en sus escritos, aporta una considerable riqueza cognoscitiva a nuestra esencialidad como mexicanos. Por eso, los "otros" son a menudo un más diáfano espejo en el que podemos mirarnos con mayor precisión que como solemos hacerlo cuando intentamos alguna auscultación dentro de nuestra más recóndita intimidad.

José N. Iturriaga



Siglo XIX



William Shaler

DIARIO DE UN VIAJE ENTRE CHINA Y LA COSTA NOROESTE DE AMÉRICA

Originario de Connecticut, el comerciante William Shaler (1773-1833) se hizo marino y realizó grandes travesías. Con el *Diario* que ahora nos ocupa, de su segundo viaje a China en 1804, fue promotor del comercio estadounidense con el noroeste novohispano. Después su Gobierno lo haría agente confidencial en Cuba y luego en Texas, para favorecer las respectivas independencias. Comencemos con estas anotaciones del viajero en Sonora y Sinaloa, donde bien se aprecian sus negocios de contrabandista:

> Poco tiempo después de nuestra llegada, se apostó en Guaymas un destacamento considerable de tropas para prevenir toda comunicación [con nosotros] lo cual, con el deplorable estado del barco, me decidió a irme al lado californiano del golfo, en busca de un puerto donde pudiera mejor reparar el barco. Para el 19 de agosto el barco estaba aparejado y listo, por lo que salimos a la mar por la tarde [...] Nos dirigimos a otra bahía sobre el continente, llamada Mazatlán, donde encontramos las mismas dificultades e impedimentos para nuestro negocio que en Guaymas [...].[6]

Otros aspectos de interés leemos en el *Diario*, como esta referencia a los indígenas de Baja California:

> Actualmente los restos miserables de esta gente están casi universalmente infectados de enfermedades venéreas y un gran número perece diariamente, de la manera más deplorable, con tan repugnante enfermedad. Como no se

[6] Shaler, William, *Diario de un viaje entre China y la costa noroeste de América*, México: UIA, 1991, pp. 40 y 42.



hacen esfuerzos para acabarla, hay razón para suponer que en pocos años los exterminará completamente [...].

Al llegar por vez primera los españoles a California, esta tierra estaba muy poblada. Ello no escapó al ojo penetrante de los jesuitas, por entonces en el cenit de su poder e influencia dentro del mundo católico. Es probable que su ambición la señalara como un sitio favorable para fortificarse en ella y promover [desde allí] sus vastas miras. Sea como fuere, esa orden obtuvo una patente de la corte de España para ocupar el país y civilizar a sus numerosos habitantes [...].

La conquista de esta tierra costaría poco; sucumbiría sin esfuerzo ante una fuerza de poca consideración y dado que los mayores esfuerzos que el gobierno español podría hacer para recobrarla procederían de las costas de Nueva España frente a la península, una posición militar establecida en la Bahía de los Ángeles [B. C.] y en la de San Diego, fortificadas y defendidas por un cuerpo competente de tropas, impedirían tal intento.[7]

Ellis Peter Bean

MEMORIAS

La novelesca vida de Ellis Peter Bean se inició en 1783 en Tennessee. Nieto de un colono e hijo de un comerciante, recibió educación bastante elemental (lo cual observa el traductor de sus *Memorias*, mal escritas, pero de gran interés). Trabajó con un tío armero y aprendió a fabricar pólvora y armas, habilidades que mucho le servirían años después cuando se unió a Morelos, quien lo haría coronel del Ejército Insurgente. A los 17 años de edad Bean decidió correr mundo, pero no llegó muy lejos: integrado a una banda de aventureros, contrabandistas y cazadores de caballos salvajes, en marzo de 1801 tuvieron un enfrentamiento con el Ejército español en Texas, resultando detenidos; ahí se inició una década de variadas prisiones

[7] *Ibid.*, pp. 58, 72 y 75.



para Ellis, pues sus intentos de fuga provocaron sucesivos traslados a diferentes cárceles: tres meses en San Antonio, año y medio en San Luis Potosí, un cuatrienio en Chihuahua en una especie de cautiverio semilibre y otros cuatro años en un calabozo del fuerte de San Diego, en Acapulco. Emprendedor e imaginativo, siempre tuvo algunos recursos económicos gracias a las actividades que organizaba –aun recluido– como zapatero y fabricante de sombreros. En 1810 fue liberado por los realistas para incorporarlo a su Ejército, pero poco después desertó y se unió a Morelos; cobró importancia en las fuerzas insurgentes y participó en acciones relevantes como la toma del fuerte de San Diego y otras en Guerrero, Puebla y Oaxaca. En 1814, el "Caudillo del Sur" pidió a Bean trasladarse a Estados Unidos para adquirir armas y hacer campaña militar en Texas, mas no tuvo éxito. En 1816 regresó a México y casó con Magdalena Falfán de los Godos, pariente de Morelos, oriunda de Banderilla, en Veracruz; el mismo año volvió a Texas y asimismo casó con una estadounidense, instalándose como pioneros en una desolada región de esa provincia novohispana. Tuvo hijos con ambas esposas, alternando sus estancias aquí y allá. En 1827 fue designado por el Gobierno mexicano "agente para los indios" en Texas y en 1832 comandante de Nacogdoches, en el mismo estado. En 1844 simuló una trágica desaparición e incluso la esposa texana celebró su funeral, pero Bean estaba en Banderilla y moriría hasta 1846, al lado de su esposa mexicana.

Las *Memorias* de este personaje fueron encontradas por casualidad como anexo a una desconocida historia de Texas publicada en 1855 y en 1959, se tradujeron al español; cubren el periodo de 1800 a 1816 y acaban bruscamente. Veamos algunos pasajes aislados y otros relativos a su alimentación, todos de interés, en lo que entonces era el extremo norte de la Nueva España:

> Nos vimos obligados a comer caballo salvaje, animal que abundaba en la región. Durante unos nueve días nos vimos obligados a contentarnos con ese alimento, y después llegamos al río llamado Brazos. Había allí abundancia de venados y alces, algunos bisontes y millares de caballos salvajes [...].



> Llegados a una localidad llamada Saltillo, [los reos] fuimos entregados a otro oficial encargado de conducirnos a Chihuahua. Se mostró éste mucho más humano que sus predecesores. Hizo que se nos quitaran los grilletes y, durante todo el viaje, o sea cuatrocientas millas, nos dejó montar a caballo, los pies libres de trabas. Durante el camino, pudimos visitar los lugares más interesantes de las ciudades que atravesábamos, pasearnos y conversar con los habitantes. Pudimos observar que tenían todos sangre india, pero que eran de carácter dulce y compasivo, y nos mostraron viva simpatía, ofreciéndonos frutos, ropas y dineros [...] Yo no podía olvidar mi patria, ni resignarme a vivir bajo un régimen de tiranía, habiendo ya conocido en mi país los beneficios de la libertad.[8]

Bean maneja cierta ironía, en este caso referida a una persona que lo había traicionado en Chihuahua:

> En esa misma ciudad vivía mi buen amigo Watters, el que había abierto mi carta. Se me ofrecía una ocasión para hacerle pasar discretamente de esta vida a la otra. A pesar de que había sido un ser despreciable, no me pareció justo matarle sin darle posibilidad de defenderse. Le provoqué, pues, a duelo, pero se negó a batirse y hasta a verme. Sabedor de que frecuentaba cierta casa, fui allá, provisto de un buen garrote. Le dije que iba a pedirle satisfacción y se apresuró a ofrecerme excusas; pero yo no le dejé continuar.[9]

Todavía en la misma ciudad, podemos observar cómo se aplicaba la justicia novohispana:

> Un coronel nos leyó la sentencia del tribunal de España: por haber tirado sobre los soldados del rey, sería ahorcado un hombre entre cinco, pero como algunos habían ya muerto, y no éramos más que nueve, sólo había de morir

---

8 Bean, Ellis Peter, *Memorias (1800-1816)*, en Delalande, Jean, *Aventuras en México y Texas del coronel E. P. Bean*, México: Patria, 1959, pp. 24, 28, 29 y 31.

9 *Ibid.*, p. 36.



uno: el que a los dados sacase el número más bajo. El primero en intentar la suerte sería el más viejo, y como yo era el más joven, lo haría al último. Metiéronse los dados en un gran vaso y trajeron un tambor, junto al cual fue conducido nuestro primer camarada con los ojos vendados. Arrojó los dados sobre el tambor y cada uno de nosotros fuimos, a nuestra vez, lanzando esos prodigiosos cubos que iban a decidir de la vida y de la muerte. Todos lograron números altos, a excepción de uno, que sacó el número cuatro. Como yo era el último, su única esperanza consistía en que yo sacase número inferior al suyo. Me era indiferente lo que pudiera sucederme y, así, me abandoné al destino. Cogí el vaso en la mano y "gané" mi vida: había sacado el número cinco. El pobre muchacho así designado por la suerte se fue, rodeado de los miembros del clero. Se le ejecutó al día siguiente y, ante ese espectáculo, más de uno sintió oprimírsele el corazón.[10]

Después fueron trasladados a Acapulco:

La distancia de Chihuahua a México es de novecientas millas. El oficial que mandaba el destacamento tuvo la bondad de darnos caballos dóciles. En todas las ciudades a nuestro paso, los habitantes se apiñaban alrededor nuestro, porque jamás se había visto un americano tan al interior del país. Como ya he dicho, todos eran mestizos de indio, y nos testimoniaron verdadera compasión. Tenían sentimientos humanitarios. Unos nos dieron dinero, otros víveres. Los españoles eran duros y crueles, y parecía que no pensaban más que en hacernos lo más desgraciados posible.[11]

En Acapulco estuvo preso cuatro años, con dos fugas finalmente frustradas:

Tenía dos pares de bolas en los pies. El oficial me condujo a un ala del castillo, y después, abriendo una pequeña puerta, me mandó que entrara. Obedecí, y cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo, me hallé entre dos muros de

[10] *Ibid.*, pp. 40 y 41.

[11] *Ibid.*, pp. 43 y 44.



> piedra, como de siete pies de largo y distantes entre sí unos tres pies. Al extremo de mi celda, una estrecha abertura, abierta en los doce pies de espesor del muro y guarnecida con barras de hierro, dejaba pasar un poco de luz. La puerta tenía una pequeña reja cuadrada, de tres pulgadas de lado.[12]

Su único entretenimiento fue domesticar a una lagartija que comía moscas de la propia mano de Bean.

> El eclesiástico me entregó mi plato, lo tomé y pregunté por qué se me reservaba siempre la cabeza y el cuello del pollo. Me respondió secamente que debía comerlas o irme al diablo si quería más. Ante tal respuesta enloquecí de rabia; me levanté, le tiré el plato a la cara y le di en la cabeza [...] Llegó un sargento para castigarme por haber atacado al fraile y me puso la cabeza en los cepos. Así permanecí quince días.[13]

Durante las pocas horas que disfrutó su primera fuga contemplaba Acapulco desde las alturas:

> Trepé por el flanco de una montaña, desde donde podía ver, a un mismo tiempo, la ciudad y el castillo, y me senté después bajo un bosquecillo de árboles. Allí, encantado con el canto de los pájaros, y satisfecho de verme libre, me sentía más feliz que un rey. Mi palacio estaba hecho de sombra y de flores perfumadas [...].
>
> Se me quitaron los grillos y se me puso en cada tobillo una cadena de diez pies de largo. Me arrollé las cadenas alrededor del cuerpo y partí seguido de dos soldados [...]. El oficial de servicio hizo que se me pusiera alrededor del cuello una rueda tan grande, que mi mano no podía llegar a alcanzar su borde. Tal castigo fue para mí una novedad. Estaba imposibilitado de hacer movimiento alguno. Así se me dejó durante varias

[12] *Ibid.*, pp. 51 y 52.

[13] *Ibid.*, p. 55.



> horas. Después me quitaron la rueda, me pusieron dos pares de bolas a los pies, y fui llevado nuevamente a mi celda.[14]

Ya en las filas de Morelos, prestó servicios valiosos:

> Le quedaba además una libra de salitre y dos libras de azufre, pero no había nadie que supiera fabricar pólvora. Le dije que yo me encargaba de ello, y pedí a algunas mujeres que machacaran la mezcla en las mismas piedras en que trituran el maíz [metates], y aquella misma tarde la pólvora comenzaba a secarse.[15]

Los soldados realistas en Guerrero cazaban "grullas, cuyas plumas blancas servían de distintivo a los hombres [...] que carecían de uniforme".[16]

Los insurgentes:

> iban armados con viejos fusiles; el resto, con arcos, lanzas y flechas. Algunos no tenían más que palos [...] En nuestras filas había numerosos indios que estrangulaban a todos cuantos podían atrapar. En el momento en que les suplicaba que cesasen esa matanza y que hicieran prisioneros, vi a veinte metros de mí, dos de mis enemigos personales. Avancé hacia ellos y les dije que se rindieran. Uno de ellos se abalanzó sobre mí y me causó con su lanza una profunda herida en el muslo derecho. En cosa de un segundo, los indios degollaron a los dos.[17]

En Nautla, Veracruz, Bean abordó una goleta española "y le llevé al puerto. Ese fue el primer navío que poseyera la nación mexicana. Llevaba harina y carne desecada, que fueron bienvenidas".[18]

[14] *Ibid.*, pp. 57, 61 y 71.
[15] *Ibid.*, p. 75.
[16] *Ibid.*, p. 77.
[17] *Ibid.*, pp. 77, 78, 82 y 83.
[18] *Ibid.*, p. 102.



En julio de 1828, un jefe comanche hablaba de las actividades de Bean como agente para los indios:

> Hace ya veinte lunas que hemos fumado el calumet de la paz con nuestros hermanos mexicanos, y no deseamos otra cosa que formar con ellos un solo pueblo y tener sus mismos pensamientos [...] Doce lunas han transcurrido desde que el coronel Bean ha visitado a los tehuacanos y los huecos para concluir la paz; en nombre de los mexicanos fumó el calumet con ellos [...] Y en nuestro nombre les ofreció tabaco y fumó también la pipa de la amistad.[19]

William Davis Robinson
MEMORIAS DE LA REVOLUCIÓN DE MÉJICO

William Davis Robinson nació en 1774, en Filadelfia o en Washington. En 1798 realizó un primer viaje a Sudamérica y al año siguiente se instaló en Venezuela para atender sus asuntos comerciales. En plena prosperidad logró un contrato para exportar 40 000 quintales de tabaco venezolano a Estados Unidos, pero fue engañado y se le surtió un producto de pésima calidad, con la colusión de las autoridades coloniales, deshaciéndose así el negocio. Desde 1804 inició reclamaciones para recuperar su fortuna perdida, pero sólo obtuvo que lo deportaran en 1806. En 1815 Robinson escribió un folleto que tituló *A cursory view of Spanish America* en el que no oculta, por supuesto, su animadversión contra España y su simpatía frente a las guerras de independencia que ya se iniciaban en Hispanoamérica. Radicado en Nueva Orleáns, en 1816 se embarcó hacia México y el 4 de abril llegó a Boquilla de Piedra, en el estado de Veracruz. Vino en representación de un grupo de norteamericanos que tenían cuentas pendientes de cobrar en nuestro país; para

[19] *Ibid.*, p. 155.



lograr su apoyo, se entrevistó con el general Guadalupe Victoria, "el cual me recibió del modo más amistoso". Aunque Robinson nunca combatió al lado de los insurgentes mexicanos, no cabe duda que les era afecto. Como quiera que sea, en un hecho de armas en el sur de Veracruz cayó preso en manos de los realistas.

Su cautiverio de dos años y medio fue una larga cadena: primero estuvo detenido en la ciudad de Oaxaca, donde escribió *Mis aventuras.* Después permaneció 11 meses en un calabozo del castillo de San Juan de Ulúa, en el puerto jarocho, y allí coincidió con Carlos María de Bustamante. Con posterioridad fue embarcado rumbo a España, pero por las averías que sufrió el barco en una tormenta, quedó recluido en Campeche. Después fue remitido a La Habana, donde estuvo seis meses, también en un calabozo, en el castillo de El Morro. Finalmente fue enviado a España, donde sufrió arresto domiciliario en Cádiz. La víspera de ser enviado al destierro en Ceuta, el 15 de marzo de 1819, se fugó en un barco estadounidense. Robinson obtuvo el diario de James A. Brush, inglés que acompañó a Francisco Xavier Mina en su expedición militar de 1817 a México. También consiguió alguna correspondencia del propio Mina y, con estas fuentes principales, escribió el libro que ahora comento: *Memorias de la Revolución de Méjico y de la expedición del general don Francisco Javier Mina*, editado originalmente en inglés en 1821. Robinson murió hacia 1830.

En 1824 fueron traducidas y publicadas las *Memorias...* de este norteamericano. El traductor, José Joaquín de Mora, confesó que realizó "considerables supresiones" para no "despertar odios antiguos y avivar resentimientos" (poco ética y antihistórica posición. He aquí la posibilidad de una interesante investigación: cotejar el original inglés con la traducción y publicar los *recortes*). La edición que utilizamos fue la segunda, de 1888.

Este libro es una historia de 1808 a 1819, con especial realce de la campaña de Mina, como su título indica. Se incluye un apéndice que versa sobre las comunicaciones entre el océano Pacífico y el Atlántico.

El autor explica que el "modo bárbaro" con que fue tratado por las autoridades españolas se debió a la existencia de un Dr. John Hamilton Robinson, con quien lo confundían, "que entonces era brigadier en los ejércitos



mexicanos [independentistas] y que había hecho mucho daño a la causa del gobierno español [...] Si la naturaleza no me hubiera dotado de un temperamento de hierro y de un ánimo difícil de abatir [...] hubiera inevitablemente perecido".[20]

Como sabemos, el principal mérito de Mina no fueron sus logros militares, pues finalmente se le derrotó por completo, sino el haber reavivado la Guerra de Independencia; empezada siete años atrás, ya habían muerto sus principales iniciadores. Uno de los primeros hechos de armas en la campaña de Mina fue la toma de Real de Pinos, en la intendencia de Zacatecas, donde sus soldados resultaron elegantemente ataviados:

> Así la división se apoderó de Pinos, con la pérdida de un hombre sólo. No habiendo querido rendirse la plaza con honrosas condiciones, el general, según las leyes de la guerra, permitió el saqueo; pero al mismo tiempo mandó a los soldados que no hiciesen daño ni violencia a nadie. Fueron grandes las sumas de dinero que cayeron en su poder, en términos que muchos soldados no podían llevar lo que les había cabido. Se proveyeron ampliamente de ropa, que les hacía mucha falta, y hubo pocos que no tuviesen capas ricamente bordadas, de valor de doscientos duros y más.[21]

Mina ordenó el fusilamiento de un soldado suyo que fue sorprendido robando adornos de oro en la iglesia, "probando a los realistas el modo con que se portaban los hombres que ellos llamaban herejes".

Uno de los jefes mexicanos que se aliaron a Mina fue el teniente coronel Cristóbal Nava. Su atuendo llamaba la atención:

> La grotesca catadura de D. Cristóbal causó mucha sorpresa en la división. Traía una chaqueta de raído paño pardo, muy ancha y adornada con cordones de plata, bastante viejos, y chaleco de grana. El cuello de

[20] Robinson, William Davis y Brush, James A., *Memorias de la revolución de Méjico y de la expedición del gral. D. Francisco Javier Mina*, París: J.I. Ferrer, 1888, p. 52.

[21] *Ibid.*, p. 156.



> la camisa, bordado de un modo extraño, estaba sumamente abierto y del cuello pendía un pañuelo de seda negra, muy flojo y puesto con el mayor descuido; calzones cortos, y no nuevos, de terciopelo color de aceituna y botines de ante atados con la liga. Los zapatos eran a la moda del país y en el talón de cada uno de ellos se notaba una tremenda espuela de hierro, cubierta de plata, que pesaba una libra y cuyas ruedas tenían cuatro pulgadas de diámetro. El sombrero era de los que allí se usan, pero adornado con una ancha franja de galón de plata y con una imagen de la Virgen de Guadalupe, con un cuadro y cristal.[22]

Cuando Mina tomó la hacienda de San Juan de los Llanos, cerca de San Felipe Torresmochas, en Guanajuato, la necesidad obligó a lanzar *cañonazos de cincuenta mil pesos*, pero no como los de Álvaro Obregón, sino de a de veras: "Es digno de observarse que durante la acción, los cañones enemigos hacían fuego con pesos duros; lo cual, sin duda, debió atribuirse a falta de metralla y no a sobra de dinero, que no abundaba en las cajas reales en términos de permitir tan extraño modo de hacer la guerra".[23]

En el sitio que los realistas impusieron al fuerte del Sombrero, cerca de León, donde estaban las tropas de Mina, las opciones alimenticias se abrieron por fuerza y se estableció un mortal *ping-pong*:

> La escasez de alimentos no era menos sensible que la de agua; y fue preciso echar mano para vivir, de la carne de los caballos, asnos y perros que había en el fuerte. Era igualmente insoportable el olor que echaban los animales que habían muerto de hambre y los cadáveres de los enemigos que no habían recibido sepultura. Por fortuna acudían a centenares los buitres y disminuían una incomodidad tan insoportable como contraria a la salud. Ya habían llegado a tal extremo los males de la guarnición, que la deserción empezaba a ser considerable, en términos que sólo quedaron 150 hombres útiles. Las municiones escaseaban tanto, que se tomó el partido de no hacer

22 *Ibid.*, pp. 158 y 159.
23 *Ibid.*, pp. 188 y 189.



fuego sino muy raras veces. Las balas con que se cargaban los cañones eran las que el enemigo disparaba. Las enviaba por la noche y por la mañana se le devolvían.[24]

Finalmente, los realistas vencieron y no tuvieron clemencia:

En la mañana siguiente el enemigo se apoderó del fuerte, donde todos los enfermos y heridos fueron pasados por las armas. Los que quedaron en calidad de prisioneros trabajaron durante tres días en demoler las obras, y concluida esta operación, murieron del mismo modo. Uno de ellos descubrió el sitio en que estaba enterrado el dinero, mas no por esto obtuvo perdón [...] Las crueldades de la toma del Sombrero no son comparables a las de Los Remedios. Los enfermos y heridos que habían quedado en el hospital sabían que iban a morir, mas no de un modo tan atroz. El edificio en que estaban fue incendiado por diferentes puntos, y cuando el que tenía fuerzas bastantes para huir de las llamas intentaba salir, era recibido a bayonetazos. A sus gritos sucedió muy en breve el silencio de la muerte y sólo quedaron cenizas.[25]

Las soldaderas mexicanas no es un fenómeno social de la Revolución de 1910. Un siglo antes ya existían, para sorpresa del general español:

Otro mal reinaba en las tropas, que les era sumamente perjudicial; tal era la costumbre adoptada y permitida de llevar mujeres a las expediciones. En el tiempo de que vamos hablando, Ortiz había reforzado a Mina con alguna caballería, y muchos de los oficiales que venían con él, traían consigo a sus mujeres. No es el caso averiguar si su objeto era aprovecharse del saqueo de Guanajuato, en el caso de que los patriotas se apoderasen de esta ciudad, o si era cualquier otro el motivo que las guiaba, lo cierto es que aquella era

[24] *Ibid.*, p. 232.

[25] *Ibid.*, pp. 238 y 311.



> la primera ocasión en que Mina peleaba con semejantes auxiliares y que le fueron sumamente incómodos.[26]

Cuando finalmente fue derrotado, el vencedor realista lo sometió a ultrajes:

> Mina, que nunca, ni aun en las ocasiones más críticas, había perdido la presencia de espíritu ni la firmeza que lo caracterizaban, replicó a este interrogatorio con tanto sarcasmo y con expresiones tan fuertes de desprecio e indignación, que Orrantia se levantó y le dio de golpes con el sable de plano. Mina sufrió esta injuria, inmóvil como una estatua.[27]

Es interesante recordar que en el Ejército traído por Mina había numerosos anglosajones, sobre todo estadounidenses, y también suizos y franceses, "todos excelentes tiradores". Entre el coronel Young, el mayor Maylefer y el mayor Stirling, aparecía también un joven negro de Nueva Orleáns que era el criado personal del comandante español. Los realistas se portaron especialmente encarnizados contra dichos extranjeros.[28]

Uno de los compañeros de Mina apresados con él fue Mariano Herrera, condenado a muerte. Cuando ya estaba en el paredón, fue suspendida la sentencia a instancias de su hermana ante los jefes realistas. "Arrancado tan inesperadamente del borde del sepulcro, turbósele la razón, y acabó de perderla de un todo en la estrecha prisión a que después fue conducido. Su única y constante ocupación era jugar con la barba que le había crecido extraordinariamente. No conocía a nadie, ni aun a su propia hermana".[29]

[26] *Ibid.*, pp. 267 y 268.
[27] *Ibid.*, p. 287.
[28] *Ibid.*, pp. 229 y 287.
[29] *Ibid.*, p. 289.



J. R. Poinsett

NOTAS SOBRE MÉXICO (1822)

Joel Roberts Poinsett, diplomático norteamericano –promotor de la separación de Texas y su anexión a Estados Unidos–, nació en 1779 en Carolina del Sur. Hizo estudios incompletos de cirugía, química y leyes; también intentó seguir la carrera de las armas, pero no fue admitido en una academia militar y entonces estudió diversas disciplinas bélicas con maestros particulares. Cuando no era nada fácil viajó por Francia, Suiza, Italia, Austria, Alemania, Suecia, Finlandia y por toda Rusia, incluida Asia Central. Fue agente especial de su Gobierno en Argentina, Brasil y Chile. Alcanzó una diputación en su estado natal y en 1821 obtuvo una curul en el Congreso Nacional. En 1822 viajó a México con la misión secreta de su Gobierno de observar y prever lo conducente para que Estados Unidos ensanchara sus fronteras a costa de México, en cuanto le fuera posible (producto de ese viaje es el libro que nos ocupa). En 1825 regresó a nuestro territorio como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de su país, o sea embajador, con las siguientes instrucciones:

> Hacer adeptos hacia el sistema democrático estadounidense; defender la Doctrina Monroe contra la tendencia mexicana de concertar alianzas con Europa; vindicar el prestigio de los Estados Unidos en donde hubiese, velado o manifiesto, protectorado británico; insistir en el principio de "la nación más favorecida" comercialmente, cuando el gobierno de México otorgara concesiones recíprocas a los estados hispanoamericanos; protestar en contra de cualquier ley perjudicial al comercio de Norteamérica; oponerse a los ardientes intentos de México sobre Cuba; y adquirir territorio mexicano en el momento más oportuno.[30]

[30] Poinsett, J. R., *Notas sobre México,* México: Jus, 1950, pp. 26 y 27.



Las intrigas e intervencionismo manifiesto de Poinsett en los asuntos internos de México provocaron un motín popular frente a su casa en diciembre de 1829 y el presidente Guerrero lo expulsó del país en enero de 1830. Después de haber visto con satisfacción la escisión texana, su anexión a Estados Unidos y la victoria de ese país en la guerra contra el nuestro, muere en 1851, agobiado por la tuberculosis que padeció toda su vida.

El viaje de Poinsett que provocó este libro, especie de diario, se inicia con su arribo a Veracruz el 18 de octubre de 1822 y concluye con su partida de Tampico el 24 de diciembre del mismo año. De Veracruz a la Ciudad de México siguió la ruta de Jalapa, Perote, Puebla y Río Frío. Lógicamente, dedicó el mayor tiempo a la capital del país y salió de ésta por Tula, San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Guanajuato, San Luis Potosí y de allí cruzó la Huasteca para embarcarse en el puerto jaibo.

Los principales intereses de Poinsett eran políticos y económicos, lo cual se nota en las apreciaciones que su libro incorpora. Fino observador, pluma prolija, su diario tiene anotaciones sobre los más variados temas: la geografía física y los paisajes, las diferentes poblaciones y sus costumbres, hábitos de las diversas clases sociales, estadísticas comerciales, militares, demográficas, hacendarias y mineras (visitó Guanajuato con ese objeto). Ya encarrilado en la emisión de opiniones sobre todas las materias, hizo incursiones muy desafortunadas en crítica de arte y en particular de arquitectura, siguiendo los puntos de vista de Humboldt, poco sensible al barroco, como buen germano. Sus dos *fuertes* eran la política, como ya se dijo, y la botánica, de la cual era buen conocedor: en su honor, la flor de Nochebuena se llama *Common Poinsettia Pulcherrima.*

Al llegar al puerto jarocho, Poinsett admitió sentir mayor miedo al clima que a los asaltantes camineros: “No solamente son peligrosos y poco decorosos el vómito negro y las fiebres biliosas, sino que prefiero caer en manos de los bandidos que dar en las de un médico mexicano”.[31] No obstante, dio una

[31] *Ibid.*, pp. 52 y 53.



noticia poco difundida sobre esa ciudad: "Está compactamente y muy bien construida; es tan extremadamente limpia y pulcra que, del examen interior de Veracruz únicamente, sería difícil explicar las causas de las enfermedades pestilentes que le han dado triste renombre".[32]

En Puente Nacional le empezó a gustar el país:

> [...] magnífico puente de arcos de piedra [...] construido precisamente abajo de la confluencia de dos hermosas corrientes de agua que caen velozmente por encima de las rocas y se hallan separadas por un promontorio elevado y abrupto. Nos detuvimos para deleitarnos con este paisaje, el primero que encontramos desde que desembarcamos, que posee algo de bello y de pintoresco.[33]

En la capital veracruzana ya estaba ambientándose más:

> [...] Jalapa, cuya situación es hermosa y cuyos blancos muros y torres contrastaban con el profundo verdor de los cerros adyacentes y se destacaban fuertemente contra el fondo de las elevadas, oscuras y escarpadas montañas que se yerguen detrás de la población. Por algún tiempo nos deleitamos con este paisaje y penetramos a la ciudad por la calle de la "Pura Sangre de Cristo". A nuestros oídos protestantes suenan algo impíos tales nombres, pero esto no sucede en los países católicos.[34]

Subiendo de esa ciudad hacia La Joya, claramente estaba extasiado:

> La vista es hermosísima, tan variada, lujuriosa y romántica, que voy a agotar toda mi fraseología de lo pintoresco y aun así no podré daros una idea de todas las bellezas del valle que se extiende a nuestros pies, en donde

[32] *Ibid.*, p. 53.
[33] *Ibid.*, p. 59.
[34] *Ibid.*, p. 65.



> se cultivan todas las frutas tropicales y que está salpicado de multitud de cerritos cónicos recubiertos de bosques hasta sus cimas [...]; espectáculo glorioso.[35]

A quienes nos gusta el pulque sabemos cuánto cambia su sabor según el avance de la fermentación; por ello se presentan divergencias de opinión: "El sabor es agradable y no me sorprende que a la gente del país le guste. Humboldt le atribuye el sabor de la carne descompuesta; pero el pulque que me dieron en Tepeyahualco no sabía así.[36]

Su llegada al valle de México reveló prejuicios y su forma de sentir:

> El panorama era magnífico; pero a medida que bajábamos y cabalgábamos por el valle desaparecieron estas bellezas. Las márgenes de los lagos son pantanosas y se asemejan demasiado a charcos estancados; los campos no están bien cultivados, los pueblos son de adobe y los habitantes están vestidos con harapos.[37]

En la Ciudad de México visitó todos los lugares que lo ameritaban: iglesias, edificios públicos, mercados, la Alameda, los acueductos, la Casa de Moneda y el Colegio de Minería, la Academia de Bellas Artes, Chapultepec, el Paseo de la Viga, la Universidad, la Villa de Guadalupe, el Jardín Botánico y, cumpliendo su entrometida misión, también visitó a los presos políticos de Iturbide. Al igual que Humboldt, cometió el error de llamar gótico al barroco, pues en ese tiempo la primera expresión tenía la connotación de "bárbaro"; así, dice que una parte de la fachada de la catedral (seguramente el Sagrario) es "de arquitectura gótica mala; la otra parte es de estilo italiano adornado con pilastras y estatuas y es hermosísimo".[38]

[35] *Ibid.*, p. 72.
[36] *Ibid.*, p. 77.
[37] *Ibid.*, p. 90.
[38] *Ibid.*, p. 101.



Sobre *El Caballito* (que estuvo sucesivamente en el Zócalo, en el claustro de la Universidad, en la esquina de Bucareli y Av. Juárez, y ahora está frente al Palacio de Minería) Poinsett expresó:

> En el centro de la Plaza Mayor, sobre un pedestal de mármol, hay una estatua de Carlos IV, de bronce. Está admirablemente bien lograda y después de la de Agripa en Roma y la de Pedro el Grande en San Petersburgo, es la estatua ecuestre de más brío y donaire que jamás haya visto.[39]

¿Sabían nuestros lectores que el Calendario Azteca o Piedra del Sol estuvo incrustado en el exterior de un muro de la catedral?

Cae en el lugar común de generalizar las supuestas ebriedad y flojera de nuestro pueblo; hablando de los pobres, dice que "si tienen la suerte de ganar algo más de lo necesario para su subsistencia durante el día, se van a la pulquería y allí bailan, parrandean y se embriagan"; concluye: "Ahí donde la naturaleza lo hace todo, el hombre se vuelve indolente; [ello] es aplicable a este país y a este pueblo".[40] Llega al extremo de achacarnos comer lodo por imprevisores: "No se hace nunca provisión para las temporadas malas y cuando las sequías y las heladas prematuras destruyen sus cosechas, salen a los bosques y se mantienen con raíces y frutas silvestres, o comen arcilla".[41] No obstante, se expresa de manera encomiosa sobre los habitantes de la Huasteca: "Encontré que los campesinos de esta comarca, tanto indios como castas, eran gente amable y bondadosa, de un buen humor a toda prueba y gran cortesía natural. En ninguna parte vi a nadie hacer un gesto grosero, ni siquiera proferir una palabra dura [...]; son humildes hacia sus superiores, sumisos y dóciles; son atentos y corteses entre sí".[42]

[39] *Ibid.*, p. 104.
[40] *Ibid.*, p. 195.
[41] *Ibid.*, p. 124.
[42] *Ibid.*, p. 267.



Deja la imagen de un oficio y de una costumbre —los evangelistas— fatalmente destinados a desaparecer:

> Su oficio es el de escribir peticiones y cartas para las personas que no saben hacerlo ellas mismas. Envuelto en su cobertor y provisto de pluma, tinta y un cesto lleno de papel, el evangelista está listo para proporcionar cartas en verso o en prosa a todos los que las pidan... Es asombrosa la facilidad con que escriben estos hombres. Memoriales a ministros y magistrados, cartas de pésame y felicitación y billetes que respiran amor y amistad, se suceden unos con otros con rapidez, y parecen costarles poco esfuerzo.[43]

Hace una interesante descripción sobre el canal de desagüe de Huehuetoca y del famoso tajo que partió el cerro de Nochistongo. En plena época del drenaje profundo, conviene saber que subsisten aquellas obras hidráulicas centenarias.

Hace varias generaciones desapareció un oficio que fue tradicional:

> En la ciudad de México el agua es distribuida por hombres que cargan una enorme jarra sobre la espalda, sostenida por una banda que se apoya en la frente y un recipiente más pequeño que va suspendido de otra cinta atada al occipucio, el cual recipiente, al agacharse el aguador, se mece sin golpear el cuerpo o las piernas de éste. De este modo suben dos cargas desde la fuente, por dos tramos de escalera a cambio de un medio o sea la décima sexta parte de un peso.[44]

Ahora que el transporte de carga es ferroviario, por autotransporte e incluso aéreo, ya se nos olvidó que en épocas como la que nos ocupa debía de haber cientos de mulas en cada compañía transportadora y la logística respectiva. Como en todo, tenían sus trucos:

43 *Ibid.*, p. 128.
44 *Ibid.*, p. 199.



> Los arrieros de aquí, como en toda la América española, llevan adelante una yegua con un cascabel, a la que siguen todas las mulas. En la noche, cuando no hay corral, la amarran a un poste; a veces se ponen trabas a las mulas, pero aun sin esta precaución nunca se apartan de la yegua.[45]

Josiah Gregg
EL COMERCIO EN LAS LLANURAS

Josiah Gregg nació en Tennessee, en 1806, hijo de agricultores "pioneros" que avanzaron hacia el oeste; así, en 1812 su familia se trasladó a Misuri. Dominó varios idiomas y profundizó en el conocimiento de matemáticas, cartografía, topografía y lo que hoy llamamos paramedicina. Dedicado a la impartición de clases, en 1830 las dejó y se asoció con dos hermanos para ocuparse del "comercio en las llanuras" (título del libro que ahora glosamos); para ello atravesaban aquellas grandes extensiones desde el sur de Estados Unidos hasta el extremo norte de nuestro país, que en esa época era Santa Fe, la capital de Nuevo México. Aunque desde principios del siglo XIX hubo contactos comerciales esporádicos en aquella región, asolada por indios "pieles rojas", fue hasta 1822 cuando empezaron las caravanas anuales hacia Santa Fe y tres años después hasta Chihuahua. Gregg hizo su primer viaje en 1831 y se abocó a ese quehacer durante nueve años, alcanzando Chihuahua seis veces y en ocasiones Durango, Zacatecas y Aguascalientes. En 1848 se estableció en Saltillo como médico, dos años después se fue a California, ya norteamericana, y murió en 1850.

Gregg llevaba un diario y de él derivó esta obra, publicada en 1844; se convirtió en libro de cabecera para otros viajeros y así tuvo más de 25 ediciones en inglés y una en alemán. Además de su rica información de historia,

[45] *Ibid.*, p. 271.



geografía, antropología, zoología y botánica (23 plantas llevan en su nombre científico el de Gregg), era una verdadera guía, pues recomendaba qué llevar para el viaje, dónde acampar, qué peligros acechaban y qué cuidados tomar, dónde abastecerse de agua, etcétera.

Cada primavera partían convoyes hacia Santa Fe para recorrer un trayecto de 1 300 kilómetros en 10 semanas. Cada caravana llegaba a tener hasta 100 carretas –además de otros carruajes y vehículos más ligeros– jaladas por ocho a 12 bestias de tiro cada una. Las mulas eran recomendadas para pastos y terrenos escabrosos, y los bueyes eran preferibles para el lodo, pero por supuesto había que tomar una decisión desde el principio. Ya se sabe que la mula es hija de burro y yegua, mezcla de especies que produce animales estériles; por su parte, el buey es un toro castrado y acostumbraban herrarlo para esos largos recorridos o ¡ponerle mocasines de piel de bisonte! Esos grandes grupos, en los que había muy pocas mujeres, solían llevar un par de piezas de artillería para mantener a distancia a los indios belicosos, principalmente comanches, apaches y navajos.

Cuando las caravanas temían ataques en el largo recorrido, enterraban los bienes para protegerlos:

> [los escondites fueron utilizados] originalmente por los cazadores de pieles y comerciantes francocanadienses. Se construye cavando un foso en la tierra, en forma de jarra, el cual se forra con ramas secas, pasto o cualquier otro material que proteja su contenido de la humedad de la tierra. Aquí se guarda la mercancía que se desea esconder y se cierra la boca con gran cuidado para proteger el foso de la lluvia [...].[46]
>
> Tal vez el grupo de México más inclinado a la vida errabunda sea el de los apaches. Jamás construyen casas y viven en *wigwams*. No producen ni cultivan nada [...] Dependen del pillaje para sostener a su inmensa población, de la cual dos o tres mil hombres son guerreros. El alimento principal de los apaches es la carne del ganado y de los borregos que roban de ranchos

[46] Gregg, Josiah, *El comercio en las llanuras,* col. Mirada Viajera, México: Conaculta, 1995, p. 51.



y haciendas. Se dice sin embargo que la carne que más les gusta es la de mula [...].[47]

Como la mayoría de las tribus salvajes de América del Norte, los apaches gustan muchísimo del licor y, en tiempos de paz, se les ve vagar por los pueblos mexicanos en lamentable estado de ebriedad. El ámbito de esta tribu itinerante se extiende a algunas partes de California, la mayor parte de Sonora, la frontera de Durango y, en algunas épocas, incluso hasta Coahuila. En este último lugar han perpetrado las mayores atrocidades; no hay rincón del antes floreciente estado que haya escapado a sus incursiones [...] La temeridad de estos salvajes ha llegado a tal extremo, que en pleno día grupos pequeños de tres o cuatro guerreros se han aventurado a una milla de la ciudad de Chihuahua, matando a los campesinos para llevarse manadas enteras de mulas y caballos sin enfrentar la menor oposición [...].[48]

El gobierno de Sonora, decidido a hacer un esfuerzo por detener la depredación apache, emitió una proclama en la que declaraba que todo el botín robado a los salvajes pasaba a ser propiedad legal de quien lo obtuviera [...].[49]

Se han ideado varias estrategias –especialmente entre la gente de Chihuahua– para controlar las atrocidades de los indios, aunque con poco éxito. La más conocida fue el Proyecto de Guerra adoptado en 1837, que contempla recompensas proporcionales pagaderas de un fondo reunido con este propósito. Dichas recompensas ascendían a 100 dólares por la cabellera de un hombre adulto, 50 por la de una mujer y 25 por la de cada niño. Para crédito de la república debo mencionar que el bárbaro proyecto sólo funcionó durante unas cuantas semanas y jamás fue aceptado por el gobierno general, aunque recibió el apoyo de algunos de los ciudadanos más prominentes de Chihuahua. Durante su breve existencia, empero, se cumplió a la letra. Cierto día vi a un grupo de hombres a caballo, precedidos por su comandante, acercarse al palacio de gobierno de Chihuahua; el comandante llevaba una cabellera fresca en la punta de su lanza, la cual agitaba en el aire en señal de triunfo. El siguiente número de nuestro pequeño periódico contenía el informe oficial del caso. Los soldados perseguían a una banda de apaches

[47] *Ibid.*, p. 173.

[48] *Ibid.*, pp. 174 y 175.

[49] *Ibid.*, p. 176.



cuando descubrieron a una parturienta que se había quedado atrás. Mataron a la madre sin misericordia y le quitaron la cabellera –misma que blandían en la escena ya mencionada. El militar concluía su informe con la frase de que el niño había muerto poco después de haber sido hecho prisionero.[50]

[Los comanches] realizan continuas incursiones en la frontera este de México, desde Chihuahua hasta la costa, donde roban gran cantidad de caballos y matan a cuanto cristiano encuentran a su paso, o bien los llevan prisioneros –sobre todo a las mujeres y niños, a los cuales hacen esclavos y obligan a trabajar como criados y a pastorear los rebaños. Quizá el contar con mano esclava ha hecho que las mujeres comanches tengan una situación bastante mejor que la de las tribus del norte. Los varones toman a ciertas esclavas como esposas, destino que han compartido algunas cautivas de Texas. Por extraño que parezca, los cautivos suelen tomar aprecio por sus amos y por la vida salvaje, y resulta muy difícil convencerlos de que los abandonen después de varios años de cautiverio.[51]

Veamos algunas referencias zoológicas:

Se supone que la víbora de cascabel abunda en las llanuras [...] Un día extremadamente cálido, encontramos una madriguera de estos reptiles. No diré que eran miles, aunque ésta es quizá la cifra más cercana a la realidad. Lo que sí puedo decir es que cientos de víboras se hallaban enroscadas o se arrastraban en todas direcciones. Tan pronto como las descubrimos, nos lanzamos con rifles y pistolas, decididos a no dejar escapar una sola.[52]

Los colonizadores de Nuevo México cazaban bisontes (o búfalo americano) imitando los hábitos cinegéticos:

Cazan, al igual que los indios salvajes, principalmente a caballo, con arco y flechas o lanza. No tienen dificultad en curar la carne, incluso en pleno

[50] *Ibid.*, p. 178.

[51] *Ibid.*, p. 367.

[52] *Ibid.*, pp. 49 y 50.



verano, pues la cortan en rebanadas muy delgadas y las extienden o cuelgan al sol. Si tienen mucha prisa, la sancochan ligeramente. Por lo general siguen la técnica indígena del curado, que consiste en golpear y amasar las rebanadas con los pies, lo cual –afirman– contribuye a su conservación.[53]

El oso negro y el oso gris, que habitan en las montañas, no son tan feroces como se cree [...] El inmenso lobo gris de las llanuras también abunda en el norte de México. Suele atacar al ganado y llega a matar y devorar incluso mulas y caballos. Sin embargo, su rapacidad nunca va tan lejos como para atacar seres humanos, a menos que se esté muriendo de hambre.[54]

Este lobo hoy está casi totalmente extinguido en México. Mas sigamos con Gregg:

Hay muy poca relación social entre extranjeros y nativos, salvo por cuestiones de negocios o, en ocasiones, en reuniones de juego. Esta falta de sentimientos hospitalarios constituye una de las peores características de los chihuahuenses y, cuando se compara con el trato tan cortés que reciben en Estados Unidos por parte de los elegantes de nuestro país, su falta de liberalidad es aún más notoria. Tales normas de exclusión se resienten más en Chihuahua, pues no hay cafés, ni salones de lectura, ni sitios públicos de reunión; excepto los lugares de juego, donde los caballeros se congregan para divertirse. Además del palenque, el juego y la alameda –el paseo de los ricos e indolentes–, uno de los pasatiempos favoritos de las damas consiste en ir de compras, y la hora predilecta para hacerlo es a la luz de las velas, después de haber departido con su chocolate y cigarritos. Desde el anochecer hasta las nueve o diez de la noche, las calles y tiendas se hallan literalmente atestadas [...].[55]

Preocupado por llegar a la ciudad de Zacatecas sin arriesgar mi mercancía, tomé un lugar en la diligencia mientras mis carretas continuaron el viaje por el camino real. Al llegar a la ciudad, descubrí que por dejar mi catre en las carretas, me esperaban no pocas molestias y privaciones. La mayor dificultad era no poder conseguir un lugar donde descansar ni comida con

[53] *Ibid.*, p. 67.

[54] *Ibid.*, pp. 120 y 121.

[55] *Ibid.*, pp. 254 y 255.



la cual calmar mi hambre. Cierto que podía conseguir un cuarto, hasta por un real al día en uno de esos inmensos mesones similares a establos que se encuentran en estas ciudades, pero ninguno estaba amueblado [...] Busqué la fonda regenteada por un italiano, donde disfruté de una excelente cena [...] Por extraño que parezca, es frecuente viajar por el norte de México 1 500 millas o más sobre el camino principal sin encontrar una sola taberna con alojamiento. Tal vez esto se deba a la manera tan peculiar de viajar en el país. Los arrieros y sus atajos siempre acampan al aire libre y llevan provisiones y cocineros. Los viajeros suelen ir en pequeñas caravanas, por seguridad contra malhechores y asaltantes, y ningún caballero sale de su casa sin una corte de sirvientes y un atajo que lleve sus *cantinas*, esto es, un par de bolsas grandes de cuero, llenas de provisiones. Sobre ellas amarran un colchón y los demás accesorios para hacer una cama. Así equipado, el caballero truena los dedos en los hoteles del universo y tiene absoluta independencia de movimiento [...] He observado que cuando un viajero va solo, o con uno o dos acompañantes, la hospitalidad de los rancheros y campesinos resulta espléndida. Si bien con sus defectos, esta gente ignorante tiene dos virtudes muy importantes: la gratitud y la hospitalidad [...].[56]

John Lloyd Stephens
VIAJES A YUCATÁN

John Lloyd Stephens, considerado por algunos como el padre de la arqueología maya, nació en Nueva Jersey, Estados Unidos, en 1805. Realizó estudios de abogacía en la Universidad de Columbia, que concluyó en 1828. Fue diplomático de su país y desempeñó comisiones oficiales en París, Roma y Londres, ciudad donde conoció al arquitecto y dibujante Frederick Catherwood, que tan definitivo sería en los trabajos de Stephens. Éste se hizo con posterioridad empresario privado y llegó a dirigir la Steam Navegation Company.

[56] *Ibid.*, pp. 227, 242 y 243.



Una nueva misión diplomática lo llevó a Centroamérica y aprovechó el viaje, al que invitó a Catherwood para hacer un recorrido arqueológico durante 1839 y 1840, que plasmó en su libro *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. Fiebres palúdicas los hicieron suspender la gira, pero ya habían mordido el atractivo anzuelo yucateco: en 1841-1842 volvieron a la península y Stephens escribió *Incidentes de viaje en Yucatán*. Ambos libros fueron extraordinariamente ilustrados por el lápiz de Frederick Catherwood, de manera que los nombres Stephens y Catherwood pasaron a la posteridad asociados, binomio indisoluble en la historia de la arqueología maya.

El éxito formidable de las dos obras lo demuestran las múltiples ediciones que se hicieron en poco tiempo; 12 en el caso de la primera, entre 1841 y 1872. Se tradujeron a diversos idiomas, de modo que en español tuvimos una primera edición en Campeche, en 1848-1850, del libro dedicado a Yucatán. El propio Justo Sierra O'Reilly llevó a cabo la traducción.

En 1848, Stephens obtuvo la concesión para construir el ferrocarril transístmico de Panamá, obra que desarrolló de 1849 a 1851. En 1852 murió en Nueva York, probablemente a causa de las secuelas del paludismo que contrajo en Centroamérica.

Stephens publicó numerosos artículos y ensayos y otros libros, que por cierto no destacan por la originalidad de sus títulos: *Incidentes de viaje en Egipto, Arabia Pétrea y Tierra Santa* e *Incidentes de viaje en Grecia, Turquía, Rusia y Polonia*.

No obstante las frecuentes fiebres que padecieron, que los postraban en cama varios días, nuestros viajeros conocieron 44 ruinas de ciudades mayas, muchas de las cuales fueron prácticamente descubiertas por ellos. Catherwood las dibujó (aunque ayudado por un daguerrotipo, padre de la cámara fotográfica) y Stephens las describió paso a paso, a manera de guía especializada para interesados en la arqueología. Pero las descripciones de Stephens van mucho más allá: costumbres, maravillas naturales, anécdotas y divertidos comentarios salpican las páginas de sus libros.



La primera impresión que tuvo de la "Ciudad Blanca" debemos reproducirla:

> Hay un modo peculiar de distinguirse las calles en Yucatán. En la azotea de cada esquina se ve una figura de madera pintada que representa a un elefante, o un toro que da el nombre a la calle. En una de estas esquinas está la figura de una anciana con enormes espejuelos en la nariz, Y esa calle se denomina de la Vieja. La nuestra tenía en la esquina un flamenco y por tanto se llamaba la "calle del flamenco". El motivo de dar a conocer las calles de esta manera puede presentar alguna idea del carácter de aquel pueblo. Siendo indios los que forman la gran mayoría de sus habitantes, y no sabiendo ellos leer, serían inútiles los signos impresos; pero no hay indio que desconozca la figura de un elefante, o de un toro o de un flamenco.[57]

A Stephens le impresionaron hondamente algunas costumbres de nuestra sociedad, como es la lotería:

> Cada una de las personas sentadas a la mesa tenía delante de sí un retazo de papel, de un pie en cuadro, cubierto de figuras arregladas en líneas, un montoncito de granos de maíz, y a su lado una cachiporra de dieciocho pulgadas de largo y una de diámetro. Entretanto en medio de aquel ruido, algazara y confusión, inclinábanse constantemente los ojos a los papeles que tenían delante, y en aquel sitio abrasador parecía la concurrencia un ejército de nigrománticos y brujas, entre ellas algunas jóvenes extremadamente bellas, que se daban al ejercicio de la magia negra [...].[58]

Stephens presenció una rara corrida de toros, hoy ya desaparecida:

> Por orden del dragón, los vaqueros sacudiendo sus lazos contra los flancos de sus sillas se lanzaron sobre el toro persiguiéndolo alrededor de la plaza; IazáronIe, al fin, por las astas, y lo arrastraron a un poste fijo en un

57 Stephens, John, *Viajes a Yucatán,* vol. I, México: Dante, 1984, p. 106.
58 *Íbid.*, p. 56.



lado de la plaza, en donde lo ataron abatiéndole la cabeza hasta el suelo. Colocado en esta posición, algunos de los otros vaqueros pasaron dos veces una cuerda alrededor de su cuerpo, precisamente detrás de sus pies delanteros y asegurándola en la espalda pasáronsela después bajo de la cola, y retrocediendo con la misma operación quedó perfectamente liado el cuerpo del animal. Entonces dos o tres hombres de cada lado tiraron con fuerza de la cuerda, lo cual comprimió horriblemente el cuerpo del toro y por su tensión bajo de la cola casi le hacía levantar del suelo los pies traseros, Todo esto se hacía para excitar y enfurecer al animal; y la pobre bestia bramaba, arrojábase al suelo y luchaba con todas sus fuerzas para librarse de la brutal atadura.

Pero todavía tuvieron los toreadores que emplear una nueva aguijonada contra el toro; pues habiéndole atado fuertemente las astas con todo el cuidado posible a fin de que no se desatase, fijáronle sobre los lomos la figura de un soldado con sombrero de picos, sentado en una silla de montar; lo cual excitó la risa tremenda entre todos los espectadores. Muy luego supimos que tanto la silla como la figura del soldado eran de madera, papel y pólvora, cuyo conjunto formaba una pieza formidable de obras de fuego. Luego que estuvo bien atada, retrocedieron todos, y los picadores montados y guardando el equilibrio con sus lanzas, ocuparon sus respectivos sitios en la arena. La banda de música, tal vez para cumplimentarnos y traemos un recuerdo de la patria, ejecutó la bella melodía nacional de *Pim-Crow.* Un feísimo mocetón arrojó cerca del animal un zumbante cohete; otro dio fuego por el talón a la figura del soldado: los espectadores gritaron de alegría: soltóse la cuerda, y el animal quedó libre.

Su primera acometida fue verdaderamente furiosa. Saltando hacia adelante y tirando para arriba los pies traseros, enardecido por los gritos de la turba, por el zumbido y explosión, por el fuego y humo de la máquina de tormento que llevaba a cuestas, acometió ciegamente a todos los picadores, recibiendo una lanzada tras otra hasta que, en medio de la estrepitosa risa y algazara de los espectadores, extinguida la pólvora y cubierta de heridas la pobre bestia, corría sin dirección, hacía por escaparse por alguna de las puertas, lo cual siéndole entonces imposible, giraba alrededor del circo



mirando a los concurrentes, y con ojos suplicantes parecía implorar socorro de la hermosa fisonomía de las mujeres.[59]

Parece evidente que nuestros *toritos* actuales, veloz pirotecnia ambulante, surgieron de aquellos espectáculos con toros de verdad. Otras costumbres las vio Stephens con tolerancia poco usual:

> Sin más preliminares diré, pero sólo al oído del lector, que a excepción de Mérida y Campeche, en donde los clérigos están bajo la vista inmediata del Obispo, en todo Yucatán, para aliviarse del fastidio que les causa la vida aislada, los clérigos todos, tienen *compañeras* o *hermanas políticas,* como ellos suelen llamarlas; y para hablar con más precisión añadiré, que la proporción de los que tienen compañeras con los que no las tienen, es casi la misma que guardan los casados y los solteros en una sociedad bien regulada.
>
> He dicho ya lo peor; y el mayor enemigo de los padres no puede decir más. Yo no quiero expresar mi opinión personal en esta materia; pero puedo hacer notar que, respecto del pueblo de aquel país, eso no mancha el carácter del padre, ni empeora en nada su situación. Algunas personas consideran esa conducta como irregular; pero generalmente es tenida por una *amable fragilidad,* y aun pudiera yo decir que se tiene como una recomendación para un padre de pueblo por suponerse que le da ciertos hábitos de estabilidad y asiento, lo mismo que a un casado en la vida civil; y para emitir honradamente mi opinión, que no pensaba emitir por cierto, creo que eso es menos dañoso a la moral pública, que las frecuentes inconsecuencias que el celibato produce en algunos otros países católicos.
>
> Y volviendo al caso que provocó esta digresión, el clérigo de que he hablado era generalmente tenido por hombre de buena conducta; una especie de clérigo modelo por sus hábitos correctos y uniformes, asentado, grave, de edad madura y con todas las apariencias de ser el último hombre que pudiese haber fijado la vista en una *compañera* tan preciosa. El único comentario que yo escuché sobre este particular era relativo a su buena fortuna...[60]

[59] *Ibid.*, pp. 63-65.
[60] *Ibid.*, vol. II, pp. 91 y 92.



Brantz Mayer

MÉXICO, LO QUE FUE Y LO QUE ES

Brantz Mayer nació en 1809 en Baltimore, Estados Unidos, hijo de prósperos inmigrantes alemanes, lo cual le facilitó viajar desde muy joven a Oriente —India, China, Indonesia— y a Europa. Abogado y periodista, llegó a la diplomacia por la vía política: un republicano viejo copartidario y jefe suyo, recién nombrado embajador en México, lo invitó a trabajar con él como secretario de la legación. Ese motivo lo hizo vivir aquí de noviembre de 1841 a noviembre de 1842 y fue su única incursión en el servicio exterior.

Cuando Mayer volvió a Estados Unidos continuó dedicándose a las leyes y al periodismo y llegó a destacar como director de un diario en Baltimore. Escritor de corazón, no sólo colaboró en numerosos periódicos y revistas, sino que tuvo una prolija obra como historiador, iniciada precisamente con el libro que ahora nos ocupa, resultado de su estancia en nuestra nación: *México, lo que fue y lo que es.* Después escribió una *Historia de la guerra…* entre Estados Unidos y nuestro país; en 1853 salió a la luz *Mexico Aztec*, *Spanish and Republican,* en 1856 *Observations on Mexican History and Archaelogy* y en 1858 *Outlines of Mexican Antiquities.* Otros libros sobre asuntos no mexicanos dejó la pluma de Mayer, misma que se desarrolló a plenitud dentro del estilo literario del romanticismo.

En la Guerra Civil de Estados Unidos ocupó diversos cargos administrativos en el Ejército y llegó a ser pagador con el grado de coronel. Murió en 1879.

México, lo que fue y lo que es se publicó en 1844 en inglés, y su éxito fue tal, que tuvo tres ediciones en sus primeros tres años. Más de un siglo esperó la versión en español, aparecida en 1953.

Mayer llegó a México por el puerto de Veracruz y por allí mismo salió 12 meses después, donde observó reos encadenados trabajando en obras públicas en plena calle. No perdió oportunidad este joven protestante para criticar al clero católico a lo largo de todo el libro. Así, en aquella ciudad anotó que el aseo urbano estaba encomendado a ciertas aves: "Es crimen grave dar muerte a un



zopilote. Hállase éste bajo la protección de las leyes y se pasea por las calles con el mismo aplomo y desenfado que otros 'caballeros vestidos de negro' que limpian nuestras almas de pecados como dichos pájaros limpian de basura las calles".[61]

Desde el prefacio, este autor advierte su posición ante la Iglesia mexicana:

> Al paso que el clero se ha esforzado en el decurso de los siglos por acaparar las riquezas de las muchedumbres, hasta convertirse por varios modos en el propietario más acaudalado de la nación, el pueblo se ha empobrecido y ha continuado viviendo en la ignorancia.[62]

En la catedral de Puebla reflexionó:

> Cuando al pasar por la puerta vi a la tenue luz crepuscular una mujer andrajosa y mísera que, puesta de rodillas ante la imagen de un santo, con fervor de penitente se daba golpes de pecho que resonaban sordamente, no pude menos de preguntarme cómo puede la Iglesia, que vive de limosnas para ser el mayor limosnero de la nación, cumplir con su misión sagrada en tanto queden diamantes en el cinturón de la Virgen, y mientras haya en toda la República aunque no sea más que un solo hombre sin casa ni hogar.[63]

Poco después, en la catedral de México agregaba: "En torno a esta espléndida mina de riquezas hay indios medio desnudos, boquiabiertos de asombro, o postrados de rodillas ante la imagen de algún santo predilecto. ¡Penoso contraste el que ofrece la miseria humana con el esplendor del ara!".[64]

En una reunión oficial nuestro ocasional diplomático tuvo la oportunidad de observar:

[61] Mayer, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, col. Biblioteca Americana, México: FCE, 1953, p. 10. (Serie Viajeros).

[62] Íbid., p. 4.

[63] *Ibid.*, pp. 40 y 41.

[64] *Ibid.*, p. 63.



> [al] viejo arzobispo... y junto a él otro dignatario eclesiástico vestido de terciopelo y encajes, con una cruz de topacios y diamantes de gran tamaño suspendida de un collar de piedras preciosas en torno a su cuello sacerdotal y que sorbe *rapé* a troche y moche, haciéndolo de manera que le luzca el dedo con el resplandor de cuyos diamantes enceguece casi".[65]

Redondeemos sus puntos de vista sobre el clero: "Concedían la existencia de abusos en la corporación; admitían que muchos de sus miembros eran corrompidos, perezosos, ignorantes y viciosos".[66]

Otras animadversiones tenía Brantz Mayer y uno de sus objetivos era Antonio López de Santa Anna. Este autor vivía en México cuando el dictador ordenó una fastuosa ceremonia para enterrar la pierna que le habían ametrallado los franceses en Veracruz cuatro años antes:

> La amputación no salió bien, y por culpa de ella, tiene que andar cojeando con un sustituto de palo, ayudándose de un bastón... Cojea con su pata de palo pasada de moda, desdeñando por incómodas todas las piernas artificiales con resortes y otras piezas automáticas que le han obsequiado sus aduladores del mundo entero. Siempre que aparece en público viste uniforme de alto oficial del ejército, con el pecho recamado de condecoraciones cuajadas de piedras preciosas.[67]

Las pompas fúnebres fueron ciertamente pomposas:

> Las calles principales estaban empavesadas; los militares salieron con uniforme de gala; se juntaron al cortejo los personajes más conspicuos del gobierno. Y de esta guisa la pierna del Presidente, cortada en 1838 y

[65] *Ibid.*, p. 106.
[66] *Ibid.*, p. 423.
[67] *Ibid.*, pp. 102 y 105.



sepultada desde entonces en Veracruz, se desenterró y trajo a la capital en 1842. Ahora, puesta en una urna de cristal, fue trasladada al cementerio de Santa Paula, y depositada allí en un monumento, donde la recibió el comisario general del Ejército Mexicano.

Pronunció un solemne panegírico (del Presidente, no de la pierna) el señor Sierra y Rosa; y con eso se puso término a las ceremonias en honor de la preciosa reliquia. Poco después apareció en una tumba vecina una cáustica "Protesta de los cadáveres del cementerio por haberse recibido entre ellos una pierna".[68]

El pueblo reprobó de diversas maneras la fúnebre comedia del egocéntrico tirano. Siguieron las "pintas" y los pasquines con versos irónicos, para culminar con el violento desentierro de los restos de la pierna consumado en diciembre de 1844 por un populacho enfurecido. Entre otras protestas escritas, escogí este fragmento:

[...] que no le es nada halagüeño
depositar tal canilla,
cuya corrupta polilla
nos hará lo bueno malo;
porque Santa Anna es el palo,
de que salió tal astilla.[69]

Mayer critica que el presidente de una república se rodeara de un boato propio de una monarquía. En algún evento público escuchó un discurso de Santa Anna pronunciado "con bastante turbación y terrible meneo de sombrero y bastón, señales claras de que era más para soldado que

[68] *Ibid.*, p. 272.
[69] *Ibid.*, p. 273.



para orador".[70] También presenció el estadounidense una pelea de gallos y arremetió por igual contra el presidente jugador que contra el cruento espectáculo:

> Cuando se ofrecía una apuesta contra el pájaro de Santa Anna, el corredor era llamado al palco de aquél y un ayudante cubría la apuesta. Además de estas apuestas, el general solía tener otras convenidas de antemano con los dueños de otros gallos, con lo cual ganaba o perdía entre cinco y seis mil pesos en las peleas. Cada día peleaban siete parejas de gallos. El Presidente parecía gozar mucho con este juego, mientras sus edecanes se mostraban más excitados y las damas miraban la escena con gusto evidente. No puede imaginarse nada más grosero que una pelea de gallos. La corrida de toros, con todo lo brutal y sanguinaria que es, ofrece algo de noble en la lucha entre el hombre y el animal; es una prueba de habilidad y a menudo una lucha en que se juega la vida. Mas el ver a hombres maduros, y en medio de ellos a los principales de una nación, sentados tranquilamente mirando cómo dos pájaros se despedazan con sus picos y espolones, hasta morir, para ganar dinero con la muerte de uno de ellos, es demasiado ruin...[71]

Ya se sabe que una de las características de las dictaduras de derecha es la implantación del orden a sangre y fuego. Para combatir a los ladrones no sólo se les mataba, sino que se hacía con un viejo aparato colonial:

> Mientras viví en la capital, bajo el gobierno enérgico de Santa Anna, éste condenó a garrote a sesenta y cinco o setenta, a razón de dos o tres por semana [...].
>
> En México, como en España, el procedimiento para la ejecución consiste en el garrote. Ponen al reo en una silla, y le meten el pescuezo en un collar de hierro, que puede apretarse mediante un tornillo. Una vuelta de

[70] *Ibid.*, p. 103.
[71] *Ibid.*, pp. 112 y 113.



> este tornillo hace que penetre un perno en la médula espinal, al mismo tiempo que el collar aprieta la garganta del ajusticiado... Innumerables son las multitudes que en México se congregan para ver tales ejecuciones.[72]

Y ya que atrás, a propósito de gallos, también se mencionaron toros, cabe ampliar la opinión de Mayer, a riesgo de molestar a los apasionados de la "fiesta brava":

> Con gente como los léperos de México (hombres que apenas si se distinguen de las bestias con cuya muerte gozan), estas escenas de asesinato, en que a menudo perecen indistintamente toros, matadores y picadores, no pueden servir para otra cosa que para fomentar las pasiones más depravadas, y para animar a los ruines e ignorantes a llevar al cabo las hazañas de la más atrevida criminalidad.[73]

Por cierto que a un profano en tauromaquia como yo, mucho sorprendió saber que a mediados del siglo pasado se usaban en las corridas banderillas con fuegos artificiales, para mayor irritación del animal.

Benjamín Moore Norman
RAMBLES IN YUCATÁN

El viajero estadounidense Benjamín Moore Norman (1809-1860) llegó por barco a Sisal, en 1841, y visitó buena parte de lo que hoy es el estado de Yucatán y Campeche. El título completo del libro que escribió sobre su viaje nos orienta acerca de sus intereses: *Rambles in Yucatan. Notes of travel through the peninsula, including a visit to the remarkable*

[72] *Ibid.*, p. 356.
[73] *Ibid.*, pp. 90 y 91.



ruins of Chi-Chen, Kabah, Zayi and Uxmal (Nueva York, 1843), que significa *Excursiones en Yucatán. Notas de viaje a través de la península, incluyendo una visita a las destacadas ruinas de Chichén, Kabah, Zayi y Uxmal.* El recorrido lo llevó a cabo prácticamente él solo, acompañado de un jovencito indígena, y su relato abarca descripciones arqueológicas sin mayores pretensiones científicas y muchas experiencias personales. También escribió otros dos libros: uno sobre Nueva Orleáns, probablemente su lugar de origen, y el otro titulado *Rambles by land and water. Notes of travel in Cuba and Mexico, including a canoe voyage up the river Panuco.*

Veamos algunos ejemplos de sus vivencias en Mérida, éstas entre la alta sociedad:

> Terminada la cena se reanudaba el baile. Aquellas damas y aquellos caballeros que no estaban en la pista, se encontraban fumando. Las damas aquí son generalmente fumadoras y lo hacen con una gracia muy estudiada. Al principio resultaba bastante extraño recibir un puro encendido de los dedos delicados de una dama, que había sido impregnado con la fragancia de sus labios; pero con tal enseñanza, rápidamente asumimos las costumbres del país, y nos halagamos de que hayamos podido superar la delicada etiqueta como si hubiéramos nacido entre tales costumbres. Las mujeres iban vestidas a la usanza española y eran encantadoras. Principalmente requieren de entretenimiento. Su apariencia es castaña, su cabello oscuro, ojos negros y, en general, de estatura baja.[74]

Ahora adentrémonos en esta práctica religiosa:

> Hay catorce establecimientos eclesiásticos en la ciudad y sus suburbios, generalmente bien construidos, y destacan por el poder e influencia de sus santos particulares y por la estima que el pueblo les tiene. Por ejemplo, las

[74] Norman, Benjamín M., *Rambles in Yucatan*, Nueva York: Langley, 1843, *apud* Iturriaga, José, *Viajeros extranjeros en el estado de Yucatán*, México: Gobierno del Estado, 2013, p. 99.



mujeres acuden a Santa Ana a rezar para obtener buenos maridos. Desconozco si los caballeros acuden, de igual manera, con la idea de recibir favores similares. Por una fuente, fui informado de que sería de mala educación dudar si los favores a la soltera (o soltero) le fueron concedidos de manera positiva. En otra iglesia se encuentran figuras de cera y de hueso representando las extremidades del cuerpo humano, así como también muletas o prótesis dejadas por inválidos como ofrendas al santo titular ("St. Barbe", *sic*) quien ha, favorablemente, escuchado sus súplicas. Modelos de embarcaciones se depositan ahí por quienes fueron salvados de peligro inminente en el mar. Los devotos creen en la eficacia de sus peticiones y súplicas al santo.[75]

Esta costumbre suele sorprender a los viajeros extranjeros:

Temprano por la mañana del siguiente día (domingo) visité las iglesias. Estaban colmadas, como siempre, de la parte más bella de la creación [o sea, mujeres]. Caminando por las calles, luego del desayuno, observé que había grandes preparaciones para una pelea de gallos que se llevaría a cabo a las doce del día. Esto, junto con las corridas de toros, es una de las escenas más emocionantes que se pueden presentar al público popular mexicano. Los encargados de los gallos ya se dirigían al lugar que siempre se mantiene listo para tal entretenimiento [el palenque]. Los patricios de la ciudad, los jefes de gobierno, los oficiales del ejército, los vástagos de la iglesia, los ciudadanos y el indígena pobre estaban todos presentes y revueltos en un desorden apresurado; apuestas desde seis centavos y un cuarto hasta trescientos dólares se ofrecían y aceptaban con el mismo entusiasmo. Había mucha excitación, pero sin riñas ni malas palabras. El gallo del secretario de Guerra fue vencido.[76]

[75] *Ibid.*, pp. 99 y 100.

[76] *Ibid.*, p. 100.



Albert M. Gilliam

VIAJES POR MÉXICO DURANTE LOS AÑOS 1843 Y 1844

El americano Albert M. Gilliam, virginiano, fue designado por su gobierno cónsul en San Francisco, California, en 1843 (cuando todavía era mexicana esa provincia), pero nunca llegó a tomar posesión de su cargo al recrudecerse las relaciones méxicoestadounidenses por las pretensiones de aquel país sobre Texas. Su familia tenía una posición desahogada y uno de sus hermanos, del que sólo sabemos las iniciales J.P., fue asimismo cónsul en Monterrey, California. Después de su viaje mexicano, Albert se desempeñó como editor de un periódico. Murió en 1859.

Con el objeto de asumir el consulado en San Francisco, Gilliam arribó al puerto de Veracruz y siguió la ruta a la Ciudad de México, Zacatecas, Durango y Mazatlán; frustrado su traslado marítimo a California, volvió a Durango, de allí a Matehuala y a Tampico, donde se embarcó de regreso a su país. El recorrido por tierras mexicanas fue de 4 000 millas y sobre él escribió el libro *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*.

Al llegar a Veracruz, Gilliam estaba azorado por la concurrencia de razas:

> En una sola mirada podía contemplar el negro color de África, la bronceada complexión de los indígenas, el trigueño color de los españoles y el color más claro de los europeos; me parecía encontrarme en la Torre de Babel cuando tuvo lugar la confusión de las lenguas, ya que mis oídos no podían haber sido saludados por una mayor combinación de sonidos o mis ojos con la luz de una mayor variedad de vestidos.[77]

Allí se hospedó en la Casa de la Diligencia, dirigida por un irlandés; observó que las calles estaban "pavimentadas con piedras importadas de

[77] Gilliam, Albert M., *Viajes por México*, México: Conaculta, 1996, pp. 71 y 72.



los Estados Unidos", de seguro provenientes del lastre que traían los barcos cuando venían vacíos. "La salud en Veracruz es quizá peor que la de cualquier otro lugar habitado del globo; se calcula que anualmente perece una quinta parte de sus habitantes".[78]

Ubicados en el terreno de lo femenino, veamos a las capitalinas:

> Capté el brillo de algo atractivo que, luego de fija y menuda inspección, demostró ser, ciertamente, una bella dama mexicana: su pelo negro, su apariencia ligera y morena, y, sobre todo –ya que la luz del cielo parecía obtener su brillo de ellos– sus suaves e indescriptibles ojos negros que jugaban a su arbitrio con mi corazón; ignoro si la ventana me hubiese podido contener de no haberme advertido mi amigo católico que me detuviera [...] Mi alma entera se hallaba extasiada con la contemplación de la magnífica belleza de las gemas de la naturaleza; debo admitir, en verdad, que la adorable dama sonriente que entonces ocupó su vista, era infinitamente más encantadora y más bella de contemplar, que todos los ricos y espléndidos diamantes del gabinete de cristales [...] Podían contemplarse los lánguidos y atrayentes ojos negros, de largas pestañas, en los delicados rostros morenos españoles, en cantidades suficientes para enajenar los sentidos de cualquier humano –las antiguas nobles y ricas herederas de México– mientras abrían graciosamente y movían de un lado a otro sus bellos abanicos, siendo su encanto personal mucho mayor que el de los diamantes que ornaban sus delicados dedos. Descubrí entonces en la conversación de cumplidos con el abanico, que tenía todavía que aprender no sólo el idioma español sino el rústico lenguaje del abanico.[79]

No todo lo femenino complació a Gilliam: "Resultaba chocante, si no antinatural, contemplar a una joven dama extraer de su bolso un pedernal y acero y, mediante la fricción de ambos, una o dos veces, encender una pieza

[78] *Ibid.*, p. 75.

[79] *Ibid.*, pp. 115, 132, 142 y 143.



de tabaco y, encendido su *cigarrito*, lanzar gran volumen de humo a través de la nariz y entre sus bellos labios".[80]

Fuera de nuestras mujeres, casi nada gustó a este viajero en México:

> El semblante y la apariencia externa de un gran número de personas que encontré eran de la casta indígena morena y, dada su apariencia indolente y falta de espíritu, el extranjero difícilmente puede imaginar que el asesinato y la rapiña son sus rasgos de carácter predominantes [...].
>
> Estoy persuadido de la opinión que si la raza actual de los mexicanos fuese enseñada a aborrecer justamente el fraude y el crimen, de manera que la comisión de tales actos fuese perseguida y castigada por las leyes del país, y si se la instruyera a temer la furia del cielo por actos tales como la perversidad, su buena disposición y la ingénita sinceridad de sus modales la convertirían en una de las razas más dignas de la especie humana. Nadie puede visitar México sin verse forzosamente obligado a reconocer la pulcra cortesía y el amable trato de sus habitantes, al mismo tiempo siempre prestos a ofrecer sus gentiles servicios para facilitar las intenciones del viajero. Pero aquí prevendría yo a quienes pretendan viajar por ese país a estar alertas pues, bajo el más perfeccionado *debonair* de los modales y de los ofrecimientos de amistad, se ocultan las más oscuras acciones [...].
>
> El extranjero, al contemplar a los mexicanos, tiene mucho que admirar; no obstante, al mismo tiempo, al depositar en ellos su confianza, con frecuencia se verá víctima de las más abyectas traiciones [...] En toda comunidad deben encontrarse algunas personas perversas; es, sin embargo, monstruoso, cuando la mayoría de los habitantes de un país son estafadores, ladrones y asesinos, de manera generalizada, como es el caso de México. Es con vergüenza y remordimiento que la cristiandad y la civilización del mundo ilustrado se ven compelidos a denunciarlos como una nación de piratas [...] Jamás habría podido comprender mejor lo acertado de la declaración del señor Randolph, presentada al pleno del Congreso, en el sentido de que en México "los hombres eran todos bribones, y las mujeres eran todas unas [...]."[81]

[80] *Ibid.*, p. 156.

[81] *Ibid.*, pp. 99, 179, 229 y 230.



Estos excesos de hiel son yerros del que escribió; otros asertos no lo son tanto:

> Es proverbial en México que formar parte del gabinete es poder hacer una fortuna [...] En la Iglesia existen algunas cosas nocivas, tal como en el Estado del país, ejecutadas mediante el soborno y la corrupción. Y, aquí, deseo emplear la ocasión para enfatizar que no ha sido mi intención andar a la caza de asuntos apócrifos y descabellados, con el propósito de exasperar la mentalidad pública en contra de una nación que se ha demostrado, ya suficientemente odiosa, tanto por su falta de honor como por la ejecución de bárbaras crueldades. Mi única intención es destacar algunos rasgos prominentes de las prácticas cotidianas de aquéllos que ocupan sitiales altos y bajos [...] Nada lamentaría tanto, conociendo como conozco la inconfiabilidad y el deshonor de los mexicanos, como engañar al que busca información sobre el verdadero carácter de un pueblo.
>
> [En la basílica de Guadalupe] había muchos puestos en toda la plaza, los cuales expendían artículos de todo tipo, proporcionando al hambriento los medios de satisfacer su apetito, y al piadoso, imágenes de los santos de su devoción. Pero el negocio no se limitaba a esto: muchos de los puestos estaban pletóricos de jugadores de *monte*, un juego que se asemeja al *faro* y se practica con cubilete y dados. En suma, se ofrecía todo tipo de juegos bajo la sombra del santuario y la protección de la Virgen [...] Yo no únicamente presencié y vi a los padres de esta institución, bajo la sombra del santuario en que practican el culto, jugar a las cartas y otros juegos, sino que con toda credibilidad se me informó que la Iglesia misma es la sagrada propietaria de muchas de estas mesas de juego [...] Me impresionó con cierto grado de horror ver a los heraldos de la Cruz consumir sus bebidas en tabernas sin atender a la opinión pública [...] Las escenas de ese día impresionaron mi mente con la estupidez y la superstición de la humanidad en su intento por adorar con pompa y exhibicionismo a la Suprema Deidad del Universo, en lugar de prestarle el servicio razonable que requiere de manos de sus criaturas.[82]

[82] *Ibid.*, pp. 134, 136, 137, 139, 188 y 190.



En la Ciudad de México, anota el viajero: "Me he encontrado limosneros que me piden dinero para la familia de José, de Jesús y de la muy sagrada Virgen. Sus peticiones son formuladas en el lenguaje más impresionante, el cual se halla siempre en la punta de sus lenguas. 'Por la sangre de Cristo y la agonía de la Cruz, dé usted para el beneficio de la sagrada Virgen de Guadalupe'".[83]

Dando un giro a nuestros asuntos, recordemos que la inteligencia de las acémilas es proverbial:

> Tienen un conocimiento más diferenciado de su amo que todos los demás animales; sin guía, seleccionan su propia carga, entre un ciento, la cual, una vez sobre ellas, cuidan con el mayor esmero, de manera que no entre en contacto con ninguna otra. Si deben pasar bajo una rama de árbol, se agacharán lo suficiente para que su carga pase sin tocar el obstáculo [...] Yo he visto a mi mula de montar agacharse e inclinarse a fin de que mi cuerpo tenga libre paso bajo obstáculos suspendidos o a través de estrechos desfiladeros.[84]

Agravados los problemas entre México, Estados Unidos y Texas (cuya anexión propugnaba Gilliam), éste se dirigió al "puerto jaibo":

> A mi llegada, los habitantes de Tampico se hallaban muy excitados al saber de la ejecución del general Sentmanat en Tabasco (cuya cabeza fue frita en aceite). Esta acción, aprobada tanto por el lenguaje expreso de los impresos públicos, como por los sentimientos de los ciudadanos de México en general, permitirá al mundo civilizado juzgar qué clase de pueblo es el de ese país.[85]

[83] *Ibid.*, p. 123.
[84] *Ibid.*, pp. 327 y 328.
[85] *Ibid.*, p. 359.



WILLIAM H. PRESCOTT
CORRESPONDENCIA MEXICANA

EL HISTORIADOR WILLIAM H. PRESCOTT (1796-1859), QUIEN NACIÓ EN MASSACHUSETTS, ES MUY CONOCIDO POR SU *HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO*, LA MÁS IMPORTANTE ESCRITA POR UNA PERSONA NO ESPAÑOLA NI mexicana. En esta colección de cartas, de 1840 a 1846, algunos de sus corresponsales son *madame* Calderón de la Barca, la esposa escocesa del primer embajador español en México; John Lloyd Stephens, el connotado arqueólogo mayista americano (ver páginas atrás); el famoso escritor inglés Charles Dickens, así como Lucas Alamán, el historiador y político conservador de nuestro país.

En 1840, Prescott le escribió a la señora Calderón:

> [El historiador mexicano Carlos María de] Bustamante ha editado y tal vez hasta escrito algunos asuntos útiles, aunque sospecho por el carácter de sus observaciones que se le podría clasificar como un burro. Pero tal vez yo lo juzgo mal. Como quiera que sea, Bustamante es un necio, muy digno de la Edad Media y furioso en contra de los antiguos españoles como si él descendiera directamente de Guatimozin.[86]

En 1841 le decía a Stephens:

> Mucho nos ayudaría que todos los conquistadores hubieran condescendido a ofrecer algunos particulares sobre el estado de las construcciones en Yucatán a su llegada. Pero yo no he encontrado más que una alusión general a las admirables construcciones de piedra y cal y extraña arquitectura dispersas por la zona. Los conquistadores tenían la vista ocupada en buscar polvo de oro.[87]

[86] Prescott, William H., *Correspondencia mexicana*, México: Conaculta, 2001, p. 64.

[87] *Ibid.*, p. 73.



Ahora alude (en misiva a la Calderón) a una característica nuestra: "Pienso que un dibujo *en petit*, tal y como el que encargué ahora en crayolas de cuerpo entero de Cortés, no sería trabajo muy difícil. Pero me da pavor el 'mañana' mexicano sin refrescarle la memoria".[88]

Y con Dickens bromea: "Estoy trabajando con mis viejos aztecas y ya llevo construida una parte de su ciudad capital. En efecto, se mataban en el juego y es inevitable sentir cierta simpatía hacia ellos, aunque alguna vez destrozaran a uno o dos cristianos, 'una rebanada de frío clérigo', como dice Sydney Smith".[89]

De nuevo con Fanny (que así se llamaba madame Calderón), se sincera: "Le pido si puede conseguirme algunos escudos de armas de los Pizarro para ornamento de mis siguientes libros. Fueron unos rufianes tan descarados que no debían tener un escudo de armas sino el hacha de un carnicero".[90]

Ahora con Alamán, ya en 1845, se lamentaba:

> Es una gran satisfacción para mí saber que las traducciones de mi *Historia* [*de la conquista...*] van progresando en su ciudad capital; aunque si como señala un prospecto que leí en un periódico cubano hay algunos cambios en mis opiniones religiosas hechos por los traductores, ¡ya me veo hablando como un fiel seguidor del Papa! Yo creo que en esa materia tengo el derecho de que se respeten mis herejías protestantes [...].[91]

Y en la misma carta agrega al influyente mexicano, acerca de la independencia de Texas y su anexión a Estados Unidos: "Todos aquí estamos interesados en el probable curso de los acontecimientos en relación con su país. El proyecto de Texas es muy desagradable para la mayor parte de la gente del norte, y el partido al que pertenezco lo ve con profundo aborrecimiento".[92]

[88] *Ibid.*, p. 102.
[89] *Ibid.*, p. 112.
[90] *Ibid.*, p. 146.
[91] *Ibid.*, p. 164.
[92] *Idem.*



George Wurtz Hughes

MEMOIR DESCRIPTIVE OF THE MARCH OF A DIVISION OF THE UNITED STATES ARMY

El capitán estadounidense George W. Hughes fue jefe de ingenieros topógrafos en una de las columnas terrestres que invadió a México en 1846. Con la misión de verificar los planos existentes y preparar otros actualizados, pasó por varios poblados coahuilenses, como San Fernando de Rosas (hoy Zaragoza) y Santa Rosa (hoy Múzquiz). En esta *Memoria* suya apreciamos que, a algunos mexicanos ricos, no desagradaba la Invasión norteamericana.

> Más de la mitad de todo el estado de Coahuila pertenece a los dos hermanos Sánchez [Jacobo y Carlos Sánchez Navarro], quienes poseen tres mil peones [...] Su residencia principal está en Saltillo, pero su propiedad favorita es la magnífica hacienda de Patos. Esta poderosa familia y unas cuantas más, con las que está relacionada, los Blancos, los Ivarros [Ibarra] y los Zualagos [Zuloaga] son dueños de todo el estado de Coahuila, incluida su población. Ellos se han abstenido de participar en forma activa en la presente guerra y mantienen un trato amistoso —en ocasiones estrecho— con muchos de nuestros oficiales [...].[93]

Leamos esta reivindicación: "Los mexicanos han sido tildados con frecuencia de taimados, traicioneros y crueles, en los que no se puede confiar. Quizás sea así, pero yo puedo hablar de ellos por experiencia, y aseguro que son hospitalarios por naturaleza, amables y de buen corazón. Son, además, en extremo corteses y la gente más educada que he conocido [...]".[94]

93 Hughes, George W., "Memoir descriptive of the march of a Division of the United States Army", en Villarreal Lozano, J., *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002, p. 118.

94 *Idem.*



Esta insólita experiencia llama la atención:

> Durante mi corta estancia en Saltillo tuve la oportunidad de conocer los ritos funerarios en uso. Una joven dama de gran belleza, cuya muerte causó general consternación, había fallecido hacía poco. Una enorme multitud asistió a sus funerales. La difunta estaba vestida de blanco, calzada de zapatillas de satín, igualmente blancas; su cabeza, coronada de gardenias; su negra mata de cabello, graciosamente acomodada sobre los hombros; en sus manos, cruzadas al frente, un gran ramo de flores. Adornada como novia en espera de su prometido, yacía sobre un almohadón blanco, también circundado de flores y rematado por un dosel de satín con rosas y plumas. Los restos de la desafortunada joven, bella incluso en la muerte, fueron paseados en tal catafalco por las principales calles de la ciudad y en torno a la plaza principal, expuestos a la curiosidad de los extraños.[95]

Más edificante es hablar de las bellas en vida:

> Las mujeres están por debajo de la estatura que nosotros tenemos por mediana; delgadas, bien formadas y graciosas. Unas cuantas son verdaderas bellezas, pero muchas de ellas, cuando jóvenes, tienen buena presencia y son agradables. De pies y manos pequeños, lucen, por lo general, dientes blancos, bocas bien dibujadas, magníficos ojos negros y cabellera negra y lustrosa, en cuyo cuidado diario sufren incontables fatigas. Parecen amigables y de buen corazón, y me han dicho que hacen buenas madres y esposas. Son limpias. Gracias a que la mayoría de las haciendas y las poblaciones están situadas en las cercanías de corrientes de agua, disfrutan de todas las facilidades para el baño, las que aprovechan con gran frecuencia. Se bañan sin sobrecargarse de ropas inútiles. Su vestido diario consiste en unas zapatillas –no usan medias ni calcetas–, unas naguas casi siempre rojas y una camisa que deja al descubierto más de lo que en otros países se considera apegado a las reglas del pudor, pero esta es la moda del país y no soy yo

[95] *Ibid.*, p. 121.



> quién para criticarla. Llevan un rosario al cuello y arracadas de oro. Cuando usan rebozo, por lo general se tapan con él la cabeza y se cubren el rostro con las puntas, o bien las dejan caer sobre los hombros a manera de chal.[96]

Sesenta y cinco años antes de la Revolución ya existían las causas que finalmente la provocaron:

> El sistema de *peonaje,* o esclavitud doméstica, mantiene como siervos a cuatro quintas partes de los habitantes del norte de México. Los *peones* son personas retenidas por deudas, y es muy raro que alguno pueda redimirse del cautiverio antes de que la edad lo convierta en inservible para su propietario y que éste le permita, en un gesto caritativo, mendigar el resto de sus días [...] Los pobres viven en unas chozas construidas con lodo y carrizo. A veces las levantan con cañas de maíz y las techan con hierba. Reciben un *bushel* de maíz a la semana y una pequeña paga mensual para ropa y otros artículos indispensables, pero todas las compras las hacen con su amo, debido a lo cual cada año descubren que están más endeudados que el año anterior.[97]

Thomas D. Tennery
DIARIO DE LA GUERRA CONTRA MÉXICO

Un granjero de Illinois, Thomas D. Tennery (1822-1891), en 1846 se alistó como voluntario en la Guerra de Estados Unidos contra México. Fue herido en la batalla de Cerro Gordo, cerca de Xalapa, y justo al año de servicios fue retornado a su país. Escribió un diario de esos 12 meses y llaman la atención sus descripciones de lugares y fauna en Tamaulipas y Veracruz, y otros relatos. Esta fue una misa en Matamoros:

---

96 *Ibid.*, pp. 120 y 121.

97 *Ibid.*, p. 119.



> Cuando entré en ese lugar de adoración pública el sacerdote estaba de pie predicando desde el púlpito; sus cabellos grises, su fuerte voz persuasiva, y su venerable apariencia en la quietud del lugar nos llenó de un respeto reverencial y de devoción; los rezos sobre el sacerdote arrodillado frente a las imágenes y veladoras, y las prendas del pastor nos parecieron absurdos pero no podíamos censurar una manera de hacer las cosas sólo porque no coincidía con nuestras opiniones preconcebidas sobre la religión.[98]

En todo caso, Tennery dice de los desastrosos gobiernos mexicanos "que no pueden ser de otra manera mientras continúen vinculados con su religión y sean presa de los sacerdotes".[99] Le impresionaron los panteones de Camargo y de San Fernando; comencemos por el primero:

> El interior de este lugar es repugnante. En el centro hay unas escaleras de ladrillo y una cruz hasta arriba. Hay muchos cráneos apilados al pie de la escalera; también hay varias cruces pequeñas puestas encima o recargadas sobre las tumbas. Hay huesos humanos en todo este patio o almacén para los muertos. En un rincón están las cenizas de alguien distinguido en una caja de piedra [...].[100]
>
> [En San Fernando] hay algunas tumbas cubiertas de cemento pero la forma más común es enterrar a las personas sin ataúdes y apilar la tierra sobre el cuerpo; al cavar las tumbas se encuentran varios esqueletos. En la esquina del sureste hay una alta pila de huesos de todos tamaños; en cada hueco que queda del lado de la pared hay cráneos colocados mirando hacia el frente; algunos han sido desenterrados hace poco y parece que no llevaban mucho tiempo bajo tierra.[101]

---

98 Tennery, Thomas D., *Diario de la guerra contra México*, México: Conaculta, 2007, p. 46.
99 *Ibid.*, p. 100.
100 *Ibid.*, p. 54.
101 *Ibid.*, p. 70.



En Camargo aventura hipótesis:

> La ciudad parece haber decaído desde algún tiempo de mayor grandeza. Todo es aburrido; las casas, los habitantes son poco menos que salvajes y sin energía ni asunto alguno de importancia que realizar. Parece que esto se debe a la falta de comercio, a la indolencia de los habitantes y quizás a la falta de un gobierno asentado que pueda asegurar la propiedad. Pero para realizar este cambio el país debe estar poblado de una raza diferente. Los españoles y los indios no producen una raza con el patriotismo y el candor suficientes para sostener una república, mucho menos para formar, establecer y mantener una a partir de esta dañada estructura que recibe el nombre de República de México.[102]

Concluyamos con este castigo en Veracruz, no sabemos por qué motivo:

> Cinco soldados [estadounidenses] fueron amarrados y exhibidos en el mercado mientras les daban latigazos. No hay duda de que eran culpables del crimen del que se les había acusado y recibieron su merecido, pero de todas formas se le hiela a uno el corazón de ver atados a ciudadanos americanos que nacieron libres y que son azotados a latigazos como perros en un mercado, en un país extranjero.[103]

Samuel Chamberlain

MATANZA DE AGUA NUEVA

En el San Jacinto Museum of History, en Houston, existe una acuarela de Samuel Chamberlain, quizá soldado estadounidense y eventual pintor de poco mérito estético. En ella aparecen militares americanos quitando la cabellera, en vida, a civiles mexicanos *aún con vida*. En el interesante libro *Ecos de la guerra entre México y los*

[102] *Ibid.*, pp. 57 y 58.
[103] *Ibid.*, p. 113.



Estados Unidos, encontramos una reproducción de la espeluznante imagen y el siguiente texto:

> Entre noviembre de 1846 y febrero de 1847 las fuerzas norteamericanas se estacionaron en los alrededores de Saltillo. Entre los soldados y la población civil surgieron conflictos que ocasionaron grandes tragedias. El 10 de febrero, cerca de Agua Nueva, ocurrió la matanza más cruel: un grupo de voluntarios de Arkansas, llamados los Saqueadores (Racksackers), encontró a decenas de civiles escondidos en una cueva. Empezaron a matarlos haciéndoles escalpes, es decir, arrancándoles la cabellera con todo y piel.
>
> En el centro de la imagen se aprecia un soldado cuando levanta en su mano el escalpe. Esta costumbre probablemente fue copiada de los indios del noreste [*sic*] de los Estados Unidos.
>
> Samuel Chamberlain, quien llegó a la caverna con otro grupo de soldados para poner fin a esta macabra matanza, nos dejó esta imagen y la descripción siguiente: "En el suelo de roca ardía un fuego que proyectaba su luz trémula y exigua sobre el lúgubre escenario: cerca de treinta mexicanos yacían masacrados en el piso; la mayoría había sido escalpada. En las grietas, los charcos de sangre se coagulaban. Un olor nauseabundo invadía el lugar [...]".[104]

John E. Wool

La batalla de Buenavista o de La Angostura

El general brigadier estadounidense John Ellis Wool (1784-1869) participó en tres guerras de su país: la de 1812 contra Inglaterra, la de 1846-47 contra México y la Guerra de Secesión. El 22 y 23 de febrero de 1847 fue actor de la Batalla de La Angostura, bajo el mando del general Zachary Taylor (quien poco después llegaría a ser presidente

[104] Chamberlain, S., "Matanza de Agua Nueva", en Libura, Krystyna M. *et al.*, *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México: Tecolote, 2004, p. 244.



de Estados Unidos, por el prestigio ganado en la invasión a México). Wool escribió este parte militar sobre dicha batalla dirigido al mayor William W. S. Bliss, jefe de ayudantes de Taylor y su secretario privado cuando llegó a la Casa Blanca.

> Como a las nueve, nuestra cuadrilla se detuvo en La Encantada, a tres millas y media de distancia, y vimos avanzar al enemigo. Inmediatamente mandamos avisar al comandante general que estaba en Saltillo, y ordené a las tropas venir desde Buena Vista. La batería del general Washington se colocó al lado de la carretera, protegida a la izquierda por un promontorio que domina el lugar, a la derecha de unas hondonadas profundas [...] El enemigo trataba de subir su infantería al cerro de la derecha, con la clara intención de hacernos virar a la izquierda y posesionarse de un punto clave: el promontorio junto a donde estaba la artillería de Washington, para dejar el paso abierto hacia Saltillo [...].
>
> A las dos de la tarde, la infantería ligera del enemigo avanzaba por las laderas y las barrancas; disparaban a nuestros fusileros con un *howitzer* grande, colocado en la carretera. Entre las tres y las cuatro el coronel Marshall combatió con la infantería mexicana en las laderas de la montaña y el fuego de ambos bandos continuó a intervalos, hasta que oscureció [...] Cuando cesó el fuego el comandante en jefe regresó a Saltillo [...] Nuestras tropas armadas permanecieron toda la noche en las posiciones que ocupaban [...] El enemigo había logrado apoderarse de la cima durante la noche y la madrugada, pasando a la izquierda y por detrás de nosotros [...] Todo parecía indicar que el ataque principal sería por el lado izquierdo [...] Más o menos a esa hora vimos regresar de Saltillo al comandante en jefe con sus acompañantes. Apenas llegó ocupó su posición en el centro de la línea de batalla desde donde podía ver y conducir todas las acciones del día. A las ocho un gran cuerpo de mexicanos-infantería, lanceros y tres piezas de artillería- bajó desde el camino principal hacia nuestro centro [...] La rapidez y precisión del fuego de artillería dispersó y mermó esta fuerza [...].
>
> Cuando se daba este movimiento, una gran columna de infantería y caballería del enemigo, junto con la batería que se encontraba en la



ladera, avanzaron contra nuestro flanco izquierdo, defendido por el 2º regimiento de Indiana y la sección de artillería del teniente O'Brien, que respondió con brío el fuego enemigo [...] La infantería, sin embargo, en lugar de avanzar se retiró en desorden, y a pesar de los denodados esfuerzos de sus generales y oficiales, dejó indefensa la artillería y huyó del campo de batalla [...] El teniente O'Brien, sin el apoyo de la infantería, incapaz de enfrentar la columna que se precipitaba sobre él con nutrido fuego, regresó al centro dejando una de sus piezas: sus hombres y caballos, muertos o heridos, quedaron en manos del enemigo [...].

La columna mexicana retrocedía rápidamente, seguida por nuestra artillería, infantería y caballería. A pesar de nuestro fuego logró cruzar el torrente seco y alcanzar de nuevo la planicie de donde había bajado, ayudada por los accidentes del terreno. Mientras esto sucedía a la izquierda y en la retaguardia de nuestras líneas, nuestro centro, controlado por el comandante en jefe, a pesar de haber sufrido muchas bajas, se mantenía firme y resistió todos los esfuerzos del enemigo por romperlo.

Las fuerzas mexicanas, concentradas ahora en la izquierda, hicieron un movimiento temerario contra el centro, avanzando con todas sus fuerzas de la izquierda y del frente. En ese momento se ordenó avanzar al teniente O'Brien con su batería y detenerlas. Lo hizo de manera tan temeraria y con tal arrojo, que mantuvo la posición hasta que su fuerza de apoyo fue perseguida por contingentes mucho mayores. Casi todos sus hombres y caballos habían caído, y se vio obligado a abandonar su artillería, que cayó en manos del enemigo [...] Éste fue el momento más álgido y crítico de la batalla, y cuando nuestras tropas estaban a punto de ceder ante el embate de una fuerza mucho más numerosa, las baterías de los capitanes Sherman y Bragg llegaron de la retaguardia de la manera más oportuna y bajo el mando directo del comandante en jefe y con fuego bien dirigido detuvieron al enemigo, que estaba prácticamente ante las bocas de los cañones, y le hicieron retroceder con grandes pérdidas [...] Fue el último gran esfuerzo del general Santa Anna, pero el fuego continuó, de ambos lados, hasta el anochecer [...].[105]

[105] Wool, John E., "La batalla de Buenavista o de La Angostura", en Libura, Krystyna M. *et al.*, *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México: Tecolote, 2004, pp. 238-242.



Ya sabemos que esa noche Santa Anna ordenó inexplicablemente la retirada, lo que dio lugar a que Taylor se proclamara victorioso, sin que ello fuera cierto a cabalidad. En realidad, las pérdidas de ambos Ejércitos fueron enormes.

Abner Doubleday
MY LIFE IN THE OLD ARMY

Militar de carrera egresado de la prestigiada academia West Point, Abner Doubleday (1814-1893) es considerado el inventor del beisbol. Nieto de un veterano de la Guerra de Independencia de Estados Unidos e hijo de un editor de periódico, participó en la Invasión norteamericana de 1846. Después combatiría a los indígenas seminoles de Florida y participaría asimismo en la Guerra de Secesión.

Doubleday fue uno de los 5 000 soldados estadounidenses que participaron en la Batalla de La Angostura, el 22 y 23 de febrero de 1847, conocida en Estados Unidos como la Batalla de Buenavista. La historiografía de cada país tiene sus propias denominaciones: Angostura es un accidente orográfico y Buenavista el nombre de una hacienda; para nosotros aquella fue la Invasión norteamericana, para los invasores fue la Guerra de México. Doubleday sobrevivió a la batalla donde perdió la vida medio millar de paisanos suyos y 700 mexicanos. Santa Anna ordenó inexplicablemente la retirada el día 23 y puede considerarse que ningún bando obtuvo realmente la victoria, aunque los americanos se la atribuyeron ante su opinión pública.

Después de la Batalla de La Angostura, rumbo a Saltillo relata:

> A nuestro paso vimos numerosos cadáveres de hombres y bestias [...] Algunos heridos me llamaban en su propia lengua: "*¡Oh, señor Comandante!, no me deje morir aquí de hambre y de frío*". Al ver los carros aproximarse, algunos hacían el intento de subirse a ellos, pero la mayoría conservaba una



serenidad impresionante y se esforzaba por arrastrar sus cuerpos mutilados en busca de resguardo bajo un matorral o en un repliegue del terreno [...] Cuando contemplé el paso de una de las carretas colmada de heridos, me sentí abrumado y angustiado, sentimientos que se volvieron insoportables al escuchar los patéticos gemidos de los hombres. No deseaba ser más tiempo testigo de aquello y espoleando mi caballo, apresurado regresé a Saltillo [...].

Durante cuatro días, después de terminada la batalla, siguieron llegando a la ciudad largos convoyes de carros con soldados heridos pertenecientes al desorganizado ejército mexicano, que habían sido abandonados por sus compañeros. Durante semanas, prácticamente en todas las casas de la calle principal de Saltillo se veía a los cirujanos mexicanos con las manos empapadas de sangre y rodeados de individuos miserables aguardando su turno, en espera de que les practicaran la amputación de uno o más de sus miembros. Era un espectáculo frecuente ver piernas y brazos recién amputados recargados en las puertas de las casas. Nuestros cirujanos tampoco estaban ociosos. Toda la calle era un largo hospital [...].

Después de hacer una visita a los oficiales heridos, el mayor Stein y el teniente French, cruzamos la plaza y entramos a la catedral. El edificio estaba repleto de heridos y en muchos lugares el piso tenía manchas de sangre. No permanecí mucho tiempo en la iglesia, pero sí el suficiente para ver a los médicos preparar una intervención quirúrgica. Yo estaba impresionado porque nuestros pobres compañeros no emitían ni una queja; aguardaban silenciosos. Su silencio volvía más estremecedora la escena [...].

La primera ejecución que vi en mi vida fue en Saltillo. Cinco notorios asesinos y ladrones fueron condenados de manera sumaria a morir ahorcados, sin que les instruyera juicio el general [John E.]. Hamtramack, del Regimiento de Virginia, por entonces gobernador militar de la ciudad. Días antes habían asesinado a algunos soldados enfermos de Mississippi, cuyas ropas se encontraron en poder de los reos. Fue imposible localizar testigos que los incriminaran, pues ningún mexicano se atrevió a declarar en su contra por miedo a las represalias del resto de la gavilla. Incluso, un buen número de personas declaró en su favor.



Para la ejecución, se colocó a los reos sobre una carreta, con lazos atados al cuello, pendientes de un elevado sostén de madera:

> Momentos después se dio al conductor del carro la orden de avanzar y los cinco quedaron balanceándose y estremeciéndose en el aire. Al mismo tiempo, todas las campanas de la ciudad comenzaron a sonar y la plaza se llenó con los gemidos y los gritos desgarradores de los parientes de los muertos. Una vez extinguido cualquier signo de vida, trompetas y tambores iniciaron una enérgica marcha mientras las tropas volvían a sus cuarteles.[106]

William P. Schwartz

CARTAS

Las imágenes del improvisado fotógrafo estadounidense William P. Schwartz, pueden ser consideradas, al parecer, las primeras fotografías de guerra a nivel mundial. Inventado el daguerrotipo por el francés Louis Daguerre en 1839, un ejemplar de este aparato se ubicaba en Saltillo hacia 1847 y el soldado voluntario Schwartz, del Ejército invasor, tuvo acceso a él. Además de varias tomas precursoras de la fotografía, dejó algunas cartas donde se lee este romance (por cierto, qué poco romántico es pasearse por un campo de batalla):

> Estoy de regreso de un paseo a caballo por el campo de batalla, el que hice en compañía de la más hermosa *señorita* de Saltillo y la región. Te voy a dar algunos datos para que la vayas conociendo, pues quizás la puedas ver en persona algún día. Ella es tan alta como la hermana Elizabeth y tiene un cuerpo muy parecido al que tenía nuestra hermana cuando era soltera –pues no sé cómo luzca ahora–. Su piel es de un bellísimo tono moreno, su cabello negro y posee

[106] *Ibid.*, p. 168.



una personalidad sumamente distinguida. Es tan rica como la crema y ella misma maneja su fortuna, aunque vive todavía con sus padres en Torrecillas [vieja hacienda al oriente de Saltillo]. Ahora está de visita en la casa de su tío, quien es ex gobernador de la ciudad [...].

Fui presentado a ella hace dos semanas en la casa de su tío y hoy llegó al campamento montada en el caballo de mejor estampa que yo haya visto en México. La atendían siete sirvientes; seis varones vestidos de librea y una mujer [...].

Me ofrecí a escoltarla por el campo de batalla; ella aceptó gustosa, con enorme molestia para un puñado de jóvenes deseosos de "poner su dedo en ese pastel". Monté a caballo y partimos. Le mostré los lugares en donde la lucha fue más cruenta. Cabalgamos junto a las tumbas de los mexicanos y vimos los cuerpos de dos de ellos en el fondo de una barranca, que de seguro no vieron los prisioneros encargados de enterrar a los demás. A pesar de esas escenas, nunca desapareció la sonrisa de su rostro.[107]

Thomas Yates Lundie
LETTERS FROM MEXICO

El joven soldado estadounidense Thomas Yates Lundie (1829-1848) fue voluntario durante la invasión a México, de seguro más por aventura que por patriotismo. Racista y despectivo contra los mexicanos, a quienes llamaba por ese apodo (*greaser* o grasoso) que hasta hoy subsiste utilizado por los norteamericanos menos educados, murió de fiebre en Parras con pena y sin gloria (como bien dice don Javier Villarreal Lozano). Jamás combatió y permaneció acantonado en Coahuila.

Un año después de la batalla estuvo en La Angostura: "Los cuerpos de los *grasosos* permanecen tirados en el campo, y parecen tan grasosos como

[107] Schwartz, William P., "Cartas", en Villarreal Lozano, J., *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002, pp. 183 y 184.



un trozo de tocino. Ningún animal come sus despojos; incluso los lobos los desprecian y cuando tienen hambre prefieren cavar en las tumbas de los soldados norteamericanos”.[108]

En cambio, en Parras, escribe: “Sus habitantes son las personas más inteligentes que he conocido [...] Es el pueblo más bello de México. Hay muchos viñedos rodeados de macizos de rosales. La fruta estará pronto en sazón. Es notable la abundancia de guisantes, papas y tomates. Esta es una hermosa parte del país, de hecho, la única que he visto”.[109]

“Saltillo es otro lugar bonito. Es tan grande como Petersburg [Virginia] y posee la iglesia más espléndida que haya contemplado jamás. Tiene imágenes de los apóstoles, la Virgen y el Salvador, en el exterior y en el interior”.[110]

Bien se ve que este pobre muchacho no fue un hombre de mundo.

James K. Polk

DIARIO 1845-1849

Descendiente de una familia irlandesa que vino a América en el siglo xviii, James Knox Polk nació en 1795 en Carolina del Norte, hijo de un granjero. Cuando tenía 11 años de edad se trasladaron a Tennessee, donde las actividades agropecuarias en las que él ayudaba hicieron rico a su padre. Estudió Derecho en la Universidad de su estado natal y, después de ejercer en un bufete, tuvo una carrera política sólida y relativamente corta: diputado local y luego federal, gobernador de Tennessee y undécimo presidente de Estados Unidos, de los 49 a los 54 años de edad, posición a la que llegó por una mera coyuntura circunstancial como tercero

108 Lundie, Thomas Y., “Letters from Mexico”, en Villarreal Lozano, J., *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002, p. 190.

109 *Idem.*

110 *Idem.*



en discordia. Su *Diario 1845-1849* es muy extenso y se publicó hasta 1910. Luis Cabrera seleccionó todos los asientos relativos a México, los tradujo y los publicó en dos tomos, en 1948.

Con base en nuestra Constitución de 1824, se expidió la Ley Federal de Colonización y así el Gobierno autorizó a Stephen Austin a promover colonias en Texas. Ya desde 1813, José Bernardo Gutiérrez, aliado con Augustus M. Magee, había proclamado la República de Texas, sofocándoles el Gobierno virreinal. En 1826 se estableció de manera efímera la texana República de Fredonia (de *freedom*: libertad) por los hermanos Benjamín y Hayden Edwards; asimismo, frustrados, en el mismo año, John Dunn Hunter quiso fundar un país indio entre México y Estados Unidos; en 1836 los texanos anglosajones, dirigidos por Samuel Houston, decidieron separarse de México; el 1º de marzo de 1845 Estados Unidos resolvió la anexión de Texas, culminando un plan gestado desde dos décadas antes, cuando se promovió la colonización.

La Guerra de Estados Unidos contra México se inició en abril de 1846 y, aunque el presidente Polk intentó disfrazarla como reacción a las supuestas agresiones mexicanas, en realidad fue una afrenta imperialista de expansión y de conquista. Desde su campaña presidencial, Polk aseguraba: "No tengo ninguna vacilación para declarar que estoy a favor de la inmediata reanexión de Tejas al territorio y gobierno de los Estados Unidos",[111] y dice *reanexión* porque sostenía que Texas originalmente formaba parte de Louisiana y había pertenecido a su país. En su discurso de toma de posesión como presidente, el 4 de marzo de 1845, declaraba con cinismo: "Nuestra Unión es una Confederación de Estados independientes, cuya política es la paz de uno con otro y con todo el mundo. Ensanchar sus límites equivale a extender el dominio de la paz sobre territorios adicionales y sobre millones de habitantes. El mundo no tiene nada que temer de la ambición militar de nuestro gobierno".[112]

---

[111] Polk, James K., *Diario 1845-1849,* México: Antigua Librería Robredo, 1948, vol. II, p. 4.
[112] *Ibid.*, p. 7.



A un mes de haber asumido la presidencia, Polk inició la guerra contra nuestro país, y a los tres meses ya había ocupado Nuevo México y California. El general Zachary Taylor dirigió la invasión por Nuevo León y el general Winfield Scott tomó Veracruz y después la Ciudad de México. El presidente Peña y Peña tuvo que aceptar la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo del 2 de febrero de 1848 y aunque perdimos la mitad del territorio nacional, en realidad México se salvó de una pérdida mayor e incluso de una anexión total, como veremos.

El negociador estadounidense Nicholas Trist desobedeció a Polk –a favor de México– al firmar el Tratado, pues el presidente americano había modificado sus pretensiones territoriales originales, aumentándolas. El propio Trist confesaba en una carta: "Si aquellos mexicanos hubieran podido ver dentro de mi corazón en ese momento, se hubieran dado cuenta de que la vergüenza que yo sentía como norteamericano, era mucho más fuerte que la de ellos como mexicanos. Aunque yo no lo podía decir ahí, era algo de lo que cualquier norteamericano debía avergonzarse".[113]

Más de un siglo después, Robert Kennedy "se refirió a esa guerra diciendo que era uno de los episodios más deshonrosos del pasado norteamericano".[114] Los historiadores estadounidenses Connor y Faulk aseguran "que el conflicto mexicano fue de alguna manera pérfido, que los Estados Unidos fueron los instigadores del conflicto con su vecino del sur y que, de hecho, la guerra resultó peculiarmente contraria a los principios norteamericanos".[115] La anexión reforzó a los estados esclavistas del sur y fue antecedente directo de la Guerra de Secesión que culminó con la abolición de la esclavitud (más de medio siglo después de que el padre Hidalgo lo hiciera en México).

Así se sincera Polk: "Expresé mi opinión de que deberíamos reparar por nuestra propia mano los ultrajes que se nos habían hecho [...] para poner

[113] Sobarzo, A., *Nicolás Trist, el negociador norteamericano*, México: Diana, 1990, p. 232.

[114] Connor, Seymour V., y Faulk, Odie B., *La guerra de intervención 1846-1848,* México: Diana, 1975, p. 21.

[115] *Ibid.*, pp. 15 y 16.



remedio a las injurias y agravios que hemos sufrido [...]".[116] El 13 de mayo de 1846:

> Dije que, aunque no hubiéramos ido a la guerra con propósito de conquista, sin embargo, era claro que al hacer la paz podríamos obtener, si era factible, California y alguna otra parte del territorio mexicano que fuera suficiente para indemnizar a nuestros reclamantes contra México y para sufragar los gastos de la guerra que aquella Nación nos obligaba a emprender por sus largos y continuos ultrajes y perjuicios.[117]

Al paso del tiempo las ambiciones de Polk crecían: "Advertí [el 30 de junio de 1846] que en todo caso deberíamos obtener la Alta California y Nuevo México, en el Tratado de Paz que hiciéramos".[118] A propósito de un documento posterior, confesaba: "Las objeciones contra la publicación consisten en que ésta equivaldría a proclamar ante México y ante el mundo entero nuestros planes para la prosecución de la guerra, particularmente respecto a California".[119] El 13 de abril de 1847 las pretensiones aumentaban, como puede verse en un proyecto de Tratado: "Debiendo cederse a los Estados Unidos todas las provincias de Nuevo México y la Alta y Baja California. Había una estipulación en un artículo separado concediendo a los Estados Unidos el derecho de paso a través del Istmo de Tehuantepec [...]. Manifesté la esperanza de que esta frontera y la concesión pudieran obtenerse".[120] Para el 4 de septiembre de 1847 Polk amenazaba: "Que si México continuaba obstinadamente rehusándose a tratar, opinaba yo decididamente en el sentido de que se insistiera en la adquisición de más territorio, además de las provincias mencionadas";[121] y tres días después agregaba:

116 Polk, James K., *op. cit.*, vol. I, pp. 43 y 48.
117 *Ibid.*, p. 63.
118 *Ibid.*, p. 95.
119 *Ibid.*, p. 98.
120 *Ibid.*, p. 254.
121 *Ibid.*, p. 321.



Presenté a la consideración del gabinete la cuestión de que puesto que el gobierno mexicano había continuado tercamente rehusándose a entrar en negociaciones para la paz [...] me manifesté igualmente favorable a la adquisición del Departamento de Tamaulipas, si esto se consideraba factible [...].[122]

Los informes extraoficiales que se han recibido demuestran que México se ha rehusado a tratar de paz sobre los términos que los Estados Unidos pueden aceptar; y ahora es claro que la guerra debe proseguir con mayor fuerza y con mayor energía. Debemos imponer contribuciones y vivir a costa del enemigo.

Opinaba yo, además, que el anunciar ahora que México tenía que pagar los gastos de la guerra, excitaría a ese pueblo terco e irrazonable, y le impediría entrar en negociaciones.[123]

El 23 de noviembre de 1847 ya se manejaba abiertamente en el gabinete de Polk que "se tomara todo México si era necesario". De hecho, se desató un fuerte movimiento en Estados Unidos que se autonombraba "Todo México", por supuesto anexionista y esclavista.

Polk no oculta su posición a favor de la esclavitud:

Supe que después de un agitado debate en la Cámara de Representantes, aprobó ese Cuerpo una resolución, pero con una perversa y tonta enmienda, declarando que en ningún territorio que se adquiriera mediante el Tratado con México, debería permitirse la esclavitud. No se puede concebir qué relación pueda haber entre la esclavitud y el hacer la paz con México [...]. Más de la mitad del período de sesiones ha transcurrido y están todavía en discusiones sobre la esclavitud y sobre politiquerías de partido, y no han aprobado ninguna de las medidas esenciales que yo les recomendé como indispensables para una prosecución vigorosa y próspera de la guerra [...].

[122] *Ibid.*, pp. 322 y 323.

[123] *Ibid.*, pp. 126 y 330.



> En vez de resolver sobre las grandes medidas que necesita el país, gastan día tras día y semana tras semana en una discusión peor que inútil respecto a la esclavitud.[124]

Muy vergonzoso fue para México el contacto que tuvo con Polk en febrero de 1846, por un enviado de Santa Anna (el coronel A. J. Atocha), manifestándole que ese funesto personaje quería firmar un tratado para vender territorio a Estados Unidos, pero que era imposible llevarlo a cabo sin la presión de una guerra; de hecho, invitaba a que se iniciara:

> Continuó dando su opinión y según dijo, la del general Santa Anna, sobre que los EE. UU. deberían tomar enérgicas medidas antes de que pudiera efectuarse ningún arreglo. Dijo que nuestro ejército debería marchar inmediatamente [...] Que es bien sabido que el gobierno mexicano está imposibilitado para pagar en efectivo [las supuestas deudas], y que cuando vieran una fuerza considerable lista para dar el golpe en sus costas y en la frontera, no tenía duda de que sentirían el peligro y convendrían en la línea divisoria que se sugería.[125]

En diciembre de 1847, Polk escribió: "Informé al gabinete que había yo recibido noticias de que antes de que la ciudad de México fuera tomada, el general Scott y el señor Trist habían hecho un arreglo para entregar a Santa Anna un millón de dólares como pago secreto si él estaba conforme en celebrar un Tratado de Paz".[126]

Asimismo, fue vergonzosa la actitud de algunos yucatecos que, en agosto de 1845, se declararon neutrales en el conflicto de México contra Texas y Estados Unidos. Y más aún, confía Polk a su *Diario* el 27 de abril de 1848:

124 *Ibid.*, pp. 108, 195 y 198.

125 *Ibid.*, p. 28

126 *Ibid.*, p. 348.



> Se recibió hace uno o dos días una comunicación del gobernador de Yucatán al secretario de Estado, fechada el 25 de marzo de 1848, invocando la ayuda de Estados Unidos para salvar a la raza blanca de ser exterminada por los indios [en la Guerra de Castas] y ofreciendo, en caso de que la ayuda solicitada les fuera concedida, que entregarían el 'dominio y soberanía' de Yucatán a los Estados Unidos.[127]

El negociador yucateco, Justo Sierra O'Reilly, visitó a Polk para entregarle en persona la carta y el presidente americano tuvo buenos ojos para la propuesta, "con tal de no ver que Yucatán caiga en manos de Inglaterra".

Igualmente, el Gobierno de Estados Unidos tenía motivos para avergonzarse, empezando por malos manejos dentro del Ministerio de Guerra, especialmente en los departamentos de Intendencia y Comisariado, en la compra de pertrechos para la invasión a México:

> El informe revela que una suma sorprendentemente grande en estos dos Departamentos se ha retirado de la Tesorería en los dos últimos meses. Es indispensable una explicación [...].
>
> Le pregunté por qué no se compraban en México caballos y mulas, que pudieran obtenerse en gran número y que estuvieran acostumbrados al clima, cuando podían conseguirse allá por la cuarta parte del precio que tendría que pagarse en Estados Unidos. A esto no pudo darme una contestación satisfactoria, si no es la de que él creía que los caballos y las mulas de los Estados Unidos eran más grandes y mejores que los de México. Me molestaba el despilfarro y la estupidez de comprar estos animales en Estados Unidos y transportarlos luego a México a gran costo.[128]

El propio Polk revela: "Mi hermano William H. Polk, que repetidas veces me ha apremiado para que le dé yo un puesto en el ejército, estaba muy deseoso

[127] *Ibid.*, p. 432.
[128] *Ibid.*, pp. 237 y 304.



de que le nombrara para el puesto de mayor que dejaba el mayor Emory. Después de pensar el punto resolví acceder a sus deseos".[129] No menos penoso fue este incidente legislativo:

> Supe que había habido gran desorden en ambas Cámaras durante la sesión de esta noche, y lo que es más de sentirse, que varios de sus miembros, según se me dijo, estaban muy excitados por la bebida. Entre otros se me dijo que los senadores Webster y Barrow estaban completamente borrachos, hasta el punto de que este último caballero estuvo escandaloso y pendenciero. Por lo que se me dijo, el espectáculo fue de lo más bochornoso.[130]

Por otra parte, la viuda de Agustín de Iturbide visitó a Polk para pedirle que le pagara la pensión que le cubría el Gobierno mexicano y que se encontraba suspendida por la guerra.

J. J. Williams
EL ISTMO DE TEHUANTEPEC

COMO ERA USUAL EN EL SIGLO XIX, LOS LARGOS TÍTULOS QUE SE ACOSTUMBRABA PONER A LOS LIBROS CONSTITUÍAN CASI UN ÍNDICE O DESCRIPCIÓN DE SU CONTENIDO; TAL ES EL CASO DE ESTE: *EL ISTMO DE TEHUANTEPEC. Resultado del reconocimiento que para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico ejecutó la Comisión Científica, bajo la dirección del Sr. J. G. Barnard, mayor del grupo de ingenieros de los Estados Unidos, y resumen de la geología, clima, geografía, industria, zoología y botánica de aquella región, ilustrado con varios grabados y mapas y arreglado y preparado por el ayudante principal J. J. Williams, para la Compañía del Ferrocarril de Tehuantepec*

---

[129] *Ibid.*, p. 318.
[130] *Ibid.*, p. 107.



erigida en Nueva Orleáns. Esta obra no es meramente técnica, pues tiene diversos capítulos con datos de interés más general; fue publicada casi simultáneamente en inglés y en español en 1852. El ferrocarril no llegó a construirse en esa época.

La feracidad en la región del istmo de Tehuantepec era notable: "Los árboles crecen a una altura inmensa y los hay valiosos por las maderas que de ellos se sacan; por las gomas, aceites y bálsamos que destilan; por las propiedades medicinales que poseen o por los frutos y flores que producen".[131] A propósito de los bosques, no hay que desechar estos conocimientos del pueblo, quizás sustentados por alguna base científica, aunque desconocida: "Los cortadores derriban los árboles en la [luna] menguante porque, aunque parezca extraño, es un hecho bien conocido que en ese tiempo están los árboles libres de savia, y más sólidos que cuando se cortan en la llena [...] Hice poco caso de esta creencia popular, hasta que vi por experiencia que era fundada: los insectos atacarán maderas que no tocarían, si han sido cortadas después de la luna llena".[132]

Williams informaba acerca de los diferentes habitantes de la región que exploró:

> Los indios [huaves] de Santa María del Mar están familiarizados con las señales que indican la proximidad de los vientos: si las cumbres de las montañas de Guichicovi y de San Miguel Chimalapa, vistas desde la costa, están cubiertas cerca de ponerse el sol de un vapor de color de pizarra, es señal de que al día siguiente soplará norte, y que durará tantos días cuantos estén cubiertas de iguales nubes las cumbres de aquellas cordilleras. Vapor de igual color visto a la misma hora en el horizonte del Pacífico, anuncia viento del sur para el siguiente día.[133]

[131] Williams, J.J., "El istmo de Tehuantepec", Nueva York, D. Appleton & Company, 1852, *apud* Iturriaga, J., *Viajeros extranjeros en el estado de Oaxaca*, Oaxaca: Gobierno del Estado, 2009, p. 135.

[132] *Idem*.

[133] *Ibid*., pp. 135 y 136.



Los temas zoológicos tienen relevancia en este informe, aunque las suposiciones hechas por los técnicos estadounidenses desconocían el concepto de *equilibrio ecológico*: "No hay duda de que desaparecerán muchos de estos animales cuando se despeje de bosques el terreno; pero se conservarán los que son útiles, que prestarán al hombre especial ayuda en sus necesidades comunes y aumentarán la riqueza del país con la exportación de las producciones que se lograrán por su medio".[134]

Al parecer, el aseo de los lugareños estaba vinculado a la abundancia de emidosaurios: "Al sur del Istmo los habitantes son más limpios que en el norte y se bañan con frecuencia, pues los arroyos tienen menos profundidad y están libres de caimanes, que abundan de un modo extraordinario en los ríos y arroyos de la ladera del norte".[135] No menos temibles eran los jaguares:

> Los indios les tienen mucho miedo generalmente, y no atravesarán solos por los bosques en donde se sabe que abundan. Los juchitecos son una excepción de esta regla, porque de formas más atléticas y hombres de más valor que los demás habitantes del Istmo, no vacilan en atacar, aun solos, al tigre, muchas veces sin más armas que un machete: al verlo, se cubren parcialmente con una frazada de lana o algodón que cuelga del brazo izquierdo mantenido horizontalmente: y como el tigre no puede distinguir entre la sombra y la realidad, se arroja sobre la parte más voluminosa y al pasar recibe en el pescuezo un golpe dado diestramente con el machete, que por lo común le es fatal.[136]

Con respecto a los antropoides, el peligro consistía en un descalabramiento:

> Se reúnen generalmente en grandes partidas y atacan cuando se les molesta en sus guaridas con una lluvia de palos secos que arrancan de los árboles; y el que pasa cerca de un grupo de estos animales singulares, no está

[134] *Ibid.*, p. 136.
[135] *Idem.*
[136] *Idem.*



> enteramente libre de sus armas arrojadizas. El guarino, por sus gestos y vehemencia, se asemeja a un orador disparado; es algo más interesante y sirve a menudo para divertir al viajero en las fastidiosas jornadas de esta parte de la república.[137]

La voracidad del primer ecocida, el hombre, casi siempre lo ha llevado a encontrar prácticas cinegéticas indebidas: "Para coger el pescado usan los habitantes de una especie de vid que los botánicos llaman *Sapindus Saponaria*: las fibras de esta planta machacadas y esparcidas en el agua, tienen una influencia embriagante que hace que el pez se quede atolondrado en la superficie, donde lo cogen fácilmente; y aunque está prohibido bajo penas severas este modo de pescar, lo emplean extensamente".[138]

Adentrados en las materias zoológicas, pasemos a este repugnante dato de la entomología istmeña:

> El moyaquil, que se encuentra comúnmente en las hojas de una especie de plátano silvestre, es un gusano que a veces causa gran molestia a los hombres y animales: es tan diminuto y trabaja con tal sutileza, que penetra en la carne sin que se perciba. Allí, va aumentando de tamaño y fuerza, hasta que forma una protuberancia que se vuelve una úlcera penosa si se descuida; y el gusano al mismo tiempo se va introduciendo hasta que penetra al hueso, de donde es excesivamente dificultoso extraerlo sin instrumentos quirúrgicos.[139]

Mucho más amables son las cochinillas, pequeños animales que durante varios siglos proveyeron de color rojo a los textiles del Viejo y del Nuevo Mundo: "La grana, tan celebrada por el rico y brillante tinte que produce, se encuentra en la costa del Pacífico, en donde crece con abundancia

---

137 *Idem.*

138 *Idem.*

139 *Ibid.*, pp. 136 y 137.



el *cactus coccinellifer* de que se alimenta aquella; en otro tiempo se criaba con gran cuidado este insecto y era un artículo valioso de comercio, hasta que se descubrieron los tintes químicos franceses".[140]

Otro animalillo ayudaba al exótico embellecimiento de las indígenas: "Se entretejen el pelo con cintas de colores vivos, dejándolo caer por el cuello formando trenzas negras y brillantes, o lo recogen bonitamente alrededor de la parte de atrás de la cabeza, entrelazado de flores y lo sujetan con un peine semicircular; y cuando hay alguna fiesta, se iluminan el pelo con un escarabajo llamado *cucullo*, que arroja una luz fosfórica".[141]

Marvin Wheat

CARTAS DE VIAJE POR EL OCCIDENTE

"Cincinnatus" fue el seudónimo que usó Marvin Wheat cuando publicó, en 1857, en California, el libro ***Travels on the western slope of the mexican cordillera...*** De las 51 cartas que lo integran, El Colegio de Jalisco tradujo y publicó, en 1994, las 29 que se refieren al periplo mexicano, esto es la travesía por mar de Mazatlán a San Blas y luego la terrestre hasta Manzanillo, donde se embarcó de nueva cuenta. Este viajero estadounidense avecindado en San Francisco estuvo aquí durante dos meses de 1856 y sus epístolas fueron dirigidas a un supuesto amigo, "el Señor Agrícola". Minucioso en sus descripciones y con múltiples referencias a materias de botánica, zoología, geología, geografía y otros aspectos, Wheat tiene un marcado interés por la agricultura y los asuntos fabriles, especialmente de la industria textil, del papel e ingenios azucareros.

140 *Ibid.*, p. 137.

141 *Idem.*



Su llegada a San Blas no es muy entusiasta:

> No requeriría de un esfuerzo sobrehumano convencerse de que sólo la avaricia, pecado que a menudo cuesta la vida, impulsa a la naturaleza humana a soportar este pueblo [...] En los pantanos abundan ranas, serpientes y otros reptiles propios de la zona tórrida [...], niguas, jejenes y mosquitos y otros demasiado numerosos [...] Los cienpiés son comunes y son vistos por los nativos con pánico peculiar [...] A veces los mosquitos nublan la vista y más bien harían pensar en un inminente eclipse de sol, aun a mediodía [...] Todas estas consideraciones y circunstancias conspiran, sin lugar a dudas, para poner a San Blas casi en la misma categoría de insalubridad e incomodidad que Veracruz [...].
>
> En estos patios [de Tepic] las bellas y virtuosas matronas y doncellas del Anáhuac pasean al amanecer o al anochecer, o cuando la naturaleza pide ejercicio para promover su salud y darles un buen humor poco común en los hábitos sedentarios [...].
>
> La impresión que se graba en la mente de uno al recorrer las ciudades mexicanas –excepto al atardecer– es que se deambula por un lugar de prisiones: el espesor de los muros, los macizos portones y las rejas de hierro en las ventanas contribuyen a realzar ese efecto. Si no me equivoco, la melancolía es un padecimiento común en México y no me parece descabellado pensar que este tipo de mansiones, por lo que evocan en la imaginación, contribuyan a desencadenar esa enfermedad [...] También atravesamos barrios [de Tepic] en los que maleantes, ladrones y rateros tienen sus guaridas en las que urden sus infernales planes y vigilan los movimientos de los ciudadanos honrados para cometer sus fechorías.[142]

En la misma ciudad nayarita escribe: "Yo nunca antes había visto soldados mexicanos ocupados activamente en llevar a cabo un objetivo, y debo confesar que su aspecto siniestro y repugnante daría envidia a la misma muerte".[143] Cerca de allí, en la Hacienda de la Labor, Wheat informa:

---

[142] Wheat, M., *Cartas de viaje por el Occidente,* Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 1994, pp. 7, 8, 10, 31 y 37.

[143] *Ibid.*, p. 62.



> Cuenta con una población de alrededor de 600 almas, consistente en su mayor parte de trabajadores indios, los cuales, como los esclavos sureños, obedecen la voz del amo y eso en una forma mucho más humilde y servil que aquéllos. Aunque México presume que sus hijos e hijas gozan de libertad, sin embargo, la mayoría de ellos vive bajo el yugo de una servidumbre [...] Estas mujeres que laboran como peones, hagan lo que hagan de trabajo, siempre conservan puesto el rebozo; rara vez lo prenden con alfileres como en otros lugares [...] Su dieta, muy simple, consiste en carne con chile colorado, tortillas, camotes, pan elaborado de una planta llamada jatrophia, y los frutos propios de la región como ajos y cebollas. No toman ni café ni té, por lo común los sustituyen con agua fría. La principal diversión de esta clase de gente consiste en peleas de gallos, corridas de toros, carreras de caballo en las llanuras, tirar el lazo con certeza infalible, y fandangos acompañados y alegrados con violines y guitarras, tamborines y algunas veces alegre música vocal. Generalmente acaban en pelea con una o dos muertes para pagarle tributo al placer.[144]

Esta referencia es a Tlaquepaque, hoy conurbado con Guadalajara: "Se encuentra un pequeño pueblo llamado San Pedro, que para las personas ricas y desocupadas es el lugar de moda para pasar una temporada, en especial durante la canícula. Allá pueden verse las mansiones de los ricos tan elegantemente adornadas".[145]

Un tema recurrente en estas *Cartas* es la supuesta pereza del pueblo mexicano (lo cierto es que la variedad de mestizos, nuestras 62 etnias y las condiciones naturales de 32 entidades federativas condicionan una gran diversidad de perfiles de conducta):

> Esta incapacidad o falta de interés para cultivar en gran escala, incluso para el día de mañana, que se da entre el pueblo mexicano, revela con claridad a las mentes inteligentes de otras naciones su indolencia natural, que demasiado a menudo engendra enfermedades resultantes de la hambruna [...]

[144] *Ibid.*, pp. 79, 89 y 90.
[145] *Ibid.*, p. 168.



> Todo conspira para que el viaje derive en un rodeo de casi 400 millas a través de Guadalajara y Zapotlán hasta llegar a Colima. Los mexicanos toman este largo camino y aconsejan a los extranjeros que hagan lo mismo; aparentemente tal vez no deseen que su país sea explotado por gente inteligente o con capacidad de juicio; o pudiera atribuirse al hecho de que son tan indolentes e inclinados a la inactividad que suponen que los demás tienen tan pocas ganas de moverse como ellos [...] Llegué a la conclusión de que este país es como un bloque de mármol en bruto que necesita el cincel de un Fidias y el genio persuasivo y protector de un Solón para que sus cualidades latentes se pongan de relieve.[146]

Como buen anglosajón protestante, este escritor critica de modo acérrimo al clero católico hispanoamericano:

> He de confesar que no pude reprimir una sonrisa al ver al obispo de Tepic sobre un coche bien hecho y lustroso, tirado por dos bayos grandes y hermosos, con ricos arreos, y saber que poco antes todo había llegado de Estados Unidos, la tierra de herejes. Mi regocijo se vio acrecentado al ver al sacro personaje así instalado pasar por las calles, y a la chusma medio desnuda y muerta de hambre con los sombreros en la mano [...].
>
> Se trata de la iglesia de la fe católica, donde los devotos y píos de corazón se postran ante su Dios y sus santos en solemne reverencia, impetrando perdón, y son perdonados incluso los impíos publicanos y ladrones que infestan la República, y los rateros, entre los santos. De este sagrado altar se va cada cual por su camino con el corazón ligero y, a la primera oportunidad, comete los mismos pecados otra vez, y de nuevo es misericordiosamente perdonado y paga un pequeño óbolo como penitencia [...].
>
> He notado que generalmente es el domingo por la mañana el día y la hora que escogen los peones mexicanos para llevar sus productos a vender al mercado. Es razonable pensar que el venerable y piadoso clero no pone objeciones a ello pues le significa poder cobrar pequeños estipendios a cambio de perdonar los pecados a estos pobres mercaderes, quienes como

[146] *Ibid.*, pp. 32, 69 y 130.



> buenos cristianos creen de corazón que estos padres, que aunque vistan el ropaje eclesiástico, son los políticos más hipócritas e intrigantes de la República Mexicana, tienen por inspiración divina el poder de perdonar pecados tanta veces cuantas sean cometidos, siempre y cuando se ofrezca una limosna en expiación [...] Sería interesante preguntarse dónde ha sido depositado todo ese oro durante siglos. Tal vez esté a buen recaudo en los ocultos cofres de Sus Beatísimos Vicarios [...] Es muy dura la tarea que tienen encomendada de mejorar y adelantar el país desde el punto de vista agrícola y científico, aherrojado y enredado como está por la influencia del clero, que continuamente estrecha con puño de Hércules las cadenas de hierro que unen a la Iglesia y el Estado. ¡Esta unión es una maldición política y moral, y resulta ruinosa! [...] El resto de los edificios es de construcción miserable, lo que muestra que la concentración de la riqueza está en las santas manos de los virreyes de Dios, astutos financieros y piadosos impostores de la justicia, los sentimientos, la razón y el juicio.[147]

Como para corroborar sus críticas, Wheat proporciona una interesante estadística: que en los conventos de monjas en México había "unas 1 540 profesas, unas 740 muchachas y 880 sirvientas".[148]

Para concluir, veamos los argumentos raciales de Wheat:

> Existen otras causas ajenas al clima que influyen poderosamente contra el progreso de los mexicanos, y la principal es la mezcla de las diferentes razas, sobre todo la raza blanca y la india. La primera se degrada, en cambio la segunda sube en la escala del progreso. Otra de las causas es el derecho al voto que se extiende a todo mexicano del color que sea. ¡Esto, en semejante país, casi coloca al hombre blanco, a pesar de la gloria de su linaje ancestral, al mismo nivel y condición del hombre salvaje de la selva![149]

[147] *Ibid.*, pp. 26, 34, 65, 66, 147 y 171.

[148] *Ibid.*, p. 257.

[149] *Ibid.*, pp. 146 y 147.



Princesa de Salm-Salm
QUERÉTARO. APUNTES DE SU DIARIO

La princesa de Salm-Salm, hija de franceses, nació en Nueva York en 1840 con el nombre de Agnes Le Clercq. Se casó en 1862 con el príncipe austriaco de Salm-Salm, inquieto militar que peleó en Europa, en la Guerra de Secesión en Estados Unidos y poco después en México al lado de Maximiliano, de quien llegaron a ser muy cercanos él y su esposa. El secretario particular del emperador de pacotilla, José Luis Blasio, decía de esta vigorosa mujer: "Llena de ideas románticas y de muy nobles sentimientos; corría sin cesar de Querétaro a San Luis Potosí, donde hablaba con Juárez deseando a toda costa salvar al Emperador. En Querétaro se propone hacerlo evadir y al efecto, lo que no puede obtener por medio de súplicas, lo quiere obtener a fuerza de oro".[150]

En una de esas audiencias con Juárez, dice ella: "El Presidente me dio la mano y me condujo al sofá, donde por supuesto, Jimmy se había ya establecido".[151] Sorprendente lo del tal Jimmy, pues se trata del perro faldero de la señora, quien por lo visto no sabía de protocolo.

Hay una famosa escena que incluso quedó plasmada en un lienzo al óleo, probablemente de Manuel Ocaranza:

> Eran las ocho de la noche cuando fui a ver al señor Juárez quien me recibió al momento. Estaba muy pálido y parecía padecer mucho. Con labios temblorosos imploré la vida del Emperador, o a lo menos una suspensión de la ejecución. El Presidente dijo "que no podía conceder ninguna suspensión, para no prolongar la agonía del Emperador, quien debía morir en la mañana del día siguiente". Al oír estas palabras terribles, no pude dominar mi dolor.

[150] Salm-Salm, Princesa de, "Querétaro. Apuntes del diario", en *El sitio de Querétaro*, México: Porrúa, 1982, p. 132.

[151] *Ibid.*, p. 144.



Temblando y sollozando caí de rodillas. Rogaba con ardientes palabras que provenían del corazón, y que en este momento no recuerdo.

El Presidente hizo esfuerzos para alzarme; mas abarqué sus rodillas y no quise Ievantarme, hasta que no me concediera la vida del Emperador; pensé que debía ganársela luchando. Vi que el Presidente estaba conmovido: tanto él, como el señor Iglesias, tenían los ojos humedecidos de lágrimas. Me dijo con voz baja y triste: "Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida. No soy yo quien se la quito; es el pueblo y la ley que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida a él, y aún pediría la mía también".[152]

Precavida la joven y guapa dama, aquí se cura en salud de sus andanzas de soltera:

El caballero que me había acompañado desde México, había ya tomado la delantera para anunciar mi llegada [a Querétaro]. Cuando mandé mi tarjeta al general Escobedo, salió del grupo de los oficiales allí reunidos un capitán de color rubio, saludándome como antiguo conocido desde los Estados Unidos, aunque yo no podía recordarle. Era un capitán Enking, quien había sido teniente de Artillería en la División del General Blenker y que decía haberme servido una vez de escolta al visitar su campamento.

Supe después que ese joven se ha jactado de conocerme muy íntimamente, aunque yo no pude recordar siquiera su cara. También más tarde se condujo de la manera más despreciable y parece que jamás ha disfrutado una gran estimación ni entre sus mismos compañeros, y menos de parte del General; pues este último rehusó con bastante frialdad los servicios de intérprete que Enking le ofreció, y prefirió mandar llamar para el mismo objeto a un mexicano que sabía inglés.[153]

[152] *Ibid.*, p. 164.
[153] *Ibid.*, p. 143.



Esta mujer era "de armas tomar", textualmente hablando, como se puede ver:

> [...] mas en el momento en que iba a abrir el zaguán para entrar en mi casa, el capitán que me servía de escolta, cerró la puerta estrepitosamente e hizo un ademán, como si quisiera retenerme por la fuerza. Sólo al pensarlo me enfurecí tanto que me sentí demudar el color; con la velocidad del relámpago tomé en mi mano el pequeño revólver que llevaba siempre en la bolsa, y lo dirigí sobre el pecho del capitán asustado, a quien grité: "capitán, tóqueme usted sólo con un dedo, y usted será muerto".[154]

Ya más tranquila, la estadounidense confiesa:

> Hasta entonces había yo estado naturalmente incomodísima contra el general Escobedo; pero reflexionando bien en lo que yo trataba de hacer y que no era nada condescendiente, debo reconocer, con el mayor agradecimiento, que he sido tratada de veras con la mayor cortesía y consideración, no sólo por el general Escobedo, sino por el mismo señor Juárez y por sus ministros; en una palabra, con raras excepciones, por todos los mexicanos con quienes estuve en contacto.[155]

Albert S. Evans
NUESTRA HERMANA REPÚBLICA

El coronel y periodista estadounidense Albert S. Evans (1831-1872) estuvo en México durante 1869 y 1870 dentro de la comitiva del secretario de Estado de su país, quien venía en misión comercial, y recorrieron desde Manzanillo hasta Mérida a lo largo de cuatro meses. En su libro *Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico*, Evans tuvo buenos

[154] *Ibid.*, p. 161.
[155] *Ibid.*, p. 163.



ojos para México, comparándolo con frecuencia con Estados Unidos, a nuestro favor. Asegura que nuestra nación, por los "recursos ilimitados de riqueza, un día habrá –que espero llegará en breve– en que será considerada, y con razón, como el paraíso del mundo".[156]

Acerca de la religiosidad de nuestro pueblo, manifestada en las iglesias, dice que "vienen a rendir culto en serio y no son hipócritas o incrédulos. Por eso yo los honro sobre muchos de mis paisanos".[157] En una concurrida fiesta en Guadalajara, admite que "en un baile de ese tamaño, en Estados Unidos jamás habría visto tantas mujeres tan bellas".[158] En Sayula atestiguaron una premiación escolar donde "los niños de sangre completamente indígena fueron los que se llevaron la mayoría de los premios" y observa que "los niños mexicanos son un modelo del buen comportamiento, y ese elemento pendenciero que desgraciadamente está tan presente en los jóvenes de nuestras ciudades del norte, simplemente no existe aquí".[159]

También en Sayula (donde el señor Escandón era dueño del lago, para la explotación de sosa), éste les ofreció una cena "que por lo perfecta, y por su suntuosidad y por su preparación no podría haber sido superada en el hotel más fino de Nueva York",[160] ágape acompañado con vinos elaborados allí mismo, parecidos a los mejores de Málaga. No sorprende entonces que en otro momento agregue: "Es algo extraordinario que en México a uno nunca le dan un platillo mal guisado, es más, están guisados a la perfección. Yo diría que nosotros en Estados Unidos no sabemos nada de cocina [¡eso se llama autocrítica sensata!]".[161]

[156] Evans, Albert S., "Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico", en *Cien viajeros en Veracruz,* México: Gobierno del Estado de Veracruz, 1992, vol. VI, p. 215.

[157] Evans, Albert S., "Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico", en Muriá, José Ma., y Peregrina, A., *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX,* México: INAH, 1992, p. 269.

[158] *Ibid.*, p. 256.

[159] *Ibid.*, p. 224.

[160] *Ibid.*, p. 226.

[161] *Ibid.*, pp. 229 y 230.



En Orizaba presenció una feria popular que incluía juegos de azar, como la ruleta, y se sorprende: "Lo más singular de este juego en gran escala es el perfecto orden que prevalece entre la multitud. No vi a un solo hombre borracho, ni escuché una sola palabra de enojo o escarnio entre los miles de jugadores".[162]

También le azora "que la gente de los pueblos donde los días de los santos se festejan con furor, igualmente se deleitan con diversiones tan crueles como las corridas de toros y las peleas de gallos. Zapotlán es un buen ejemplo de la unión de la piedad y la brutalidad".[163] Informa que en Zacatecas y en otros estados ya estaba prohibida la llamada fiesta brava.

En el Hospicio Cabañas de la capital tapatía, vio que los huérfanos o abandonados eran niños blancos, pues "los indios y los mestizos no abandonan a sus hijos en las calles para que se los coman los perros, aunque sean ilegítimos".[164] Como contraste, allí mismo había ciegos y oyó la versión de que algunos indios "mutilan a sus hijos de esta manera para que puedan pedir limosna o para que no tengan que enlistarse en el ejército".[165]

En fin, entre otras numerosas informaciones, Evans escribe que los indios que llevan mercancías al mercado, al regreso cargan piedras "como lastre para darles tracción";[166] que la costumbre holandesa de dar regalos en Navidad, generalizada en Estados Unidos, en México "parece tener poca difusión";[167] que en el puerto de Veracruz se organizó una pelea entre un oso pardo de California y un toro, resultando muerto este último; que una botella de tequila "se considera un buen regalo para un amigo";[168] que en el panteón tapatío de Belén se enterraba a los republicanos de un lado y a los

[162] Evans, *op. cit., en Cien...*, p. 212.
[163] Evans, *op. cit.*, en Muriá..., p. 219.
[164] *Ibid.*, p. 238.
[165] *Idem.*
[166] Evans, *op. cit., en Cien...*, p. 207.
[167] *Ibid.*, p. 210.
[168] Evans, *op. cit.*, en Muriá..., p. 231.



imperialistas del otro; y que entre el pueblo menesteroso era frecuente ver niñas de 14 años ya con un hijo en brazos.

William C. Bryant
Una visita a México

Periodista y poeta, William Cullen Bryant fue propietario y editor del *Evening Post* de Nueva York y vino a nuestro país en 1872, a los 77 años de edad. Por sus amables reseñas del viaje se le consideró como amigo de los mexicanos. No obstante, en 1846 había expresado su apoyo al presidente Polk a favor de hacer la guerra en contra de México. En sus artículos reunidos bajo el título de *Una visita a México*, Bryant rescata una cruenta anécdota sucedida años atrás, destacando que los tiempos ya habían cambiado:

> Una procesión pasó por las calles conduciendo la eucaristía, u hostia consagrada, probablemente para alguna persona rica. El pueblo en las calles se arrodilló, excepto un norteamericano que tenía una pequeña zapatería y que por casualidad estaba parado a su puerta. Un individuo de la multitud lo golpeó para que se pusiera de rodillas, por lo cual él se retiró al interior de su tienda. Esto indignó tanto al pueblo en la calle que varios se precipitaron detrás de él a la tienda. Uno de ellos, con una daga, le causó una herida mortal. Al cónsul norteamericano le informaron sin dilación del asesinato, acudió a las autoridades competentes y les pidió que presentaran al delincuente ante la justicia. Le respondieron que nada podía hacerse, porque por la disposición del populacho, si se tomaban medidas para castigar al culpable, la casa de su víctima sin duda sería destruida y sus habitantes serían destrozados. Así era México hace poco. Este salvaje fanatismo ha terminado. Hoy día no se permite que la eucaristía sea transportada abiertamente por las calles. Las leyes



de Reforma ordenaron que la eucaristía sólo fuera transportada en un carruaje cerrado.[169]

John Watson Foster

LAS MEMORIAS DIPLOMÁTICAS DE MR. FOSTER SOBRE MÉXICO

John Watson Foster fue embajador o ministro de Estados Unidos ante el Gobierno mexicano, de 1873 a 1880. Presentó sus cartas credenciales al presidente Sebastián Lerdo de Tejada; a su derrocamiento mantuvo relaciones extraoficiales con Porfirio Díaz, mismas que se formalizaron cuando el futuro dictador convocó a elecciones y resultó presidente constitucional.

Nieto de un inmigrante inglés, Foster nació en Indiana en 1836; estudió allí y finalmente concluyó la carrera de leyes en la Universidad de Harvard. Litigó algún tiempo en Cincinnati y luego se vinculó a la política. Fue antiesclavista y participó tres años y medio en la Guerra de Secesión. Trabajó activamente en la campaña para la reelección del presidente general Ulysses Grant y ello le valió poder aspirar a la Embajada norteamericana en Suiza; no vio cumplidos sus deseos, sino incluso rebasados al ser designado para la representación en México, la que ostentó durante siete años. Su gestión aquí fue con una actitud sencilla, moderada y prudente, al decir de Genaro Estrada. Llegó a ser el decano del cuerpo diplomático en la Ciudad de México.

En 1881 fue designado ministro de Estados Unidos en Rusia, en 1883 en España y en 1892 fue secretario de Estado. En los intervalos que se dieron entre esas comisiones, fue consultor jurídico de la legación mexicana en Washington y de otras embajadas. Desempeñó muy diversos encargos diplomáticos hasta

[169] Bryant, William C., "Una visita a México", en Chapman, A., *México y el señor Bryant*, México: FCE, 1984, p. 168.



1907. Murió 10 años después, en ese lapso de tiempo tuvo la oportunidad de volver algunas veces a México en viajes de placer.

Foster escribió varios libros: *Un siglo de diplomacia americana, Diplomacia americana en Oriente*, *Práctica diplomática* y *Memorias diplomáticas.* De este último, *Diplomatic memoirs* (Boston-Nueva York, 1909), se tradujo en 1929 la parte concerniente a México y fue editado por Genaro Estrada bajo el título de *Las memorias diplomáticas de Mr. Foster sobre México.* Aunque el título es restringido, lo cierto es que estas memorias son mucho más que diplomáticas. Las memorias de Foster retratan a la sociedad mexicana del último tercio del siglo XIX, con sus usos y costumbres.

Además, el ministro norteamericano y su esposa hicieron numerosos viajes por el centro de la República, algunos de ellos a caballo. El más largo, un periplo de tres meses, fue un recorrido de la capital al bajío, siguiendo a Guadalajara, Colima y Manzanillo; de ese puerto navegó a Mazatlán y luego visitó Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey y Matamoros. Un barco de guerra mexicano lo transportó de ese puerto tamaulipeco a Veracruz y de allí viajó en ferrocarril a la Ciudad de México.

Foster fue apasionado excursionista y en varias ocasiones comentó que sus viajes por el interior del país le mostraron que los peligros eran menores que las versiones alarmistas de algunos amigos. No obstante, nos dejó esta imagen de la capital del país:

> Al otro lado del valle, lugar favorito para celebrar kermesses, se encontraba el bello suburbio de San Ángel, donde la corriente que baja de la montaña, recién salida de su nívea fuente, se precipita en forma de cascada; y "El Desierto", amplio monasterio abandonado, oculto entre la espesura en lo alto de la montaña. Todas estas excursiones por el Valle se efectuaban a caballo, portando invariablemente los caballeros armas de fuego, y cuando en la comitiva se encontraba un Ministro extranjero, el Gobierno enviaba una escolta militar de caballería. En los turbulentos tiempos de la Administración Lerdo y cuando se encontraba en actividad la revolución de Díaz,



> los salteadores volvían peligrosos los caminos a la vista misma de la Capital y los plagiarios hacían peligrosa la residencia en el campo. Las diligencias del interior las "paraban" con no poca frecuencia y los pasajeros tenían que entrar a la ciudad vestidos únicamente con periódicos.[170]

Acerca de su colega, el embajador germano, Foster transmitió este "sabroso" chisme:

> El primer Ministro alemán durante mi residencia, el Conde Gustavo Enzenberg, era un diplomático experimentado y un caballero de ilustración, pero un poco excéntrico. Llevaba muy visibles cicatrices en la cara, las que no eran índice de servicios militares. A la edad de setenta y seis años se enamoró de su sobrina que tenía menos de la mitad de su edad. Debido a su protestantismo y a su parentesco consanguíneo, hubo que pedir dispensa de la Iglesia, pues la sobrina era una ferviente católica y él no vaciló en quejarse entre sus íntimos amigos sobre que era un procedimiento muy costoso. La ceremonia del casamiento que se celebró en la capilla particular del Arzobispo [de México], se verificó a las cuatro de la mañana [...]. Como la boda se celebró al día siguiente de nuestro Día Nacional de Gracias, que estábamos celebrando con un baile en la Legación, " la seguimos" y nos fuimos del baile al Palacio del Arzobispo.[171]

En aquella época, el único ferrocarril existente en la República Mexicana era el que unía a la capital con el puerto jarocho. En una ocasión, Foster hizo ese viaje en un tren especial nocturno, para evadir el peligro de grupos levantados en armas:

> Cuando todo estuvo dispuesto, los pasajeros se reunieron en la estación y el tren, inusitada mente largo, partió a medianoche para poder pasar la parte

[170] Foster, John W., *Memorias diplomáticas*, México: Porrúa, 1971, p. 17.
[171] *Ibid.*, pp. 20 y 21.



> montañosa y peligrosa del camino con luz del día. El gerente colocó banderas americanas a vanguardia y retaguardia del tren, según dijo en honor mío, pero realmente era para impedir que cualquiera partida revolucionaria se sintiese inclinada a detener nuestro viaje. Los pasajeros viajaban llenos de presentimientos y constantemente estaban alerta del peligro; pero llegamos a Veracruz sanos y salvos y se regocijaron de encontrar que el vapor estaba listo para sacarlos del afligido país. Generalmente se creyó me había puesto en comunicación con los revolucionarios y obtenido la seguridad de dejar paso libre al tren; pero tal circunstancia no tenía fundamento.[172]

Muy divertida es esta otra anécdota relativa al prófugo Porfirio Díaz, perseguido, con razón, por el Gobierno del presidente Lerdo de Tejada:

> [Díaz] se dirigió a Nueva Orleáns y allí tomó pasaje, disfrazado y bajo un nombre supuesto, en el vapor correo americano para Veracruz. De paso el vapor hizo alto en Tampico, pero debido a la barra tuvo que anclar dos o tres millas mar adentro. Aquí tomaron pasaje para Veracruz cierto número de oficiales del ejército regular mexicano que conocían bien a Porfirio Díaz y éste adquirió la certidumbre de que lo habían reconocido. De ser esto así, su captura en Veracruz y su ejecución parecían ciertas. Esa noche se tiró al mar, que generalmente hierve de tiburones, calculando poder ganar la costa a nado, pues era un atleta y un gran nadador. Pero el grito de "hombre al agua" fue lanzado por el vigía, se botó una lancha y fue devuelto al vapor en presencia de muchos pasajeros. Como el mayordomo estaba en el secreto de su viaje, lo tomó inmediatamente a su cargo, lo escondió y no se le volvió a ver. Al llegar el buque a Veracruz se comunicó a los empleados de Gobierno acerca de su presencia a bordo y la guardia del puerto practicó una minuciosa búsqueda, pero Díaz no pudo ser hallado. Llegó a la playa a salvo en forma que jamás se llegó a saber en público y pronto volvió a aparecer entre sus fieles adictos en las intrincadas montañas de su estado natal.[173]

[172] *Ibid.*, pp. 72 y 73.
[173] *Ibid.*, p. 74.



Por cierto, que Porfirio Díaz debió a los buenos oficios del ministro Foster y su esposa, el inicio de la "conquista" de Carmelita Romero Rubio:

> A la vuelta del Sr. Romero Rubio, él, su esposa y su hija mayor visitaban con frecuencia la Legación en nuestros martes de recepción regulares. En una de esas noches el Presidente Díaz nos honró con su presencia. La hermosa y encantadora hija de su implacable enemigo, el antiguo Senador y Ministro del Gabinete, llamó su atención, y pidió a la Sra. Foster que lo presentara con ella, lo cual hizo con cierto temor conociendo la antipatía política que existía. Esta amistad maduró con el tiempo hasta convertirse en enlace matrimonial y la atrayente hija del jefe lerdista llegó a ser "la primera dama del país". Al país le resultó ser esta una alianza de primer orden.[174]

La maduración de la amistad entre Díaz y Carmelita es una apreciación romántica del embajador Foster. En sus memorias, Lerdo reproduce una carta de su ahijada, la joven Romero Rubio, que el 10 de enero de 1885 le confiaba que su matrimonio con el Gral. Díaz había sido obra exclusiva de sus padres.

John Watson Foster hace gala, con frecuencia, de un buen humor anglosajón. Su amistad con Vallarta, secretario de Relaciones Exteriores, hizo que en un viaje a Jalisco prodigaran a Foster entusiastas recepciones:

> En otra población donde experimenté una recepción por el estilo y mientras se alistaba el relevo [de las mulas], uno de mis compañeros de viaje se bajó a tomar un refresco y el vendedor le preguntó quién de nosotros era el arzobispo. Él pensó, naturalmente, que todo aquel repicar de campanas de las iglesias no podía ser por otra persona sino por el más elevado personaje de la autoridad eclesiástica. Si él hubiera sabido qué clase de hereje era aquel en cuyo honor se hacía todo aquel ruido, sin duda que su disgusto hubiera sido grande.[175]

174 *Ibid.*, pp. 96 y 97.

175 *Ibid.*, p. 124.



Acerca de las reelecciones de Porfirio Díaz, Foster observó cómo era el proceso:

> Durante los siete años que permanecí en México, visité con frecuencia las casillas electorales en días de elección, mas nunca vi que un ciudadano depositara un voto y rara vez encontré personal alguno en las casillas, además de los empleados para la elección. Un comerciante americano, que había residido por muchos años en la ciudad de Oaxaca y que se había captado la estimación del pueblo, en contestación a m; pregunta acerca de las elecciones, dijo que una de las casillas se establecía siempre cerca de su tienda y que generalmente él se pasaba la mayor parte del día de la elección charlando en compañía de miembros de la "mesa" [electoral]. Me expuso que era una ocurrencia muy rara que algún ciudadano viniera a votar a la casilla, siendo los empleados instaladores de la casilla las únicas personas que votaban, quienes llevaban a cabo el acto con la gravedad más ceremoniosa imaginable. Todo el mundo sabía que las elecciones eran una farsa: los funcionarios que había que "elegir" eran designados por el Gobernador y un grupo especial y la lista de los electos se conocía generalmente antes de tener lugar la elección.[176]

Acerca de la política educativa del presidente Díaz, el autor de las memorias hacía esta reflexión, en un viaje por Guadalajara:

> Puedo haber hecho mención en mis cartas de León que me ha sorprendido bastante que en cada una de estas dos importantes ciudades del interior, como también en Guanajuato, el Gobierno está empeñado en la construcción de magníficos teatros, en los que se gastarán centenares de miles de pesos, en tanto que ninguna de ellas tiene, hasta donde pude observar, un edificio decente para escuela pública. No me pareció correcto hacerles notar, por más que lo deseaba, que en nuestro país los mejores edificios eran escuelas y que dejábamos para las empresas privadas y compañías la construcción de teatros.[177]

[176] *Ibid.*, pp. 45 y 46.



Henry Wadsworth Longfellow

Las campanas de San Blas

Henry Longfellow nació en 1807, en Estados Unidos. Poeta de inspiración romántica (vgr.: *Evangelina*), también destacó por la traducción de poemas españoles, sobre todo las ***Coplas*** de Jorge Manrique; murió en 1882 (fue padre del pintor Ernest Longfellow, quien realizó varias obras en México, entre ellas *La Garita de la Viga*).

Juan Ortega y Medina señaló que los versos sobre México, que aquí transcribimos, le fueron sugeridos a Longfellow por un artículo acerca de nuestro país aparecido en el *Harper's Magazine* de marzo de 1882. Esta es –se dice– la postrera poesía suya; "la última estrofa fue escrita nueve días antes de morir", este poema versa sobre el antiguo puerto nayarita y en él hablan las campanas desde las ruinas, con melancolía por el pasado virreinal y el poderío eclesiástico perdido:

Las campanas de San Blas
¿Qué dicen las campanas de San Blas
a los buques que cruzan rumbo al sur
desde el puerto de Mazatlán?
Para ellos no son otra cosa
sino el tumbo de la resaca en la playa,
nada más también para el capitán y el marinero.
Para mí, forjador de sueños.
Para quien lo que es y lo que parece
son una y la misma cosa frecuentemente.
Las campanas de San Blas
poseen una singular, extraña melodía,
y son algo más que un nombre.

[177] *Ibid.*, p. 126.



Porque las campanas son la voz de la iglesia;
doblan ellas con tonos que conmueven y buscan
el corazón del joven y del viejo.
Un sonido mismo para todos, y sin embargo, cada quien
le da interpretación diversa a su lengua;
múltiple y vario significado.
Ellas son la voz del pasado,
de una edad que se marchita velozmente,
de un poder grande y austero.
Cuando la bandera de España ondeaba
sobre esta tierra occidental
y el sacerdote era el señor del mundo.
La capilla que una vez mirara
orgullosa al pequeño puerto,
se ha desmoronado hasta hacerse polvo.
Y abajo, colgando ahora de vigas de encino
se balancean las campanas,
verdes de moho y herrumbre.
"¿Está, pues, la vieja fe muerta",
dicen, "y acaso en su lugar
se ha levantado alguna nueva fe
que nos obliga a permanecer
desnudas al sol y a la lluvia,
avergonzadas y sin abrigo?"
"En otros tiempos, en nuestra torre lejana,
cantábamos nuestras advertencias y quejas
sobre muros y tejas;
y en derredor nuestro
las blancas palomas llenaban el aire
como si fueran las almas blancas de los santos.
Los santos, ¡Ah! ¿Se han ido olvidando
de sí mismos?
¿Están dormidos o muertos?
¿Sus misiones arruinadas
que se abren al cielo
ya no están habitadas?



¡Oh!, devolvednos una vez más
los desvanecidos días de antaño,
cuando el mundo estaba henchido de fe.
Devolvednos el férvido celo,
los corazones de acero y fuego,
las manos que creen y construyen.
Entonces desde nuestras torres
de nuevo enviaremos nuestras voces de mundo
sobre la tierra y el océano,
como reyes exilados que regresan
a sus tronos, y así sabrá el pueblo
que el sacerdote es otra vez señor del mundo".
¡Oh, campanas de San Blas, en vano
invocáis nuevamente el pasado!
El pasado está sordo a vuestra súplica.
Fuera de las sombras de la noche
el mundo gira envuelto en luz;
la aurora ha llegado para siempre.[178]

Fanny Chambers Gooch

Los mexicanos vistos de cerca

Fanny C. Gooch nació en Mississippi, en 1842, y fue la octava de 13 hijos. Estuvo casada tres veces y su apellido de escritora lo tomó de su primer esposo, del cual enviudó. Después de haber vivido en Europa, durante el año de 1878 residió en Saltillo; poco después volvió a la Ciudad de México y allí permaneció siete años, viajando por buena parte del país. Murió en 1913. Además del libro que ahora nos ocupa, escribió otros más con tema mexicano, entre ellos: *The tradition of Guadalupe and Christmas in old Mexico*.

[178] Longfellow, Henry W., "Las campanas de San Blas", en Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, México: Antigua Librería Robredo, 1955, pp. 153-155.



Gooch llegó con poderosas recomendaciones de varios gobernadores estadounidenses, lo cual le dio acceso al propio presidente Díaz y a importantes líderes de la política y del sector privado. Obtuvo pases gratuitos para los diversos ferrocarriles y los usó ampliamente para conocer este país.

El libro *Los mexicanos vistos de cerca* es un ameno texto que interioriza en las costumbres familiares y sociales, rurales y urbanas, fiestas y personajes, cocina, música y tradiciones del México de fines del siglo XIX.

De la capital coahuilense llaman la atención estos curiosos "vendedores" ambulantes: "Inmediatamente se oyó un fuerte rumor de risas cercanas y una voz muy familiar para mi me tradujo humorísticamente el pregón del vendedor: simplemente preguntaba si no requería yo 'chichi', es decir, los servicios de una nodriza".[179] En ocasiones se trataba de una trabajadora de planta: "Los chicos dan a la *pilmama* el nombre familiar y abreviado de *nana*, escuchándose frecuentemente la expresión '¡Quiero a mi nana...!' La *chichi* no hace otra cosa que dar alimento al bebé, y no tiene permiso para ausentarse de la casa salvo bajo la vigilancia del ama de llaves".[180]

Gooch fue una admiradora de nuestro pueblo:

> [...] ni la cuna ni la educación tenían que ver con ello; se trataba más bien de un exquisito instinto natural, común a la población del país. Aún aquí, en [la hacienda de] Palomas, entre los lugareños sin instrucción de la clase trabajadora, y en particular entre las mujeres ignorantes y crédulas, que habían analizado mis prendas de vestir con una complacencia tan inocente, me llamó mucho la atención el que, a pesar de su conducta poco convencional, eran tan finas y corteses como duquesas reales.[181]

[179] Gooch, Fanny C., *Los mexicanos vistos de cerca*, México: Banco de México, 1993, p. 37.

[180] *Ibid.*, p. 384.

[181] *Ibid.*, p. 88.



La acendrada cortesía de los mexicanos, que a veces choca y les parece forzada a los forasteros, sobre todo sajones, Fanny la comprendía muy bien:

> Una vena de sentimiento y poesía corre [...] a través de cada detalle de sus vidas, que constituye la fuerza motriz de esa exagerada amabilidad que rige los intercambios sociales [...].[182]
>
> Hay, no obstante, un punto dificultoso en la etiqueta mexicana: el de sentar a los visitantes. Huéspedes y anfitriones compiten entre sí en cortesías que, en ese respetuoso concurso, suelen durar varios minutos. Cuando las visitas se despiden siempre se les ruega que permanezcan más tiempo, pero cuando ya deben retirarse la despedida es tan fervorosa como lo fue su recibimiento [...].[183]
>
> Los hábitos sociales no muestran signos de cambio o de disminución y muchos de ellos pueden parecer demasiado formales e inútiles; tienen sus orígenes en la tediosa etiqueta española y, en el fondo, no carecen de cierto encanto o significado que, en comparación con nuestros modales, tan libres e informales, hacen a uno desear el justo medio. Muchas de las costumbres son realmente admirables como manifestaciones de cultura, bondad y elegancia en comparación con las de nuestros directos, prácticos para los negocios y enérgicos compatriotas [...].[184]
>
> Se ha repetido que la galantería de estos caballeros [mexicanos] es fatigante y tediosa; sin embargo, en lo personal, apenas puedo concebir que una dama refinada no se sienta homenajeada al recibir sus corteses atenciones, pues ellos son en extremo puntillosos en la observación de las más insignificantes cortesías de la vida diaria: si suben una escalera acompañados por una dama, ésta siempre los toma del brazo, y cuando descienden, él las precede uno o dos peldaños, tomándolas firmemente de la mano con el fin de evitar un paso en falso. Esta atención la ofrecen incluso a las extranjeras con tanta naturalidad y con mucha mayor regularidad y prontitud que con la que nuestros compatriotas nos ceden a regañadientes sus asientos en el tranvía.[185]

[182] *Ibid.*, p. 174.
[183] *Ibid.*, p. 175.
[184] *Ibid.*, p. 253.
[185] *Ibid.*, pp. 256 y 257.



Este rasgo de la capital tiene que ver con la democracia:

> Con toda su grandiosidad, la catedral no es el lugar selecto para los actos de devoción que se pudiera pensar; campea dentro la verdadera democracia y así el más sucio y degradado de los léperos dispone de tanto espacio para sí mismo como la dama o el caballero más encumbrado, lo cual indudablemente constituye la verdadera intención y espíritu del Cristianismo, pero no puede uno menos que encontrarlo un poco molesto. Yo he contemplado a hombres sinceramente entregados a sus oraciones con decenas de pollos o de tantos guajolotes como pueden colgarse de sus hombros, y a mujeres portando sobre ellas cargas de legumbres como las que puede soportar un burro, o a uno o dos chiquillos chillando y retozando en los rebozos de sus madres, todos en tal número que impiden las meditaciones piadosas [...].[186]

Edith S. Fox
REMINISCENCIAS DE MIS DÍAS EN EL VIEJO MÉXICO

Nacida en 1872 en Nevada, Estados Unidos, Edith S. Fox llegó preadolescente en el último tercio del siglo xix al municipio sinaloense mineral de Elota, de nombre Rincón de Zamora, hoy completamente desaparecido, ni sus ruinas se ven con facilidad entre la maleza. Hija de un ingeniero norteamericano, al servicio de la compañía de la misma nacionalidad que explotaba esa mina, Edith escribió estas memorias mucho después, en 1943, ya de 71 años de edad. La niña se hizo mujer en Rincón de Zamora, pues allí vivió casi cuatro años, de 1884 a principios de 1888. Ya de vuelta en su país, contrajo nupcias en 1889 con Ed C. Dorsey. Edith murió en 1963, a los 91 años de edad.

[186] *Ibid.*, pp. 131 y 132.



Estas *Reminiscencias de mis días en el viejo México* fueron rescatadas bajo el nombre de *Luz de luna. Edith, la gringuita cronista de Sinaloa*. Conozcamos algunos fragmentos:

> La plaza de Mazatlán era un lugar hermoso a donde todo el pueblo iba a tomar el fresco de la noche, a pasear de arriba a abajo, dando vueltas y vueltas a la plaza mientras la banda tocaba música de mucho colorido. La gente rara vez se sentaba; pero aquí es en donde los jóvenes pasaban haciéndose "ojitos" unos a otros y no tenían otra oportunidad de encontrarse. Ningún chaperón podía evitar una sonrisa y una mirada por más estricto que fuera [...].[187]

La vida en Zamora, para los estadounidenses, no carecía de lujos:

> En México los cumpleaños nunca se celebran, sino los días del Santo [...] Este se suponía que iba a ser una sorpresa completa para mamá, pero una amiga que conocíamos muy bien nos lo dijo muy privadamente, de manera que pudiéramos estar un poco preparados, ya que iba a ser una ocasión de mucha significación [...] y en realidad, lo fue.
>
> Exactamente a las tres de la mañana se empezaron a oír sonidos leves de música a lo lejos, luego más y más cerca, hasta que llegaron a la ventana de mamá. Nuestro pueblo se jactaba de tener una orquestita muy buena, compuesta de arpa, guitarras, banjos y una corneta y también armónicas de varios tamaños y tonos. ¡Qué música! Ninguno de los músicos sabía distinguir una nota de otra y sin embargo, el efecto no era del todo malo.
>
> Bueno, todos nosotros por supuesto estábamos vestidos y esperando, así es que no pasó mucho tiempo para que se abrieran las puertas y la multitud entrara a la casa. Papá había preparado bastante coñac y vinos. Mamá había hecho muchos "país" y pasteles de todas clases y colores. Teníamos

[187] Fox de Dorsey, E. S., "Reminiscencias de mis días en el viejo México", en Lizárraga Arámburu, P., *Luz de luna*, Sinaloa: Caades, 1985, p. 31.



un comedor muy grande y la mesa estaba cargada con toda clase de bocadillos de los cuales todo mundo se sirvió a sus anchas [...].

Bien puedo recordar el interés que despertaba nuestra ropa "a la moda". Siempre teníamos los catálogos de vestidos que nos mandaban de San Francisco, así como el periódico *Chronical of S. F.*, al cual mi padre estuvo siempre suscrito durante nuestra estancia en México, así es que por lo menos estábamos enterados de lo que pasaba en el mundo.

> Mi madre cosía maravillosamente, así es que ambas estábamos siempre "al día" con nuestra ropa. Nos mandaban los zapatos de Mazatlán y yo siempre usé el tacón alto "francés", como se le llamaba en esos días. Solamente las españolas, gente acomodada, usaban esa clase de zapatos y siempre que yo estrenaba zapatos, las otras muchachas se me quedaban viendo con envidia. Los sombreros nos los mandaban directamente de San Francisco, así es que los nativos naturalmente sentían que éramos portentosos con todo este "show". Y se nos trataba de acuerdo con esta suposición [...].[188]

Obispo Foster

La catedral de Puebla

Acerca de este clérigo no sabemos casi nada. Probablemente fue estadounidense, pues lo menciona en su libro Fanny Chambers Gooch (ver capítulo atrás), y transcribe este texto del obispo Foster publicado en inglés en la revista *The Christian Advocate*, cuando estaba de visita en la ciudad de Puebla:

> La catedral en sí misma es sorprendentemente grande en todos sentidos, muy semejante a su más conocida y más famosa rival en la capital de la

[188] *Ibid.*, pp. 45 y 46.



República, y ocupa su rango entre las primeras veinte catedrales del mundo. Es más pura y tan opulenta como su gran competidora; sus capillas y altares dispuestos a lo largo de la nave son ricos en pinturas, imágenes y decoración. Su retablo mayor es de asombrosas proporciones, simetría y elegancia, impresionante en la manera como parece llenar el gran espacio abovedado. El coro, que ocupa la porción central de la nave, es de muy elaborado acabado de marquetería y tallas. Las vastas columnas y sus capiteles son de mármol mexicano, como lo son también todas las bases de los altares laterales. Donde quiera las piedras preciosas de México imparten belleza y valor substancial al interior del vasto edificio [...] Llega a nosotros de una época que no se repetirá [...] Su exterior no se compara con el interior, si bien es de amplia e impresionante apariencia, y de una mezcla universal de arquitectura española y árabe, a base de granito esculpido, y sobrepasando, por mucho, a todos los edificios que la rodean [...].[189]

Walter S. Logan
EL SITIO DE CUAUTLA

Walter S. Logan (1847-1906), abogado e historiador neoyorquino, presentó esta ponencia el 4 de abril de 1893 ante la Sociedad Histórica de Nueva York. En ella compara la Batalla de Bunker Hill acaecida en Boston en 1775, durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos, con el Sitio de Cuautla, que tuvo lugar entre el 19 de febrero y el 2 de mayo de 1812, cuando Morelos defendió esa ciudad en contra del asedio del realista Calleja. Recordemos que resistir el Sitio de 73 días fue heroico y romperlo para lograr salir fue un triunfo militar, aunque Calleja lo quiso aparentar como victoria suya. Leamos a Logan:

[189] Foster, O., "La catedral de Puebla", en Gooch, Fanny C., *Los mexicanos vistos de cerca*, México: Banco de México, 1993, p. 413.



Si consideramos cuidadosamente las dificultades que han superado los dos países, si pensamos en lo que ellos tuvieron que hacer comparado con lo que nosotros hemos hecho, y si contrastamos nuestro esfuerzo real con el de ellos, entonces veremos que la gente de México tiene derecho al mismo reconocimiento que nos damos a nosotros mismos [...].

[Hidalgo] falló, como cualquier otro hombre siguiendo una política así habría fallado. Le doy crédito por la pureza de sus motivos y la nobleza de su carácter, y admito que el grito elevado en Dolores en 1810 fue el inicio de una lucha que terminó con el triunfo de Independencia bajo Iturbide en 1821, y que redundó en el buen gobierno de Porfirio Díaz en 1876. Si bien reconozco y alabo su propósito y patriotismo, no puedo considerar a Hidalgo como un líder digno de la posición, o con derecho a ser puesto, ni por un momento, a un lado de nuestro Washington [...].

Morelos se valió de una educación y una disciplina persistentes, respaldadas por el ardor indomable y valor que mostraba en todo momento, y que comunicaba con éxito a aquellos que lo rodeaban. De este modo, pronto convirtió a esta masa salvaje y desunida en un ejército del que ni Washington ni Wellington se hubieran avergonzado [...].

En todos los registros históricos de actos de heroísmo, no hay nada que se compare con la retirada [de Cuautla], dispersión y reunión de este ejército de Morelos. En ese momento, la causa de la revolución casi parecía una esperanza vana. El cura patriota y las tropas a su mando sabían mejor que nadie cuánto tenían que luchar y lo grandes que eran las probabilidades en su contra. Sin embargo, hasta donde se sabe, estos cinco mil hombres, sin un solo desertor, se esparcieron por los llanos y las montañas, y se reunieron de nuevo al mando de su líder, ese cura lleno del mismo entusiasmo impertérrito que lo había sostenido todo el camino, y quien prefería morir por la libertad que vivir sin ella [...].

No he hallado en la historia a un sajón educado y culto más digno de amor y honor que este mexicano iletrado, Nicolás Bravo, quien vivió para ver el triunfo de la causa de Independencia, y para convertirse en presidente de la República Mexicana [...].

En mi opinión, aquellos que llevaron a México de la infancia de su libertad al desarrollo ordenado de hoy, quienes lo ayudaron en sus luchas por la Independencia a través de sus primeras guerras civiles y del combate contra nuestro país, cuando debimos haber sido un amigo en lugar



de enemigo, esos individuos que lucharon contra la Iglesia y la invasión francesa, están tan autorizados para llevar el nombre de estadistas como lo están los hombres que ganaron la Independencia de los Estados Unidos y nos dieron nuestra Constitución y forma de gobierno.[190]

William J. McGee

Los seris

William John McGee nació en 1853 en Iowa, Estados Unidos, hijo de un inmigrante (por supuesto, irlandés) y de una joven de Kentucky. McGee fue herrero, inventor, abogado autodidacta y también por sus propios medios aprendió alemán y latín; en diversos trabajos se desempeñó como geólogo, topógrafo y experto en suelos. Desde 1893 se dedicó de lleno a la antropología y la etnología. Cuando estudiaba a los indios pápagos de Arizona y norte de Sonora, casi por casualidad entró en contacto con los seris. Realizó dos expediciones para investigar a este grupo étnico, en 1894 y 1895. Sobre todos los temas mencionados, destacadamente disímbolos, este autor llevó a cabo numerosas publicaciones. Murió en 1912.

Los seris se ubican en tierras sonorenses, al norte de Bahía Kino, y son propietarios de la isla Tiburón por decreto presidencial. A pesar de que hubo numerosas referencias escritas a estos nativos durante todo el periodo novohispano, eran prácticamente desconocidos a fines del siglo XIX y fue McGee el primero en estudiarlos a fondo y darlos a conocer en su libro *Los seris*, que salió a la luz en 1898. Los expertos afirman que contrasta la excelencia informativa de este libro con el poco trabajo de campo que efectuó su autor para escribirlo; agregan que deben hacerse a un lado las duras y a veces rudas opiniones de McGee, para sólo atender sus valiosos datos. Como el investigador no hablaba

190 Logan, Walter S., *El sitio de Cuautla*, Cuernavaca: Municipio de Cuautla, 2017, pp. 17, 28, 31, 37, 41 y 45.



seri y sólo muy poco español, debió apoyarse en dos intérpretes "en cadena": un jefe seri bilingüe y un mestizo mexicano que hablaba inglés. Además, el expedicionista recolectó una gran cantidad de objetos etnográficos.

La etnia seri fue significativamente diezmada por los blancos durante toda la época colonial, sobre todo los primeros dos tercios del siglo pasado; cuando McGee entró en contacto con ella escribía que sólo eran 350 individuos y nada más 75 de ellos eran varones adultos (en 1997 se estimaba su población en 910 personas). Los ataques contra los seris los tornó sumamente belicosos y enemigos de los fuereños, mestizos u otros indígenas; este rasgo histórico no ha desaparecido por completo. En 1895 McGee aseguraba que no existía un solo seri con sangre mezclada:

> La característica tribal más fuerte es la implacable animosidad hacia los foráneos [...] Estiman, como la máxima virtud, derramar sangre ajena, mientras que el delito más terrible es la unión conyugal con alguien que no sea de su raza [...] Ese mismo sentimiento se manifiesta en el odio y el horror hereditarios hacia los extraños y que atestiguan su historia, su constante sed de sangre y las estrictas normas del casamiento adoptadas por la conservación de la pureza tribal; pues así como su virtud más elevada es el derramamiento de sangre ajena, su delito más negro es la transmisión de su propia sangre en canales ajenos.[191]

Respecto del origen de los seris, McGee apunta opiniones de diversas fuentes que remiten a una supuesta filiación china o al menos oriental; otros encuentran similitudes entre la lengua seri y la de los patagones con el galés y con el árabe.

La economía seri estaba determinada (y hoy sigue estándolo en buena medida) por el mar y por el desierto, limitada como está entre ambos hábitats. Destaca el caso de los quelonios, debido a los usos diversos que se les daban:

[191] McGee, William J., *Los seris*, México: INI, 1980, pp. 20 y 267.



La carne de la tortuga proporciona alimento; algunos de sus huesos sirven como herramientas; su caparazón se usa para cubrir la vivienda, constituyendo un sustituto muy conveniente del paraguas o la tienda de campaña, un escudo improvisado y una bandeja o cántaro de urgencia, así como también una cómoda cuna para el comienzo de la vida y ataúd convencional para el final; mientras que el único calzado nativo conocido es una sandalia hecha del integumento de una pata de tortuga [...].

Desembarcada la presa, se desprende el caparazón con golpes de hupf [primitiva herramienta de piedra] y los guerreros y sus mujeres de fuertes garras despedazan a girones a la tortuga en medio de un verdadero frenesí de sangre como el que se apodera de las bestias carnívoras; en unos instantes son devoradas [crudas] la sangre, las entrañas y las partes blandas del animal, y se sigue con la carne más dura a una velocidad que depende del hambre, hombres y mujeres por igual destrozando integumentos y tendones y huesos con el hupf, desgarrando otros tejidos con dientes y uñas, arrancando con la boca tiras de carne del caparazón y engulléndolo todo vorazmente si están muy hambrientos o deteniéndose para chamuscar y ahumar o siquiera medio asar los trozos más grandes, si no tienen tanta hambre. Cuando se trata de una presa demasiado grande para su consumo inmediato y los cazadores no están demasiado lejos de una ranchería, los restos del animal (incluyendo la cabeza, las patas y el caparazón) son puestos sobre el techo del jacal justo sobre la apertura que sirve de entrada –la convencional despensa seri– para que se ablande al sol durante horas o días; y cuando no están haciendo otras cosas, los habitantes del jacal, sobre todo los jóvenes, se entretienen en masticar golosamente esos bocados duros y gomosos. En época de abundancia, los primeros en apoderarse de esos trozos malolientes de carne madurada al sol son los niños, y luego, los perros-coyotes; y un pasatiempo favorito de los niñitos que gatean consiste en juntarse alrededor de un caparazón invertido, sostenidos por manos y rodillas, apiñando sus cabecitas dentro de sus apestosas profundidades, desplazando a los raros escarabajos carroñeros y moscardas de esta árida provincia, mascando las apófisis cartilaginosas y chupando y tragando una y otra vez los hilos tendinosos de las adherencias musculares hasta que, vencidos por la saciedad y los fétidos efluvios, se quedan dormidos con sus cabezas metidas en el caparazón, de donde sigilosamente los apartan los encogidos perros de raza ordinaria arrimados a la ranchería [...].



> Los muertos son vestidos con sus mejores prendas, envueltos y atados en pequeños fardos como las momias peruanas, colocados en tumbas no muy profundas y cubiertos con caparazones de tortuga, luego de llenarse las tumbas con tierra y con un montículo de piedras o zarzas espinosas como forma de protección contra los animales de rapiña [...].
>
> Los seris se alimentan principalmente de tortugas, pescado, moluscos, aves acuáticas y demás frutos del mar; también consumen animales de caza, cactus, frutos, habas de mezquite y algunos otros productos vegetales de su territorio estéril. Casi todo lo comen crudo. No siembran ni cultivan y carecen de animales domésticos, salvo perros que, en su mayoría, tienen sangre de coyote.[192]

Por cierto, que al igual que los tarahumaras, solían atrapar venados correteándolos y caballos salvajes, lo que efectuaban los varones adultos, a veces ayudados por las mujeres; los niños entrenaban cazando conejos de igual manera, persiguiéndolos varios.

> Un grupo de mujeres seris acordonaron una tropilla de caballos, agarraron y tumbaron a uno con tanta violencia que le rompieron el cuello, e inmediatamente le chuparon la sangre, engulleron sus intestinos y enterraron los trozos de su cuerpo descuartizado para que "maduraran", según su vieja costumbre.[193]

Volviendo a la pesca, tenían una muy singular: "Una técnica para obtener peces con la ayuda de pelícanos consistía en atar con una soga a un arbusto o una piedra a pichones o pelícanos lisiados para que fueran alimentados por los suyos; y entonces, a intervalos, un chico se acercaba sigilosamente para robarle al cautivo los peces de la bolsa de su pico".[194]

[192] *Ibid.*, pp. 18, 21 y 315-318.
[193] *Ibid.*, pp. 179 y 180.
[194] *Ibid.*, p. 325.

El tema de la alimentación debe redondearse con la escatofagia de los seris, que también reporta el jesuita Miguel del Barco entre indígenas de Baja California; esto informa McGee:

> Esta costumbre está vinculada a las cosechas de tuna; los seris comen enormes cantidades de estas frutas, que se digieren en forma imperfecta, sobre todo en lo que respecta a las semillas de dura envoltura que pasan por el organismo sin sufrir transformación; las heces que contienen estas semillas son conservadas con cierto cuidado y cuando la cosecha termina, todo el montón acumulado (que por supuesto, a causa de la sequedad del clima, se han desecado) es molido con un hupf en un ahst que no es otra cosa que otra piedra, y el producto obtenido es luego cernido exactamente de la misma manera que las hayas de mezquite, y también igual que en el caso de la harina de mezquite, el producto se come ya sea seco o en forma de atole [...] Hasta las evacuaciones ordinarias son conservadas en temporadas en las que no abundan otros alimentos [...] Hay lugares de entierro señalados por amontonamientos de guijarros o por montículos de zarzales espinosos en los sitios donde no se consiguen guijarros; y la mayoría de estos apilamientos de piedras o zarzas están complementados con montones de heces desecadas cuidadosamente almacenadas en conchas [...] Las acumulaciones de excrementos oscilan entre las 50 y las 500 conchas.[195]

El carácter agresivo de los seris se hacía más temible por el uso de dos armas mortíferas: sus dientes y sus uñas, utilizados en la lucha cuerpo a cuerpo.

Todas las facetas de la vida de este grupo son abordadas por McGee: la organización tribal en clanes de eje materno, el uso de flechas envenenadas, la poligamia, integrando a la familia a las cuñadas que enviudaban; en fin, la eliminación natural de los individuos más débiles por la vida muy difícil ante el desierto y el mar.

[195] *Ibid.*, pp. 348-350.



Una noticia curiosa fue la insólita visita de un mestizo a isla Tiburón, cruzando el estrecho en balsa y jalando a su mula que nadaba siguiéndolo: "A mitad de la travesía, el pobre animal, que iba nadando detrás de la balsa, de pronto se sumergió y luchó y al llegar a tierra salió del agua cojeando en tres patas; la cuarta se la había arrancado un tiburón".[196]

Stephen Crane
Cuentos mexicanos

Stephen Crane nació en Nueva Jersey, en 1871. Intentó estudiar minería, pero fue expulsado de la universidad. En 1891 se inició en el periodismo colaborando en el *New York Tribune* y para 1895 era corresponsal en México, donde vivió cinco meses. También cubrió las guerras grecoturca y la cubana de fin de siglo. Murió de tuberculosis en Alemania en 1900, a los 29 años de edad. Huérfano de padre desde los nueve años y de madre a los 20, usó la herencia de ésta para publicar su novela *Maggie*; durante su corta vida profesional, combinó la literatura con el periodismo.

Crane escribió varios cuentos que se desarrollan en nuestro país. "A matacaballo" relata la persecución que sufrieron un neoyorquino y su sirviente mexicano por parte de una banda local, huyendo a galope en un desierto norteño; finalmente son salvados por un grupo de policías rurales. Aquí algunos pasajes:

> José iba tapado completamente con su manta y traía hasta las cejas su enorme sombrero. Como un asesino, José seguía a su patrón a lo largo del borroso camino [...] Un mexicano así de abrigado puede sacar el brazo con el que pelea con agilidad y elegancia, con el solo encogimiento del hombro al desenfundar el arma de su cinturón. (Así usan siempre el sarape los mexicanos) [...] Oyó discutir a dos hombres con palabras breves, insultantes,

[196] *Ibid.*, p. 178.



> como tiros de pistola; se decían peores majaderías que las que dice el común de los mortales en otros países [...] En ese instante dejó caer la mano sobre el cinturón y de su boca saltó un epíteto: una espantosa palabra que con frecuencia antecede a las puñaladas, una palabra propia de México, país en el que la gente tiene que cavar hondo para encontrar un insulto que no haya perdido su valor.[197]

El siguiente cuento, "Los cinco ratones blancos", tiene lugar en la Ciudad de México. Dos jóvenes estadounidenses conocidos como "los Chamacos" son los protagonistas; hay una partida de dados en el bar La Casa Verde y se apuestan las entradas a un circo. Después de la función se registra un conato de pleito con unos mexicanos, resuelto sin violencia alguna con sólo desenfundar una pistola. En la cantina hay un "moreno mesero" y un chef francés que insulta "a sus asistentes mexicanos":

> Tras el aguacero de costumbre, una multitud de carruajes invadió la tranquila calle y lanzó su musical estrépito hasta La Casa Verde. Los escaparates de los negocios relucían con el alumbrado y los paseos se veían llenos de jóvenes, inexpertos y acechantes, vestidos con la vanidad dictada por supuestas modas. Los policías, arropados con sus capas de gnomos, colocaban a media calle sus linternas como obstáculos a los carruajes. La ciudad de México entregaba los hondos tonos naranja de su resurrección vesperal [...].
>
> Que un hombre [...] vaya al circo no quiere decir que se rebaje a las diversiones de un infante, pues el Circo Teatro Orrín es uno de los mejores del mundo [...].
>
> A medianoche, en México, cualquier callecita que se abre camino entre los muros de la ciudad es tan oscura como la boca de una ballena en alta mar. Esta vez, nubes muy pesadas cubrían a la capital y el cielo estaba pálido. Los balcones no proyectaban sombra alguna.[198]

---

197 Crane, Stephen, *Cuentos mexicanos*, México: FCE, 1997, pp. 7, 10, 11 y 13.

198 *Ibid.*, pp. 32, 39 y 44.



El último cuento se titula "Los audaces. Detalle de la vida de los estadounidenses en México" y sus protagonistas son los mismos "Chamacos" del cuento anterior. Organizan una carrera entre dos cantineros: uno ya de cierta edad, pero muy veloz, y otro más joven que aparecía como favorito; la competencia se realizó a media noche en el Paseo de la Reforma:

> El Café Colorado tiene una fachada en blanco y dorado en la que se instalaron unas ventanas enormes con los tan comunes emplomados en México [...] Con frecuencia se escuchaban los gritos como de cotorros de vendedores distantes [...] En México, por lo general, las calles de la ciudad se vacían y quedan en tinieblas poco después de las nueve de la noche. Tal vez haya algún fisgón, pero no hay multitudes, luces, ruidos. El certamen, sin duda, no tendría contratiempos. En cuanto a los policías de la zona, en fin, eran condicionalmente amigables [...] Al regresar al barrio del Café Colorado, el flujo acostumbrado de carruajes recorría la calle. Las ruedas murmuraban sobre el asfalto y los cocheros destacaban por sus altos sombreros. Una bola de mirones veían pasar el tiempo desde la banqueta: los de las clases superiores, satisfechos y orgullosos con sus sombreros de hongo y sus sacos a la medida, los de las clases bajas, tapados con su sarape, andando en sus sandalias de cuero. Un farol eléctrico bufaba y humeaba sobre la masa [...] Fue entonces que apareció un policía, la luz parpadeante de su linterna sobre el capote blanco, sus guantes, sus botones de metal y la cacha de su anticuado revólver Colt que le colgaba de la cintura [El Paseo de la Reforma es] una amplia avenida hermosa de adoquines, con una cualidad digna mucho mayor que cualquier otra cosa en su tipo en nuestro propio país. Parece del Viejo Mundo, en donde a la belleza de la cosa en sí se suman la solemnidad de la tradición y de la historia, el conocimiento de que unos pies calzados con pieles hollaron las mismas piedras, que cabalgatas de acero pasaron por ahí antes de la llegada de los carruajes [...] Cuando los estadunidenses bajaron de sus carruajes, los bronces gigantescos del azteca y el español destacaron melancólicamente por encima de ellos como torres.[199]

[199] *Ibid.*, pp. 56, 61, 68, 69 y 72-74.



Desde luego, se refiere al monumento a Cuauhtémoc recién inaugurado a fines del siglo XIX.

Grant Shephered
MAGNATE DE PLATA

El norteamericano Grant Shephered nació en 1875 y se desconoce la fecha de su muerte. Vivió en Batopilas, Chihuahua, de 1880 a 1911, pues su padre fue concesionario de ese aislado y rico centro minero de plata. Este libro lo escribió alrededor de 1940, ya sexagenario. La obra es un divertido documento para conocer la vida diaria en ese pequeño poblado enclavado en el fondo del portentoso Cañón de Urique, dentro del sistema de las Barrancas del Cobre, a los pies de la Sierra Tarahumara, vida cotidiana de seguro similar a la de otros minerales pujantes operados por extranjeros durante el porfiriato. El singular humor anglosajón de Shephered –lisiado en Francia durante la Primera Guerra Mundial– se suma a los cuadros muy interesantes que describe.

De familia poderosa en la política y en el dinero, ya que su padre había sido gobernador del Distrito de Columbia, emigran en 1880 de la capital norteamericana hacia Batopilas, que hoy sigue siendo un pueblo de difícil acceso. Entonces viajaron en ferrocarril de Washington a San Antonio, de allí en carretas a Chihuahua y el resto, varios días, a lomo de mula. La otra opción era en ferrocarril a San Francisco, de allí en barco a Mazatlán, luego en un navío menor rumbo a Altata, en seguida en carretas a Culiacán y de ahí en mula hasta Batopilas.

La vida en esos importantes centros mineros no tenía muchas privaciones para los ricos, no obstante el aislamiento. Valga este vívido ejemplo:

> La música de Navidad era suplida por un piano. Cuando hablo acerca de un piano en Batopilas, después de que usted ha leído sobre las dificultades que



hay para llegar a ese lugar, naturalmente no comprende cómo fue posible hacerlo llegar. A medida que ha ido interiorizándose en las páginas de este libro, ha podido darse cuenta de que aunque una mula es capaz de transportar casi inimaginables cargamentos, no concibe el ver venir por una estrecha vereda entre las montañas, una mula con un piano a cuestas, ¿verdad?

Pero no olvide que teníamos a los indios y si usted ha tenido un poco de tiempo para dedicar a ellos de vez en cuando y tiene además un hábil mozo mexicano que los comprende, habla su idioma y convive con ellos amigablemente, esa pesada carga llegará y llegará bien; cuando es descargada de la diligencia en Caríchic, se cortan dos troncos de pino largos y derechos; es mejor cortarlos al momento, que tenerlos ya listos; pues la madera se seca y es propensa a rajarse. Su grueso debe ser de unas cuatro pulgadas de diámetro. Se pone uno a cada lado del piano que va debidamente empacado en su caja de madera y se amarra bien para que no se corra de un lado a otro, con el balanceo que ocasiona el desnivel del camino.

Yo siempre dejé a los mozos mexicanos amarrar y asegurar las cargas; ellos son sumamente hábiles en estos menesteres. Pues bien, ahora tenemos un piano dentro de una caja que está firmemente amarrada a dos palos, cuyas puntas sobresalen lo suficiente para que dos indios se coloquen al fin de cada morillo; esto da cuatro hombres a cada lado de la carga. Permanecen en posición agachada hasta el grito de ¡Váaamonos! en que se levantan como uno solo y empiezan a caminar. La caja con el piano va fuera del terreno, al grado que parece ir volando encima del precipicio, pero los cargadores la manejan con visible satisfacción y pleno conocimiento del trabajo que ejecutan. Saben que tienen que llevar esta pesada pieza por doscientos kilómetros en un plazo de quince a veinte días. Son en total veinticuatro cargadores, que forman tres cambios de ocho cada uno y se van turnando cada veinticinco o treinta minutos. Todos van bien alimentados a expensas de nuestro bolsillo para así obtener el máximo de su eficiencia.

Cada hombre era pagado al precio de un dólar por día (dos pesos fuertes); al final de la jornada tomaban el dinero que habían ganado “fácilmente”,



> regresaban a sus hogares en sólo tres días y vivían felices por varios meses con aquello que, para ellos, era una fuerte suma de dinero.[200]

El padre de nuestro escritor murió en Batopilas y como lo enterraron en Washington tuvo un penúltimo viaje previo al último: colocado en su ataúd lo llevaron cargando varios días en ruta inversa a la del piano, luego en diligencias y después en ferrocarril.

Pero las importaciones eran mucho más que musicales. "Los vinos y licores venían a intervalos regulares durante el año. Directamente de Escocia, el *whiskey* venía en pequeños barriles de tamaño y peso apropiados para que dos de ellos hicieran la carga de una mula".[201]

Bastante más trascendente que pianos y bebidas era la maquinaria importada:

> La primera locomotora de gasolina usada bajo tierra en este país fue instalada en el túnel "Porfirio Díaz", un túnel que fue barrenado entre rocas endemoniadamente duras, una gran obra; hermosa pieza de trabajo que nos hacía sentir orgullosos, aquella locomotora era muy grande y pesada y algo inusitadamente nuevo y desconocido en aquellos lugares.
>
> Una mula carga como máximo ciento cuarenta kilos y el lecho niquelado de una locomotora, por ejemplo, pesa varias toneladas; entonces hay que empezar por preguntar a los fabricantes si pueden hacer esta pieza de la máquina en secciones que no excedan de ciento cuarenta kilos cada una y arregladas especialmente para que puedan ser colocadas y atornilladas juntas y en orden al llegar a su destino. "¡Desde luego que sí! -le contestarán-, eso es muy fácil". Sí, es muy sencillo para ellos, pero por Dios, ¡el costo adicional que significa!
>
> Había que prever las consecuencias que un desembolso así traería y calcular cuidadosamente las ventajas y desventajas de semejante inversión, pero al fin de mucho deliberar la locomotora fue adquirida y llevada hasta Batopilas

[200] Shephered, Grant, *Magnate de plata,* Chihuahua: La Prensa, 1978, pp. 102 y 103.
[201] *Ibid.*, p. 99.



> con el consiguiente empleo de tiempo y esfuerzo mental y físico que para hacerlo se requería y desde luego con la ayuda de la indispensable mula.[202]

Este híbrido équido derivado del caballo y del burro tiene la agilidad de aquél y la fuerza de éste. Sobre su inteligencia, dejémosla en palabras de Shephered:

> Recuerdo a una vieja mula de carga que tenía una gran personalidad; era ella la consentida de casi todos los arrieros, aun cuando les causara siempre la molestia de levantar su aparejo del suelo que había tirado en el corral al final de un día de larga caminata [...] En la mañana podían fácilmente aparejarla, estaba siempre lista y deseosa de emprender la jornada formando la cabeza de la recua que de una en una hacían una hilera de cien o más mulas.
>
> Tenía quince años de edad cuando fue retirada del servicio; era muy sencillo localizarla porque nunca dejaba de llevar la delantera yendo a la cabeza de la fila durante todo el día; en esta forma ella estaba absolutamente segura de ser la primera en entrar a la estación al final de la jornada; al llegar se dirigía derecho al portal donde sabía que su carga debía ser bajada. Mientras le quitaban aquel peso del lomo era paciente y dócil como ninguna otra podía ser, pero tan pronto como se sentía alivianada de su carga, en vez de esperar como las otras a que el aparejo fuera removido, salía corriendo hasta un rincón del corral, donde con la ayuda de un poste podía deshacerse de aquella molestia; al fin podía hincharse a sus anchas; aunque el cincho había estado sumamente ajustado para poder permanecer en su sitio todo el día sin peligro de que la carga se volteara, ella se daba maña para sacárselo y darse a sí misma un vigoroso masaje encontrando un lugar adecuado para darse un buen revolcón, se tiraba luego sobre su panza y cerraba los cansados ojos para dormir un rato mientras le daban la pastura.[203]

En otra ocasión hubo "oportunidad de ver a una vieja mula de silla que procuraba [esconderse] cada mañana cuando el hombre encargado de ensillarla

[202] *Ibid.*, pp. 168 y 169.
[203] *Ibid.*, pp. 162 y 163.



entraba al corral, bajaba la cabeza y despacio sin hacer el menor ruido se metía en el más apartado rincón y se escondía detrás del grande grupo de sus compañeras, pero cuando al fin era descubierta no ponía ninguna resistencia y dócilmente se dejaba embozalar; nunca había necesidad de lazarla para acercarse a ella".

Shephered nos deja otros interesantes datos:

> Nuestro cirujano, en aquel entonces Dr. Merchant, cabalgaba sobre un hermoso caballo blanco; recuerdo un sábado por la tarde viéndolo galopar calle abajo por la vía principal junto con un pelotón de soldados en persecución de diez indios tarahumaras que corrían desesperados a todo lo que daban sus piernas y dos o tres más que montados en sus burros hubieran querido volar por lo que ellos pensaban era la defensa de sus vidas. Hicieron todo lo posible por escapar mientras un antipático populacho gritaba delirante azuzando al doctor, a la policía y a los indios indistintamente; al fin los pobres infelices fueron capturados casi a la salida del pueblo; alguno logró escapar pero los demás fueron obligados a someterse y por su propia salud y la de sus compañeros de aldea, fueron formalmente detenidos mientras el médico procedió a limpiar su tostada piel e inocularlos con la vacuna [...] Esta intensa campaña se llevó a efecto de una manera tal que la viruela ha venido a ser una enfermedad prácticamente desconocida.[204]

Helen H. Seargeant
San Antonio Nexapa

Este libro es un relato acerca de una familia norteamericana colonizadora del Soconusco a fines del siglo xix y fue hecho por una de las hijas, que llegó a Chiapas a los 10 años de edad y salió de ahí a los 27. Del texto se desprende que fue escrito en inglés unos 30 años después de los sucesos, cuando la autora tenía aproximadamente 54 de edad.

[204] *Ibid.*, p. 289.



Esta obra es un documento de primera mano para conocer y comprender a los *pioneros*, palabra que implica mucho más que una mera circunstancia; es toda una forma de vida, una profesión, un hábito hereditario, es casi un vicio que empuja a los hombres hacia la conquista de nuevas tierras, hacia el cambio radical en la condición económica a través del esfuerzo, al dominio de la naturaleza por el hombre.

Una compañía norteamericana inició el negocio para instalar colonos en el Soconusco, pero alrededor de 1890 se desintegró y los derechos fueron transferidos a una compañía inglesa; llegaron incluso a trazar lotes para lo que sería la ciudad de Nexapa, cuyos restos subsistieron con el hombre de la Colonia. El sucesivo fracaso de esas empresas hizo que muchos de los extranjeros se regresaran a Estados Unidos y que otros compraran tierras por su cuenta en la misma zona chiapaneca.

Los Humphreys (el padre, la madre, un hijo mayor, tres hijas –la de en medio era Helen– y un bebé) arribaron a las playas de San Benito (hoy Puerto Madero), a 30 km de Tapachula, en 1888. En 17 años convirtieron un trozo de tierra virgen e inculta en un pequeño emporio cafetalero. Durante ese periodo se fueron dos de las hijas por razones matrimoniales, quedando con la familia nuestra autora hasta que cumplió 27 años de edad; sintiéndose "solterona" (con razón, dada la época y el aislamiento geográfico), regresó para siempre a Estados Unidos en 1905. Nada más sabemos de ella ni de su familia, pero suponemos que también casó, pues el libro lo firma sin el apellido familiar Humphreys.

Hasta la fecha predomina en el Soconusco la idea de que los alemanes fueron los principales "finqueros" de café, pero en la época que abarca el libro predominaban los norteamericanos y también había franceses e ingleses.

Es interesante el fenómeno psicológico del *pionero* que busca la superación familiar, pero se cuida, con cierto temor, del mestizaje con los naturales del país que les ha recibido. No es casualidad que las jóvenes Humphreys se hayan casado tardíamente. Helen dice en su libro (y con seguridad refleja un sentir general entre los colonos) que "mis padres habían metido en mi mente de algún modo que debíamos estar separados de los muchachos nativos;



posiblemente la intención de mi papá era que continuáramos siendo americanos, y después de todo, creo que lo logró".[205] Y agrega: "Hubiera querido ir a ese baile, pero no hubo caso [...], la verdadera razón fue que papá no deseaba que nos aficionáramos demasiado a la sociedad mexicana".[206]

A los indígenas locales les llamaban tacanecas y "eran gente excesivamente moral. No tenían bodas religiosas ni civiles y no creo que hayan tenido alguna ceremonia indígena especial; parece que sólo tomaban esposa, pero nunca oí de separaciones o cambios de pareja entre ellos".[207]

Muy acorde con la usanza de las haciendas de aquella época porfirista es la siguiente revelación:

> Nuestra cárcel era sólo un cuarto donde se podía encerrar a un hombre si insistía en pelear o en pegarle a su mujer cuando había estado celebrando con aguardiente; allí se le dejaba hasta que estaba lo suficientemente sobrio para comportarse. Todas las fincas tenían esos cuartos; las llamaban "juzgado", aunque esa no es la palabra apropiada para cárcel.[208]

FREDERICK STARR
EN EL MÉXICO INDIO

El antropólogo físico estadounidense Frederick Starr trabajó con 23 diferentes grupos étnicos mexicanos entre 1898 y 1901. Con influencias poderosas, obtuvo cartas de recomendación de nuestras autoridades federales que le permitieron examinar, medir y retratar a 2 847 indígenas del sureste, centro y sur de la República, sacando asimismo

[205] Seargent, Helen H., *San Antonio Nexapa*, México: s.e., 1971, p. 44.
[206] *Ibid.*, p. 103.
[207] *Ibid.*, p. 141.
[208] *Ibid.*, p. 273.



sendos bustos en yeso de cinco indios de cada etnia, muchas veces contra su voluntad, obligados por las autoridades locales, incluso con la fuerza pública. En cada pueblo sometían a su investigación a 100 hombres y 25 mujeres, tomándole a cada uno 14 medidas antropométricas; su trabajo fue pionero en México y sus resultados científicos fueron publicados en diversas obras especializadas. En paralelo a ellas, publicó este diario de viaje titulado *En el México indio*, donde hace notables retratos de las costumbres, vestuario, fiestas y otras tradiciones indígenas, así como vívidas descripciones de los paisajes, la flora y la fauna de los lugares que visitó.

Starr tuvo acceso al propio presidente Díaz, a quien le mostró parte de las fotografías que tomó a nuestros indios. El periodista Charles Embree, del *Chicago Record,* criticaba el ejercicio autoritario de las recomendaciones conseguidas por este antropólogo:

> El profesor Frederick Starr, de la Universidad de Chicago, se encuentra inmerso entre sus salvajes. Manipula a los gobiernos locales primitivos, ejerce su influencia sobre la autoridad de los gobiernos estatales y federal, sobre la policía de los distritos y sobre el clero. Si lo considera necesario, amenaza, halaga, arroja en la cárcel y, en términos generales, conquista a su serie de naciones extrañas".[209]

Por desgracia, este periodista no exageraba. En Mitla coincidió una fiesta popular con el trabajo de Starr:

> El presidente estaba borracho; el síndico también; sin embargo, encontramos a otros oficiales en condiciones de cumplir nuestras órdenes. Después de medir a unos cuantos oficiales, les propusimos que trajeran a los presos que aún permanecían en la cárcel, de la tanda del día anterior. Había dieciocho, y ya con ellos pudimos comenzar nuestro trabajo. Entre

[209] Starr, Frederick, *En el México indio,* México: Conaculta, 1995, p. 361.



> los prisioneros encontramos a nuestro primer sujeto para el modelaje. Le untamos aceite y comenzamos a tomar los moldes. Ya habíamos terminado con la parte de la espalda y, mientras se endurecía la segunda pieza que cubría la parte inferior de la cara y la superior del pecho, le comenzamos a aplicar el yeso en la parte superior de la cara. En ese momento el presidente entró tambaleante a la cárcel. Cuando vio a nuestro sujeto, se detuvo horrorizado; por un momento se quedó sin habla, y después profirió entre gemidos: "¡Qué espectáculo más espantoso! ¡Pensar que un hijo de este pueblo pueda encontrarse en esta situación!" Comenzaba a reírme de él y a ridiculizarlo, cuando la anciana madre del joven en cuestión irrumpió en la cárcel, sollozando y temblando, para informarse qué iba a ser de su hijo. Con los ojos llenos de lágrimas y agitando las manos, preguntó, ahogada por el llanto, si su hijo debía morir; me explicó que él era su único sustento, que sin él quedaría totalmente desamparada. La llevé afuera para dar tiempo a terminar con el trabajo, platiqué con ella, y en cuanto le quitaron los moldes le regresé a su preciado hijo, sano y salvo.
>
> Cuando nos disponíamos a trabajar con otro sujeto pasó por allí un joven mejor vestido que los demás. Lo llamamos para tomarle medidas, pero, de manera insolente, siguió por su camino sin prestarnos mayor atención. Enviamos a los policías a buscarlo y regresaron diciendo: "No quiere". No podíamos darnos el lujo de permitir esta negativa, por lo que ordenamos que lo trajeran. De nuevo regresaron los policías sin él. En ese momento declaré que no seguiríamos con el trabajo hasta que el chico viniera; que perderíamos el tiempo, que estarían desobedeciendo las órdenes del jefe, pero que no sería por culpa nuestra [...] A media tarde, cuando la corrida de toros estaba en su apogeo, el joven buscado por nosotros apareció en la arena como el torero y atracción principal del día. De inmediato llamé a los policías y les dije que tendrían que llevarlo sin tardanza a la casa de gobierno, que debíamos suspender la corrida mientras arreglábamos ese asunto.[210]

Con los indios choles del norte de Chiapas hubo otro caso parecido (entre muchos más que relata el autor):

[210] *Ibid.*, pp. 153 y 154.



> A todos nuestros sujetos les habíamos explicado los detalles de la operación; les habíamos descrito las sensaciones y emociones relacionadas con ella y pensábamos que estaban bien preparados. Cuando comenzamos a trabajar con Juan, parecía estar tranquilo; le pedimos a un joven que estaba sentado cerca de él y que entendía español, que le dijera unas frases de aliento que nosotros le iríamos dictando. Comenzó a traducir y grande fue nuestra sorpresa cuando vimos cómo la confianza de nuestro sujeto se tornaba gradualmente en terror. Durante la aplicación del primer molde, comenzó a llorar y sollozar como un niño, sin embargo, no se podía comparar con el terror abyecto y la tristeza que manifestó cuando le tomamos el molde de la cara. Las lágrimas brotaban de esos ojos, sollozaba y lloraba ruidosamente y casi podíamos observar los latidos de su corazón. Nunca habíamos trabajado con un sujeto que tomara las cosas tan mal. Cuando terminó la operación, supimos el motivo de toda esta aflicción. Nuestro intérprete resultó ser un bromista, y, mientras nosotros le hacíamos comentarios de aliento para calmar al sujeto, él traducía: "Ahora te vas a morir, pronto ya no podrás respirar, para mañana ya habrás muerto y ya te habrán enterrado; sin duda, tu pobre viuda se sentirá abatida, pero probablemente encontrará a alguien tan bueno como tú". Estábamos conscientes de la posibilidad de estas interpretaciones falsas, pero, que yo sepa, ésta fue la única vez que un intérprete nos engañó.[211]

En el terreno de la zoología, mencionemos, con este autor, la cacería de patos ¡con arpón! en el lago de Pátzcuaro (antiguamente se usaba también en el valle de México); mulas y caballos cruzando a nado el ancho y caudaloso río Grijalva en Chiapa de Corzo, junto a la lancha donde iban sus dueños; los indios huaves del istmo pescando camarón dentro de sus lagunas, acompañados de una lanza para protegerse de los caimanes; la pesca con cartuchos de dinamita en los ríos del norte de Veracruz y otra nocturna, a machetazos, por los mismos rumbos.

[211] *Ibid.*, pp. 344 y 345.







Siglo XX



Alfred M. Tozzer

MAYAS Y LACANDONES

Alfred Marston Tozzer nació en Massachusetts, Estados Unidos, en 1877. Fue titular de la cátedra de Arqueología en la Universidad de Harvard, de 1921 a 1945, y toda su vida profesional la dedicó a estudiar las culturas maya y mayenses; al respecto produjo diversas obras. Para escribir este libro, *Mayas y lacandones*, pasó cuatro temporadas en Chiapas y un tiempo en Yucatán, de 1902 a 1905. Llegó a hablar la lengua lacandona y este trabajo es el primer tratado etnográfico que se hizo sobre dicho grupo étnico; lo patrocinó el American Archaeology Institute. Tozzer murió en Cambridge, en 1954.

En esta obra analiza las similitudes entre los mayas del siglo XVI y los lacandones de fines del XIX, ambos pueblos pertenecientes al tronco lingüístico maya quiché; así lo informa en el prólogo Alfonso Villa Rojas:

> Peregrinaciones religiosas efectuadas a los ídolos de los antiguos centros ceremoniales [ruinas arqueológicas]; el uso de ídolos de piedra e incensarios con rostros de dioses, la renovación ceremonial de estos últimos, el empleo de copal en nódulos iguales a los de la antigüedad, el sangrarse las orejas en señal de devoción, la borrachera compulsiva, la similitud en los nombres de los dioses, así como la similaridad de los ritos observados entonces con los que aparecen en los viejos códices y, también, en la naturaleza de las ofrendas y ocasiones de efectuarlas.[212]

El propio Tozzer afirma: "La religión de los lacandones es claramente sobreviviente de aquella descrita por los historiadores antiguos de Yucatán, en el momento de la llegada de los españoles en el siglo XVI".[213]

[212] Tozzer, Alfred M., *Mayas y lacandones*, México: INI, 1982, p. 10.
[213] *Ibid.*, p. 22.



Cuando este etnólogo trabajó en la Selva Lacandona ya estaba invadida por cortadores de caoba autorizados por el Gobierno. En esos últimos años decimonónicos, los lacandones (incorrectamente llamados "caribes") eran estimados a lo más en 500 personas, pero hacia 1997 la población lacandona era de sólo 130 individuos. La propiedad de la tierra era comunal, cada familia se identificaba a manera de apellido con el nombre de un animal, no había sacerdotes, pues sus ritos eran efectuados por cada jefe de familia y realizaban ofrendas de maíz y otros alimentos a sus dioses:

> En las costumbres y ritos de los lacandones no se encuentran rastros del contacto español [...] Incluso ahora se celebran peregrinaciones frecuentes a las ruinas y allí se celebran ritos, como lo demuestran las vasijas de incienso y los remanentes de copal encontrados en los cuartos de las ruinas [...].
>
> En un estado de intoxicación y como un acto que complace especialmente a los dioses, se atraviesan las orejas con flechas de punta de piedra y la sangre se deja correr sobre los braseros que contienen los ídolos. Parece que esta costumbre está desapareciendo, ya que sólo la realizan los hombres más ancianos [...].
>
> Entre los lacandones el alcoholismo se ve pero en relación con las ceremonias religiosas y no tiene los efectos de Yucatán. Allí, el hecho de que los participantes se intoxiquen, se ve como una obligación de la fiesta a nombre de los dioses.[214]

Aunque el autor afirma que "el completo aislamiento de los lacandones les ha liberado de asumir el carácter sumiso y taimado que se nota en los mayas", también reconoce que "son generalmente confiados, honestos y suaves, excepto cuando se exasperan, algunas veces con toda razón, ante las acciones de sus vecinos mexicanos [...] Los indios viven en los matorrales y hasta el día de hoy sostienen una guerra de guerrillas contra los mexicanos".[215]

---

[214] *Ibid.*, pp. 44 y 153.

[215] *Ibid.*, pp. 41 y 44.



Tozzer denuncia la virtual esclavitud que existía en las haciendas henequeneras de Yucatán. Por otro lado, hace esta comparación que bien pudiera derivar más de circunstancias educativas que genéticas: "Intelectualmente, los lacandones que se han encontrado no se igualan a los mayas de la península, quienes aprenden y entienden rápido y piensan con una agilidad considerable. El proceso intelectual de los lacandones parece actuar con mucha más lentitud".[216]

Por otra parte, destacan estas observaciones sobre la moralidad lacandona y su práctica de la poligamia:

> La raza maya es inherentemente moralista. La moral de los lacandones es buena, su vida familiar es feliz e inclusive con varias mujeres son raras las discusiones entre ellos y ven con disgusto la ligereza moral y las infidelidades de los mexicanos con quienes entran en contacto [...] La moral de la familia es estricta y el adulterio y la prostitución ocurren rara vez. Las hijas permanecen bajo el estricto control y cuidado de sus padres hasta el matrimonio. El padre del muchacho busca la novia y entonces ella viene a vivir a su casa [...] La poligamia no es rara entre los lacandones, pero no se han observado casos de hombres que tengan más de tres mujeres. Las mujeres viven todas juntas y las tareas se comparten entre ellas. Siempre parece haber una esposa favorita, usualmente es la primera y es ella quien, en la choza sagrada, le trae los alimentos preparados por todas como ofrenda a los dioses. La mujer tiene la calidad de tía para los hijos de su esposo con otra esposa. Se ha reportado entre los lacandones la poliandria, pero esto nunca se ha establecido [...].
>
> Parece que no hay ritos elaborados de la pubertad. Cuando un niño llega a la adolescencia, el padre ofrece a los dioses un arco y varias flechas en honor del niño, junto con una oración en la cual le pide hacer de él un buen cazador. Después de esto el muchacho puede tomar parte activa en todos los ritos y en este momento asume también el vestido tradicional. Las niñas al llegar a la pubertad usan plumas de pájaros en la parte posterior de la cabeza.[217]

[216] *Ibid.*, p. 43.

[217] *Ibid.*, pp. 43 y 61-63.



En materia de ornato personal, destaca el investigador que "cuelgan con frecuencia varias clases de pendientes [aretes], entre los cuales hay cráneos de un tipo muy pequeño de mono".[218]

Los lacandones eran (y son) grandes cazadores y pescadores; cuando Tozzer los visitó todavía usaban arco y flecha; "la necesidad de ofrecer carne a los dioses hace que dediquen gran parte del tiempo a la caza".[219] Tenían unas flechas chatas, sin punta, para cazar pájaros sin matarlos. Su alimentación incluía caracoles, cangrejos y tortugas de agua dulce, así como los huevos de éstas. Acostumbraban la pesca también con arco y flecha.

Charles Macomb Flandrau

¡VIVA MÉXICO!

El estadounidense Charles M. Flandrau nació en 1871, en Minnesota. En la primera década del siglo xx vivió cerca de Orizaba, vinculado a intereses agrícolas cafetaleros. Buen observador y analista, en 1908 publicó su libro ¡*Viva México*!; no se trata de un diario de viajes, sino de reflexiones acerca de las costumbres y tradiciones familiares y sociales que campeaban en México. Murió en 1938.

Flandrau llegó a nuestro país por el puerto de Veracruz y, poco antes, en el barco, escribía con cierta autocrítica hacia los turistas estadounidenses: "Empero, si en el viaje a México nuestros compatriotas dan la 'nota' divertida, los cubanos, los españoles, los yucatecos y los mexicanos, en general, suenan como una verdadera orquesta".[220]

Una vez aquí, critica a sus paisanos residentes: "'Todos los sirvientes mexicanos son ladrones y mentirosos' es la declaración típica de una

[218] *Ibid.*, p. 46.

[219] *Ibid.*, p. 71.

[220] Flandrau, Charles Macomb, *¡Viva México!,* col. Mirada Viajera, México: Conaculta, 1994, p. 27.



norteamericana cuya casa ha sido admirable y económicamente manejada, durante dieciséis años, por la misma cocinera devota y honesta".

"'¡Qué gente más sucia!', exclama su esposo (que practica la sana y antigua costumbre de darse un baño todos los sábados por la noche, le haga falta o no), mientras atravesamos a caballo un pueblito yucateco en el cual la mayor parte de los habitantes indígenas se lavan de la cabeza a los pies y se ponen ropa limpia todos los días".[221]

En esas épocas del porfiriato, y sobre todo en Yucatán, tema obligado en los textos de forasteros era la virtual esclavitud que imperaba en las haciendas:

> A medida que va mejorando poco a poco tu español y puedes mantener conversaciones más largas con los nativos, te enteras de que toda la vida un gran número de peones que trabaja en las haciendas tiene sólo dos alternativas: una que es prácticamente la esclavitud, y otra que es la prisión por deudas con su patrón [...] Los mexicanos de todos los niveles sociales adoran a sus hijos, y aunque, como suele ocurrir entre las clases bajas, los padres no estén casados por lo religioso ni por lo civil (en México la ley sólo reconoce la ceremonia civil), no hay nada demasiado bueno ni demasiado caro para los niños. Se les bautiza y, si la unión informal de los padres dura lo suficiente, se les confirma. Pero en México, como en todas partes, el reino de los cielos cuesta dinero, dinero que adelanta alegremente el patrón del joven. Luego, como parte de la marcha natural de las cosas, alguien se muere. La muerte, desde luego, se ha convertido en todo el mundo en una de nuestras mayores extravagancias. El patrón, encantado, vuelve a pagar [...].[222]

Flandrau juzga con su particular punto de vista:

> En Estados Unidos exigimos hechos, y los obtenemos. En México se subsiste con rumores, y nunca se exige nada. Una persona bien organizada,

[221] *Ibid.*, p. 169.
[222] *Ibid.*, pp. 31 y 32.



> sistemática y precisa, siempre detesta México y pocas veces encuentra algo agradable que decir de él, incluyendo el paisaje. Pero si uno no se inclina a exagerar la importancia de la exactitud y se interesa permanentemente por lo casual, lo florido y lo problemático, México es como una novela larga, escrita al descuido, pero absorbente [...].
>
> Si la cortesía, como tal, tiene algo valioso, los mexicanos nos sacan por lo menos una gran ventaja. Porque en México el hábito de la cortesía en sus formas más elaboradas es tan universal, que su misma falta muy ocasional en alguien produce la sensación no sólo de sorpresa, sino de cierto dolor [...] Estamos acostumbrados a mostrarle mayor o menor cortesía a las mujeres en todas partes, pero en México, en circunstancias normales, los hombres de todas las clases son corteses entre sí. Los conocidos se quitan el sombrero cuando se encuentran y cuando se separan, y a un peón semidesnudo, agobiado por un costal de café, le he oído murmurar: "con su permiso", al pasar frente a un albañil que reparaba un muro. Hasta los niños –que en otras tierras no se destacan por observar entre ellos algún código de etiqueta– se tratan, por lo general, con sorprendente consideración.[223]

Temas vinculados al clero ocupan con frecuencia a este autor viajero, como la confirmación de 400 niños realizada por un obispo impuntual:

> Pasaron horas antes de que todos estuviesen provistos de sus velas y certificados, pero no fueron nada comparadas con las horas que estuvimos en la iglesia esperando al obispo [...] Los niños, con sus acompañantes detrás, mostraban un comportamiento admirable, como casi todos los chicos mexicanos, que raras veces lloran, raras veces se pelean y tienen una ilimitada capacidad para entretenerse sin nada. Si me hubiese correspondido ordenar este mundo raro e infeliz, creo que todos los niños serían mexicanos de nacimiento y seguirían siéndolo hasta los quince años.

[223] *Ibid.*, pp. 34, 42 y 44.



[Llegado el obispo] combinando de manera verdaderamente maravillosa una enorme rapidez con un aire de calma eclesiástica, hizo su recorrido confirmatorio a lo largo de la nave, por un pasillo, y regresó por el otro, precedido por un cura y seguido por dos. El primero recogía los certificados (nada de imposición de manos si no se habían pagado 25 centavos) y le leía el nombre del siguiente niño al obispo, quien murmuraba la fórmula apropiada, hacía una diminuta señal de la cruz sobre la frente, también diminuta, con un pulgar grande y sucio, y seguía adelante. El segundo, con un copito de algodón empapado en aceite, ungía el lugar marcado con la cruz, mientras que el tercero, aprovechándose del embeleso general, despojaba gentilmente a todos de sus velas benditas (que nunca se habían encendido) y se las llevaba para volverlas a vender. Pero cuando el primer cura llegó a mi grupo se había cansado y vuelto descuidado. En lugar de tomar los certificados de uno en uno, empezó a reunirlos de dos y de tres, con el resultado de que se mezclaron y Gerónimo fue confirmado, no como Gerónimo, sino como "Saturnina", nombre de la niñita totonaca de nariz chata que estaba parada junto a él [...].

Una tarde, mientras me acompañaba [un cura] parte del camino de regreso, se detuvo para que le besara la mano una vieja india que tenía una pequeña cantina junto a la carretera. Doña Rosario nos invitó a tomar una copa, pero insistió en servirla en una pequeña habitación interior, y no en la cantina misma, donde había media docena de jornaleros junto a la barra:

—No le pediría al padrecito que bebiera con personas tan ordinarias —explicó.

—Pero si no me importa, doña Rosario —le aseguró el cura, riendo. Todos estamos hechos del mismo barro.

—Pues las cremeras y las bacinicas también; pero no se les usa para lo mismo —fue la elegante respuesta de doña Rosario.

—A veces sí, me comentó por lo bajo en inglés, mientras se bebía su copa de un trago, y muchas veces me he preguntado qué quiso decir.[224]

[224] *Ibid.*, pp. 53, 54 y 116.



De mayores alcances resulta esta aseveración: "Así que la actitud que uno experimenta ante la Iglesia en México llega a estar curiosamente mal definida. La Iglesia es corrupta, voraz, resentida, pero indiscutiblemente les da a millones de personas algo sin lo cual serían mucho más desgraciados de lo que son, algo que ninguna otra iglesia podría darles".[225]

No obstante provenir de un país que presumía ser "campeón de la democracia", a Flandrau le sorprendía la imperante en nuestra vida cotidiana, como los provincianos paseos alrededor de la plaza pública:

> Lo hacen con una simplicidad, con una democracia, que parece una extraña contradicción en un pueblo que ha heredado tanta puntillosidad, tal orgullo de la posición, porque lo hacen junto con todos los sirvientes y peones del pueblo [...] Los hijos del gobernador del estado, por poner un caso, y sus acompañantes, se pasarán el anochecer paseando entre dos grupos de indios de huaraches y con el sarape al hombro, sus hijas caminarán en medio de una falange de lavanderas y cocineras; la cercanía se maneja con atractiva naturalidad; todos muestran una aparente ignorancia de las diferencias, lo que constituye la cúspide de los buenos modales. Cuando entre nosotros se producen contactos de ese tipo siempre se trata, invariablemente, de un experimento, no de algo habitual.[226]

En otra ocasión, relata el viajero:

> Aquí la muerte es más que la simple muerte: es una oportunidad social. Siempre voy a los velorios, tanto porque sé que mi presencia añade interés y brillo a la ocasión, como porque me gustan [...] Durante más o menos una hora, mientras otros invitados salen silenciosos de la selva y se deslizan calladamente en la habitación, la conversación es fragmentaria y en voz baja. Se habla del muerto con afecto o con respeto; en una palabra, se

[225] *Ibid.*, p. 178.
[226] *Ibid.*, pp. 178 y 179.



observan las conversaciones más convencionales. Sin embargo, más tarde los miembros sobrevivientes de la familia distribuyen bebidas: las damas consumen jerez y los caballeros, afuera, alivian las tensiones con aguardiente. Gradualmente la atmósfera de la reunión se va haciendo menos formal; las conversaciones son más prolongadas y vuelven a adquirir la flexibilidad de cada día. Trinidad se entrega a una prolongada reminiscencia que Rosalía culmina con una anécdota brillante y ligeramente indecente, que hace reír a todo mundo. Afuera los hombres se toman otro trago de aguardiente y, sentándose en el suelo, empiezan a jugar naipes a la luz de una antorcha [...] Nadie puede recobrar el estado de ánimo que tenía al llegar, y a partir de entonces el velorio es exactamente igual que un baile, de no ser porque hay un muerto en la habitación, y porque no se baila. Poco antes del amanecer un huésped metalizado abre una cantina y hace un buen negocio vendiendo aguardiente y jerez, tortillas, tamales, pan y café. No suelo quedarme hasta tan tarde.[227]

John Kenneth Turner

MÉXICO BÁRBARO

John Kenneth Turner es uno de los estadounidenses que logró ver a México de manera objetiva, sin prejuicios, sin la lente de los intereses económicos y políticos de Estados Unidos. Importante periodista, denunció las atrocidades de Porfirio Díaz y el apoyo que el gobierno norteamericano daba al tirano. Turner nació en Oregon en 1878 y murió en California 70 años después, en 1948. Estudió en su natal Portland y se graduó en periodismo en la Universidad de Berkeley, profesión que ejerció ampliamente. En 1908 realizó un viaje a México en compañía de Lázaro Gutiérrez de Lara, líder antiporfirista. Visitaron Sonora, el centro del país, Oaxaca y Yucatán. En 1909 volvió a México y como resultado de ambos viajes publicó numerosos

[227] *Ibid.*, pp. 92 y 93.



artículos en *The American Magazine*, mismos que forman parte del libro que nos ocupa: *México bárbaro,* publicado en Chicago en 1910.

El periodista y su esposa colaboraron con la publicación magonista *Regeneración.* Denunció la invasión del Ejército estadounidense a Veracruz en 1914. Escribió otros libros: *Shall it be again* (1914) y *Hands off Mexico* (1920).

En 1908, Turner logró conocer diversas haciendas henequeneras en Yucatán y plantaciones tabacaleras en Valle Nacional, Oaxaca, haciéndose pasar como rico inversionista interesado en colocar grandes sumas en México. Así visitó diversas haciendas que sustentaban su producción en la esclavitud, ello además del "peonaje", mecanismo de préstamos en especie a través de las tiendas de raya, que eternizaba el endeudamiento y sojuzgamiento del peón. La cadena de la esclavitud yucateca se iniciaba en el otro polo geográfico del país, en Sonora:

> La deportación de yaquis a Yucatán y a otras partes de México bajo el régimen esclavista empezó a tomar grandes proporciones cerca de 1905, comenzando en pequeña escala para aumentar después. Finalmente, en la primavera de 1908, se publicó en periódicos norteamericanos y mexicanos una orden del Presidente Díaz, disponiendo de modo terminante que todos los yaquis, dondequiera que se encontrasen, fueran hombres, mujeres o niños, deberían ser apresados por la Secretaría de Guerra y deportados a Yucatán. Durante mis viajes a México inquirí muchas veces respecto a la autenticidad de esta noticia, y me la confirmaron plenamente. La confirmaron funcionarios públicos de la ciudad de México, y el coronel Cruz, principal encargado de deportar a los yaquis [...].[228]

Dicho militar explicó a Turner por qué se ahogó un grupo de prisioneros yaquis, raza indómita, en 1908:

[228] Turner, John Kenneth, *México bárbaro*, México: Costa Amic, 1967, p. 37.



> Los yaquis se ahogaron –me dijo–, pero no fueron culpables las autoridades. Teniendo en cuenta que el Gobierno en esa época no mataba a los yaquis que podía aprehender y vender, la versión del coronel Cruz puede tomarse como correcta. —Fue suicidio..., nada más que suicidio, aseveró el coronel. Estos indios quisieron frustrar la ganancia que nos correspondía como comisión y por eso arrojaron a sus hijos al mar y saltaron tras de ellos. Yo estaba a bordo y lo vi todo. Oí un grito agudo y vi algunos de los tripulantes corriendo hacia el lado de estribor. Algunos yaquis estaban en el agua. Entonces se oyó un grito del lado de babor y vi a los yaquis saltando sobre la borda por ese lado. Soltamos botes, pero fue inútil: todos se ahogaron antes que pudiéramos llegar hasta ellos.[229]

El acoso mestizo contra los yaquis no era nuevo. En 1902 el gobernador Izábal:

> [...] hizo una incursión en la isla Tiburón, donde se habían refugiado algunos yaquis pacíficos, y sin más trámites ordenó a los indios seris que le trajeran la mano derecha de cada uno de los yaquis que allí hubiera, con la alternativa para los seris de ser a su vez exterminados. El doctor Boido tomó una fotografía y en ella se podía ver al gobernador riéndose a la vista *de* un racimo de manos que le presentaban colgando del extremo de un palo. Esta fotografía llegó a publicarse en el periódico *El Imparcial* de la ciudad de México, haciendo escarnio de las hazañas del gobernador Izábal.[230]

En 1908 trabajaban en Yucatán 8 000 esclavos yaquis, 3 000 chinos y coreanos y más de 100 000 indígenas mayas esclavizados a las tierras que antes fueron de ellos. Desempeñando jornadas de 13 horas, los esclavos en Yucatán:

> [...] nunca reciben dinero; se encuentran medio muertos de hambre; trabajan casi hasta morir; son azotados. Un porcentaje de ellos es encerrado

---

[229] *Ibid.*, pp. 34 y 35.

[230] *Ibid.*, p. 36.



todas las noches en una casa que parece prisión. Si se enferman, tienen que seguir trabajando, y si la enfermedad les impide trabajar, rara vez les permiten utilizar los servicios de un médico. Las mujeres son obligadas a casarse con hombres de la misma finca, y algunas veces, con ciertos individuos que no son de su agrado.[231]

Por cierto, Turner hace un comentario en el que se puede entrever una actitud discriminatoria racial de su parte:

El Gobierno mexicano prohíbe el divorcio y, por lo tanto, volverse a casar en sus dominios; pero para el hacendado yucateco todo es posible. Para una mujer yaqui, un hombre asiático no es menos repugnante que para una mujer norteamericana; sin embargo, una de las primeras barbaridades que el henequenero impone a la esclava yaqui que acaba de ser privada de su marido legal a quien ama, es obligarla a casarse con un chino y vivir con él.[232]

Veamos la siguiente cita de Turner, espeluznante escena medieval:

A la tercera orden del administrador salió de entre los esclavos espectadores un gigantesco chino. Agachándose, cogió de las muñecas al silencioso yaqui y en un instante estaba derecho con el yaqui sobre sus espaldas, tal como carga a un niño cansado alguno de sus mayores.

Nadie había en todo aquel grupo que no supiera lo que se preparaba; pero sólo cuando un capataz alcanzó una cubeta que estaba colgada a la puerta de la tienda se notó cierta tensión de nervios entre aquellos 700 hombres. El extraordinario verdugo, llamado *mayocol*, un bruto peludo de gran pecho, se inclinó sobre la cubeta y metió las manos hasta el fondo en el agua. Al sacarlas, las sostuvo en alto para que vieran cuatro cuerdas que chorreaban, cada una de ellas como de un metro de largo. Las gruesas y

[231] *Ibid.*, p. 19.

[232] *Ibid.*, p. 52.



> retorcidas cuerdas parecían cuatro hinchadas serpientes a la escasa luz de las lámparas; y a la vista de ellas, las cansadas espaldas de los 700 andrajosos se irguieron con una sacudida; un involuntario jadeo se escuchó entre el grupo. La somnolencia desapareció de sus ojos. Por fin estaban despiertos, bien despiertos [...].
>
> Deliberadamente el *mayocol* midió la distancia y con igual deliberación alzó en alto el brazo y lo dejó caer rápidamente; el látigo silbó en el aire y cayó con un sonido sobre los hombros bronceados del yaqui [...].[233]

Turner estuvo también en el paradisiaco y microclimático Valle Nacional, cerca de Tuxtepec, en Oaxaca; era el antiguo Valle Real, cuyo nombre se cambió a partir de la Independencia. Los plantíos de tabaco requerían de 15 000 esclavos al año, pues la mortandad así lo exigía.

> Los esclavos de Valle Nacional no son indios, como lo son los esclavos de Yucatán; son mestizos mexicanos. Algunos de ellos son hábiles artesanos; otros artistas, y la mayoría de ellos son trabajadores ordinarios. En conjunto, aparte de sus andrajos, sus heridas, su miseria y su desesperación, constituyen un grupo representativo del pueblo mexicano. No son criminales. No hay más del diez por ciento a quien se haya acusado de algún delito. El resto son ciudadanos pacíficos y respetuosos de la ley. Sin embargo, ninguno de ellos llegó al Valle por su propia voluntad, ni hay uno solo que no esté dispuesto a dejarlo al instante si pudiera salir.[234]

Se trataba, principalmente, de una reclusión política para los enemigos del porfiriato. La quinta parte de los esclavos en Valle Nacional eran mujeres y la tercera parte niños menores de 15 años.

La seguridad de las fincas era indispensable y para ello había un equipo represivo: "En todas partes veíamos lo mismo: cuadrillas de hombres y muchachos extenuados que limpiaban la tierra con machetes o araban con

[233] *Ibid.*, p. 49.
[234] *Ibid.*, p. 60.



yuntas de bueyes los anchos campos. Y por todas partes veíamos guardias armados con largas y flexibles varas, sables y pistolas".[235]

Este periodista observa:

> Una esclavitud similar a la de Yucatán y a la de Valle Nacional se puede encontrar en casi todos los estados del país; pero especialmente en los costeños, al sur de la gran altiplanicie [...] Los 750 mil esclavos y los 5 millones de peones no monopolizan la miseria económica de México. Ésta se extiende a toda clase de personas que trabajan. Hay 150 mil trabajadores de minas y fundiciones que reciben menos dinero por el trabajo de una semana que un minero norteamericano de la misma clase por un día de jornal.[236]

Turner describió ampliamente en su libro los mecanismos de represión que el dictador mexicano aplicaba a los descontentos, a la par que sus excelentes relaciones con la prensa nacional y extranjera, logradas por medio del otorgamiento de canonjías y privilegios económicos:

> En realidad, los intereses norteamericanos constituyen, sin duda, la fuerza determinante para que continúe la esclavitud en México; de este modo la esclavitud mexicana recae sobre nosotros, los norteamericanos, con todo lo que ella significa. Es cierto que Díaz es el culpable de los horrores de Yucatán y Valle Nacional; pero también lo somos nosotros; somos culpables puesto que fuerzas del Gobierno sobre el que se nos reconoce algún control, se emplean abiertamente, ante nuestra vista, para apoyar un régimen del que la esclavitud y el peonaje forman parte integral [...].
>
> El American Cordage Trust, una rama de la Standard Oil, absorbe más de la mitad de las exportaciones de henequén de Yucatán. La prensa de la Standard Oil declara que no hay esclavitud en México. El gobernador Fred N. Warner, de Michigan, negó públicamente mis denuncias sobre la esclavitud

[235] *Ibid.*, p. 81.
[236] *Ibid.*, pp. 96 y 99.



en Yucatán. El gobernador Warner tiene intereses en contratos de compra anual de esa fibra por valor de 500 mil dólares a los esclavistas del henequén yucateco.[237]

Raoul Walsh

EL CINE EN SUS MANOS

Raoul Walsh (1887 o 1892-1980), cineasta neoyorkino que dirigió más de un centenar de películas, sobre todo de aventuras, se llamaba realmente Albert Edward Walsh. Fue vaquero en el Oeste y también trabajó en un circo, pero muy joven se inició como actor de teatro y de cine mudo, a veces escribiendo sus propios guiones. Dejó de actuar cuando perdió un ojo en un accidente automovilístico, mas sus éxitos continuaron al dirigir, entre otros, a John Wayne, Errol Flynn, Gregory Peck, Gary Cooper y Clark Gable.

Este libro, *Each man in his time*, editado en español como *El cine en sus manos*, es la autobiografía de Walsh. A pesar de su juventud, en plena Revolución lo envió un productor de Hollywood a realizar una película en México: en 1912 debutó como director con la cinta muda *Life of Villa*, en la que el revolucionario se interpretó a sí mismo. Poco después el americano dirigiría otro filme muy similar: *La vida del general Villa*; esta vez, el personaje de Pancho Villa fue interpretado por el propio Walsh. En sus memorias, publicadas en 1974, rememora cuando el productor le dijo: "El general Villa obtendrá quinientos dólares en oro cada mes (nadie me dijo que Villa había disparado a un productor que le ofreció el dinero en billetes). Dale vueltas a una historia que le interese al general y, te lo ruego por Dios, no hables nunca como si fuera un bandido. De alguna manera se trata de un libertador".[238]

[237] *Ibid.*, pp. 106 y 234.

[238] Walsh, Raoul, *El cine en sus manos*, España: JC Clementine, 1998, pp. 75 y 76.



Walsh se trasladó a las afueras de Ciudad Juárez: "El campamento de Pancho Villa no se parecía en nada a un ejército profesional. Los soldados no llevaban uniforme y no había tiendas de campaña. La vestimenta era desordenada y arbitraria; incluso algunos iban descalzos y había numerosas mujeres".[239] Allí tuvieron su primer encuentro:

> La cara oscura de Villa no me dijo nada. Me examinó de pies a cabeza y sus ojos se pararon en el maletín que sostenía. Luego miró a su lugarteniente [e intérprete: Ortega], quien hizo un gesto afirmativo:
>
> —El general quiere ver el dinero.
>
> Abrí la bolsa y puse la pasta encima de la mesa. Villa tomó una moneda de oro de veinte dólares y le dio vueltas en su mano. La dejó caer y sopesó la bolsa antes de decir algo. Hasta el momento no había dado señales de reconocer mi presencia de ninguna manera. Tenía el mismo aspecto de los soldados que estaban en el campamento.[240]

Luego, con la ayuda del traductor, Walsh explicó a Villa la trama que le proponía. Al respecto, este párrafo es poco creíble:

> Mientras escuchaba, ni un músculo de la cara de Villa se movió. El negro recuerdo de su regreso a Parral, encontrando a su madre y a su hermana violadas y descuartizadas por los soldados federales, tenía que resultarle horrible, pero sólo cambió su mirada. Sus ojos se habían mostrado apenas críticos a nuestra llegada; ahora brillaban mientras se lamía los labios con frecuencia. Me vino la imagen de un jaguar preparado para correr.[241]

Walsh acompañó a Villa en su recorrido hacia el sur: "Ortega me fue comentando que los federales estaban vigilándonos por todas las ciudades de

239 *Ibid.*, p. 77.
240 *Ibid.*, pp. 77 y 78.
241 *Ibid.*, p. 78.



nuestra ruta. Cogerían a los más torpes, los castrarían y, en cualquier caso, los dejarían mutilados".[242]

Después de un intento de resistencia en Durango, ciudad rápidamente tomada por Villa:

> Con Aussenberg [el camarógrafo] dimos unas vueltas por el lugar tomando unas imágenes de los muertos, incluyendo algunos federales que habían sido atados a los árboles. Salieron unos magníficos metros de película, pero necesitaba algo mejor. Hasta el momento, todo lo que había rodado era acción de retaguardia y escenas posteriores a los tiroteos. A los únicos federales que había fotografiado era a los muertos. Quería secuencias de vivos. ¿Qué podía hacer? Hablé de mis dificultades con Ortega. Dejó de sonreír cuando le dije que solicitaba el permiso del general para que algunos de sus hombres se vistieran como los soldados federales, fingiendo una batalla con sus compañeros.
>
> —¿Está loco? Dispararán contra mí o contra los otros [...].
>
> Después vi a un hombre bajando su rifle y avanzando sin ganas hacia los federales muertos, quitándoles sus chaquetas ensangrentadas. Villa, mientras vigilaba, muy pronto pudo ver a un montón de soldados mixtos, mitad rebeldes, mitad federales, vestidos a medias: de la cabeza a la cintura eran federales, de la cintura para abajo, los partidarios de Villa. Los que eran del norte se negaron a vestirse con los calzones y las botas federales. Los gorros y las chaquetas era lo máximo que se permitían. Tuve que dar instrucciones a Aussenberg acerca de cómo tomar los planos. El público no nos aceptaría a los hijos del gobierno con los pies descalzos.[243]

Para varias escenas, Walsh pidió a Ortega otras situaciones asimismo actuadas:

[242] *Ibid.*, p. 82.

[243] *Ibid.*, pp. 83 y 84.



> ¿Permitiría el general unos planos mostrando su entrada triunfal en Durango con las tropas triunfadoras? Sí, al general le gustaría mucho. (Villa, como tantos otros, estaba sediento de publicidad, de que el mundo conociera sus hazañas).
>
> —¿Puedes conseguirme unas veinte chicas guapas?
>
> —¿Veinte? ¿Acaso es un semental? —sonrió.
>
> —No es para lo que piensas. Quiero que esparzan muchas flores mientras el general avanza a caballo por la plaza. ¿Lo hará?
>
> —Se lo voy a preguntar.
>
> Se reunió conmigo con una gran sonrisa en los labios. Sí, el general lo haría y si yo quería, ordenaría a los soldados que se tendieran en las cloacas de desagüe y salieran pegando tiros como si atacaran a los soldados federales. Las muchachas de las flores, con los pies descalzos y el pelo negro como el azabache, lanzaron rosas a Villa bajo las herraduras de su precioso caballo negro. La infantería «se escondió» en la cloaca y aparecieron «disparando» sus pistolas sin balas. Pero aún no estaba del todo satisfecho. Tenía que haber algo más. Pero ¿qué?[244]

A Walsh no tardó en ocurrírsele una escena de liberación de presos por parte de Villa:

> A no ser por Ortega, pienso que nuestro autócrata a caballo nos hubiese hecho filmar cosas sin interés. Pero ahora ordenó a unos doscientos soldados que se quitaran sus sombreros y bandoleras y tiraran los rifles. Les lanzó una perorata y, luego, les mandó a todos a la cárcel. Cuando hice una señal, un ayudante disparó su pistola y los soldados, disfrazados de prisioneros, salieron corriendo y gritando, vitoreando a su héroe por todo el pueblo. Más tarde me enteré de que Villa los había amenazado bajo pena de muerte en el caso de que no respondieran a sus expectativas y no fueran realistas. Uno de ellos incluso intentó besar su bota y acabó por besar su caballo. Utilizamos a todas las prostitutas reunidas para el papel de novias

[244] *Ibid.*



y esposas. Hice que Ortega lanzara el rumor de que andábamos buscando talentos artísticos, así que hicieron una excelente representación.[245]

Esa noche, en la ciudad de Durango:

la mayoría de los soldados estaban borrachos y contentos, y también la mayoría de los civiles se comportaron mejor. Al contrario de lo que suele ocurrir cuando un ejército invasor amenaza con su presencia a un pueblo, las chicas jóvenes no habían sido escondidas hasta que las tropas se marcharan [...].

La ocupación de la ciudad de México no fue sangrienta. Los federales habían abandonado la capital al ver la nube de polvo que se venía encima con el ejército de Villa. El general dio órdenes para dominar el pillaje y mataron a algunos soldados que le desobedecieron. La larga marcha había llegado a su fin. Francisco Villa, el «indio ignorante», era el dueño y señor de México en todo excepto en el nombre. Cuando apareció Emiliano Zapata con su ejército del sur y Álvaro Obregón llegó desde Veracruz, entre los tres comandaban más de cincuenta mil hombres armados. El resto ya es historia [...].

Después de los meses pasados con tanta acción y de las secuencias filmadas, no me parecía que ese final fuese el adecuado. Abriendo puertas y persianas en el Palacio Nacional durante el mediodía, conseguí bastante luz como para fotografiar a los tres generales sentados a la mesa de reuniones. En lo que a mí concernía, ya estaba dispuesto a volver a Hollywood.[246]

[245] *Ibid.*, pp. 85 y 86.
[246] *Ibid.*, pp. 86 y 88.



John Reed
MÉXICO INSURGENTE

John Reed, periodista, nació en Oregón, Estados Unidos, en 1887. Curiosamente, su vida está ligada sobre todo a Rusia y a México. Proveniente de una familia adinerada, estudió en la Universidad de Harvard, donde organizó un club socialista. Ya egresado viajó a Europa y se inició en el periodismo; de regreso a su país, se instaló en Nueva York.

En 1913 hizo su primer reportaje importante sobre una huelga en Nueva Jersey y fue encarcelado por sus vínculos con los huelguistas. Sobre ese movimiento social escribió una singular obra de teatro que actuaron los propios trabajadores en el Madison Square Garden. A fines de ese mismo año de 1913, la revista *Metropolitan* lo envió a México como corresponsal ante el Ejército de Francisco Villa; patrocinado también por el *New York World*, pasó seis meses en nuestro país, armado de una cámara fotográfica y con algún dominio sobre el español. Después pidió a sus periódicos que lo cambiaran al estado de Morelos para acercarse a Emiliano Zapata, pero no logró su propósito. Los artículos que produjo se fueron publicando paulatinamente y en 1914 se editaron como libro con el título de *México insurgente.*

Al principio de la Primera Guerra Mundial fue corresponsal en el frente europeo occidental. Después de unos meses en Nueva York regresó a Europa, en el frente oriental; en Rusia estuvo dos semanas preso. A ese país volvió en septiembre de 1917, presenció la Revolución de Octubre y con el material escribió su libro *Diez días que conmovieron al mundo*, publicado con un prefacio de Lenin; Reed entrevistó a este líder y también a Kerensky y a Trotsky. En abril de 1918 retornó a Nueva York, donde fue detenido temporalmente y durante varios meses le decomisaron sus papeles de trabajo. Lo demandaron penalmente por escribir contra el enrolamiento militar y la guerra, pero fue absuelto. El Gobierno ruso designó a Reed cónsul soviético en Nueva York, pero las autoridades norteamericanas no lo aceptaron.



Reed fue fundador del Partido Comunista Obrero de Estados Unidos. Regresó a Rusia a fines de 1919 en un viaje clandestino para obtener el refrendo del Comintern al nuevo Partido, pero no lo obtuvo, pues los rusos exigían primero la unidad de los socialistas norteamericanos. De nuevo clandestino Reed salió hacia Finlandia, donde permaneció detenido tres meses, para luego ser deportado a Rusia. Enfermizo desde niño, con un riñón extirpado, John Reed murió en Moscú en 1920 y sus restos fueron enterrados en el Kremlin.

En tierra mexicana, el recorrido de este periodista fue desde Ojinaga hasta Torreón. Muy divertida debe de haber sido esta anécdota, cuando menos para algunos:

> Un día un correo se coló por las líneas federales y cruzó el río con noticias importantes. Dijo que la banda militar del ejército federal había marchado por la zona practicando sus marchas. Los constitucionalistas capturaron a sus integrantes y los tuvieron en el mercado con rifles apuntando a sus cabezas para que tocaran doce horas seguidas sin descanso. "Así –continuaba el mensaje– las penurias de la vida en el desierto se aliviaron un poco".[247]

Reed reivindica algunos aspectos de nuestro pueblo:

> Los norteamericanos insisten en que los mexicanos son deshonestos por naturaleza; según ellos yo debería esperar que me robaran mis pertenencias desde el primer día. Llevaba dos semanas viviendo con una banda de ex convictos como en todo ejército. No tenían ni disciplina ni educación. Muchos de ellos, odiaban a los gringos. No se les había pagado en seis semanas, y algunos estaban tan desesperadamente pobres que no podían ni alardear de sus huaraches o de sus sarapes. Yo era un extraño, desarmado, con buenas pertenencias. Poseía ciento cincuenta pesos que escondía en la cabecera de

[247] Reed, John, *México insurgente*, México: Emusa, 1984, p. 41.



mi cama al dormir, y nunca perdí nada. Más que eso, nunca se me permitió pagar mi comida. En una compañía donde el dinero era escaso y el tabaco casi desconocido, yo dormía aprovisionado con todo lo que pudiera fumar gracias a los compañeros. Cada intento que yo hacía por pagar algo era un insulto para ellos. La única cosa que se me permitía pagar era el alquiler de la música para los bailes.[248]

De lo más valioso de la información que nos legó Reed es la concerniente a Francisco Villa:

Vestía un viejo uniforme caqui, al que le faltaban varios botones. No se había rasurado recientemente, no llevaba sombrero, ni siquiera se había peinado. Caminaba con las piernas un poco arqueadas, un tanto jorobado, con las manos en los bolsillos del pantalón. Conforme entró por el corredor pasando entre las rígidas líneas de soldados, parecía un poco cohibido, sonreía y asentía a un compadre aquí y otro allá en las filas [...].

Villa tiene dos esposas, una paciente y sencilla mujer que estuvo con él durante los años de su proscripción, quien vive en El Paso, y otra, una joven delgada y gatuna, que vive con él en la casa de Chihuahua. No esconde nada con respecto a esto, aunque los mexicanos educados y convencionalistas que le rodeaban en número cada vez mayor tratan de acallar el hecho. Entre los peones no sólo es frecuente sino hasta habitual tener más de una compañera.[249]

He aquí un diálogo entre Reed y Villa:

En otra ocasión le pregunté si las mujeres votarían en la nueva república. Estaba extendido en su cama, con su saco desabrochado.

[248] *Ibid.*, pp. 71 y 72.

[249] *Ibid.*, pp. 126 y 140.



—Vaya, no creo –dijo sorprendido, y de inmediato se sentó. —¿Qué quiere decir con votar? ¿Se refiere a elegir un gobierno y hacer leyes?

Dije que sí, que las mujeres lo hacían en los Estados Unidos.

—Bueno –dijo, rascándose la cabeza– si lo hacen allá arriba no veo la razón para no hacerlo aquí.

La idea parecía divertirle muchísimo. La repasó una y otra vez en la mente, mirándome, y volviendo a mirar a otra parte.

—Puede ser como usted dice –comentó– pero nunca lo había pensado. Las mujeres son para mí objeto de protección, de amor. No tienen firmeza de mente, determinación. No pueden considerar si algo es bueno o malo. Están llenas de compasión y suavidad. Vaya –concluyó–, una mujer no daría la orden para ejecutar a un traidor.

—No estoy tan seguro de eso, mi general –intercedí. Las mujeres pueden ser más crueles y duras que los hombres.

Se quedó mirándome, jalándose el bigote. Comenzó a sonreír. Miró lentamente hacia donde su mujer preparaba la mesa para el almuerzo.

—Oiga –le dijo–, venga, escuche. Anoche capturé a tres traidores que cruzaban el río para hacer explotar la vía del tren, ¿qué hago con ellos? ¿Los fusilo o no?

Sin saber qué hacer, ella tomó su mano y la besó:

—No sé nada de esas cosas –dijo ella–, usted sabe mejor.

—No –dijo Villa–. Lo dejo en tus manos. Esos hombres trataban de cortar nuestras comunicaciones con Juárez y Chihuahua. Ellos eran traidores, federales, ¿qué debo hacer? ¿Los fusilo o no?

—Bueno, pues, fusílalos –dijo la señora Villa.

Villa tragó saliva con deleite.

—Hay algo de cierto en lo que usted dice –enfatizó. Durante los días siguientes acosaba a la cocinera y las recamareras, preguntándoles a quién querrían tener como presidente de México [...].

Nunca evadía la cuestión de si podría o no ser presidente de México.

—Soy un luchador, no un estadista. No tengo la suficiente educación como para convertirme en presidente –decía–. Hace apenas dos años que aprendí a leer y escribir, ¿cómo podría yo, que nunca he ido a la escuela, ser capaz de hablar con los embajadores extranjeros y los cultos caballeros del Congreso? Sería malo para México si un hombre iletrado llegara a ser presidente. Hay una cosa que yo no haría nunca: ocupar un puesto para



> el que no estoy preparado. Sólo hay una orden de mi jefe (Carranza) que desobedecería: la de ser presidente o gobernador.[250]

Cuando las tropas villistas atacaron Torreón llevaban un tren-hospital de 40 furgones, con 60 médicos mexicanos y extranjeros. En el carro-comedor desayunó John Reed:

> Se trataba de un furgón de carga común y corriente como todos los coches privados, con ventanas cortadas en las paredes, separaciones construidas para aislar al cocinero chino en sus dominios, literas adaptadas a los costados y al final. El desayuno consistió en viandas rebosantes de carne roja con chile, baldes de frijoles, montañas de tortillas de harina frías y seis botellas de champaña Monopole.[251]

Por su parte, el furgón particular del "Centauro del Norte" tenía otras características:

> Sobre las paredes había fotografías de damas llamativas en poses teatrales, una gran pintura de Carranza, una de Fierro y otra del mismo Villa. Dos literas de madera doble ancho se replegaban contra la pared, en una de las cuales Villa y el general Ángeles dormían, en la otra José Rodríguez y el doctor Raschbaum, el médico personal de Villa.[252]

[250] *Ibid.*, pp. 141, 142 y 146.
[251] *Ibid.*, p. 183.
[252] *Ibid.*, pp. 186 y 187.



Jack London
MÉXICO INTERVENIDO

El famoso novelista estadounidense Jack London (1876-1916), autor de exitosos libros de aventuras para jóvenes (como *Colmillo blanco* y *La llamada de la selva*), fue también periodista e hizo varios reportajes en Veracruz y Tampico durante la intervención militar de Estados Unidos en 1914. Allí descubrimos a un odioso escritor reaccionario, intervencionista y profundamente antimexicano. Al respecto, valgan estos fragmentos:

> El hermano mayor [o sea Estados Unidos] puede vigilar, organizar y arreglárselas en México. Los llamados líderes de México no. Las vidas y la felicidad de varios millones de peones, y de muchos más en el futuro, están en juego.
>
> Un policía impide que un hombre golpee a su mujer. Un oficial humanitario impide que un hombre azote a su caballo. ¿Por qué una nación poderosa y que se considera ilustrada [o sea Estados Unidos] no ha de impedir que un puñado de dirigentes ineficaces e incapaces hagan de un buen país [o sea México], con recursos suficientes para tener una civilización feliz y elevada, un matadero y un desierto?[253]

Del siguiente párrafo, cabe preguntar ¿se creería London sus propias mentiras?: “Los dirigentes mestizos en México parecen incapaces de tratar a un peón con la medida de justicia existente y tal como se le practica en el mundo actual. Los peones mexicanos que viven hoy en Estados Unidos –y hay miles– reciben mejor trato que al sur de nuestra frontera”.[254]

Estos son fragmentos de un reportaje de London desde Tampico, del 27 de junio de 1914:

---

[253] London, Jack, *México intervenido,* México: Toledo, 1990, p. 62.

[254] *Ibid*., p. 61.



Uno debe ir y ver para conocer. Mi impresión, antes de llegar a Tampico, era que encontraría un típico puerto mexicano infestado de viruela, fiebre amarilla y unos cuantos aventureros mexicanos, de dudosos antecedentes y perniciosas actividades. Había también oído que en Tampico y sus alrededores había pozos petroleros [...] Y era casi lo único que sabía, hasta que fui y vi.

Viajaban conmigo, en el mismo barco de vapor, los petroleros que regresaban; los mexicanos los habían llevado hasta nuestros barcos de guerra el día que nuestras fuerzas desembarcaron en Veracruz [...] Un gran lanchón de hierro encallado, barrido por cada ola, mostraba la destrucción ocurrida en el rompeolas que se adentraba sobre el Golfo.

—Ese lanchón es nuestro, me dijo uno de los petroleros. Cuando los federales [de Victoriano Huerta] dispararon sobre nuestro muelle, se quemaron sus amarras y se fue a la deriva por el río [...].

En la boca del río Pánuco ambas vertientes están cubiertas con los tanques petroleros, que parecen enormes hongos en el paisaje. Quedé impresionado, no había soñado siquiera que nuestros aventureros trabajaran tanto. Era una muestra verosímil, una muestra muy verosímil. Continuamos río arriba y, a orillas del cauce, se alineaban cada vez más terminales y tanques: la terminal de La Corona, la de El Águila, sobre ambas riberas del cauce; junto, los grandes y macizos edificios de la Standard Oil. Y ante mí desfilaban los nombres de las compañías: National Petroleum, Waters-Pierce, Gulf Coast, La Huasteca, Combustibles Mexicanos, Magnolia Petroleum, International Oil, East Coast Oil... dejé de enlistar las compañías y noté que en Tampico había más de lo que había previsto.

—Ah, por fin llegamos a la ciudad —dije señalando una gran cantidad de edificios sobre la ribera norte. Se me informó que faltaban aún varios kilómetros para llegar, que lo que confundía con Tampico eran las instalaciones para almacenar y refinar, las plantas de parafina y los agitadores de las refinerías [...].

Mientras esperábamos al médico del puerto, los grandes buquetanques se alineaban uno tras otro, como una enorme procesión llegada del mar, echaban anclas y agitaban la bandera sanitaria [...].

Pasamos por la aduana y, al salir, una hilera de constitucionalistas a caballo me hizo olvidar, por un momento, el petróleo y los tanques petroleros. Antes de enterarme de lo que pasaba, me encontré acompañado



por 500 constitucionalistas, enviados a reforzar a los que perseguían a [...] cuatro mil federales [huertistas].

Jamás, en ningún campo de batalla, me había topado con un grupo de guerreros tan despreocupado, tan confiado a su suerte, tan rozagante de bien comer, de tan excelente humor. Todos montaban. Todos y cada uno de los caballos eran robados: mostraban las marcas de cada uno de los ranchos existentes entre el río Grande y el Pánuco. De vez en vez se veía algún vejancón canoso, pero la gran mayoría eran jóvenes. Había niños de 10,11 y 12 años magnífica y monstruosamente calzados con espuelas, sobre broncos confiscados, con imágenes de santos en los sombreros y dagas robadas y cuchillos de caza en las chaparreras, pistolas automáticas y revólveres en las caderas, las cinturas y los hombros cuajados de cinturones y bandoleras cargadas de cartuchos y el indispensable rifle, atravesado sobre el pomo de la silla. Y había mujeres, jóvenes todas: soldaderas, simplemente, o amazonas —las primeras con falda y montando de lado y las segundas con pantalones y montadas como hombres—, todas ellas tan perversamente armadas como sus camaradas masculinos, ninguna casada. No me gustaría estar en la línea de fuego ni herido en un campo de batalla ante una de estas mujeres.

Cruzamos en una panga a la orilla sur del Pánuco y traté de tomarle una fotografía a una tímida soldadera con falda. En vano, hasta que logré el favor del coronel al mando tomándole una a él y a sus oficiales. Estaban tan complacidos que me dieron cuanto poseían y ordenaron a la soldadera que enfrentara la cámara. El orgulloso coronel hasta interrumpió sus actividades para decorar a la soldadera con su propio cuchillo, pistola y cartuchera. Ella era joven, fuerte, sin corsé, vestida de algodón, india pura; según me enteré, llevaba dos años cabalgando con los revolucionarios. Venía de muy al norte y su destino final era la ciudad de México.

Al desembarcar en la ribera sur, deseoso de tomar la fotografía de dos o tres rebeldes, sufrí el peso de la abundancia. Todos los soldados se apiñaron en el encuadre inmediato —eran medio millar— y yo no tenía un gran angular [...] No son sino niños que cacarean, presumiendo; rebeldes que cambian el tedio del trabajo diario por este festival permanente. Y es un festival tener un caballo qué montar, un peso y medio diarios, buena comida, la posibilidad de saquear y, sobre todo, gozar de la oportunidad de



disparar sobre sus congéneres, que es el juego más grande de cacería al que pueda apostarle un hombre [...].

Una carreta tirada por los dos caballos más flacos, huesudos y sarnosos que nunca se hayan visto me llevó al hotel. Es obvia la razón que explica el estado de estos caballos: sólo caballos en tales condiciones pudieron escapar de las requisas de medio año, ya fueran estas perpetradas por los federales o por los rebeldes.[255]

Huerta tampoco ha dado muestras de tener elevados ideales ni una visión social amplia. Además, Huerta ha cometido errores. Mencionaré dos de tales errores sólo de pasada, pues considero que vienen al caso para entender lo que quiero decir: 1) no haber matado a Zapata cuando tuvo la oportunidad; 2) su muy grave error de no haber matado a Villa cuando lo tuvo de espaldas a una pared, ante un pelotón de fusilamiento. Fue en esa ocasión cuando obligó a Villa, de rodillas y con los brazos abrazándole las piernas, a pedirle que le perdonara la vida. Villa no ha olvidado este pequeño incidente. Y es justo suponer que el recuerdo de estos dos errores acude a la mente de Huerta y lo llena de arrepentimiento mientras bebe un trago en el Country Club y ve a Villa avanzar implacable desde el norte sobre él, ambas costas bloqueadas por barcos de guerra americanos, a Zapata a sus espaldas, por el sur y el occidente, como un tigre hambriento; su crédito agotado, sólo una porción del territorio en sus manos y su propia gente –la de la capital– lista para despedazarlo al menor tropiezo. No me gustaría ser Villa o Zapata, ni cinco minutos, dado el caso de que Huerta los apresara. Tampoco me gustaría ser Huerta, ni cinco minutos, llegado el caso de que Villa o Zapata lo apresaran.[256]

[255] *Ibid.*, pp. 102 y 103.
[256] *Ibid.*, pp. 84 y 85.



EDITH O'SHAUGHNESSY
HUERTA Y LA REVOLUCIÓN VISTAS POR LA ESPOSA DE UN DIPLOMÁTICO EN MÉXICO

EDITH LOUISE COUES NACIÓ A FINES DEL SIGLO XIX EN ESTADOS UNIDOS, EN UNA FAMILIA ACOMODADA. ESTUDIÓ EN UN CONVENTO DE MARYLAND Y DESPUÉS EN EUROPA. SE CASÓ EN 1901 CON NELSON O'SHAUGHNESSY. EN 1911 vino Nelson a México como segundo secretario de la embajada americana y esa etapa dio lugar a un primer libro de su esposa: *Diplomatic days*. En 1912 ascendió a primer secretario y en 1913 fue llamado a Washington por el embajador y Nelson quedó como encargado de negocios, hasta la ruptura de relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, en abril de 1914. En esta segunda etapa Edith escribió *A diplomat's wife in Mexico.* Tiempo después escribió *Intimate pages of mexican history* y años más tarde otros libros correspondientes a sus viajes europeos. Enviudó en 1928 y murió en 1939, en Nueva York.

El libro que glosamos es una colección de cartas de la escritora a su madre. Critica al presidente Woodrow Wilson por no reconocer a Victoriano Huerta y por la intervención armada de 1914. Nelson tuvo que renunciar a su carrera diplomática como resultado del libro de su esposa. Leámosla:

> La señora de Huerta es una guapa mujer, de aire tranquilo y madre de once niños. Esto y una casa rentada (puesto que nunca ha vivido en Chapultepec o en el Palacio) son hasta ahora las únicas posesiones terrenales de Huerta. Dudo que se incline a cometer robos. Es muy hábil en problemas humanos, posee gran vitalidad y una incansable perseverancia indígena. Cuanto más bebe más se le aclara el cerebro [...] Estaba [Nelson] buscando a Huerta, pero no lo encontraba. Alguien sugirió que tal vez estaría encerrado con los únicos dos "extranjeros" a quienes concede méritos: Hennessy y Martell [...].[257]

[257] O'Shaughnessy, Edith, *Huerta y la Revolución vistos por la esposa de un diplomático en México*, México: Diógenes, 1971, pp. 33 y 98.



De una reunión con señoras, comentaba: "Claro, como de costumbre, dos o tres de ellas están *enciente*. Con su presencia hacen que las habitaciones resplandezcan. Los maridos mexicanos normalmente se opacan junto a sus bellas esposas, que harían un buen papel en cualquier sitio [...]".[258]

> Esta mañana fuimos a las magníficas fábricas de cigarrillos del Buen Tono. El fundador y actual dueño es Pugibet, que hace cuarenta años vendía cigarrillos en la calle y ahora es millonario. La fábrica es un modelo en todo y un claro testimonio de su inteligencia, iniciativa y energía. Nos enseñó los amplios locales. Se ha abstenido de emplear maquinaria moderna para no dejar sin trabajo a cientos de mujeres. ¡Qué manos tan prestas y qué agilidad la de esas bellas indias! [...].[259]

En Palacio Nacional, los soldados comían a diario lo que les llevaban sus mujeres: "Las bellas jóvenes recibían uno que otro pellizco, donde a los guardias les parecía mejor sitio; y como consecuencia, ellas brincaban un poco entre contentas y ofendidas".[260]

Cierta frialdad notamos cuando fue a la fiesta brava: "La 'corrida de caridad', organizada con el fin de reunir fondos para la Cruz Roja, se supone que fue todo un éxito; se aseguró que sería una tremenda lucha 'humana', puesto que habían limado los cuernos a los toros. Sin embargo, el torero murió entre espasmos, y no de goce".[261]

Esa frialdad no se le notó cuando recibió a unos diplomáticos ingleses: "Sir Christopher y su ayudante Cavendish resplandecían en sus uniformes de

[258] *Ibid.*, p. 90.
[259] *Ibid.*, p. 181.
[260] *Ibid.*, p. 224.
[261] *Ibid.*, p. 130.



gala. Venían de ver a Huerta, en visita oficial a Palacio. De momento me sentí turbada. Sir Christopher es un hombre muy atractivo".[262]

En el libro aparece esta sorprendente información:

> Burnside [...] me habló de las trescientas mujeres indígenas del estado de Morelos a las que se arrancó del seno de sus hogares y fueron enviadas a Quintana Roo [...] allá donde generalmente sólo habitan hombres. Se envió a las mujeres con el objeto de formar una colonia con los desgraciados que han sido deportados allí para cumplir el servicio militar. Al llegar hubo un terrible escándalo y los soldados se pelearon para arrebatarse las mujeres. Esto ocasionó que los oficiales devolvieran a las mujeres, desembarcándolas en las playas de Veracruz completamente desamparadas. Casi todas tuvieron sus hijos en la mayor pobreza, sin ropa, ni comida y por supuesto sin quien se preocupase por ellas. Simplemente se las abandonó, luego de separarlas de sus familias, a miles de kilómetros de distancia. Esta ha sido una de las más terribles desgracias que hayan sufrido los indígenas en muchas generaciones.[263]

Herbert M. Dean
Con Villa en México

El jefe de los camarógrafos estadounidenses de la compañía cinematográfica Mutual Film —que filmó escenas reales de la batalla de Torreón—, Herbert M. Dean, concedió una entrevista al periódico *Reel Life*, que se publicó el 9 de mayo de 1914 bajo el título "Con Villa en México":

> ¿Quiere usted un relato de las experiencias de los camarógrafos de la Mutual en México durante la batalla de Torreón? [...].

262 *Ibid*., pp. 84 y 85.
263 *Ibid*., p. 128.



Pues bien, en primer lugar, contrariamente a todos los reportajes y noticias, no hubo combates apretados en Torreón. El general Villa se apoderó de Torreón valiéndose de una excelente estrategia. Los valerosos corresponsales de guerra, que ni han salido de El Paso, contaron cómo la ciudad fue ocupada bajo un fuego terrible, mientras las calles se empapaban en sangre. Dijeron cuán difícil fue el cruce del río Nazas, el cual, según ellos, iba crecido por las lluvias de primavera.

En realidad, el río estaba seco y los soldados cruzaron su lecho tan sólo para encontrar dos muertos en las calles de Torreón, gente de paz que se acercó demasiado al lugar en que los federales, que evacuaban la plaza, quemaban municiones defectuosas la noche antes de que Villa ocupara la ciudad.

Los verdaderos combates de la campaña Chihuahua-Torreón tuvieron lugar en Lerdo y Gómez Palacio. Durante 12 días, el furgón blindado de artillería con el temible cañón "El Niño", en el que colocamos nuestras cámaras, estuvo sujeto a fuego constante. Obuses de 80 milímetros estallaron cerca del mismo o pasaron volando sobre él. El tino de los federales fue siempre bueno. Tenían artilleros extranjeros. A bordo de "El Niño", junto a nosotros, había un cañón de retroceso francés de 80 milímetros, de manufactura modernísima. Detrás de nosotros, en un vagón blindado, las soldaderas, mujeres que acompañaban al ejército, preparaban las tortillas y el café para los soldados del frente.

Por lo que vi, y tuve tiempo de sobra para observar, hubo sólo cuatro norteamericanos, dos fotógrafos de campaña y dos corresponsales de guerra, que acompañaron a las tropas constitucionalistas durante toda la campaña en Gómez Palacio, Bermejillo, Yermo, Conchas, Torreón y en las operaciones en San Pedro.

Los corresponsales de guerra fueron John W. Roberts, de *El Paso Times,* y Timothy G. Turner, de *The Associated Press,* los fotógrafos de campaña, H. S. Martin de la Mutual y yo.

Dormimos, comimos y trabajamos bajo fuego constante durante los últimos quince días de campaña. El polvo del desierto nos afectó terriblemente. Martin estuvo durante cinco días inválido con fiebre. Y durante 30 horas seguidas estuvimos sin comer, después de una dieta de doce días en que sólo comimos tortillas.

Nuestras cámaras, por supuesto, representaban un excelente blanco para los mejores tiradores del ejército federal. Para sacar buenas películas,



nos vimos obligados a colocarnos en terreno elevado y los artilleros de los federales casi inmediatamente nos tomaban la distancia. Artilleros federales en Cerro Grande, una montaña situada al sur de Torreón, nos observaron mientras montábamos las cámaras en una casa de adobe de las afueras y nos empezaron a disparar con fusiles y cañones. Sacamos la fotografía y, tan pronto como abandonamos el tejado, el fuego cesó.

No tardamos en aprender lo que teníamos que hacer cuando nos disparaban. Cuando oíamos un sonido como de tela basta de algodón que se desgarra, unas veces precedido y otras veces seguido de un zumbido agudo sobre nuestras cabezas, nos tiramos inmediatamente al suelo, independientemente de que las espinas del mezquite estuviesen afiladas o no.

El zumbido agudo significaba que una ametralladora *Hotchkiss* o *Colt* automáticas buscaban blanco y el sonido de tela desgarrada indicaba que las balas venían volando a la velocidad de treinta por segundo. Parece casi increíble, pero estas armas disparan tan rápidamente con su cargador automático, que un soldado federal, sorprendido por un ametrallador constitucionalista, fue literalmente perforado entre la cintura y las rodillas antes de caer al suelo.

Martin se salvó varias veces por un pelo. Mientras caminaba por la vía en Torreón con varios soldados, oyeron el chillido de un obús e inmediatamente se echaron boca abajo entre los rieles. Un constitucionalista que no fue tan rápido como los demás, perdió una pierna que el obús le cortó como una navaja. (A propósito, no puedo exagerar en mis elogios al servicio de hospital de Villa. Durante una batalla, un soldado herido no pasa mucho tiempo tirado en el suelo antes de que los activos miembros de la Cruz Azul lo suban a una camilla y lo lleven al hospital).

Transportamos nuestras máquinas a cuestas mientras marchamos luego de que vimos que era imposible cargarlas en un burro y conservarlas en buen estado. A menudo nuestras tomas, fotografiadas en circunstancias de gran peligro, fueron realmente mejoradas por el polvo levantado por la metralla que caía a nuestro alrededor.

Comúnmente llevábamos 15 000 pies de película, pero cuando nos metimos al desierto sólo llevamos unos 1 200 pies por cabeza. El trípode resultó una impedimenta de lo más engorrosa. A veces prescindimos de él cuando filmamos desde el vagón o desde el furgón al que llamamos "El Niño", que en Gómez Palacio quedaba a la vista de la artillería federal y



siete granadas cayeron en una hora a cien metros de nosotros. La puntería mejoró al avanzar la mañana y no tardaron en caer varias granadas a cinco metros de nosotros [...].

Por primera vez en una guerra moderna, se permitió a fotógrafos y corresponsales de guerra desplazarse libremente por la línea de fuego. Para qué negar que tuvimos miedo. Hablé con un oficial del ejército francés en Torreón, quien me contó que había estado en la línea de fuego de todas las guerras importantes libradas en el mundo durante los últimos cuarenta años. Este oficial francés, de probado valor, me dijo también que jamás se había acostumbrado a encontrarse bajo el fuego y que los sonidos ríspidos y el ruido sordo de las explosiones de las granadas aún le afectaban tanto como los del día de su primera batalla.[264]

Francis A. Collins
THE CAMERA MAN

El camarógrafo estadounidense Francis A. Collins publicó en 1916 sus memorias bajo el título *The cameRa man* y en ese libro aparece un capítulo llamado "Aventuras en México", donde en parte se dice:

Durante una de las campañas de Villa, un camarógrafo recibió la distinción singularísima de actuar como oficial de mando. Fue una lucha sobremanera real, como atestigua la triste lista de muertos y heridos, pero el camarógrafo, no obstante, a menudo dirigió las batallas como si trabajara en un estudio. Una gran compañía cinematográfica firmó un contrato con Villa para hacer películas de la campaña que más tarde se exhibirían en todas las partes del mundo.

[264] Dean, Herbert M., *Con Villa en México, Reel Life, 9 de mayo de 1914*, en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992, pp. 228 y 230.



A cambio de una gran cantidad de dinero, Villa aceptó, entre otras cosas, que los encuentros tendrían lugar siempre entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde, cuando la luz es mejor para filmar. No se producirían ataques nocturnos, ya que no se les podría fotografiar. Y, a pesar de las numerosas tentaciones de pelear cuando la luz no era buena, Villa cumplió su palabra. Más de una vez, durante el avance hacia el sur, a las cuatro de la tarde, cuando el fotógrafo suspendió su trabajo, las tropas se encontraban en posición peligrosa.

Conforme a todas las reglas de la estrategia militar, el ejército debía haber avanzado para aprovechar las ventajas alcanzadas durante la lucha en la mañana. Sin embargo, en el consejo de guerra siempre figuró el camarógrafo, y éste insistió en que el avance debía aplazarse hasta el día siguiente, cuando hubiese buena luz, por lo que la batalla se planeaba de acuerdo con esto.

En muchos casos, la lucha se aplazó realmente para conveniencia del cineasta, como si la acción tuviese lugar en un escenario. En cierta ocasión, las ametralladoras habían sido colocadas en posición para hacer frente a una carga esperada. El señor L. M. Burrud, el fotógrafo, había montado su cámara cerca de allí. Su alcance, por supuesto, era mucho menor que el de las rápidas ametralladoras. Se le explicó la situación a Villa, que ordenó a sus hombres no disparar sobre el enemigo hasta que el camarógrafo diese la señal. Los hombres que manejaban las ametralladoras soportaron el fuego del enemigo sin devolverlo hasta que las tropas que avanzaban quedaron dentro del alcance de la cámara. Entonces, y sólo entonces, comenzó el señor Burrud a dar vueltas a la manivela de su cámara. Esta fue la señal ansiosamente esperada y un momento más tarde las ametralladoras soltaron continuas andanadas mortales y el avance se contuvo.

Una de las tomas más vívidas que se trajo Burrud de la campaña mexicana es un *close up* de una carga desesperada por la calle de una ciudad. Varios soldados corren con la bayoneta calada, directamente hacia la cámara –uno de ellos cae derribado realmente– y llegan tan cerca que se ven las tensas expresiones de sus rostros. El humo de la batalla aún flota sobre sus cabezas. Para lograr esa toma, el camarógrafo tiene que haberse encontrado en plena batalla.



“Un *close up* como ese”, explicó Burrud, “no pudo planearse. El más atrevido de los fotógrafos no se habría aventurado tanto. Me encontraba por casualidad en la calle con mi cámara protegida por un muro cuando llegaron los hombres cargando. Era demasiado buena la oportunidad para dejarla pasar. Cuando los vi venir, giré mi cámara y ocurrió que la podía operar con sólo un brazo expuesto a un tiro fortuito. Corrí el riesgo. Varios disparos pasaron silbando y dos hombres cayeron realmente en el campo de la cámara”.

Se suele pagar bien al camarógrafo que trabaja en el frente. Es común pagarle cincuenta y hasta doscientos dólares a la semana, aparte de todos los gastos, claro está, pero desquita hasta el último centavo. No sólo tiene que mostrarse valiente en situaciones de gran peligro, sino que además tiene que ser un buen fotógrafo y laboratorista también [...]

El camarógrafo disfruta a menudo de la protección de una guardia especial, consagrada a protegerlo. Como la cámara no tiene el alcance de un arma, el fotógrafo trabaja a menudo en gran desventaja. La cámara de cine constituye un blanco destacado y a menudo atrae el fuego del enemigo. La guardia especial del camarógrafo, que tuvo su origen en una de las primeras campañas de Villa, está formada por dos o más hombres escogidos que acompañan al fotógrafo o limpian el camino delante de él, para hacer que su posición sea la más segura posible cuando coloque su cámara.

Muchos miles de pies de película de guerra se filmaron mientras atinados tiradores, de ambos bandos, mantenían un constante y efectivo fuego. La guardia que protegía a Burrud durante gran parte de su trabajo en México estuvo constituida por dos indios de gran puntería, cuyo sigilo y audacia para hacer el reconocimiento del terreno tuvo varias veces un valor inapreciable.

Se tomaron todas las medidas imaginables, en esas campañas mexicanas, para conveniencia del cineasta. Los vagones de provisiones y aun de municiones podrían demorarse, pero el fotógrafo y su equipo se mantuvieron constantemente en el frente. Cada vez que las tropas avanzaron sobre la línea de un ferrocarril, al camarógrafo se le asignó un furgón para su uso exclusivo. Cuando los caminos lo permitieron, se le asignó un automóvil rápido y al recorrer las montañas, donde es necesario frecuentemente andar a caballo, siempre se le proporcionaron generosamente caballos de refresco.



Resultó imposible revelar las películas en el campo. Se instaló un cuarto oscuro en un pullman especial, claro está, pero el agua era mala por lo común. El cineasta tuvo que contentarse con revelar trozos breves de su película para probar su exposición. Los rollos filmados se enviaron lo más rápidamente posible a Nueva York para revelarlos e imprimirlos para su distribución.

Algunas de las tareas más audaces jamás ejecutadas por un camarógrafo se llevaron a cabo en esta campaña mexicana. Villa y los mexicanos no tardaron en mirar con desconfianza a los fotógrafos y el éxito de su trabajo dependía, en gran parte, de que supiesen conquistarse su buena voluntad y apoyo. Burrud decidió hacer una gran demostración para ganarse su respeto. Era la temporada de toros, cuando los toreros eran los héroes del día. El cineasta consiguió permiso para entrar en la arena, y un día, cuando miles de mexicanos se hallaban reunidos para gozar de una corrida, cargó su cámara, se la colgó del hombro con un tirante y saltó la barrera.

La audacia de la hazaña le ganó inmediatamente el favor de los mexicanos. Ya es bastante peligroso para el torero entrenado el enfrentamiento al toro. El fotógrafo se veía obstaculizado por la pesada cámara y, mientras que el torero puede bailar durante unos instantes delante del toro enfurecido antes de hacerse ágilmente a un lado, el camarógrafo trató de colocarse muy cerca del animal y mantenerse en su lugar el tiempo necesario para filmar la mayor cantidad posible de película. Esas tomas fueron quizá los *close ups* más peligrosos que jamás se hayan intentado hacer. Burrud se mantuvo en la arena lo suficiente para tomar varios centenares de pies de película, y escapó con la cámara y la vida a salvo.

Hubo una vez en que el toro, al que no le pareció bien tener que posar para una fotografía, escogió al camarógrafo de entre los toreros y cargó contra él con tanta energía que el hombre se vio obligado a correr para salvar su vida. Mientras saltaba la barrera, sintió el aliento caliente del animal en su nuca. La hazaña conmovió a la multitud, que le dio a Burrud una ovación. Villa, que siempre asiste a esas funciones, se sintió tan complacido que en esa misma noche dio una cena en honor del valiente Burrud.

Durante la campaña de Villa, una mañana, cuando apenas amanecía, se hizo salir a Burrud al fresco y se le ordenó que acudiese con su cámara inmediatamente al cuartel general. Cuando llegó, sin abrigo y sin haber tomado nada ante la tienda de Villa, se le dijo que el general había decidido



ejecutar a unos veinte prisioneros y deseaba que la ejecución se filmara. Los prisioneros, en su mayoría simplemente políticos, habrían de morir tan sólo para hacer una escena de cine.

Burrud fingió examinar con mucho cuidado su cámara y luego le explicó al general que la película era mala y que le era imposible tomar las fotografías antes de que le llegase nuevo material. A Villa no le agradó tener que perderse el entretenimiento, pero el camarógrafo insistió en que carecía de sentido hacer las tomas, por lo que la filmación de la ejecución se aplazó varios días. Cuando llegó el nuevo pedido de película, afortunadamente el general había cambiado de parecer y los hombres se salvaron.

Al final, Burrud cayó de la gracia de Villa y se vio obligado a abandonar el campamento a la carrera. Además de fotografiar las escenas de combates reales, casi cada día lo llamaban para tomar metros y metros de película del propio Villa. Cada vez que conseguía un nuevo uniforme o un caballo distinto, lo llamaban a temprana hora y, sin haber tenido tiempo de probar bocado, tenía que ponerse a registrar el hecho en inmortales películas. La pasión del general porque lo fotografiaran se convirtió en obsesión. Villa debía contar con su película antes de almorzar día tras día y el camarógrafo comenzó a cansarse del ejercicio. Cierta mañana, cuando el pretexto para ser fotografiado le pareció especialmente trivial, Burrud simuló que hacía las tomas, pero sin cargar su cámara. Al terminar a escena le dijo a su ayudante: "Esta vez le he tomado el pelo al viejo pavorreal, porque la cámara está vacía".

Para su mala suerte, un mexicano que andaba por allí cerca y sabía inglés oyó estas palabras y fue a repetírselas a Villa. Se llamó al camarógrafo inmediatamente al cuartel general. Villa estaba furioso. Se le dijo a Burrud que liara el petate y regresase a su patria sin pérdida de tiempo.

"Y si no fueses norteamericano", le gritó Villa, "te habría puesto contra la pared más cercana y te habría fusilado".[265]

[265] Collins, Francis A., *The camera man,* Nueva York: The Century Co., 1916, en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992, pp. 234, 238 y 240.



Timothy G. Turner
BULLETS, BOTTLES AND GARDENIAS

El periodista Timothy G. Turner publicó en 1935 sus memorias de la participación que tuvo en las campañas de Pancho Villa, como corresponsal de guerra. Tituló al libro *Bullets, bottles and gardenias*:

La congestión ferrocarrilera empeoró cada vez más y nos traían de aquí para allá como nunca antes, hasta el punto de que a veces nos parecía que retrocedíamos más de lo que adelantábamos. Pero poco a poco nos acercamos a Torreón.

Finalmente, una tarde, mientras Weeks y yo nos encontrábamos sentados, con las piernas colgando fuera del vagón y recontándonos nuestro viaje en un furgón sin adornos por la costa occidental, oímos un cañoneo a la distancia y supimos que por fin habíamos llegado.

Comenzamos a pasar junto a hombres que se habían extraviado en el camino, algunos venían heridos. El ruido de los cañones se hizo más fuerte y lo oímos toda la noche. En la mañana, avanzamos rápidamente, encontramos un lugar de descanso en un apartadero del ferrocarril y el conductor nos dijo que estábamos en las afueras de Gómez Palacio. Salimos, caminamos un poco y llegamos a vistas de la ciudad de Gómez Palacio, con un amplio espacio abierto alrededor de una pequeña estación de madera, medio derruida por los obuses. A un lado se alzaban algunos edificios grandes, y a través de la reja en el alto muro se podía ver un excelente jardín. Nos dijeron que se trataba de La Jabonera.

No se veía un alma. Todo estaba absolutamente callado, no se oía ni el disparo de un rifle. ¿Habíamos llegado demasiado tarde para la batalla? ¿había caído Torreón?

Torreón podía verse claramente desde el patio del ferrocarril que rodeaba a la pequeña estación en que nos encontrábamos. Sobre la vía, un poco más adelante, descubrimos uno de los grandes cañones franceses de 80 milímetros, montado sobre un vagón de acero, y cuidado por varios hombres. Poco tiempo después, abrió fuego y le contestaron inmediatamente con disparos de artillería desde la ciudad. Empezaron a caer bombas



a nuestro alrededor y todos nos echamos a correr como desesperados al refugio de los furgones. No cabía duda de que habíamos llegado a tiempo.

No se podía mandar por telégrafo ni media palabra. Los villistas nos prometieron el servicio cuando la batalla hubiese terminado, pero no antes, de modo que no había nada que hacer, salvo recoger la poca información que pudiésemos y hacernos la vida agradable.

Fong, el cocinero, era el más atareado del grupo. Cuando veía caer una bomba, en cualquier lado, cogía dos de sus trapos de agarrar caliente de su cocina y se echaba a correr por el campo. La munición de los federales no era demasiado buena y después de esparcir su metralla el casquillo rara vez se reventaba. De modo que Fong recogía los casquillos calientes aún y corría de regreso con ellos hasta el vagón, donde los soltaba en un cajón que tenía y seguía guisando.

"Ha venido haciendo esto durante todo el viaje", me dijo Roberts. "¿Sabes para qué los quiere?, pues ha descubierto que los turistas de El Paso los compran y se hará rico si logra regresar".

Fong le tenía menos miedo a los disparos que cualquiera de nosotros. Pero mis nociones de valentía cambiaron mucho mientras anduve con Villa en Torreón. A veces, una falta de imaginación pasa por ser valentía.

Los heridos pasaban junto a nuestro vagón y a menudo se detenían para pedirnos agua. Los carros-hospital estaban detrás de nosotros, fuera del alcance de la artillería. Algunos hombres habían estado heridos largo tiempo, en sitios desde los que no habían podido regresar. Uno tenía agusanado el hombro, que le había destrozado la metralla. Otro caminaba, cojeando, con tres heridas de balas de ametralladora en una pierna.

Ninguno de ellos llevaba en el rostro expresiones de sufrimiento y nos respondían con bastante animación cuando les hablábamos, se detenían a charlar un rato acerca de la batalla antes de continuar hacia el hospital. El estoicismo del indio americano no tiene límites.

Vimos caballos pastar en el césped de La Jabonera. Se habían acostumbrado al ruido de las granadas. De vez en vez, uno era herido o caía muerto. Pero los demás seguían pastando plácidamente.

Me pregunté ¿era eso valor?

Roberts salió un día a ver qué pescaba y regresó con las manos vacías, pero con algunas nuevas.



"Me encontré a un español, dijo, que tiene bebidas escondidas en una casa de la ciudad. Las podemos conseguir por cuatro centavos. Creo que se las robó. ¿Quién me acompaña? Tenemos que meter las botellas en una canasta para traérnoslas".

Como yo era el único, aparte de Roberts, que hablaba español, fui elegido, y nos pusimos en camino.

La casa se encontraba en el otro lado del patio del ferrocarril, pero todo estaba tranquilo en el lado de Torreón y cruzamos dando un rodeo sin ningún contratiempo.

Encontramos la casa del español, quien nos condujo a un cobertizo, donde comenzó a bajar leña de un montón debajo del cual sacó una caja de *vermouth.*

¿No tiene nada más que *vermouth*?", le preguntamos. No, eso era todo, simplemente *vermouth*, pero por fortuna seco. Nos dio una sólida canasta con agarraderas a los lados y en ella metimos todas las botellas que sentimos que podíamos cargar, le pagamos y no tardamos en volver a caminar llevando entre los dos, colgada, la canasta, que era pesada. De trecho en trecho nos cambiábamos de mano para descansar los brazos. De regreso, hicimos el rodeo en torno al patio del ferrocarril como habíamos hecho al llegar. La carga era tan pesada que no quisimos desperdiciar pasos, por lo que corrimos el riesgo.

Caminábamos por el centro más o menos del patio, cerca de la estación demolida, cuando oímos un cañón desde la parte de Torreón y el zumbido del obús que se venía sobre nosotros. A diferencia de los tiros de rifle, que según dicen oye uno después de que la bala ha pasado, podíamos oír venir a estos obuses, que así nos daban un buen aviso antes de estallar.

Apresuramos nuestro paso y el proyectil estalló a bastante distancia de nuestra retaguardia. Luego llegó otra bomba y esta vez estalló justo detrás de nosotros. Entonces supimos que nos tiraban, porque el patio estaba desierto aparte de nosotros.

No nos dijimos palabra, pero comenzamos a avanzar como un par de caballos entrenados, con la canasta firmemente suspendida entre los dos. Corríamos, pero no con la suficiente rapidez a causa del peso de la canasta.

Llegó entonces un tercer proyectil. Sentí que se me helaba la sangre. Entonces, en el preciso instante en que el obús estalló, nos echamos boca abajo, en perfecto unísono sin haber cruzado entre nosotros ni una sola mirada o palabra.



Mientras caíamos, bajamos la canasta suavemente, tiernamente, y la dejamos entre nosotros, unos instantes.

Tenía yo la nariz pegada en el suelo, y estoy seguro que otro tanto hacía Roberts. En tales circunstancias, uno se puede aplanar. Vi delante de mis ojos un cerillo quemado y recuerdo que deseé poderme esconder detrás de él.

El proyectil estalló bastante por encima de nosotros: la metralla levantó nubecillas de polvo y una polvareda más grande indicó el lugar en que había caído el obús.

Luego, automáticamente, "como un solo hombre", como dicen los libros de cuentos, nos levantamos y echamos a correr hasta que oímos el siguiente proyectil, y de nuevo nos tiramos al suelo; estalló bastante lejos y hacia un lado. Llegamos a la hilera de furgones y, nuestra canasta de botellas en el suelo, nos quedamos echados, resollando de fatiga, durante unos momentos antes de que cualquiera de los dos pudiese articular palabra.

El *vermouth* quedó bajo el cuidado de Fong y decidimos, después de beber un poco antes de comer, que nos tenía que durar, ya que no sabíamos cuánto tiempo habría de pasar antes de que consiguiéramos algo más.

Cada botella fue examinada con cuidado. No se había roto una sola; ni siquiera se habían rajado.[266]

Clarence Barrows
VIAJE A CHIHUAHUA

Clarence Barrows, probablemente estadounidense, fue maestro decano de la Escuela de Graduados en Ciencias Sociales de la Universidad de California, en Berkeley, y después llegó a ser importante funcionario de esa institución. En 1915 realizó un prolongado recorrido por el estado de Chihuahua y lo que escribió al respecto debe haber

[266] Turner, Timothy G., *Bullets, bottles and gardenias,* Dallas: South West Press, 1935, en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992, pp. 246, 248 y 250.



interesado a su Gobierno, pues se conserva en el archivo del Departamento de Estado. De allí procede el siguiente fragmento:

> Encontré al estado de Chihuahua bien gobernado por las fuerzas de Villa. Había esperado encontrar condiciones anárquicas en muchos lugares, pero encontré todo lo contrario. El gobierno de Villa ha mostrado tener mucha habilidad para utilizar sus recursos. La línea del Ferrocarril Central Mexicano está en buenas condiciones. Las líneas telegráficas y telefónicas han sido ampliadas y reparadas. La nueva línea abastecedora de agua a la ciudad de Chihuahua fue restaurada e inaugurada una nueva casa de moneda con máquinas inventadas localmente. Hay varias comisiones trabajando con nuevas leyes sobre finanzas, agricultura, trabajo y tierras. Tengo sus informes y, aunque no me han impresionado por su perfección, sí revelan ideas justas y moderadas de reformas. Las escuelas, llenas de niños, están trabajando. Villa, siendo un hombre ignorante, ha dado un fuerte impulso a la educación [...] Todos los que lo han visto en meses recientes encomian su madurez en experiencia y moderación. Su poder descansa en su espléndido valor, en su osadía, en su astucia natural y en su sentido común. En mi opinión, Villa es el caudillo más templado y razonable de México.[267]

Rosalie Evans
CARTAS DESDE MÉXICO

Rosalie Evans, estadounidense, en 1898 se casó en México con un banquero inglés que adquirió numerosas propiedades agrícolas, sobre todo en Puebla. En 1910 dejaron el país motivados por la Revolución y ella regresó –ya viuda– en 1918 para retomar las riendas de sus haciendas; la principal estaba cerca de San Martín Texmelucan y tenía 1 085 hectáreas de riego. Además, poseía otras cuatro haciendas y acciones

[267] Barrows, Clarence, "Viaje a Chihuahua", en Friedrich Katz, *Villa: el gobernador revolucionario de Chihuahua,* México, Asociación Chihuahuense de Escritores, 1984, pp. 19 y 20.



de empresas mineras y ferrocarrileras. Esta rica y cultivada mujer trató de oponerse a las resoluciones agrarias del Gobierno, que la afectaban, y a los campesinos –"raza de cerebros de mono"–[268] que se beneficiarían con sus tierras. Rechazó el decreto presidencial de confiscación ("no pienso obedecer las órdenes de Obregón")[269] y arrancó las estacas que fijaban los nuevos linderos de su propiedad. Durante seis años tuvo conflictivas relaciones con funcionarios y campesinos, y apeló a su doble nacionalidad (por nacimiento y por matrimonio) para pedir apoyo diplomático a sus embajadas en contra de la expropiación de sus terrenos. Llegó a defenderlos de los agraristas a latigazos y pistola en mano, y fueron heridos sirvientes suyos y alguno secuestrado. En Evans, presa ya de una especie de complejo de Juana de Arco, se fue transformando la necesidad de proteger sus bienes en la de salvar a una nación:

> Sé que todos están en contra mía, pero la verdad es muy poderosa, y solamente pienso contar la verdad. Debo detener si puedo este ultraje de embarcar armamento al gobierno de Obregón. He guardado silencio hasta el último momento posible. Aquellos que menospreciaron mi poder para ser escuchada están alarmados y temen que agite la opinión pública. Sé cuán falso es Obregón, pero quiere armas de los Estados Unidos con tantas ganas que no creo que se atreva ahora a decirles [a los agraristas] que me tiendan una emboscada, y siento que mi destino es ayudar a este pobre país, y lo haré si puedo.[270]

El asunto devino pasional: Evans asumió su papel de heroína quijotesca y mártir y, así, fue asesinada en 1924 a manos de unos agraristas, quizá alentados por el Gobierno. Sólo ella supo si había exhibicionismo en sus actos, pero dos meses antes de su muerte *Excélsior* publicó que protagonizaría una película autobiográfica. Nadie lo desmintió.

---

[268] Evans, Rosalie, *Cartas desde México*, México: EOSA, 1986, p. 165.

[269] *Ibid.*, p. 234.

[270] *Ibid.*, pp. 346, 347 y 349.



Nuestra autora epistolar no sólo era magnífica jinete, sino que le gustaba demostrarlo y hacerlo saber:

> J… trajo a un famoso charro a jugar carreras conmigo. Al principio me rehusé. Él me ganó. Después, dije: “Déme su caballo y yo le ganaré”. J… apostó cien pesos. Trataron de amedrentarme para que no lo hiciera. “Una dama no debería montarlo”. Pero mis hombres lo ensillaron. Me puse la vieja chaqueta de charro, bordada de plata; todavía luce con brillo. Dimos de alaridos igual que los indios salvajes. El charro se deshizo de su silla para aligerarse, pero yo le gané por medio largo, y la música tocó la *Diana de la Plaza de Toros.*[271]

Cuando su enfrentamiento contra los agraristas y contra el Gobierno llegó a sus puntos más candentes, sucedieron escenas increíbles como estas de *western* hollywoodesco:

> Mi yegua es un pequeño amor. La hice corcovear, esparciendo a los hombres a derecha e izquierda mientras sacaba mi pistola. Un hombre vio que yo actuaba en serio, y levantó una gran piedra para arrojármela, al ver que se me había enganchado la pistola en la funda; pero puse mi dedo en el gatillo y apunté al ancho pecho de Rosas: “Si ese hombre arroja la piedra, lo mato a usted”. La piedra cayó, pero no en mi dirección. La yegua pareció comprender y se quedó bien quieta; mi mano estaba igual de calmada (mi mano temblorosa) como nunca soñé que pudiera estarlo. Dije: “No necesito soldados para que hagan mi trabajo. Si aran este suelo sin orden del gobernador, tendré que dispararle al primer hombre que se atreva a hacerlo”.[272]

O bien, esta otra escena del Lejano Oeste:

> Mandé a Iago a buscar a Anita, que estaba a sólo diez minutos de la casa. Cinco de los huelguistas regresaron y trataron de detener a mis hombres.

271 *Ibid.*, p. 229.
272 *Ibid.*, p. 195.



> Estoy tan feliz por mi causa, como verás más tarde, y de que Anita me viera *en acción.* Cuando ella y lago volvieron yo trataba de hacer que mi caballo hiciera caer a los huelguistas por el terraplén que dividía el campo del camino, defendiéndome con mi látigo; quiero decir haciéndolo girar en derredor, sin darles oportunidad a que tomaran la brida. Estaba estallando de rabia y me mantuve sin dispararles debido a un esfuerzo gigantesco. Lago se unió a mí y los echamos fuera.[273]

En busca de solucionar sus problemas, Evans se entrevistó con varios secretarios de Estado y con el propio presidente Obregón: "bolchevique", "mirada de bandido", "aspecto de bruto que teme atacar", "tirano ignorante", "bruto peligroso, astuto y cruel", "falso demonio", "pobre bruto, ni siquiera lo odio; más bien tengo cierto horror como de un perro con rabia que debe matarse. Ves cuán brillante se ha vuelto el *gorrión*", o sea ella misma, que le escribía ufana a su hermana.[274]

Katherine Anne Porter
un país familiar

La estadounidense Katherine A. Porter (1890-1980) se casó en 1906 con un hacendado texano; sin embargo, para 1914 el matrimonio concluyó. Quiso ser actriz, pero sólo logró papeles menores de extra. Con problemas de salud por tuberculosis, se inició en el periodismo en 1917 y dos años después escribía también trabajos literarios. Entre 1920 y 1923 tuvo tres largas estancias en nuestro país; al poco tiempo de haber llegado, obtuvo el cargo de editora de la sección en inglés de *El Heraldo de México* y después del *Magazine of Mexico.*

[273] *Ibid.*, p. 284.
[274] *Ibid.*, pp. 189, 214, 231, 232, 237, 241 y 255.



En 1930 hizo un cuarto viaje a nuestro país. Obtuvo la beca Guggenheim, la beca Fullbright y el premio Pulitzer. Su quinto viaje a México lo realizó en 1960 y el último en 1965. Las vivencias mexicanas de Porter están presentes en sus trabajos de diverso género hasta 1934, en que se diluye esa influencia.

Anticlerical, la escritora se refiere a la Guadalupana ubicada en la capilla arriba del cerro del Tepeyac:

> Se trata de una imagen más reciente copiada del retrato original, pero aquí aparece recostada con las manos cruzadas y sostenida por una compañía de santos. Hay una suavidad voluptuosa en su rostro y en su actitud; es una virgen reciente acostumbrada a los homenajes. De haber sido la frágil doncella que recibió de rodillas la anunciación del ángel Gabriel, ha progresado hasta desempeñar el papel de Poderosa Intercesora. Su mirada es vaga y un poco indiferente y ni siquiera mira al devoto adorador que, apasionado, abraza sus rodillas y pone la cabeza en su regazo [...] Sobre aquel pedazo de madera tallada y yeso pintado, veo las manos horribles de la fe, las manos crédulas y gastadas de los creyentes, las manos humildes y suplicantes de los millones y millones de personas que no tienen más que el paliativo de la credulidad. En mis sueños veré esas manos que, insaciadas, buscan a tientas y se alargan, se alargan, se alargan; esos ojos que, en su ceguera, no quieren ver la buena tierra que debería colmarlos y que en cambio se vuelven hacia el cielo enorme y vacío.[275]

El Xochimilco de 1920 y el de un siglo después no tienen gran diferencia cuando se pasea en sus canales:

> Ahora salen las mujeres en sus barquitas, apenas lo bastante anchas para que puedan arrodillarse cómodamente, puntiagudas en la proa y el proel, tan poco profundas que el borde queda a unos centímetros de la superficie

[275] Porter, Katherine A., *Un país familiar*, México: Conaculta, 1998, pp. 26 y 27.



del agua. Algunas tienen braseros de carbón y atareadas abanican el fuego de sus ollas de comida. Más tarde serán bien recibidas por los visitantes. Otras llevan flores y cada cual boga con un solo remo ligero [...] Otra muchacha, con su chalupa rebosante de lechugas y apios, rema con suavidad desde un canal secundario. Se arrodilla erguida, con un amplio sombrero de copa alta que da sombra a su rostro afilado [...].[276]

Una raza de gente que canta [...] acostumbrada a principios tristes y finales trágicos, enamorada de la vida furiosamente independiente, un poco desesperada, pero que no le teme a nada. Ven la vida como una llamarada frente a un muro de oscuridad. Son actores conscientes que desempeñan papeles intensos, viven y mueren bien y, mientras viven y mueren, cantan.[277]

Alma Reed

PEREGRINA

La periodista estadounidense Alma Marie Sullivan Reed (1889-1966) es famosa en México por su relación amorosa con Felipe Carrillo Puerto, el gobernador socialista de Yucatán, y por la canción "Peregrina" que él mandó componerle (con letra de Luis Rosado Vega y música de Ricardo Palmerín); 11 días antes de que contrajeran matrimonio, fue asesinado. Alma usaba el apellido Reed de su primer marido (y nada tiene que ver con John Reed, el famoso periodista también de Estados Unidos, quien cubrió parte de la campaña de Villa [ver capítulo correspondiente]).

Alma nació en San Francisco y se inició en el periodismo a los 24 años de edad, en el San Francisco Call; obtuvo notoriedad por su defensa a un joven mexicano de 17 años condenado a muerte, logrando no sólo salvarlo, sino que se modificara el Código Penal de California. Ello le valió que el

[276] *Ibid.*, pp. 59 y 60.

[277] *Ibid.*, p. 150.



presidente Obregón la invitara a México en septiembre de 1922 y que *The New York Times* la incorporara entre sus colaboradores. Este prestigiado diario la envió a México, en febrero de 1923, con la delegación arqueológica que visitó Yucatán, donde conoció a Carrillo Puerto. Él era un luchador social, hablaba maya y tradujo la Constitución Mexicana a esa lengua. Había sido coronel junto a Emiliano Zapata. Llegó a la gubernatura en febrero de 1922 y tomó medidas insólitas para la época, como otorgar el voto a la mujer, propiciar la planeación familiar y reinstaurar ejidos a costa de los grandes terratenientes, quienes lo llamaban "El dragón rojo con ojos de jade". Estaba casado y tenía cuatro hijos, aunque llevaba tres años separado de su esposa, quien vivía en Cuba, y estaba tramitando su divorcio.

Reed y Carrillo Puerto se enamoraron. En ese viaje ella obtuvo una entrevista con Edward Thompson, propietario de la hacienda de Chichén Itzá y cónsul de Estados Unidos, quien le reveló sus constantes dragados al Cenote Sagrado y haber enviado esos tesoros al Museo Peabody de la Universidad de Harvard, aprovechando la valija diplomática (con el artículo de Reed se provocó un escándalo internacional que culminaría en 1930 con la devolución a México de una parte de las piezas sustraídas). El idilio de la pareja se mantuvo vigoroso con una intensa correspondencia, con otro viaje de la periodista en septiembre y con el compromiso para casarse el 14 de enero de 1924, en San Francisco. El día 3 de ese mes, Carrillo Puerto, que era obregonista, fue asesinado junto a tres de sus hermanos y nueve colaboradores, a manos de rebeldes delahuertistas de seguro coludidos con ricos yucatecos de la llamada "casta divina". Únicamente gobernó 20 meses.

Alma Reed se convirtió en una leyenda viva en México. Viajó por África y otros países europeos, estudió Arqueología, fundó en Estados Unidos la Sociedad Délfica abocada a las letras y la filosofía, conoció a José Clemente Orozco en Nueva York y ayudó a promover su arte, estableciéndose entre ellos una relación amorosa. Reed instaló una galería y escribió varios libros sobre temas mexicanos de pintura, particularmente muralismo y arqueología. A partir de 1952 se mudó definitivamente a México, colaboró en *The News*,



recibió la Orden del Águila Azteca y falleció en México 14 años después. Su vida inspiró tres películas.

Así llegó por primera vez Alma Reed a nuestro país, en 1922, y conoció la trova yucateca:

> De forma intrigante, las melodías que surgían del rasgueo de las guitarras trascendían la nostalgia de sus temas personales y acogían el misterio de una raza antigua, de una civilización desaparecida. Más allá de su agradable lirismo, parecían estar desgarradoramente a tono con el trágico ambiente de la ciudad muerta, abandonada en pleno florecimiento. No pude evitar relacionar esas tonadas de acordes menores con los altares profanados de Uxmal, con sus deidades deshonradas y arrojadas al olvido y con el dolor inefable de un pueblo dotado de riquezas que había sido forzado a soportar siglos de opresión y humillación.[278]

Leamos estos fragmentos de cartas privadas de Alma a Felipe, escritas con su singular e incipiente castellano; la primera de ellas es del 8 de marzo de 1923:

> Ud. es en mi pensamiento mucho, y mas y mas yo tengo admiración de su sinceridad en la causa de sus pueblos, y para su nobilidad de character. Naturalmente, no es posible aceptar todas sus ideas modernas, pero yo creo con toda mi corazón que Ud. es un hombre con un gran visión para su pais y la raza humana… Y muy importante, especialmente para periodistas pobrecitas Americanas, y mas peligro, Ud. es un dragonito encantadoro y un poeta con toda la belleza de la vida en su alma… Nunca olvidaré estos hermosos dias en Yucatán, cuando con Ud. yo vi las ruinas Mayas, los pueblitos, (especialmente Kanasin), y todas las otras cosas bonitas de Merida […].[279]

[278] Reed, A., *Peregrina*, México: Diana, 2006, p. 119.

[279] Reed, A., “Epistolario”, en Schuessler, M., *Tuyo hasta que me muera*, México: Conaculta, 2011, pp. 40 y 41.



Esta otra carta es del 24 de noviembre de 1923, cuando ella hacía los preparativos en San Francisco para su boda inminente:

> En este momento, a las doce y media, cuando yo volví a mi cuarto después una comida de mis parientes, yo recibí tu preciosa telegrama en referencia a mis "flores". Es imposible decir con palabras que alegre estoy yo con esta noticia. No es una cosa á decir con palabras, pero solamente con besitos. Horita mi corazón y mi alma y mi sangre están cantando con alegría, porque horita el camino de nuestro amor parece muy claro sin ninguna obstrucción, y no es necesario para mí salir de mi querida tierra horita a esperar a ti en una otra ciudad [...].[280]

Oliver La Farge

TRIBUS Y TEMPLOS

Oliver La Farge (1901-1963) de Nueva York, fue arqueólogo, etnólogo y lingüista, y junto con el danés Frans Blom escribió este libro, en 1926. Ambos mayistas importantes encabezaron la expedición arqueológica patrocinada por la Universidad de Tulane, en Veracruz, Tabasco, Chiapas y Guatemala. El informe de la expedición cubrió un recorrido de más de 800 kilómetros. *Tribus y templos* se inició con algunas observaciones acerca del equipo que requirió un proyecto científico de esta índole:

> Después de considerar con minuciosidad la ruta a seguir, se procedió a seleccionar el equipo. Sabíamos que la mayor parte de nuestra jornada sería a caballo o en mula, y que tendríamos que cruzar selvas tropicales con gran abundancia de árboles, pero no de pastos para alimentar a los animales. También sabíamos que tendríamos que cruzar montañas

[280] *Ibid.*, p. 280.



escarpadas. Además, ya que la expedición estaba planeada más como viaje de reconocimiento que para excavación, sería necesario un equipo ligero. Se consiguieron cajas de fibra, especiales para ser transportadas por animales. Cada una aguanta un peso de unos 50 kilogramos. Un animal podría cargar dos cajas mientras un indígena solamente una.

En vista de que sólo había dos hombres blancos en la expedición, se compró un juego de aluminio para cocinar para cuatro personas. No se llevaron catres, pero sí hamacas con mallas para protegerse de los mosquitos [...].

Ningún miembro de una expedición podría estar sin un compás, un lapicero de lanceta de víbora y una ración alimenticia de emergencia. Estas tres cosas son llevadas por razones obvias. El compás sirve para encontrar nuestros rumbos. El lapicero citado, semejante a una pluma fuente, tiene en uno de sus extremos una pequeña lanceta con la cual se agranda la herida por la serpiente, en el otro, cristales de permanganato, que cuando penetran en la incisión hecha por la lanceta, ejercen la acción de un potente antídoto contra la mordedura de víbora. La ración de emergencia se compone de tres pasteles, principalmente de chocolate; cada uno representa una comida [...].

Para seleccionar las sillas de montar y de empaque, es aconsejable obtener las que se usan en el lugar que se visitará. El caballo de Norteamérica es más grande y ancho que el de Centroamérica. Las sillas convencionales de Estados Unidos resultan demasiado anchas para los animales de Centroamérica y pueden dañar su lomo. Por lo tanto, compramos sillas tipo mexicano, las que montan los muleros. Se ahorra mucho tiempo si el viajero compra la silla a la que están acostumbrados sus sirvientes [...].

Durante la primera mitad del viaje no llevamos armas, pero en Palenque compramos un pequeño rifle calibre 22, de poder suficiente para poder cazar animales, que servirían de alimento. Llevamos cuentas de vidrio, pañoletas, pañuelos y una colección de cromos de santos para ser cambiadas con los indios, o como regalos para los miembros más importantes de las tribus con las que nos relacionáramos. Se usaron cuadernos de apuntes y notas, todos con copia, y papel carbón. El original y una copia se guardaban en un lugar separado. En cuanto teníamos la oportunidad de enviar a casa nuestra



correspondencia, mandábamos las copias; si teníamos la mala suerte de perder nuestro equipo, las notas de campo estarían a salvo.[281]

En la región de Los Tuxtlas informaron:

Cerca del mediodía llegamos a nuestro destino, San Andrés Tuxtla [...] Como se espera el circo en algún lugar, así los ciudadanos decidieron que éramos parte del espectáculo. Los más jóvenes nos rodearon cuando caminábamos hacia el único "hotel", combinación de casa de asistencia y fábrica de tabaco. Inmediatamente después de nuestra llegada, fuimos en busca de antigüedades. Amablemente los jovencitos nos llevaron a la iglesia para mostrarnos una figura de piedra representando una rana mal esculpida sobre una roca volcánica [...].

Todos los volcanes de la región de Tuxtla están inactivos y cubiertos de vegetación. Cerca de San Andrés hay un lugar llamado "Laguna Encantada", formada en una pequeña depresión en el interior de un cráter. Existe la creencia popular de que sus aguas crecen en la época de secas y bajan en la de lluvias.[282]

Aquí la verdad rebasó al científico, pues resulta que sí hay lagunas parecidas a la que visitaron, como la de Alchichica en Puebla y otras más por ese mismo rumbo, que padecen este mismo fenómeno. Se trata de vasos lacustres comunicados a corrientes subterráneas que producen el efecto del sifón: en la época de lluvias, esos ríos subterráneos aumentan su velocidad y chupan hacia abajo los mantos acuíferos superficiales; en las secas o un buen rato después de las tormentas, ese tipo de lagunas suelen volver a subir. El siguiente spa ("salud por agua", por su traducción del latín) sigue existiendo en Catemaco y exporta aguas minerales embotelladas a muchas partes de esa región:

[281] La Farge, O., y Blom, F., *Tribus y templos,* México: Instituto Nacional Indigenista, 1986, pp. 21, 22, 24 y 25.

[282] *Ibid.*, pp. 40, 41 y 43.



> Poco después don Juan nos hizo desmontar para llevarnos a un pozo que contenía agua mineral. Parece que hay varios pozos de ese tipo a lo largo de la costa norte. El agua hace pequeñas burbujas y tiene un sabor muy agradable.
>
> Cuando llegamos a la playa del lago encontramos otro pozo mineral llamado Coyame. A su alrededor se había construido un muro de piedra, varias canoas estaban paradas y los indios llenaban sus recipientes con el agua. Todos los habitantes de las cercanías toman agua de este lugar.[283]

Desde inmemoriales fechas prehispánicas, los indígenas del país conocían las fuentes naturales de petróleo –sobre todo por las regiones de Tampico y de Coatzacoalcos– y a este espeso producto negro le pusieron el nombre náhuatl *chapopotl:*

> En algunos lugares se encuentran indicaciones de que existe petróleo, que se filtra en forma de chapopote, hay manantiales de agua sulfurosa y depósitos de sulfuro. Se dice que existe cinabrio en abundancia. La presencia de éste es de interés para la arqueología, ya que era muy apreciado por los antiguos mayas, quienes lo usaban a menudo como ofrenda en los funerales.[284]

Robert Redfield
EL CARNAVAL

El antropólogo y etnolingüista estadounidense Robert Redfield (1897-1958) fue hijo de una aristócrata danesa y un jurista norteamericano; inicialmente estudió y ejerció la abogacía, mas en un viaje a México conoció a Manuel Gamio y decidió dedicarse a la antropología. Después de haber publicado su libro *Tepoztlán, a mexican village*, como

[283] *Ibid.*, p. 52.
[284] *Ibid.*, p. 73.



resultado de sus investigaciones en ese poblado morelense realizadas en 1926, obtuvo el grado de doctor. Con posterioridad colaboraría en el Instituto Carnegie de Washington.

De ese libro es la siguiente cita, sorprendente porque no se denotan mayores cambios 90 años después:

> El carnaval se celebra los dos fines de semana que preceden a la cuaresma. Hay seis días de carnaval: sábado, domingo y lunes del primer fin de semana, y los correspondientes tres días una semana después, que se llama la *octava*. Durante estos días hay puestos a los lados de la plaza, con bancos y mesas donde se venden helados y refrescos embotellados. Por la mañana, hay peleas de gallos en la plaza.
>
> Justo a las tres de la tarde, se oye un disparo de pólvora desde la casa del presidente de la comparsa donde los chinelos están congregados: es la señal. Entonces, la banda comienza a tocar *el brinco*.
>
> Los chinelos brincan en la plaza. Esta palabra, chinelos, viene, probablemente, de chino, extranjero. Algunos dicen que los chinelos representan a los fariseos, que negaron a Cristo. Brincan alrededor de la plaza, emitiendo a veces fuertes gritos. Visten largas túnicas de satín, azul, amarillo, rosa, con una capa cuadrada que cuelga de sus hombros. El color y el diseño varía, pero cada bailarín viste la misma túnica larga con una capa, la misma máscara con barba curva de pelo de caballo, el mismo enorme sombrero que remata en una pluma. Brincan por horas y horas. Las bandas se turnan. Por intervalos, se toca música para bailar, y los chinelos bailan en parejas. Hay cientos de personas sentadas y de pie en las orillas de la plaza, mirando el espectáculo. Cuando anochece, se encienden las lámparas de gasolina y cada vendedor de panes o bebidas prende una vela. Los chinelos, en muchos casos con ayuda del alcohol, siguen brinque y brinque. Aquellos que son demasiado pobres para pertenecer a alguna comparsa, gente de los barrios de arriba, se disfrazan como pueden y siguen a las comparsas, brincando también.
>
> Cada noche hay baile en la escuela, y los hombres traen mujeres o amigas desde Cuernavaca o México para bailar.
>
> Siete, ocho, nueve de marzo (variable), estos son los tres días de la *octava de carnaval*. Comprenden tres días más de brinco, música de bandas,



helados, limonada y pozole. El interés de los observadores nunca decae, y a las tres de la tarde los chinelos comienzan a gritar y a brincar en la plaza. Al siguiente fin de semana, hay carnaval en Yautepec. Mucha gente de Tepoztlán se va para allá, incluyendo a aquellos chinelos que tienen todavía fuerzas para más y más brinco.[285]

Elizabeth C. Morrow

Casa "Mañana"

Elizabeth C. Morrow fue esposa del embajador de Estados Unidos en México, Dwight Whitney Morrow, designado por el presidente Calvin Coolidge; Morrow desempeñó sus funciones diplomáticas en México de 1927 a 1930. Banquero y después miembro del servicio exterior, Morrow fue emisario en nuestro país del nuevo espíritu de cooperación norteamericano hacia Latinoamérica. En lo personal, los Morrow se afanaron por comprender la cultura y las tradiciones mexicanas. En cuanto llegaron a México, éstos adquirieron un terreno en Cuernavaca y en siete meses construyeron una casa para descansar los fines de semana. Al lugar lo llamaron "Casa Mañana" –igual que este escrito de la señora Morrow–, en virtud de que cuando el embajador o su esposa preguntaban a los albañiles o carpinteros acerca de la terminación de algún trabajo, la respuesta era siempre la misma: mañana.

El embajador Morrow donó a la ciudad de Cuernavaca los extraordinarios murales pintados por Diego Rivera en el Palacio de Cortés, lo cual le costó 30 000 pesos. También regaló 5 000 para reconstruir la iglesia de Tepetates y financió, asimismo, la reconstrucción del techo del mencionado Palacio.

[285] Redfield, R., *Tepoztlan: a mexican village,* Chicago: University of Chicago Press, 1930, *apud* Echeverría, Eugenia, *Tepoztlán, ¡que viva la fiesta!*, Cuernavaca: Pacmyc, 1994, pp. 36 y 37.



Una vez viviendo en la ciudad, esta escritora se deleitaba en el mercado: "Por unos cuantos centavos, había hermosos platos, decorados con frutas, pájaros y flores de colores brillantes, hay jarrones con guirnaldas verdes en torno, platones con paisajes fantásticos y siempre platos con leyendas sentimentales. Nunca pude resistir un jarro que dijera 'Luz de mis ojos' o 'Adiosito querida Lolita'".[286]

Excelente pluma para describir los detalles, aguda observadora, la señora Morrow nos transmite sus impresiones cuernavaquenses:

> Todas las mujeres llevan rebozo, el chal nativo, alrededor de sus hombros. Este resistente chal sirve, igual de bien, como canasta de mercado, portabebé y bolsa. Usualmente lleva a un bebé dentro, pero la madre india tiene suerte si lleva solamente una carga a su espalda. Una mujer realmente capaz, balancea a un niño, un atado de leña, una gallina, un ramo de flores y hasta un pequeño cerdito sobre sus hombros.[287]

Con cariño a México, con sentido del humor anglosajón, con oportuna parsimonia, esta autora recuerda en su raro librito sus andanzas con nuestros artesanos indígenas:

> En Cuernavaca, se fabrican unas sillas con el asiento de palma tejido y el respaldo de madera pintada, las cuales son bonitas y baratas, así es que le pedí al fabricante que me hiciera una docena. No pareció muy contento con el pedido, se quedó callado y finalmente refunfuñó: "Bueno, si tengo que hacer tantas sillas debo cobrarle más por cada una". "¿Más?", le pregunté, "en mi país se hace una rebaja si se encarga una docena. ¿Por qué más?" "La señora pregunta por qué," me contestó, "pues porque es muy aburrido hacer doce sillas todas iguales". Éste es un ejemplo perfecto de la actitud

[286] Morrow, Elizabeth C., *Casa "Mañana"*, Cuernavaca: Gobierno del Estado, 1982, p. 21.

[287] *Ibid.*, p. 3.



> del artesano y trabajador mexicano hacia todo lo que hace. Es la antítesis de nuestro sentimiento de producción en masa, el cual despreciaría si pudiera entenderlo.
>
> Él ama el jarro, el juguete, el sarape que sostiene en sus manos, no se apresura a terminarlo y siempre le dará un toque, algo de sí mismo. Esto constituye el encanto y la desesperación de amueblar una casa en México.[288]

La señora Morrow relata su despedida de la Ciudad de la Eterna Primavera:

> El último día que estuvimos en Cuernavaca hicimos una pequeña fiesta y regalamos juguetes a los niños de nuestra calle. Nuestros exploradores extraoficiales nos dijeron que había alrededor de treinta niños y niñas en el vecindario; compramos cien juguetes y vinieron ciento cincuenta niños además de tías, mamás y acompañantes. Pequeñas Rosarios, Guadalupes, Carmencitas, Auroras y Esperanzas, con Fernandos, Migueles, Salvadores, Jaimes y muchos Jesuses, desfilaron a nuestro primer patio y llenaron completamente el corredor grande. Los regalos estaban sobre la mesa del comedor y mi esposo y yo los dábamos tan rápido como podíamos, los niños vibraban de emoción, pero ninguno se empujaba, ni aun cuando se vio claro que los juguetes no alcanzarían para todos.[289]

En 1954, Elizabeth C. regresó viuda de Morrow, a su querida Cuernavaca; en esa ocasión donó 150 000 pesos para restaurar los murales de Diego Rivera que su esposo había regalado. Tiempo después murió.

[288] *Ibid.*, p. 19.
[289] *Ibid.*, p. 23.



Maude Mason Austin
en Yucatán

Sue Maude Mason Stone (1860-1939) vivió casi toda su vida en El Paso, Texas. Contrajo nupcias con el acaudalado William Henry Austin, sobrino nieto de Stephen F. Austin, colono fundador de Texas y promotor de su separación de México; su apellido se inmortalizó con la conocida toponimia. William fue banquero en corporaciones famosas, exitoso desarrollador de bienes raíces y luego alcalde de El Paso.

Maude Austin (con ese nombre de casada) escribió sobre variados temas para periódicos locales y revistas. Publicó dos libros: en 1895, la novela *Cension. A sketch from Paso del Norte*, y en 1930 vio la luz *Annals of the desert*, relato referido a Arizona.

Maude tenía un espíritu aventurero; se lanzó a Yucatán con su nieta Patricia, cámara en mano, en los últimos años 20. Aquella tenía simpatía por el pueblo mexicano, no así por su Gobierno: "Amamos a México, aunque el país no sea gobernado como creemos que debería serlo".[290] Lo que la molestaba, más de fondo, era el sometimiento de la mujer:

> En todas las clases en Yucatán se considera a las hijas como bienes: sus padres pueden hacer cualquier tipo de arreglo para disponer de ellas en forma ventajosa, de acuerdo con sus derechos de propiedad e inclinaciones políticas. La pobre niña no puede decir nada. Solamente sabe que está desapareciendo en una oscuridad tan negra y bajo un dominio tan rígido como el de cualquier harén oriental. Han llegado a nuestros oídos tragedias que rompen el corazón sobre esta grosera injusticia y esta práctica moralmente despreciable. Uno ve los suaves contornos, la sumisión, los ojos de paloma, las sonrisas tímidas y penosas de estas muchachas –tan diferentes a nuestras audaces y sofisticadas chicas– y suspira uno al imaginarse su futuro.

[290] Austin, M., *En Yucatán,* México: Conaculta, 2005, p. 22.



> No es un futuro feliz. Existe además la segura infidelidad del hombre, el encarcelamiento en una especie de harén de estas jóvenes, cuya belleza pasajera está destinada a la maternidad -y nada más que a la maternidad. ¡Pobres pequeñas futuras madres! La maternidad es el privilegio más noble de la vida, pero existen otras cosas. Dios no deseaba que las mujeres sirvieran únicamente a la procreación: "una conveniencia biológica para el mantenimiento de la sociedad".
>
> Uno ha llegado a cansarse verdaderamente de la ligereza larguirucha de nuestras chicas; pero aunque las curvas suaves y españolas de estas niñas, que expresan una juventud exótica y una temprana pubertad, son agradables a los ojos, desgraciadamente se puede ver cómo el aura de esta grasa seguramente se transformará en *embonpoint* [gordura]. No existe un reflorecimiento para la mujer casada en los países latinos, como sucede en el nuestro, donde nuestras matronas se encuentran en el cenit de su belleza y poder a los cuarenta años. Desafortunadamente, en algunas ocasiones las mujeres mexicanas pueden llegar a rebelarse -y lo hacen- en forma temeraria, fugándose con un amante. No existe nada más drástico a lo que se puedan atrever. El divorcio para ellas es impensable y resulta mucho más reprochable que no ser virgen. Su religión así les enseña. Consideran el divorcio un pecado y se someten a cualquier condición de abuso y de infidelidad antes que acudir a los fáciles juzgados de divorcio yucatecos [...].[291]

Ya se ve en las siguientes líneas que nuestra autora era una mujer de avanzada, más aún para el Yucatán de entonces: "Encontramos en nuestro diccionario que un proletario es 'aquel cuyo único fin es producir hijos'. Nunca antes habíamos estado seguros de lo que era un proletario; ahora ya lo sabemos. Es un mexicano [...] Uno se pregunta si México no sería el mejor lugar del mundo para empezar una cruzada sanitaria sobre el control de la natalidad".[292]

[291] *Ibid.*, pp. 30 y 31.

[292] *Ibid.*, pp. 29 y 30.



Wendell C. Bennett y Robert M. Zingg
LOS TARAHUMARAS. UNA TRIBU INDIA DEL NORTE DE MÉXICO

Wendell C. Bennett nació en 1905 en Indiana, Estados Unidos, hijo de un minero protestante. Doctorado en antropología en la Universidad de Chicago, destacaron sus trabajos de campo arqueológicos en Los Andes. Murió en un accidente en 1953. Otro destacado antropólogo estadunidense fue Robert M. Zingg (1900-1957), de Colorado, formado en la Universidad de Denver. En octubre de 1930 se instalaron en Samachique, en plena Sierra Tarahumara, y allí vivieron cerca de un año. Zingg continuó otras investigaciones en México, principalmente entre los huicholes.

El precursor de los estudios tarahumaras fue el noruego Carl Lumholtz a fines del siglo XIX y le siguieron Bennett y Zingg, tres décadas después; no encontraron cambios fundamentales y podríamos decir que tampoco abundan hoy, casi 90 años después. La pareja logró un resultado profundo, gracias a la amistad que estableció con los indios, concretado en su libro *Los tarahumaras.*

Una de las características más notables de este pueblo es el trabajo cooperativo. Aunque no viven en comunidades propiamente dichas, sino en cabañas dispersas y a considerable distancia unas de otras, cuando alguien requiere ayuda para algún quehacer doméstico o agrícola, convoca a otros miembros de la etnia, quienes en cierto modo están obligados a aceptar, ya que en algún momento requerirán a su vez el apoyo de los demás. El solicitante se convierte en anfitrión, pues como retribución organiza al término de la jornada de trabajo una tesgüinada, es decir, una fiesta en la que circula con profusión el tesgüino, bebida ritual fermentada de maíz. "Beber tesgüino constituye el núcleo central de la cultura socioeconómica religiosa



de los tarahumaras y es la institución fundamental alrededor de la cual se concentran estos aspectos de su cultura".[293]

Tales celebraciones –pues en ello se convierten– incluyen a las mujeres, que también trabajan y beben.

> En las fiestas, los indios entran en mejores relaciones de conocimiento mutuo con los demás miembros de su pueblo. Se come y bebe abundantemente. En dichas reuniones, los solteros buscan futuras esposas y los casados intercambian sus parejas por una o dos noches [...]. La promiscuidad o el intercambio de cónyuges es también una parte integrante del esquema de beber en un contexto social. Esta costumbre no se limita a los tarahumaras, pues existen testimonios de prácticas similares entre los yaquis y los ópatas y, posiblemente, también entre los mayos, pápagos y coras. En su vida cotidiana, las mujeres tarahumaras son exageradamente tímidas y puritanas, pero se liberan completamente en cuanto se embriagan un poco.[294]

Las mujeres y los niños son los pastores y a veces se alejan por varios días de sus moradas. El agotamiento de los suelos provoca emigraciones y así estos indios resultan "agricultores casi nómadas". En la barranca de Batopilas cultivaban naranjas y abonaban las plantas enterrando a sus pies un perro muerto ex profeso o bien huesos.

Aunque los autores de este libro recibieron vagas informaciones de antiguos sacrificios humanos vinculados a antropofagia religiosa, lo cierto es que los tarahumaras efectúan hasta hoy en día sacrificios de animales:

> Constituye una parte invariable de la fiesta nativa. Prácticamente, jamás se mata una vaca o una cabra sin que se baile y, además, rara vez se consume carne de cualquier clase, excepto en las fiestas. Se mata al animal en el patio

[293] Bennett, Wendell C., y Zingg, R., *Los tarahumaras. Una tribu india del norte de México*, México: Instituto Nacional Indigenista, 1986, p. 193.

[294] *Ibid.*, pp. 458 y 544.



> y en el momento se realiza una pequeña ceremonia de algún tipo; luego la sangre es dedicada a los puntos cardinales. La carne se cuelga junto a las cruces. A veces se da un tratamiento especial al corazón. Se cuece la sangre y se come como primer plato. Al final de la ceremonia, el resto de la carne es consagrada al mismo tiempo que se baila.[295]

En general, las ovejas no se sacrifican, por su producción de lana.

Con sentido religioso y también de subsistencia, practican la cacería y en primer lugar la del venado:

> Consiste en perseguirlo por dos días: jamás menos de un día. Los tarahumaras mantienen al venado en constante movimiento. Sólo de vez en cuando vislumbran a su presa, pero la siguen infaliblemente gracias a su tremenda habilidad para leer las huellas. El indio persigue al venado hasta que éste cae por el agotamiento, a menudo con sus pezuñas completamente gastadas. Luego el hombre lo estrangula o los perros lo matan.[296]

Sigue en importancia la cacería del pavo silvestre, también correteándolo. "Menos frecuente es cazar ardillas derribando un árbol para atraparlas [...] Los ratones de campo caen en pequeñas trampas y proporcionan a los indios uno de sus bocados preferidos. Se asan en el asador, con o sin tripas y no se les saca la piel, sino que simplemente se chamusca".[297]

En el caso de las reses, también comen la tripa de leche o intestino delgado asado sobre el fuego, sin lavarlo previamente. "La vejiga no se come ¡pero no se desperdicia! Se infla como un globo con el que juegan los niños, o bien uno de los cazadores de las danzas de *matachine* la ata al pene de un

[295] *Ibid.*, p. 445.

[296] *Ibid.*, p. 178.

[297] *Ibid.*, pp. 199 y 205.



toro muerto para mantener a los perros apartados de los bailarines durante la ceremonia".[298]

Estos indios solían echar en una poza el compuesto de una planta que llaman *pitcawi*, cuyos paralizantes "efectos del sistema nervioso central son utilizados como veneno para los peces".[299] También atrapan cierto tipo de lagartijas para asarlas vivas dentro de una olla y con sus cenizas frotarse las encías para ahuyentar las dolencias. "¡Este remedio es menos repulsivo que el uso que el indio hace de los excrementos humanos para el dolor de muelas! [...] Para los casos de fuertes dolores de estómago recogen las heces de color claro de un perro, que tuestan sobre un palo hasta que se consumen. Las cenizas se mezclan con agua y se beben".[300]

Para concluir los temas zoológicos, anotemos que este pueblo solía curtir las pieles de los animales que mataba untándoles los sesos. Por otra parte, "también existe una serpiente corredora muy fina que llega a medir hasta un metro ochenta y que, según los indios, cuando se enfurece golpea a la persona con su cola. Los tarahumaras comparten la difundida creencia de que esta serpiente mama a las vacas o a las mujeres dormidas".[301]

Otras prácticas se refieren a médicos que extraen gusanos vivos a sus pacientes, a una especie de sauna o temazcal dentro de un hoyo en la tierra y, en fin, al estoico alumbramiento: "Cuando la mujer siente que se acerca el momento del parto, se dirige a un lugar oculto, ya sea sola o acompañada por su marido o una amiga. No existe ninguna comadrona autorizada. La mujer alumbra a su hijo en posición parada, sosteniéndose de una rama sobre la cabeza. El niño cae en un nido de hierba preparado de antemano".[302]

[298] *Ibid.*, p. 69.
[299] *Ibid.*, p. 287.
[300] *Ibid.*, pp. 217 y 410.
[301] *Ibid.*, p. 219.
[302] *Ibid.*, p. 368.



Ya se sabe que los tarahumaras son extraordinarios corredores: "Mientras dura la carrera, que puede prolongarse por dos días y una noche, en ningún momento decaen el entusiasmo y la actividad. Las apuestas son fuertes. La noche entera, los espectadores se mantienen vivamente atentos, alentando a los jugadores por los que han apostado y ayudándolos a encontrar la pelota. Se ilumina el camino con fogatas".[303] Estas maratónicas competencias también se organizan para mujeres, solteras o casadas, quienes "se levantan las faldas por encima de las rodillas para poder correr".[304]

Con relación al peyote y su consumo religioso, entre los tarahumaras no es tan extendido como entre los huicholes.

Richard Halliburton

RUTAS DEL NUEVO MUNDO

Richard Halliburton, estadounidense de Tennessee, nació a principios del siglo xx; a los 18 años dejó a su familia y se enroló como marinero, viajando por muchos países. A México vino después, quizá cercano a los 30 años de edad, acompañado un tramo por su padre. A partir de Veracruz, caminaron hasta la ciudad de México, rehaciendo la ruta de Cortés; ascendieron juntos al Popocatépetl ("para persuadir a *mon père* de que se uniese a mi expedición, tuve algunas dificultades. Él insistía en que no le entusiasmaban las aventuras, en que los mexicanos eran todos unos bandidos, que las tortillas y los frijoles le indigestaban, que yo iba a obligarle a escalar varias montañas monótonas, que él iba a quedar ridículo montado en un burro, y que Cortés era un pirata y un aventurero al que no había por qué imitar" [305]). La parte mexicana de este libro trata sólo

303 *Ibid.*, p. 509.

304 *Ibid.*, p. 517.

305 Halliburton, R., *Rutas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1942, p. 19.



de las aventuras alpinistas del autor y su viaje a Chichén Itzá y a Cozumel. Después siguió hacia Centroamérica y Sudamérica.

A su paso por Cholula y su gran pirámide, el viajero supone con gran exageración que ahí "se reunían los peregrinos por centenas de millares para adorar a los dioses [...] En este templo se ofrecían todos los años seis mil corazones humanos –dieciséis por día–, de modo que la carnicería era incesante".[306]

No supo apreciar el atractivo de nuestras festividades populares:

> La tarde que llegamos nosotros, la iglesia de la cima de la pirámide estaba abierta, y llena de peregrinos hasta la sofocación. Se celebraba una fiesta especial, y las campanas, las velas y las frioleras de bizcochos de jengibre, desparramadas por el modesto santuario, irritaban por su inoportuna charrería [...].
>
> Seguramente, en ninguna otra parte del mundo, ni siquiera en Delfos, se puede presenciar una escena que llene tanto el ánimo de temor religioso y de reverencia a la divinidad, como aquí. El más duro de los filisteos se sentiría emocionado por la majestad del Popocatépetl y del Iztaccíhuatl, con el Orizaba detrás, verdaderos poemas extraterrenos de gracia y de nieve, de nubes y de misterio violeta. Popo, el humeante, terrible volcán; Iztaccíhuatl, la mujer dormida vestida de blanco; [el Pico de] Orizaba, la cumbre más elevada y hermosa.[307]

No es rara esta euforia cuando se logra vencer el reto y llegar a la cima de nuestro más famoso volcán:

> Me dolía la cabeza, las piernas me temblaban por el agotamiento; pero lo olvidé todo; ahora el cráter monstruoso, humeante, sulfúreo, diabólico y amenazador, abría sus enormes fauces a trescientos metros más abajo. Victorioso, estaba yo respirando un vino enloquecedor hecho de fuego frío, que

[306] *Ibid.*, p. 21.
[307] *Ibid.*, p. 22.



> me incitaba a gritar, a cantar y reír, a volar por encima del precipicio [...]. Nos vimos en una nueva dificultad: la niebla, tan espesa y saturada de hielo que cubría todo lo que tocaba con cristales de escarcha. En diez minutos cada uno de nosotros se convirtió en un hombre de nieve, vestido de blanco fantasmagórico, trepando como ánimas errantes por una montaña inmaterial. Nuestros bastones se convirtieron en grandes carámbanos de dos metros de largo. De nuestras mejillas y narices colgaban cristalitos de hielo.[308]

Con otro amigo americano, Richard se embarcó (quizá en Progreso) rumbo a Guatemala:

> El capitán nos sugirió que si queríamos encontrar lugar en la cubierta fuésemos temprano a bordo, pues tenía una lista numerosa de pasajeros. Evitó discretamente avisarnos que el resto del pasaje consistía en veinte soldados mexicanos y cien trabajadores, indios nativos que emigraban hacia la costa oriental del Yucatán. Las compañías de chicle, después de una suspensión de la industria local, habían reanudado los trabajos y ahora pedían braceros. Bien pronto aquellos "pasajeros", con sus mujeres y bienes, comenzaron a invadir el *Xpit*. Estos sucios chicleros, semidesnudos, no dejaron, en su afán de ubicarse al aire libre, ni una pulgada de lugar sobre cubierta. Ya hacía rato que se había colmado la capacidad de la embarcación, pero aún seguían llegando otros. Los soldados intimidaban a los braceros; los braceros, a sus mujeres, y éstas murmuraban entre sí.[309]

El hacinamiento de 126 personas en un barco de 12 metros de largo por 4.5 metros de ancho, los hizo abandonarlo en una escala en Cozumel. Después, sí se embarcaron rumbo a Guatemala, pero con esta compañía insólita:

[308] *Ibid.*, pp. 33 y 40.
[309] *Ibid.*, pp. 64 y 65.



El barco *Gaviota* era otro *Xpit,* pero sin los cien chicleros. En lugar de ellos transportaba cien gigantescas tortugas de mar, bien vivas. El capitán nos manifestó que si nosotros nos acomodábamos con ellas, él se acomodaba con nosotros, es decir, nos llevaba. Este extraño cargamento resultó bien pronto un verdadero problema. La tortuga más pequeña pesaba cien kilogramos; la mayor, doscientos. De espaldas hacia abajo y con las patas atadas, los vientres gruesos y aplastados de estos animales cubrían totalmente la cubierta. Nos sentábamos y caminábamos sobre tortugas, dormíamos sobre tortugas, comíamos sobre tortugas. En ese barco todo se hacía sobre tortugas. Fuera del agua, sólo podían permanecer vivas durante cuatro días. Y ya había transcurrido uno. No podía haber dilación en el viaje.[310]

William Spratling

México tras lomita

William Spratling (1900-1967) nació en Sonyea, Nueva York; fue arquitecto, dibujante, caricaturista, aviador, horticultor; se estableció en Taxco en 192 9 y fue destacado platero de esa población; en las casi cuatro décadas que vivió en Taxco –hasta su muerte en un accidente por Iguala– integró una colección arqueológica prehispánica que donó al Museo de Taxco, que ahora lleva su nombre, al igual que una calle del pueblo. Escribió otros libros sobre las casas de Louisiana, los frescos de Rivera, una autobiografía, etcétera.

A small mexican world (que en español titularon *México tras lomita*), de 1931, es una colección de estampas, lugares y personas; describe Taxco y Tierra Caliente. Diego Rivera dijo a Spratling: “Has hecho el retrato de México compuesto de muchos pequeños retratos de gentes y de cosas”.[311]

[310] *Ibid.*, p. 72.

[311] Spratling, William, *México tras lomita,* México: Diana, 1991, p. 5.



Cuántas veces hemos caminado por las calles de Taxco, que eran el "camino real", y visto, sin mirar con cuidado, el piso:

> Se ven los signos del zodiaco, toros bravos, estrellas y otros símbolos preferidos en el mosaico del basalto negro del camino real. Es un trabajo que muestra lo mejor que logran los expertos locales que trabajan la piedra. Estos dibujos pétreos no llaman la atención en el pueblo y sólo son plenamente visibles después de las primeras lluvias de la temporada. Es un camino bordado de signos fantásticos que sirvió durante mucho tiempo para caravanas de burros cargados de plata o para alguna diligencia [...] Desde el mosaico de piedra en forma de estrellas y círculos de la Plazuela Abasolo el camino sube abruptamente hacia la Plaza Borda.[312]

De su descenso por el río Balsas, con caimanes y águilas a la vista, hay que escuchar la descripción de la panga:

> Ya viene la luz del día; los pasajeros comienzan a cambiar de posición; comienzan a hablar y sacan de sus bultos naranjas y botellas de café con leche. Un negro larguirucho de la costa lleva con cariño a un pequeño varoncito y lo pone sobre su sillita de tules agujerada, sin duda hecha en casa. Bajo los pies de los remeros comen ávidamente diez puerquitos de su inmensa madre, la cual yace atada por el pescuezo a la proa del barco. Un viejito amable de Iguala que está sentado sobre una hamaca hecha bulto, saca una sombrilla verde y unos gemelos dados al traste. Bajo la lona que se extiende hacia la popa de esta Arca de Noé se divisan los cuerpos amontonados de un segundo turno de remeros, todos dormidos. También se ven mujeres con niños envueltos en sus rebozos azules, también dormidos. Un campesino indígena ricachón (tiene un diente de oro), sentado a mi izquierda sobre un costal de piloncillo me comienza a contar de su pueblo Tetela del Río. Tetela va a ser nuestra primera parada, llegaremos en unas cinco horas.[313]

[312] *Ibid.*, pp. 121 y 123.

[313] *Ibid.*, pp. 131 y 132.



Desde su balsa veía a la orilla del río a los indígenas que subían, jalando aguas arriba otras balsas; tardaban ocho días en subir lo que bajaban en uno.

> Hay que ir a Ajuchitán:
> En el tiempo de seca fabrican loza usando el agua y barro que traen de las orillas del Balsas y la venden en pueblitos cercanos [...] En el patio de junto hay gente que pinta cerámica que todavía no está horneada. Son cántaros y cazuelas para el agua, todos primorosos, y sahumerios donde se quema el incienso de copal, acabados en verde oscuro, algunos lucen un fino vidriado. Están colocados los objetos en filas sobre el barro liso del patio. Los alfareros nos dicen que pronto saldrán para Pungarabato. El jueves es día de plaza allá. Cargarán a sus burros de toda esta loza y parte sobre sus propias espaldas. En un escaparate de la Quinta Avenida de Nueva York uno de estos esbeltos incensarios causaría una verdadera sensación.[314]

En la capilla del pueblo hay un teponaztle de madera prehispánico "que todavía se usa para las danzas religiosas". Spratling adquirió una pieza arqueológica para su colección:

> En Almoloya, por cinco pesos, le compramos al ventero una máscara de piedra. Se parece a la máscara incrustada de turquesa que se exhibe en el Museo Nacional de México.
>
> En Acapetlahuaya descubrimos un nuevo tipo de laca, en su dibujo y técnica, tan fino y original como las ahora famosas lacas de Olinalá, pero enteramente distinto [...] Los hibiscos, aves, enredaderas y jaguares fabulosos, todos decorados con una goma laca finísima, aparecen estilizados de una manera increíble.
>
> Más arriba de Acapetlahuaya, hacia Buena Vista, tropezamos con las ruinas de lo que fue una ciudad fortaleza de "Los antiguos". Vimos calles y

[314] *Ibid.*, pp. 140 y 141.



pasajes tallados en la roca viva, las bases de muchos edificios, todo de piedra bien labrada muchos años antes de la Conquista [...].[315]

Pudiera parecer que no obstante la integración de Spratling con México, él conservara algún prejuicio racial; dice de Borda, constructor de Taxco: "Tuvo que ser una naturaleza más vigorosa y más fuerte que la de un indio la que concibiera una ciudad sobre estas lomas empinadas y caprichosas".[316]

Asael T. Hansen

Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935

El estadounidense Asael T. Hansen, doctor en Antropología por la Universidad de Wisconsin y profesor de tiempo completo en la de Alabama, presidente de la Southern Anthropological Society de Estados Unidos; desde 1931 pasó largas temporadas de trabajo en Mérida para investigar lo que el título de este libro señala: Cómo se transformó la capital yucateca desde la Colonia hasta 1935. Más allá de los aspectos históricos, nos interesan ahora sus observaciones de la vida emeritense a mediados de esa década. Escuchémoslo:

La gente vive ahora donde quiere de acuerdo a sus posibilidades económicas y no donde las costumbres tradicionales la sitúan. Los ricos viven en los fraccionamientos elegantes de moda y no hay determinadas calles donde se concentra la clase media. No existen en Mérida vecindades miserables debido a que en las extensas áreas de los Barrios donde las calles no están pavimentadas, el costo de los arrendamientos es bajo. Algunas de las antiguas y grandes mansiones situadas dentro de la zona comercial han

[315] *Ibid.*, pp. 147 y 148.

[316] *Ibid.*, p. 118.



sido subdivididas en múltiples viviendas. Hacia el límite oriental de la zona comercial se encuentra un sector ocupado por libaneses, único grupo étnico extranjero que cuenta con suficientes miembros como para constituir una comunidad reconocida y reconocible. Cerca de los talleres del ferrocarril y de la fábrica más grande de la ciudad de Mérida se encuentra otra comunidad basada en un mismo tipo de empleo [...].

El tema, observado y comentado por yucatecos con estudios superiores, es que, dentro de la clase alta y cerca de ella, se registraban tórridos romances y espléndidas bodas. Después de la ardiente "luna de miel", de un embarazo y un nacimiento profundamente deseados, la continuación del linaje familiar parecía estar asegurado. Cumplido con todo esto, la situación solía variar, ya que el marido tenía que ausentarse frecuentemente de la casa para atender sus haciendas y "otros intereses". Los otros intereses eran sexuales por lo general: una familia secundaria de menor categoría social o diversiones con damas de la vida galante. La esposa legítima cuidaba de sus propias hijas ya que ellas algún día llegarían a ser como ella. Sus hijos por el contrario, eran tratados como reyes. En la mayoría de las familias los hijos eran respetuosos y tiernos hacia la madre. A medida que crecían se convertían en lo más importante en la vida para ella, aunque el marido fuera el jefe del hogar y que en su presencia todos, tanto ella como los hijos, estuvieran bajo sus órdenes [...].

El nombre oficial del programa anticatólico [que implantó el gobierno] fue el de *desfanatización.* Los escépticos podrían pensar que la idea era la de substituir una clase de fanatismo por otra. El programa, sin embargo, tuvo sus dificultades. En 1933, un diario reconocido nacional e internacionalmente fue clausurado. Su pecado fue que publicaba noticias. Inmediatamente fue reemplazado por otro diario que emitía solamente los "mensajes" del gobierno y otros reportajes de naturaleza insustancial o neutral.

La noche del Jueves Santo de 1933, el gobernador en turno organizó un baile, previo a la existencia del periódico del gobierno. Se efectuó en los amplios pasillos de la Casa del Pueblo, el santuario de los revolucionarios. El gobernador puso bien en claro que todos los empleados del gobierno local, junto con sus respectivas esposas e hijas, deberían asistir. El evento no fue un gran éxito, pero la asistencia fue buena.

Al día siguiente, Viernes Santo, se contrató a la mejor orquesta para tocar (desde las 12 del día hasta las 3.00 p.m. o sea, las horas más sagradas



del año litúrgico católico) en una *jarana* de gala. Los hombres asistieron por obligación, en cambio, ninguna mujer se presentó. Nunca supimos qué fue lo que aconteció en los hogares de los políticos.

Nada de esto fue publicado en ningún periódico de la localidad, la información llegó por canales menos ortodoxos.[317]

Emma Reh Stevenson
CARTAS

La arqueóloga estadounidense Emma Reh (1896-1982) tuvo una intensa actividad periodística cargada de preocupaciones sociopolíticas y antropológicas y varios ensayos suyos fueron premiados. Trabajó para el Science Service de la Smithsonian Institution de Washington, DC, sobre todo en México. Aquí vivió de 1926 a 1935 y así la conoció el escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle, avecindado en nuestro país; él reproduce varias cartas de la científica en uno de sus libros. Como en esa época estuvo casada con Tom Stevenson, algunos de sus trabajos llevan ese apellido. Después trabajaría para la FAO en varias naciones latinoamericanas. Estos fragmentos de Reh son de los años treinta, en la sierra tlapaneca del estado de Guerrero:

> Lo más fascinante de mi viaje [dice Emma a Valle] fue, sin duda, haber encontrado en el Cerro del Quince, el sitio en que los indios todavía pagan reverencia a sus ídolos precortesianos y también adoran ríos, cerros y grutas. Para ellos los primeros hombres no vinieron ni del Norte ni del Sur, sino del seno de aquella naturaleza vigorosa. Encontré que en dicho paraje había numerosas cáscaras de huevos de gallina, que son las ofrendas a los ídolos, lo mismo que tierra pútrida en la que seguramente depositan sangre de animales sacrificados [...] Traigo bastantes apuntes sobre todo esto [...].

---

[317] Hansen, Asael T., *Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935*, México: INAH, 1984, pp. 106, 203 y 253.



Otra sorpresa que tuvo: sobre una gruta había unas piedras adornadas con flores y todos los indios que iban pasando arrojaban más ofrendas florales. Cuando hay sequía llaman al agua del cielo quebrando huevos y quemando copal. Restos de ritos ancestrales, huellas de la religión solar [...].

Muy excepcionalmente encontré casos en que un indio tuviera dos esposas o una mujer dos maridos, complicando las genealogías desde los abuelos hasta los nietos. Pero entre los negros [de la Costa Chica de Guerrero], casi todos los niños en la familia son de una composición ligeramente diferente. Los matrimonios entre los negros son muy escasos y las uniones muy fáciles. Mis análisis de las familias negras son interminables porque cada tronco genealógico negro tiene innumerables ramas.[318]

Ray Bradbury

EL ZORRO Y EL BOSQUE

Ray Bradbury (Illinois, 1920-2012), escritor de los géneros fantástico, ciencia ficción, terror y misterio, es principalmente conocido por sus relatos titulados *Crónicas marcianas* y por la novela *Fahrenheit 451.* Desde muy joven empezó escribir y según él mismo afirma, en los años ochenta ya tenía 44 años ininterrumpidos de escribir un cuento a la semana o su equivalente en otros géneros: poesía, drama, ensayo o novela.

Aunque a principios de los años cuarenta, Bradbury escribió cuentos policiacos, finalmente encontró su camino a través de los relatos fantásticos, casi siempre vinculados a épocas futuras y viajes interplanetarios, en raras ocasiones alusivos al pasado. En 1954 obtuvo el premio Benjamín Franklin otorgado al mejor cuento estadounidense del año, y a partir de entonces fue reconocido en numerosas ocasiones.

[318] Reh, E., "Cartas", en Valle, Rafael H., *México imponderable*, Chile: Ercilla, 1936, p. 95 y 99.



En su libro *El hombre ilustrado*, este escritor incluye 18 cuentos, donde dos de ellos se desarrollan en México. "La carretera" (con pocas alusiones significativas o interesantes para nuestro tema) y "El zorro y el bosque", relato ubicado en una población que muy probablemente es Taxco (balcones de hierro, altos campanarios de la iglesia, cafés con terrazas que dan a la plaza empedrada, llameantes buganvilias, calles que descienden, cálidas colinas, hombres en burro, plaza sombreada por árboles), localizado en la antigua carretera que lleva hacia Acapulco, a unas horas de la ciudad de México.

La trama del cuento es típica de Bradbury: Una pareja que vive en el año 2155 contrata un viaje al México de 1938, gracias a la empresa Viajes por el Tiempo, S. A. Una vez en nuestro país, marido y mujer huyen, no obstante que "la polícia vigila el asunto. Temen que la gente rompa los convenios, se escape y se esconda en el pasado. Todos tienen que dejar una garantía; su casa y sus bienes. Al fin y al cabo estamos en guerra".[319] Precisamente de esa guerra –biológica, química y atómica– huía la pareja.

En un pueblo, que suponemos es Taxco, el autor describió esta fiesta popular:

> Hubo fuegos artificiales aquella primera noche, algo inquietantes quizá, pues recordaban otras cosas horribles, pero éstas eran hermosas realmente: cohetes que subían en el aire antiguo y dulce de México, y chocaban con las estrellas convirtiéndolas en fragmentos azules y blancos. Todo era agradable y suave. El aire era una mezcla de muertos y vivos, de lluvias y polvos, del olor del incienso y el olor de las tubas de bronce que lanzaban al aire los amplios compases de *La Paloma*. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, y parecía como si una enorme constelación amarilla hubiese caído desde el cielo de octubre y ardiese ahora en los muros de piedra. Un millón de velas esparcía colores y humos. Otros fuegos de artificio, más nuevos y mejores, echaban a correr como cometa de cola recta por la plaza fresca y empedrada, golpeaban contra

[319] Bradbury, R., "El zorro y el bosque", en *El hombre ilustrado*, México: Minotauro, 1990, p. 172.



> las paredes de adobe del café y se elevaban luego como alambres incandescentes hacia los altos campanarios donde sólo se veían los desnudos pies de unos niños que saltaban de un lado a otro, volteando una y otra vez las monstruosas campanas, y lanzando al aire música monstruosa. Un toro llameante saltaba por la plaza persiguiendo a los hombres, que reían a carcajadas, y a los niños, que corrían chillando [...] El toro se precipitó contra ellos. La pareja se hizo a un lado y echó a correr bajo una lluvia de fuego, alejándose del ruido y la música, la iglesia y la banda bajo la luz de las estrellas. El toro (un esqueleto de bambú y pólvora sulfurosa) pasó rápidamente llevado en hombros por un vivaz mexicano [...].
>
> Ahora alguien lanzaba al aire unos petardos gigantescos desde la torre del sonoro campanario. Los petardos caían envueltos en chispas y humo y la multitud se apartaba, y la pólvora ardía maravillosamente entre los pies de los bailarines y los móviles cuerpos. Un apetitoso olor a tortas fritas llenaba el aire, y desde las terrazas de los cafés unos hombres observaban la escena, con potes de cerveza en las manos oscuras.
>
> El toro estaba muerto. El fuego ya no salía de las cañas de bambú. El hombre se sacó la armazón de los hombros. Unos niños se acercaron a tocar la magnífica cabeza de papel, los cuernos verdaderos.[320]

Un policía del año 2155 persigue a la pareja en México y es atropellado con un auto por ella, creyéndose así salvados. Una empresa cinematográfica llega a la población para filmar una película y los prófugos del futuro continúan su calvario.

"Nunca sabremos si los hemos engañado. Y siempre, allá adelante, en el futuro, estarán esperándonos, para quemarnos con sus bombas, enfermarnos con sus gérmenes, ordenar que nos levantemos, que nos demos vuelta, que saltemos a través del aro. Seguiremos huyendo por el bosque, y nunca nos detendremos, y nunca volveremos a dormir".[321]

---

[320] *Ibid.*, pp. 168 y 169.

[321] *Ibid.*, p. 182.



Finalmente resultó que los directivos de la película eran agentes del 2155. Apresan a la pareja y se los llevan al futuro, sacándolos del pequeño poblado mexicano:

> Por la ventana, poco antes de desaparecer, Susan vio las tierras verdes y los muros rojos y amarillos y azules y morados, y los guijarros de la calle que descendían como las aguas de un río, y un hombre montado en un burro que se internaba entre las cálidas colinas, y un niño que bebía naranjada (Susan sintió el líquido dulce en la garganta), y un hombre sentado en la plaza, a la sombra de un árbol con una guitarra en las rodillas (Susan sintió la mano sobre las cuerdas), y más allá, más lejos, el mar, el mar sereno y azul (Susan sintió que las olas la envolvían y la arrastraban mar adentro).[322]

John Steinbeck
POR EL MAR DE CORTÉS

Me sorprendió encontrar un libro de viajes de John Steinbeck, esto debido a mi ignorancia sobre sus aficiones naturalistas; yo suponía que este famoso escritor californiano —novelista con sentido sociopolítico— se había limitado a ese género.

Steinbeck (1902-1968) tuvo sus primeros éxitos literarios en los años 20, pero realmente fue en la década siguiente cuando se dio a conocer con novelas como *Los pastos del paraíso* y *A un Dios desconocido*; durante la Segunda Guerra Mundial fue corresponsal del *New York Herald Tribune* y en la posguerra produjo sus obras más famosas, como *El omnibus perdido*. Recibió el premio Nobel de Literatura en 1962; su novela *Las viñas de la ira* mereció el Pulitzer; otra, *Ratones y hombres*, fue puesta en escena y recibió el premio del Círculo de Críticos de Teatro. Fue uno de los más grandes escritores del siglo XX en lengua inglesa.

[322] *Ibid.*, pp. 185 y 186.



Steinbeck tuvo preocupaciones naturalistas y así fue como en 1940 participó en un crucero por el golfo de California o mar de Cortés para recoger, conservar, clasificar y coleccionar los invertebrados marinos del litoral, cuyas extremosas mareas facilitan ese quehacer. El libro fue resultado de ese recorrido marítimo de carácter científico y rebasa, con mucho, los precisos límites tecnológicos de un especialista en animales invertebrados: describe lugares, personas y situaciones de interés general de nuestro país. Fue escrito como diario de viaje y, por supuesto, abundan cámbaros, anémonas y briozoos, aunque también hay erizos, cangrejos, caracoles y esponjas. Sin embargo, por encima de los tectibránqueos, hidrozoarios y gasterópodos se mantiene el interés de un profano, ya que Steinbeck es, por encima de todo, un escritor nato y un ameno narrador.

Planeaba su viaje a principios de 1940 y descubrió que las cartas de navegación de la península de Baja California y del mar de Cortés no estaban actualizadas ni corregidas adecuadamente. Reflexiona que Clavijero, en el siglo XVIII, "vio más cosas que la mayoría e informó sobre ellas con mayor exactitud".[323]

Observó el californiano abundancia de tortugas y peces voladores en el área de Punta Baja (unos 60 kilómetros al sur del valle de San Quintín, litoral del Pacífico de Baja California Norte) y otra vez en Bahía Magdalena (por Puerto San Carlos, Baja California Sur); recuerda que: "Parece ser [...] que pueden volar más lejos de noche que durante el día. Si, como se supone, su vuelo termina cuando las aletas voladoras se secan en el aire, esta observación estaría justificada ya que de noche no se secan tan rápidamente. Pero esto puede ser una ilusión óptica".[324]

Al sur de Cabo San Lázaro, afuera de Bahía Magdalena "uno de los lugares que tienen fama de ser peligrosos en el mundo" para la navegación, observó en el microscopio que el plancton se enriquecía y provocaba

323 Steinbeck, J., *Por el mar de Cortés*, Barcelona: Caralt, 1963, p. 75.
324 *Ibid.*, p. 115.



grandes bancos de peces y, sobre todo, bandadas de atunes saltando, los pescadores la llaman "agua del atún". "Las langostas de roca siembran el mar de puntos rojos. Había comida en todas partes. Una cosa se comía a la otra con furiosa exuberancia [...] El mar parecía casi sólido con los pequeños crustáceos [...] fue durante uno de esos extraños ciclos en que las corrientes realizan cosas sorprendentes".[325]

En la punta de la península, Steinbeck observó numerosas curiosidades: que en el extremo del Cabo San Lucas, donde se alzan los enormes Frailes grises, hay detrás de las rocas una pequeña playa; "debe haber atraído a muchos hombres, pues los nombres de los piratas están todavía en la roca"; que años atrás el norteamericano John Xantus fue enviado por su Gobierno para observar las notables mareas y que además hizo algo mejor: dejó una importante descendencia y hay "en la ciudad una familia numerosa de Xantus y a pocas millas de aquí, en las colinas, encontrarán una tribu entera de ellos";[326] que los desechos de una empacadora de atún atraían numerosos peces chicos y éstos a grandes parvadas de cuervos marinos negros: como esos cardúmenes eran codiciados por los pescadores como carnada para el atún, "resultaba que todo el mundo en el Cabo San Lucas odiaba a estas aves, que acudían allí como moscas".[327]

Con irónico sentido del humor muy anglosajón, agrega que "son considerados como unas fuerzas intrusas, radicales y subversivas contra el perfecto equilibrio y son asesinados como todos los radicales tendrían que serlo: Uno de nosotros observó respecto a los cuervos, y puede que tuviera razón: "Muy pronto querrán votar".[328]

Ahí ofrecieron a Steinbeck y a sus acompañantes un licor de origen indígena llamado Damiana, y en el mismo tono dijo:

---

[325] *Ibid.*, p. 119.

[326] *Ibid.*, p. 133.

[327] *Ibid.*, p. 128.

[328] *Idem.*



> Chris [un cotripulante] dijo que era afrodisiaco y nos contó algunas historias interesantes para probarlo. Nosotros sentimos un científico interés por esos relatos y compramos una botella de *damiana,* con la intención de someterla a ciertas pruebas bajo condiciones de laboratorio. Pero los oficiales de aduanas de San Diego nos la quitaron, no por su romántico aspecto sino porque contenía alcohol. Por eso nunca pudimos someterla a una comprobación verdaderamente científica.[329]

Otro dato que podría ser actualizado se refiere a los cayucos (o "canoas Nayarit") de una sola pieza que usaban los pescadores en la isla del Espíritu Santo, unos 30 kilómetros al norte de La Paz:

> En la parte sur de la península no hay árboles grandes, por lo que todas las barcas se hacen en el continente, la mayoría cerca de Mazatlán. Se tallan en un solo tronco y van apuntaladas por dentro. A veces llevan una pequeña vela, pero normalmente las reman dos hombres, uno a cada extremo. Son muy rápidas. La madera de dentro y de fuera va cubierta con una fina capa de una argamasa blanca y azul muy resistente e impermeable, que hacen los mismos indios. No pudimos averiguar cómo se hacía.[330]

Mucho más adentro en el golfo, en la isla Ángel de la Guarda, apunta la abundancia de serpientes de cascabel e iguanas "y corre el rumor de que también hay oro [...] Las dificultades de exploración de la isla deben ser muy grandes, pero existe un poder de atracción en su aspecto prohibitivo".[331]

[329] *Ibid.*, p. 138.
[330] *Ibid.*, p. 168.
[331] *Ibid.*, p. 294.



Tennessee Williams
LA NOCHE DE LA IGUANA

Tennessee Williams es uno de los dramaturgos de habla inglesa más importantes del siglo XX. Fue hijo de un agente viajero y de una dama cuáquera, nació en Columbus, Mississippi, en el año de 1914 y murió en 1983. Desempeñó numerosos oficios en su juventud, entre ellos bolero, portero, acomodador de cine, lavatrastes y *barman.* A partir de 1940, en que entró de lleno en la literatura, dejó de lado su verdadero nombre, Thomas Lanier Williams, y adoptó el seudónimo con el que pasaría a la historia.

Aunque también escribió poesía y novela, el teatro fue el género principal de este autor. Destacan sus dramas *Un tranvía llamado deseo* y *La noche de la iguana.* Esta última es una obra teatral en dos actos que transcurre durante la tarde y parte de la noche en un hotel, situado en una supuesta población de la costa occidental mexicana: Puerto Barrio. Todos los protagonistas son norteamericanos: la dueña del hotel –una viuda que sostiene relaciones amorosas con sus empleados mexicanos–, un guía de turistas –seductor profesional y cura renegado– y una pintora y su abuelo poeta –como símbolos de la esperanza en el ideal humano–. Los únicos mexicanos que aparecen son los sirvientes y a ellos se refiere el autor como “mejicanitos”.

La acción propiamente dicha es mínima y se desarrolla a través de los diálogos críticos y desilusionados de los personajes, que representan la manera de ver el mundo en plena Guerra Mundial, en 1940. México es como un recinto para resguardarse, como un paraíso perdido para los extranjeros, que en cierto modo lo recobran con su posibilidad de comprarlo y apropiarse de él. Las pocas referencias a los mexicanos y su carácter son despectivas y superficiales. La presencia de una simbólica iguana, primero cautiva y luego, cuando es dejada en libertad, refleja precisamente la liberación final de los personajes. Así inicia Tennessee Williams la descripción del primer cuadro de esta obra:



> La acción transcurre en el verano de 1940, en un hotel bastante rústico y bohemio situado sobre una montaña, que se eleva desde "La caleta", la "playa matutina" de Puerto Barrio; pero no son éstos el Puerto Barrio ni la playa de agua mansa que existen hoy en día y han existido desde hace por lo menos quince años, sino antes de que la costa mejicana del Pacífico pasase a ser, en México, lo que Las Vegas y Miami Beach son en los Estados Unidos, cuando estas aldeas eran predominantemente primitivos villorrios indios y cuando la playa de agua mansa de Puerto Barrio y los bosques castigados por la lluvia que se encuentran encima figuraban entre los más agrestes y bellos lugares poblados del orbe.[332]

El trópico mexicano fue un pretexto del dramaturgo para exacerbar las pasiones de los personajes ("la descomposición rápida es propia de climas calurosos, humeantes, calientes, húmedos"). Las menciones expresas a México prácticamente se reducen a las siguientes, donde la dueña del hotel confiesa:

> Por eso tomé a mi servicio a los muchachos nadadores de La Quebrada, seis meses antes de que muriera Fred [...] ¿y crees que le importó? ¿Se preocupó lo más mínimo cuando yo empecé a ir a nadar de noche con ellos? No, se iba a pescar de noche, toda la noche, y cuando yo me levantaba al día siguiente, estaba preparándose para ir a pescar otra vez, pero lo único que hacía era enganchar los peces y luego volverlos a tirar al mar.[333]

El guía de turistas se lamenta: "[...] y yo estoy aquí, en esta galería derruida de un hotelucho barato, fuera de temporada, en un país atrapado y destruido en su carne y corrompido en su espíritu por el hambre de oro de sus conquistadores, que enarbolaban el estandarte de la Inquisición con la cruz de Cristo".[334]

332 Williams, Tennessee, *La noche de la iguana*, Buenos Aires: Losada, 1979, p. 97.
333 *Ibid.*, p. 107.
334 *Ibid.*, p. 131.



Hay diversas expresiones aisladas que nos atañen: "las comidas mejicanas necesitan bendición"; "a los mejicanos les gustan las rubias". Una protagonista se encara con otra: "También es usted una gorrona, que se vale del viejo como pantalla para hospedarse en hoteles sin dinero con que pagar un solo día adelantado. ¡Oh! Usted lo arrastra consigo como las mendigas mejicanas cargan con niños enfermos para enternecer a los turistas".[335]

Cuando aparece en escena la iguana, la dueña del hotel aclara que "es una especie de lagarto. Grande, gigantesco. Los chicos mexicanos la atraparon y la ataron [...] Las atan y las engordan, y después las comen, cuando están bien para comerlas. Y además los chicos, los chicos mejicanos, se divierten en grande con ellas, hurgándoles los ojos con palos y quemándoles las colas con fósforos. ¿Qué le parece una diversión [...] como esa?".[336]

Cabe recordar que este drama de Tennessee Williams fue llevado a la pantalla en una cinta filmada en Puerto Vallarta, estelarizada por Elizabeth Taylor y Richard Burton, con la magistral fotografía de Gabriel Figueroa.

Josephus Daniels

DIPLOMÁTICO EN MANGAS DE CAMISA

Josephus Daniels fue embajador de Estados Unidos en México, de 1933 a 1942. Representó a su país ante los Gobiernos sucesivos de los presidentes Abelardo L. Rodríguez, Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, y fue un excelente operador de la política del Buen Vecino del presidente Franklin D. Roosevelt.

Daniels nació en Carolina del Norte, en 1862 (de manera que fue embajador en México a los 71 años de edad). Para 1914 era secretario de la Marina de su país y su subsecretario fue el futuro presidente Roosevelt, por lo cual le

[335] *Ibid.*, pp. 137 y 140.

[336] *Ibid.*, p. 171.



tocó ejecutar la orden del presidente Woodrow Wilson para invadir el puerto de Veracruz (aunque el motivo estadounidense era derrocar al sanguinario usurpador Victoriano Huerta, en todo caso la intromisión extranjera nunca se perdonó. El recuerdo de los 125 mexicanos muertos por los *marines* en 1914 todavía estaba vivo en 1933 y la designación de Daniels como embajador originó muchas protestas en nuestro país).

La profesión original de Daniels era el periodismo y a ella se dedicó desde su temprana juventud. Fue propietario y director de un diario en su natal Carolina del Norte y un hijo suyo lo suplió durante el tiempo de la embajada en México. A esta comisión renunció por enfermedad de su esposa. Daniels escribió varios libros, entre ellos su autobiografía en cinco tomos, el quinto de éstos se refiere a su estancia en México y lo llamó *Diplomático en mangas de camisa*; está basado en su diario y en numerosas cartas, sobre todo dirigidas a sus hijos.

Daniels quiso a nuestro país y lo demostró de diversas maneras. "Ambos [su esposa y él] salimos de México con amor imperecedero en nuestros corazones para México y los mexicanos [...] Jamás he querido a ninguna otra tierra más que a México".[337] Pero no todo fueron palabras. Hubo hechos, algunos de poca transcendencia, otros de la mayor. Entre aquellos, sobresale el gusto de Daniels por vestirse de charro y su esposa de tehuana.

Entre los hechos trascendentales destaca, sobre todo, el casi apoyo y simpatía que dio el embajador norteamericano a la expropiación petrolera. Probablemente sin un presidente Roosevelt y sin un embajador Daniels, las consecuencias y el desenlace de la expropiación hubieran sido diferentes.

En estas memorias relata que su antecesor, el embajador Morrow, encargó a Diego Rivera, por cuenta del Gobierno estadounidense, los murales del Palacio de Cortés en Cuernavaca.

337 Daniels, Josephus, "Diplomático en mangas de camisa", México: TGN, 1949, *apud* Iturriaga, J., *Cien forasteros en Morelos*, Cuernavaca: Gobierno del Estado, 2015, p. 243.



> Cuando Rivera había terminado casi todo el mural (asegurándose que el señor Morrow le dio veinte mil dólares por su ejecución), el embajador fue a contemplarlo en una ocasión, y dijo a Rivera: "Presenta usted a todos los sacerdotes como villanos o bandidos. Entre los sacerdotes españoles hubo algunos buenos en esa época. Creo que debe usted incluir en su pintura, uno de los sacerdotes benignos que dieron sus vidas tratando de ayudar al pueblo, y no hacer que, los que no conocen, supongan que todos los sacerdotes eran pícaros y maleantes". Se asegura que Rivera se encogió de hombros y resignado dijo: "Pues si usted lo quiere, así lo haré". Poco después, llegó el señor Morrow para ver el trabajo terminado, y volviéndose al pintor dijo: "No veo ningún sacerdote con cara amable; parece que no cumplió usted su promesa de presentar por lo menos uno que no tuviera cruel semblante". "Sí señor –respondió Rivera-; venga usted conmigo y le voy a enseñar que sí cumplí con esa promesa". Señaló entonces (y los guías ahora lo señalan siempre) una figura de sacerdote. No se ve sino su espalda. Lleva una sotana y el capuchón del hábito en la cabeza. Lo único que indica que es un sacerdote es el hábito religioso.[338]

Viene al caso destacar que, acerca de un famoso trabajo de nuestro gran muralista en Estados Unidos, Daniels comentó:

> En 1933, los periódicos hablaron mucho sobre los murales para cuya ejecución Nelson Rockefeller contrató a Diego Rivera, y que deberían decorar el Centro Rockefeller de Nueva York. Se sorprendió el público cuando el joven Rockefeller ordenó la destrucción de las obras ejecutadas por Rivera en dicho lugar, porque contenían una figura de Lenin entre las de los hombres más grandes de la Tierra.[339]

338 *Ibid.*, p. 244.
339 *Ibid.*, pp. 244 y 245.



Thomas A. Robertson

Utopía del sudoeste: una colonia americana en México. Memorias de Sinaloa

A finales del siglo xix fue establecida una colonia socialista de americanos en la zona de Topolobampo a Los Mochis, en Sinaloa. Sobre ese experimento escribió Thomas A. Robertson, quien nació en Los Mochis en 1897, hijo de un marino danés que se estableció en la colonia socialista y de una norteamericana, hija a su vez de colonos de ese ensayo realizado en el valle del río Fuerte; Robertson se casó también con una norteamericana de California.

Estudió en Estados Unidos y allí vivió desde 1925; el libro al que se hace referencia en este texto está escrito originalmente en inglés y el título es muy revelador, ¿por qué *Utopía del sudoeste*, si la colonia estaba en el norte de Sinaloa, noroeste de México? Pues porque el autor es de hecho norteamericano y habla de Sinaloa como el sudoeste de Estados Unidos (¡!). Robertson vivió aquí, otra vez, con intermitencias, desde 1945 y cuando menos hasta 1978, a los 81 años de edad, en un rancho al norte de Ensenada, B. C. Escribió otro libro sobre México: *Baja California and its missions.*

Robertson nos ilustra sobre el norteamericano Albert Kimsey Owen, fundador e ideólogo de la colonia socialista que nos ocupa: Owen nació en 1848 en Pensilvania, hijo de un médico cuáquero. Participó en el trazo de la ruta del ferrocarril de El Paso, Texas, a la Ciudad de México, andando 8 000 kilómetros para ese proyecto, 5 470 de éstos fueron a caballo; ese trabajo le permitió aprender bien el español.

Para fines prácticos, fue el descubridor de Topolobampo, bahía que por primera vez aparece en un mapa cuando Owen publica en Filadelfia, en 1882, su mapa de la República Mexicana. Promovió sin éxito la construcción de varios ferrocarriles: uno desde Colorado Springs hasta Topolobampo, cruzando el desierto de Sonora; otro desde Kansas o Misssouri o Galveston hasta el propio puerto natural sinaloense; otro más desde Norfolk, Virginia,



también hasta Topolobampo, pasando por Austin, Texas; estos dos trazos tenían el sentido de ahorrar casi 1 600 kilómetros en la travesía terrestre de los puertos norteamericanos del Atlántico hasta el Pacífico (pero vía México).

En 1881 logró de su amigo el general Manuel González, presidente de México, varias concesiones: una para construir una línea ferrocarrilera y otra telegráfica entre Texas y Sinaloa, otra más para construir el puerto de Topolobampo y otra, la principal para Owen, para establecer una colonia socialista de extranjeros en el valle del Fuerte. En 1885 se inicia la brecha para el ferrocarril y en 1890 Owen consiguió la ampliación de la concesión para construir un canal de riego, mismo que se inauguró en 1892.

Aparentemente, Owen estableció relaciones personales con el presidente Porfirio Díaz y su secretario de Hacienda, Matías Romero, pues le encargaron un proyecto de drenaje para el valle de México (el canal Texcoco-Huehuetoca) y también les elaboró en otra ocasión un proyecto titulado *Rutas militares y comerciales para México y los Estados Unidos; su construcción y administración*.

La colonia de Owen estaba basada en su filosofía de "cooperación integral", que sustituía al sistema político y económico de la libre empresa. "Requería la eliminación del capital y del uso del dinero [...] sustituyéndolo con un sistema de créditos por el trabajo de cada quien".[340] Las casas, aunque para uso familiar, serían propiedad comunal, lo mismo que las parcelas agrícolas, caminos, obras de riego, escuelas, hospitales, bibliotecas, pequeñas industrias, etcétera. "Esta filosofía económico-social suponía que la mano de obra es el origen de todos los valores de la vida y se proponía distribuir estos valores otorgando créditos por trabajo hecho".[341] El objetivo era fundar, en Topolobampo, la Ciudad Pacífico (me resulta difícil aceptar la casualidad de que este A. K. Owen no sea descendiente del famoso inglés Robert Owen [1771-1858], reformador socialista y cooperativista que estableció ensayos comunales en Inglaterra, Estados Unidos e Irlanda. La *Encyclopaedia Britannica* no

[340] Robertson, Thomas A., *Utopía del sudoeste*, Sinaloa: The Ward Ritchie Press, 1979, p. 38.
[341] *Ibid*., p. 39.



me sacó de apuros). El mecanismo financiero para establecer la colonia fue la creación de una sociedad llamada Credit Foncier de Sinaloa, que a mediados de 1885 ya tenía 1 400 socios y habían aportado un capital superior a los 300 000 dólares. Así iniciaron la publicación de un periódico bilingüe.

> Se organizaron clubes de la Credit Foncier en una ciudad tras otra, de los Estados Unidos y hasta de otros países [...] El movimiento se extendió como lumbre en un reguero de pólvora y siguió como un gran incendio casi fuera de control; llegaron suscripciones de millares de personas, generalmente en sumas chicas, sin duda algunas de gente pobre. Creció el entusiasmo [...] Los socios de los Clubes Credit Foncier empezaron a vender sus granjas, sus hogares, sus negocios, para trasladarse a la "Utopía en Sinaloa" [...] En Sinaloa nada había preparado. El sueño era todavía un proyecto en el papel [...].[342]

Los primeros 27 colonos partieron a fines de octubre de 1886 en el vapor *Newbern* de San Francisco, California, y llegaron el 10 de noviembre a Topolobampo. No obstante, los tropiezos por la falta de previsión oportuna para recibir a los inmigrados, la colonia fue creciendo (llegó a haber más de 3 000 colonos) hasta mediados de 1892, en que surgieron diferencias fundamentales entre dos grupos: el de Owen –"los santos"–, que propugnaba inflexiblemente la propiedad y el usufructo comunal de los bienes, y el de Christian B. Hoffman –"los rebeldes"–, que exigía un mayor incentivo individual a través de una mayor libertad de acción, "para desarrollar al máximo sus talentos personales". Esta división fue creciendo y con ella empezaron a surgir empresas capitalistas, como la explotación individual de la tierra y pequeñas industrias (la industria azucarera del norte de Sinaloa surgió en esos días con explotaciones de caña y "panocherías" o trapiches).

Owen estuvo en Sinaloa por última vez el 15 de mayo de 1893, y aunque subsistió un par de años más el grupo de "los santos", finalmente, la colonia

[342] *Ibid.*, pp. 39 y 40.



socialista como tal terminó; sin embargo, numerosos colonos se quedaron a vivir en definitiva en esa zona. A principios del siglo XX había unas 50 familias norteamericanas ya avecindadas.

Además de relatar la utopía de Owen, Robertson transmite en su obra información muy interesante sobre personas y cosas de la región; de los indios mayos, de sus cacerías y artesanías resalta la siguiente: "Uno que otro tenía un viejo rifle, pero los más cazaban con arco y flecha [...] La piel de venado la trataban con una mezcla de semillas de calabaza, sesos del mismo venado y ceniza. Le quitaban el pelo raspándolo con un hueso filoso o un cuchillo, luego tallaban hora tras hora el cuero, sobre una cuña de madera dura, hasta que se ablandaba para llegar a ser gamuza".[343]

Sería interesante estudiar el grado de subsistencia de esta costumbre entre los mayos: "Los indios no juntaban sus propiedades al casarse; las borregas, las cabras, los animales de cada quien y sus generaciones seguían siendo del dueño original. Si se veía un hombre arreando un burro con la mujer montada, se sabía que el animal era de ella, y lo contrario si montaba el hombre".[344]

Cuando el río crecía, "usaban los mayos un modo de comunicación heredado desde su antigüedad; con los tambores que usaban en sus fiestas, empezaban, desde la sierra baja, a enviar el mensaje a los que vivían más abajo por el río para que salieran a los altos. El sonido se oía bien lejos, por el llano abierto, y dentro de pocas horas llegaba el aviso hasta los últimos que vivían más cerca del mar".[345]

Por último, una curiosísima información:

> El gobierno de los Estados Unidos, en el siglo XIX, quizá por el año de 1870, había importado unos camellos a los estados de Arizona y Nuevo México, para

[343] *Ibid.*, p. 152.

[344] *Ibid.*, p. 153.

[345] *Ibid.*, p. 13.



> ver si prosperaban en aquel clima desértico. Parece que sufrieron demasiado con las espinas de cactus y se vio que no sería práctico usarlos en caravanas, como se acostumbraba en su país de origen. Una partida de estos camellos fue enviada por el Presidente de los Estados Unidos al Presidente de México, siendo llevados por tierra atravesando los estados de Sonora y Sinaloa. Al llegar a San Miguel, por el río Fuerte, los vieron unos indios mayos quienes avisaron a su cacique principal. Éste convocó a una junta y resolvieron que, animales tan feos, tenían que ser obra del diablo y debían matarse. Afortunadamente sus propósitos fueron del conocimiento de otras personas, quienes avisaron a los encargados de la manada y éstos partieron antes de que pudieran ejecutar su plan los mayos.[346]

Anita Brenner
LA REVOLUCIÓN EN BLANCO Y NEGRO

Estadounidense que nació en Aguascalientes, donde su padre, norteamericano, era hacendado. Anita Brenner (1905-1974) vivió desde los cinco años de edad en Estados Unidos y casi toda su vida en Nueva York, en cuya Universidad de Columbia estudió el doctorado en Antropología. Fotógrafa, periodista corresponsal de importantes diarios y promotora del arte mexicano, la mayoría de sus libros son de temas alusivos a nuestro país, como éste, *La Revolución en blanco y negro*, que originalmente fue titulado *El viento que barrió México*, de 1943. Allí podemos leer:

> El propio Francisco [I. Madero], un hombre pequeño, de movimientos rápidos y mirada bondadosa, había recibido su parte de las propiedades de los Madero y parecía estarla disipando en experimentos benévolos. Era un vegetariano, un asceta, un hombre cuyo corazón estaba destrozado por el estado en que se encontraba el pueblo de México [...] Su familia y sus amigos

[346] *Ibid.*, p. 179.



veían tolerantemente a *"Panchito"* como un idealista, un inocente. La tabla *ouija* le había dicho: "Francisco, algún día serás presidente de México" y él procedió a cumplir el mandato del destino [...][347]

A veces se podía saber de quién eran los soldados por las canciones que cantaban. Los villistas se desataban con *La Adelita*, "cuyos ojos eran verdes como el mar...". Los carrancistas cantaban coplas obscenas sobre la política y las mujeres al son de *La cucaracha* (que ya no puede caminar). Los hombres de Zapata cantaban *La Valentina* con una voz de tenor que se derretía, o rompían súbitamente a lanzar gritos ensordecedores seguidos de "si me han de matar mañana, que me maten de una vez..." [...].[348]

Los zapatistas eran un ejército rotativo de campesinos, con base en sus propios hogares. Los soldados regresaban de vez en cuando a cuidar sus parcelas de maíz y de chile. Si un destacamento se hallaba en una posición militar desfavorable, con frecuencia sencillamente se evaporaba y cada hombre volvía a ser de nuevo el campesino de mirada suave y forma de hablar vaga con el simple hecho de quitarse las cananas y esconderlas junto con su arma. Era imposible derrotarlos, incluso era difícil encontrarlos, ya que aparecían sólo cuando estaban listos para atacar; además, conocían todos los atajos de sus montañas y los túneles y cuevas usados por los corredores, soldados y espías desde antes de Moctezuma. Se vestían con la ropa blanca ordinaria de los campesinos, con excepción de los jefes, que usaban ropa de rancheros, y en el caso de Zapata, un traje negro teatral y simbólico, muy ajustado, en el que destacaba la botonadura de plata. Bajo el gran sombrero su rostro era pequeño, asiático y sensual [...][349]

La ciudad de México era la Tierra de Nadie. Los generales entraban y salían y nadie podía estar seguro de quién iba a sentarse en la silla presidencial; la mayoría del tiempo nadie la ocupaba. Villa hizo que lo retrataran reclinado indolentemente en ella, con Zapata a su lado, sentado como si estuviera hecho de resortes. Sin embargo, los zapatistas se alejaron igual que habían venido, sombría y silenciosamente, dejando aturdida a la gente de la ciudad porque habían esperado un tremendo

347 Brenner, Anita, *La Revolución en blanco y negro*, México: FCE, 1985, p. 24.

348 *Ibid.*, p. 44.

349 *Ibid.*, p. 45.



saqueo y nada había sucedido. Cuando no había comida en los mercados los zapatistas tocaban con timidez las puertas de las casas y con la amabilidad india llena de circunloquios pedían un poco de comida. Se les veía en el Palacio y en el museo caminando cuidadosamente a través de los salones, mirando cada cosa en cada lugar con un interés respetuoso.[350]

Ralph Hancock

THE MAGIC LAND: MEXICO

El escritor de literatura viajera, Ralph Hancock, publicó este libro en inglés, *México: La tierRa mágica*, en 1948, en Nueva York. Ya había sacado a la luz otras cinco obras sobre países de Latinoamérica. Se podría decir que este libro es una muy completa guía turística, aunque tiene opiniones que rebasan lo informativo. Desde la introducción el autor advierte:

> Aquellos que nunca han estado en México podrían decir, ¿cómo, otro libro sobre México? Pero cualquiera que haya hecho tanto como poner un pie del otro lado de la frontera entenderá lo imposible que sería describir este país en un libro o en cien [...].
>
> Allí está la ciudad de México con su fondo de volcanes coronados de nieve, la vistosa y encantadora capital de la República, una de las ciudades más bellas del mundo –y una de las más sofisticadas–. Luego, se encuentran los pueblos, exóticos, medievales y primitivos. El rango de la cultura mexicana va a través de la gama entre estos dos extremos. ¿Y la gente que elabora esta cultura? Son tan distintos, inherentemente, como la geografía o el clima. De un estado a otro varían en costumbres, en dialecto, con frecuencia en el idioma.
>
> De hecho, la geografía, cultura, gente, clima y productos de México son más variados que aquellos de cualquier área de un tamaño similar en el mundo. ¡Si una palabra pudiera describir esta tierra, esa sería la palabra mágica!

[350] *Ibid.*, p. 51.



Los pueblos mexicanos no siguen un patrón distintivo que algún escritor haya sido capaz de definir y delinear como típicamente mexicano, y aun así, los pueblos mexicanos tienen una atmósfera, un estilo, o un carácter que no es guatemalteco, cubano o colombiano. Ciertamente no se parecen a nada de los Estados Unidos.

A donde quiera que vayamos el peso de las edades será evidente, dándole a cada detalle, a cada panorama, dándole a cada caserío una nueva significancia. A través de la historia de México, su herencia en el transcurso de las edades, ha ido creciendo con el paso de cada nueva época. La amalgamación ha costado dolor y esfuerzo, y la profundidad del sufrimiento humano inherente a cada cambio se halla expresada y reflejada en la arquitectura, las pinturas y la música de cada una de las grandes etapas en el pasado mexicano. ¡Estas hacen de México una tierra mágica![351]

Nuestro Día de Muertos es un gran atractivo para los extranjeros:

"Es casi tan divertido morirse como vivir en México", dice la Asociación Mexicana de Turismo para describir la celebración del día de Todos Santos. Durante los últimos días de octubre, vistosos letreros en todas las panaderías anuncian un rico surtido de Pan de Muerto. Las hogazas redondas rodeadas por cráneos de masa y huesos bien cocidos, son apetecidas por los vivos. Los niños les ruegan a sus madres por unos de los cráneos de azúcar decorados que abundan tentadoramente en los aparadores y en los puestos del mercado. Esqueletos de papel con sombreros de plumas atraen con un gesto amistoso. Esqueletos de juguete brincan alegremente de agradables ataúdes con el jalón de un resorte astutamente arreglado. Y mientras un jovencito fascinado da vuelta a la manija de una pequeña caja, un funeral de juguete entra y sale de una catedral de cartón. El primero y el dos de noviembre están dedicados a los muertos, pero el espíritu mexicano convierte la ocasión en un día festivo.[352]

351 Hancock, Ralph, *The magic land: Mexico*, Nueva York: Coward-McCann, 1948, pp. IX-X.

352 *Ibid.*, p. 259.



Aunque no nos guste, este es un rasgo del perfil de buena parte del pueblo: "Pocos mexicanos que usted encuentre admitirán que no saben cuándo les pregunta por alguna información. Sienten que es un asunto de cortesía dar algún tipo de respuesta, sin importar si la información incluye algún elemento de certeza. Una vez que usted comienza a conocer a los mexicanos, se identifica esto como un trato amistoso, pero no es muy apreciado por el viajero norteamericano promedio".[353]

Joseph H. L. Schlarman

MÉXICO, TIERRA DE VOLCANES

El principal problema de la historiografía de México, y seguramente de todos los países, es la polarización en los estudios históricos. Como la "historia oficial" es la de los vencedores, entonces los vencidos escriben o promueven una "historia paralela". Este libro es una historia de México "de [Hernán] Cortés a [Miguel] Alemán" escrita por el sacerdote estadounidense Joseph Schlarman; adolece de efectos partidistas o sectarios y no logra la ecuanimidad ni el justo medio (tan difícil para los historiadores).

El título del libro es metafórico, pues no trata de vulcanología, sino de "las convulsiones humanas". En cambio, algunos títulos de capítulos e incisos revelan mejor la orientación político histórica del autor: "Los fanáticos revolucionarios de Ayutla", "El robo oficial de Comonfort y Lerdo de Tejada", "Decretos persecutorios de Juárez", "Aberraciones del régimen de Carranza", "Obregón saca las uñas", "Diabólica actitud de Plutarco Elías Calles", "Técnica diabólica de Garrido Canabal", "Hacia el comunismo", "Promesas vanas" y "Traza utópica de Cárdenas".

[353] *Ibid.*, p. 292.



Por supuesto, defiende a Cortés y a Iturbide y critica a Hidalgo, Morelos, Allende y Comonfort; a Juárez lo ataca francamente y no se queda corto frente a Carranza, Obregón y desde luego Calles. Lázaro Cárdenas no podía salir bien librado: "Esa sencillez, que parecía llegar a los límites de la necedad, produjo a veces la testarudez falta de ingenio característica de los que padecen un complejo de inferioridad [...] Empujaba hacia adelante la bolchevización del país [...] Cárdenas se apoderó de los pozos petroleros, pero ¿quién sacó ventaja de la confiscación? Es cosa que permanece en el misterio".[354]

Hace diversas acusaciones a don Lázaro:

> Naturalmente algunos hacendados defendieron sus propiedades por la fuerza de las armas; pero Cárdenas armó a los peones a quienes había entregado tierras [...] El resultado fue que se vieron muchas escenas de sangre y muchos abusos. Los agraristas formando bandas, amenazaban a los hacendados, y éstos huían para ponerse en salvo. Entonces los agraristas pedían una nueva distribución de la tierra, con el pretexto de que había quedado abandonada [...] Cárdenas había resuelto establecer colonias modelo de agricultores colectivos, del tipo del *koljós* soviético [...] Cárdenas quería algo sensacional, que le atrajera la popularidad y el poder político.
>
> Todo ese asunto de la redistribución de las tierras, hecha apresuradamente y a ojo de buen cubero, en escala gigantesca y revolucionaria, abrió ancha puerta a la falta de honradez y corrupción. El autor se dio cuenta personalmente de un caso típico en Torreón [...] Es costumbre entre los ejidatarios colectivos el robarse durante la noche el algodón de los pequeños propietarios, y a los que esto hacen los llaman *cosecheros de la luna.*[355]

Schlarman asegura que el reparto de tierras era para mantener el control político:

[354] Schlarman, Joseph H. L., *México, tierra de volcanes*, México: Porrúa, 1999, pp. 647, 664 y 706.
[355] *Ibid.*, pp. 690 y 695.



> Al dorso de esa llamada escritura hay un breve impreso que explica las causas por las que el ejidatario puede llegar a perder el uso de su tierra. Una de ellas es "por participación en actividades subversivas", lo cual equivale bajo el Partido Revolucionario [Institucional], a la amenaza de "O vas con el partido o…". En general, tanto el escrito como la cosa son engañosos. No es una distribución de propiedad, sino una distribución política, para retener el poder político. Ni el Presidente Ávila Camacho, ni el Presidente Alemán se han librado suficientemente del control del Partido en la entrega de las propiedades.[356]

No obstante, reconoce: "¿Está el campesino mejor ahora que antes del reparto de tierras? Pregunta que si se plantea en el terreno económico podría tomar esta otra forma: ¿Tiene ahora más pesos al fin del año? La respuesta probablemente será: ¡No!, con algunas excepciones. Pero, por otra parte, y psicológicamente, el campesino parece sentirse más libre, y no puede negarse que hay más libertad individual que en la época de las haciendas".[357]

Por desgracia, no es posible rebatir al autor: "Es cosa del conocimiento general en México que determinados políticos, como Abelardo Rodríguez, Cárdenas, Ávila Camacho, Alemán y otros, son dueños de tierras que exceden en mucho a las 150 hectáreas permitidas por la ley, y la explicación es que varias porciones máximas están registradas a nombre de parientes o bajo nombres supuestos".[358]

Valga este dato curioso: "En febrero de 1948 el autor vio una máquina de patio, en Culiacán, que había sido usada en la construcción del Canal de Suez, y ese canal fue abierto oficialmente el 17 de noviembre de 1869. Pero la máquina todavía funcionaba y prestaba servicio en 1948".[359]

Toda convicción religiosa es absolutamente respetable, pero un historiador debería prescindir de aquello que no sean hechos fehacientes, sino

[356] *Ibid.*, pp. 690 y 691.
[357] *Ibid.*, p. 699.
[358] *Ibid.*, p. 698.
[359] *Ibid.*, p. 708.



dogmas de fe. Schlarman escribe (a propósito de la Virgen de Guadalupe y Juan Diego) que "Bienaventurada Virgen María se le apareció y le dijo [etc.]".[360] Asimismo denuncia que "los políticos mexicanos parecen haber olvidado los Diez Mandamientos de Dios".[361] Sería más objetivo (y más aplicable a la política y a la historia) hablar de las violaciones a las leyes.

William S. Burroughs

MARICA

William S. Burroughs (1914-1997), "figura legendaria de la literatura norteamericana", es considerado una vaca sagrada de la generación *beat*. Vivió en la Ciudad de México durante los últimos años cuarenta, huyendo de un juicio en Nueva Orleáns por posesión de heroína y mariguana; aquí continuó con esas adicciones y la de morfina. Solicitó la ciudadanía mexicana, no sabemos con qué resultado. En 1951 murió su esposa por un balazo aparentemente accidental, que involucró a Burroughs. Entre otras novelas, escribió *El almuerzo desnudo* y *Yonqui*; el protagonista Lee de esta última, reflejo autobiográfico del autor, también es el principal personaje en *Marica* (*Queer*, en inglés).

Esta novela de principios de los años cincuenta se desarrolla sobre todo en la colonia Roma de la Ciudad de México, principalmente en bares que hoy se denominan *gay*, aunque también tiene lugar allí un viaje a Ecuador y Panamá. La insulsa trama se reduce a lo que señala este atinado párrafo de la casa editorial: "Un *alter ego* del escritor, Lee, teje su tela amorosa en torno a Allerton, un joven ambiguo, indiferente como un animal. Deambula por locales cada vez más sórdidos, en los que pulula una fauna en estado de descomposición, y en esas excursiones, como un pícaro alienado, nos regala

[360] *Ibid.*, p. 162.
[361] *Ibid.*, p. 661.



astillas radioactivas de su negrísimo humor".[362] Se trata de la vida diaria de un grupo de homosexuales drogadictos estadounidenses que habitan nuestra capital. No es un libro erótico ni pornográfico; es un texto triste.

Para conocer la opinión del autor acerca de México, mucho más útil que la novela misma es la introducción escrita en 1985. El pesimismo de este relato tenía una compleja etiología: "Yo estaba aislado, no bebía, no salía mucho, sólo me pinchaba y esperaba la siguiente dosis" (a las drogas mencionadas se agregaba el opio, la bencedrina y abundante alcohol)[363]. Escuchémoslo:

> México era fundamentalmente una cultura oriental que reflejaba dos mil años de enfermedad y pobreza y degradación y estupidez y esclavitud y brutalidad y terrorismo psíquico y físico. Era siniestro y sombrío y caótico, con el caos especial de un sueño. Ningún mexicano conocía de verdad al prójimo, y cuando un mexicano mataba a alguien (lo que ocurría a menudo), era por lo general a su mejor amigo. Todo el que quería llevaba un arma, y leí acerca de varios casos en los que policías borrachos, al disparar a los asiduos de un bar, eran a su vez tiroteados por civiles armados. Como figuras de autoridad, los policías mexicanos estaban a la misma altura que los conductores de tranvía [...]
>
> Ésa era la época de Alemán, cuando reinaba la *mordida* y la pirámide de sobornos iba desde el policía que hacía la ronda hasta el presidente. Ciudad de México también era la capital mundial del asesinato, con el índice de homicidios per cápita más alto [...]
>
> La ciudad me atraía. Los barrios bajos no tenían nada que envidiar a los barrios bajos de Asia en cuanto a suciedad y pobreza. La gente cagaba en la calle y después se acostaba encima mientras las moscas le entraban y le salían de la boca. Algunos emprendedores, entre los que no eran infrecuentes los leprosos, hacían fogatas en las esquinas de las calles y cocinaban unos revoltijos horribles, apestosos, indescriptibles, que ofrecían a los transeúntes. Los borrachos dormían directamente sobre las aceras de la calle principal, y ningún policía los molestaba.[364]

[362] Burroughs, William S., *Marica*, Barcelona: Anagrama, 2002, cuarta de forros.

[363] *Ibid.*, p. 14.

[364] *Ibid.*, pp. 8 y 9.



Este párrafo nos remite (por su referencia taurina y por la atmósfera amenazante de la capital) a la que fue lectura obligada de todos los viajeros anglosajones en México, desde los años treinta del siglo XX: D. H. Lawrence; Burroughs de seguro lo leyó: "Cuando viví en ella a fines de la década de 1940, era una ciudad de un millón de habitantes con aire claro y brillante y un cielo de ese tono especial de azul que tan bien combina con los revoloteantes buitres, la sangre y la arena: el puro, amenazador y despiadado azul mexicano. Me gustó Ciudad de México desde la primera vez que la visité".[365]

Ya en el cuerpo de la novela encontramos algunos crímenes, como éste: "Mató a un *cargador* en una *pulquería*. La cosa le costó quinientos dólares. Y suponiendo que un cargador es lo último, imagina cuánto costaría matar a un comandante del ejército mexicano".[366] O este otro: "Un ciudadano le pidió fuego a otro. Como el segundo no tenía cerillas, el primero saca un punzón y lo mata. En México el asesinato es la manía nacional".[367]

Howard Fast

CRISTO EN CUERNAVACA

El novelista estadounidense Howard Fast (1914-2003) fue perseguido por su ideología de izquierda durante el represivo periodo del macartismo en su país, por ello tuvo que exilarse en México en la década de los cincuenta. La proscripción sufrida por este autor mantuvo a sus obras casi desconocidas, e incluso propició que películas basadas en historias suyas fueran exhibidas sin darle ningún crédito, como *Espartaco*. Neoyorquino de origen judío (Fast había sido en realidad Fastov), su primer ingreso económico como escritor lo tuvo con un cuento, a los 17 años de edad.

---

365 *Ibid*., p. 7.

366 *Ibid*., p. 28.

367 *Ibid*., p. 44.



Prolífico novelista, enfrentado con McCarthy en una audiencia del Senado, encarcelado en 1950 por negarse a delatar a compañeros comunistas, le otorgaron el premio Stalin de Literatura. Alejado del régimen soviético por la represión en Hungría de 1956, los libros de Fast se retiraron de las bibliotecas públicas en Moscú, lo mismo que ya lo habían sido en Nueva York. Como todos los editores le daban la espalda por encontrarse en la lista negra del FBI, publicó varios libros por su cuenta y con seudónimos.

En la breve novela de 25 páginas, *Cristo en Cuernavaca*, escrita durante su estancia aquí en los primeros años de la segunda mitad del siglo XX, Fast deja claro su antiimperialismo y nos refleja, lo mismo la pobreza de campesinos e indígenas mexicanos, que la presencia de extranjeros en esta ciudad tan atractiva. En el relato "aparece quien bien podría resumir la imagen de Jesucristo, quien acompaña, junto con su hija enferma, al narrador para contarnos una historia entre costumbrista, realista y dramática que pinta a través de Cuernavaca, la vida en mucho de México",[368] dicen los editores. Veamos al personaje simbólico de este relato, en su inicio:

> En una fresca y clara mañana de verano, mientras mi esposa y yo bajábamos por la calle Dwight W. Morrow en Cuernavaca, desde lo alto de la colina hasta el viejo mercado, vimos a un hombre cabalgando en un burrito –o "burro" como le llaman aquí–, y ese hombre se parecía a Jesucristo. Ustedes pueden objetar que nadie sabe cómo era Jesucristo, pero existe un rostro que con el tiempo se ha venido formando y haciéndose real a través de miles de cuadros y esculturas, y ése era el rostro de ese hombre.
>
> Era un indio. Lo cubría un viejo poncho, en la cabeza llevaba un sombrero de alas anchas, sus cabellos largos caían a ambos lados de su rostro sensible y lleno de dolor como tantos rostros en México, y sus hermosos ojos negros reflejaban una carga tan grande como una pesada cruz de madera. Su montura, crudamente tallada a mano, parecía hecha

[368] Fast, Howard, *Cristo en Cuernavaca*, México: Clandestino, 2007, cuarta de forros.



por él mismo. Dos pequeños jarros para leche colgaban a ambos lados de la perilla del arzón y sus sandalias de correas lo hacían ver como un labriego que seguramente había venido al pueblo para vender la leche de las pocas cabras que tenía. Cabalgaba con lentitud, y tanto sus pensamientos como su mirada debían haber estado ensimismados, porque parecía no tener conciencia más que de sus propias preocupaciones y recuerdos.

Lo observamos con descortés curiosidad porque no pudimos apartar la vista de él y, después que pasó de largo, mi esposa y yo nos miramos llenos de asombro, porque no es una experiencia muy corriente ver la viva imagen de Cristo cabalgando en un burro.[369]

Ahora veamos al mismo personaje, justo al final del relato, después de la muerte de su hija: "Lo divisamos de nuevo, cabalgando en su burrito. "¡Ahí está!", dijo mi mujer, y como si respondiera a sus palabras, el hombre levantó la cabeza. ¡Oh, cómo había cambiado su rostro! Ya no tenía serenidad ni sosiego. Ya no veíamos a Cristo como se le ve en mil cuadros y estatuas; vimos a un peón mexicano, cuyo corazón se había colmado hasta desbordarse y se había roto con el peso del dolor".[370]

He aquí a México, en bocas extranjeras:

—Yo no lo comprendo —dijo el chileno cómodamente. Jamás lo comprenderé. Yo he desistido de tratar de comprenderlo. Sólo he estado aquí tres semanas, pero he decidido que es mejor amar a México que tratar de comprenderlo [...].

Entonces bebimos por México —por México, la madre que ofrece refugio a los oprimidos, a los perseguidos, a los hambrientos— no al pobre México desangrado, sino al México iracundo y altivo.[371]

369 *Ibid.*, p. 41.
370 *Ibid.*, p. 66.
371 *Ibid.*, p. 55.



Lini M. De Vries

PLEASE, GOD, TAKE CARE OF THE MULE

Lini Moerkerk De Vries (1905-1982) nació en Nueva Jersey, Estados Unidos, hija de padres holandeses. Tuvo amplia capacitación como enfermera y se graduó en Salud Pública en la Universidad de Columbia. En 1937 ejerció su profesión en España y, a partir de 1949, en México. Primero laboró cinco años en la sierra oaxaqueña del Alto Papaloapan, como trabajadora social en materia de salud; el libro en cuestión es una breve crónica de ese lustro de su vida. Tiempo después vivió otros cinco años en Veracruz, donde trabajó en la universidad del estado. A partir de 1963 se estableció en Cuernavaca, allí fundó el Instituto para Estudios Mexicanos, en la Universidad de Morelos.

El curioso título que ostenta esta pequeña obra *(Por favor, Dios, cuida la mula)* es una alusión al único medio de transporte que en los primeros años cincuenta operaba en el Alto Papaloapan. El trabajo que desarrolló la señora De Vries estaba vinculado a la construcción de la presa de Temascal y al reacomodo de los indígenas mazatecos, cuyas poblaciones fueron cubiertas por el agua. Como organizadora de campañas de salud pública, le correspondió un quehacer en verdad interesante: "El plan incluía métodos para adiestrar promotores de la salud en áreas en donde no había medicina científica. ¿Cómo podríamos impartir el conocimiento científico a la *yerbera,* al *huesero,* al *brujo* y a la *partera*?".[372]

Los programas de estudios por fuerza se adaptaron a las condiciones particulares respectivas: "Los alumnos aprendían una lección sobre nutrición y el sistema circulatorio, así como las partes del sistema digestivo, sin sentirse abrumados por imágenes y palabras atemorizantes".[373]

[372] De Vries, Lini M., *Please, God, take care of the mule*, México: Minutiae Mexicana, 1975, p. 39.
[373] *Ibid.*, p. 50.



> Nunca en mi vida había yo tenido una audiencia tan fascinada. Cómo anhelé que, después, pudiéramos hacer algún trabajo con las parteras practicantes. Maestro tras maestro, me rogaron les consiguiera libros para guiarse en el cuidado del embarazo, nacimiento y el recién nacido. En el lapso de un año había distribuido alrededor de 400 libros en el Alto Papaloapan.[374]

De Vries observó con sagacidad cómo se adaptó al machismo de nuestro pueblo, sacándole provecho: "Para este momento me había vuelto lo bastante mexicana como para darme cuenta de que me beneficiaba si dejaba que el hombre (David) manejara todos los detalles y sintiera que estaba cuidando de mí, la hembra indefensa. ¡Simplemente adorable!".[375]

Fanchon Royer

EL PADRE PRO. UN MÁRTIR MEXICANO

Fanchon Royer nació en Iowa, Estados Unidos, fue actriz, editora, publicista, productora de cine y escritora. En 1943 se convirtió al catolicismo y produjo varias películas de temas religiosos. Sobre nuestro país escribió *The Mexico we found* además del título que hoy nos ocupa: *El padre Pro. Un mártir mexicano*, que se trata de una especie de biografía de dicho jesuita. Apuntemos unos cuantos aspectos que menciona esta escritora. Desde luego, no sorprende su posición en contra de los revolucionarios mexicanos:

> Madero había resultado incapaz de controlar el incendio que su revolución había causado en el país, y toda una serie de nuevas e independientes

[374] *Ibid.*, p. 69.
[375] *Ibid.*, p. 75.



> revueltas se habían desencadenado. Y peor, todavía: todo eso estaba manejado por hombres que odiaban a la religión y que, en medio de sus diferencias y ambiciones, coincidían en su determinación de erradicarla del "México revolucionario" [...].
>
> Día con día el terror se echaba encima, y una tras otra las ciudades fueron cayendo ante las embestidas de Pancho Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón [...].
>
> Plutarco Elías Calles, que había de pasar a la historia como el "Nerón Mexicano" y "El Turco", no era simplemente un ateo antirreligioso. Su odio mortal contra la Iglesia era más que nada odio a Jesucristo, pues aun llegó a decir descaradamente: "En tres ocasiones me he encontrado a Cristo en mi camino, y las tres lo he derribado". Por lo tanto, era enemigo jurado de los sacerdotes católicos, y una de las grandes satisfacciones que le dio su encumbramiento fue la oportunidad de perseguir a sacerdotes para acabar con ellos.[376]

Con respecto a la deficiente educación escolar de Pro, debida sobre todo al trabajo de su padre en el retirado pueblo minero de Concepción del Oro, Royer agrega una explicación que no hace mucho favor al niño Pro:

> Una de las causas de no haber recibido el joven Miguel una educación formal era su enorme apego a la familia. En dos ocasiones se le había mandado de interno a escuelas citadinas alejadas de este aislado campamento minero zacatecano, pero tanto había resentido la separación forzosa de sus padres y hermanos que lo idolatraban, que había peligrado su salud, por lo que lo habían tenido que traer de nuevo a casa.[377]

376 Royer, Fanchon, *El padre Pro: un mártir mexicano*, México: La Buena Prensa, 1987, pp. 48, 49, 90 y 91.
377 *Ibid.*, p. 6.



Cuando, después de sus largos estudios religiosos en diversos países, Pro regresó a México en 1926, se enfrascó en una serie de actividades proselitistas en plena Guerra Cristera:

> Predicaba a trabajadores de tiendas y fábricas, a choferes y, en general, a gente pobre, para todo lo cual tenía que moverse por toda la ajetreada ciudad patrullada por la policía de Calles. Para no llamar la atención, de alguna manera se disfrazaba: usaba un suéter corriente, pantalones arrugados o un overol, una garbosa y ladeada cachucha en la cabeza y un cigarro bamboleante en la boca: así, como cualquier tipo joven y atrevido y montado en la bicicleta de su hermano, merodeaba por toda la ciudad e iba a donde hacía falta.[378]

En relación con la mencionada guerra, el vínculo ostensible del padre Pro era el siguiente:

> Lo que más lo afligía era la situación de las familias de quienes se habían ido a luchar por la libertad o estaban encarcelados, con lo que miles que de ellos dependían andaban muriéndose de hambre [...] Con sólo pedirlo, conseguía locales donde almacenar bastimento para sus pobres: necesitaba amplios espacios, ya que el número de familias que de él dependían había subido a noventa y seis.[379]

Con referencia al atentado dinamitero contra Álvaro Obregón y a los eventuales lazos del padre Pro con ese hecho, es probable que fueran ciertos.

[378] *Ibid.*, p. 78.
[379] *Ibid.*, pp. 82, 83 y 86.



R. Gordon Wasson

El hongo maravilloso Teonanácatl. Micolatría en Mesoamérica

El tema de los hongos alucinantes sigue siendo un tabú en México —lo es desde 1521—, no obstante libros notables como el de Fernando Benítez. Por ello, son más los extranjeros, como el norteamericano Wasson, quienes se han interiorizado en su trascendencia, en su historia y en su permanencia, no sólo en nuestro país sino en varios otros.

> Luego de descubrir la pervivencia de la micolatría en los pueblos que habitan a orillas del océano Ártico y de captar las resonancias culturales evocadas por dichas plantas en la prehistoria y la protohistoria helénicas, Wasson decidió recoger sus experiencias del mundo mesoamericano para tratar de elucidar los misterios relacionados con el culto a los hongos y su relevancia en casi todos los órdenes de la vida social [...].[380]

Las andanzas científicas de Wasson y su esposa rebasan la anterior presentación del editor. Escuchémoslo: "[...] hicimos dos viajes extraordinariamente fructíferos, uno a los kumá, que habitan al pie del monte Hagen en Nueva Guinea, en 1963, y el otro en 1967 a las colinas Simlipal y sus alrededores en Orisa (India) y a Santal Parganas en Bihar. En conjunto, nuestros viajes, nuestros nutridos archivos de correspondencia, nuestras numerosas publicaciones, enriquecieron enormemente [nuestra] vida".[381]

Los viajes de Wasson no lo limitan a la antropología, sino que lo llevan a la reflexión histórica, al replanteamiento completo de culturas como las prehispánicas:

---

[380] Wasson, R. Gordon, *El hongo maravilloso Teonanácatl. Micolatría en Mesoamérica*, México: FCE, 1983, cuarta de forros.

[381] *Ibid.*, p. 21.



> Qué extraño que hasta ahora no hayamos apreciado la influencia de los hongos enteogénicos sobre esta cultura [mesoamericana]. Antes de la llegada de los europeos no había secretos respecto a ellos. ¿Cómo podría haberlos? Los hongos crecían casi por todas partes en las tierras altas del México meridional. Después de que el hombre blanco apareció en escena tampoco habría habido secreto alguno, de no haber sido porque nosotros, que nada sabíamos de los hongos, nos mostramos agresivamente decididos a no aprender nada [...].
>
> Entre el grupo de tribus más septentrional de Siberia, los hongos sagrados florecieron como un foco de devoción únicamente mientras estos pueblos no conocieron el alfabeto, hasta que los rusos y en particular los soviéticos, precisamente del mismo modo en que lo hicieron los frailes en Mesoamérica, procuraron borrarlos antes de estudiarlos.[382]

Desde luego, Wasson no es un frívolo incursionando en tema tan importante. Investigador honorario del museo botánico de la Universidad de Harvard y del jardín botánico de Nueva York, Wasson nos informa:

> La noche del 29 de junio de 1955, en un remoto poblado indígena de Oaxaca (Huautla de Jiménez) alcancé nuestra meta: en compañía de un puñado de mazatecas participé en una ceremonia chamánica de ingestión de hongos, y mis acompañantes, jóvenes y ancianos, me contagiaron esa temerosa reverencia que siempre ha imbuido tales reuniones [...].
>
> Doquier hemos estudiado al hombre primitivo, hemos descubierto el empleo de hongos enteogénicos, oculto tras sobrecogedoras creencias y atavíos de lo Divino. Por supuesto hay muchos otros enteógenos, pero me parece que el papel que desempeñaron en la historia del hombre primitivo estuvo en cada caso circunscrito desde el punto de vista geográfico. El consumo de los hongos, si tengo razón, se extendió por la mayor parte de Eurasia y de América, y mientras el hombre de la Edad de Piedra surgió a

[382] *Ibid.*, p. 272.



la luz de la protohistoria, estos extraños hongos bien pueden haber sido el secreto primigenio de sus misterios sagrados [...] En 1953, cuando emprendimos nuestras pesquisas mesoamericanas, muchos de los especialistas mejor calificados en tales estudios no sabían de los hongos sagrados [...]

Según mi lectura de la poesía náhuatl prehispánica, a la que finalmente tenemos acceso merced a la versión que nos dio el padre Garibay, el poeta habla elocuente y repetidamente de la alta estima en que se tenía a los hongos: "Sacerdotes, yo os pregunto: ¿De dónde vienen las flores que embriagan?" A lo cual, por medio del poeta, replican los sacerdotes: "De su casa, de dentro del cielo [...] de la casa del dios vienen las flores".[383]

Tras de huellas lingüísticas, el viajero nos informa:

Por toda Mesoamérica, en las diversas lenguas, se llama "niñitos" a los hongos sagrados, con nombres que siempre están preñados de afecto y respeto. Marina Rosas, de San Pedro Nexapa, un pueblo del rumbo de Paso de Cortés, próximo a los volcanes, llamó a los hongos *apipiltzin,* los "niñitos de las aguas". En Tlamixco, pueblo vecino a Tenango del Valle, los hongos sagrados que conocen sus habitantes reciben el nombre de *mujercitas* o de *señoritas* o *niñas* [...] En Amatlán de los Reyes, un pueblo de Veracruz, la gente designa a los hongos sagrados con cualquiera de dos nombres: *tlacatzitzen* ("hombrecitos") o *chocotzitzen* ("niñitos").[384]

Con base en lo anterior, Wasson identifica los niños que ornan la iglesia de Tonantzintla, en Puebla, con representaciones de hongos: "Sin que importe la capa de cristianismo que pueda mostrar, la parroquia de Tonantzintla resulta un peán a los hongos embriagantes de Mesoamérica, un himno triunfal casi tan embriagador como los propios hongos, un peán que en su exuberante elocuencia sobrepasa con mucho hasta el mural de Tepantitla".[385]

[383] *Ibid.*, pp. 10 y 11.

[384] *Ibid.*, p. 66.

[385] *Ibid.*, pp. 164 y 165.



"En 1957 publicamos nuestra obra *Mushrooms Russia & History.* En ella expusimos las razones que nos llevaron a la convicción de que los murales de Tepantitla y de Teopancaxco (en Teotihuacán), ambos pintados aproximadamente en la misma época, hace unos quince o dieciséis siglos, se encuentran tachonados de inconfundibles hongos."[386]

Paul Bowles
Desafío a la identidad

Paul Bowles (1910-1999) fue compositor de variados géneros, tanto para Broadway como para Hollywood. Musicalizó obras de teatro de Orson Welles y Tennessee Williams, además de una película de Visconti; una zarzuela suya la dirigió Leonard Bernstein y escribió un *ballet* en colaboración con Salvador Dalí. Por otra parte, es autor de cuatro novelas y más de 60 cuentos, numerosos relatos de viajes y otros textos autobiográficos. Su novela *El cielo protector* fue llevada al cine por Bernardo Bertolucci. Bowles vino a México en 1937 y regresó en 1942; le influyó nuestra música. Miembro del Partido Comunista americano, también fue crítico de arte.

En varios relatos suyos aparece nuestro país, como en "Todos los loros hablan", de 1956. Veamos estos fragmentos:

> En Centroamérica y en México, he escuchado durante horas a los sirvientes indios comunicarse con el loro en la cocina: unos monólogos que, con esporádicas interjecciones desde la percha, se transformaban milagrosamente en conversaciones. Y, al interrogar a los indios, hallé un tema recurrente en sus respuestas: un loro puede ser la morada transitoria de un espíritu humano. Desgraciadamente, nuestro sistema ideológico

[386] *Ibid.*, p. 164.



racional nos prohíbe tales extravagancias; sin embargo, el atavismo está ahí, lo sentimos antes que lo creemos [...].

Me encontraba en Acapulco en una casa cuyo patio de madera parecía tener bastante espacio para cualquier pájaro o animal que desease tener. Empecé con una cotorra mexicana [...] La única señal de inteligencia que exhibió aquella cotorra fue que me saludaba enseguida tocando su pequeña bocina de taxi, una y otra vez. Cuando la hube dejado libre, fui y me conseguí un loro de verdad. Aquel loro llegó a ser muy querido por los sirvientes porque, pese a que no tenía en realidad ningún repertorio lingüístico, sabía bailar una especie de Black Bottom en su percha y representar correctamente, imitando el sonido de la corneta, cierta marcha militar casi hasta el final [...].

Doña Violeta, una viuda de mediana edad que vendía pan en el mercado de Ocosingo [en Chiapas], tuvo [un loro] durante unos treinta años, y cuando un perro lo mató, quedó tan afectada que cerró su puesto durante tres días. Después, cuando retomó el negocio, con el cuerpo embalsamado de su mascota en un pequeño ataúd con tapa de cristal sobre el mostrador, estaba destrozada y desconsolada, y se deshacía en lágrimas cuando alguien daba muestras de compasión. "Era mi único amigo en el mundo", sollozaba. Eso, claro está, no era cierto en absoluto; solamente puede perdonarse la exageración teniendo en cuenta su duelo. Pero cuando añadía "Era el único que me entendía", se acercaba más a la verdad, puede que a una verdad puramente subjetiva, pero a una verdad no obstante. Tengo una imagen mental de doña Violeta en su cuartito, desahogándose con el pájaro y éste sentado delante de ella, muy atento, y haciendo de vez en cuando alguna observación sin sentido que ella podía interpretar como quería. La palabra hablada, aun desprovista de raciocinio, significa muchísimo para un ser humano que se siente solo.[387]

[387] Bowles, Paul, *Desafío a la identidad*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, pp. 511, 514, 515 y 523.



Nick Nicholson
I WAS A STRANGER

Originalmente ejecutivo en publicidad, vivió en México entre 1950 y 1952, y después volvió muchas veces. Se dedicó sobre todo a escribir guiones de cine, aunque también fue colaborador de publicaciones religiosas, de viajes, de negocios y de otras para hombres. Este libro, *I was a stranger* (*Yo era un extranjero*) es el primero que publicó (en 1972). Es la historia del orfanato Nuestros Pequeños Hermanos, creado en Cuernavaca a mediados del siglo XX, gracias al padre William Wasson (1923-2006), originario de Arizona.

Wasson tuvo desde muy joven inclinaciones filantrópicas, muy marcadamente hacia los niños. Aunque siguió la carrera sacerdotal en Estados Unidos, se ordenó en Cuernavaca en 1953. Poco después, un jovencito fue a parar a la cárcel por un robo en la iglesia de Jesús de Nazareth y Wasson logró liberarlo, adoptándolo *de facto*. Luego excarceló a otros ocho y después recibió a otros menesterosos y poco después tenía más de medio centenar de huérfanos o abandonados, surgiendo formalmente Nuestros Pequeños Hermanos, en 1954; de casas rentadas con limosnas, pasaron a ocupar una casa donada.

En 1959 recibió otra casa para abrir el hospicio de niñas, atendido por monjas. Desde luego, esas instituciones eran educativas y llegaron a tener hasta preparatoria. Comenzaron a recibir en la escuela, como externos, a niños pobres del vecindario. Muchos de los maestros fueron años atrás Pequeños Hermanos. Para ampliar su labor limitada hasta entonces a Cuernavaca, les fueron donadas una hacienda en Acolman, Estado de México, y otra en Miacatlán, Morelos. Su recaudación de fondos rebasó con mucho las fronteras mexicanas, recibiendo apoyos de Estados Unidos y de varios países de Europa. Abrieron casas de Nuestros Pequeños Hermanos en algunas ciudades de Latinoamérica, la última en 1999, en San Salvador. Wasson recibió en 1990 la Orden del Águila Azteca por parte del Gobierno mexicano.



Escuchemos el relato de Nicholson. Los niños del orfanatorio de Cuernavaca, "cuando querían que sus oraciones tuvieran el mayor efecto posible, decidían asumir el poder especial del sacerdote, rezando en su nombre también. O más precisamente, tomando prestado su nombre como una especie de aprobación oficial a sus propias oraciones".[388]

> Hicieron esto una vez, en una oración particularmente ardiente a la Virgen de Guadalupe, la querida santa patrona de su país. En esa ocasión hicieron un voto especial: si ella intercedía por ellos ante su hijo Jesús, se arrodillarían en la avenida que inicia frente de su gran basílica en México. De rodillas, harían todo el camino por esa calzada hasta la inmensa plaza, adentro de la iglesia y hasta su altar. Los veinticuatro muchachos lo harían. Y prometieron más. El sacerdote [Wasson] en persona, en cuyo nombre asimismo rezaron, ese muy gringo sacerdote de ellos, iría de rodillas también, a los ojos de todos, y los acompañaría expresando su gratitud por la ayuda divina. La plegaria fue atendida de inmediato. Los niños estaban muy contentos. Informaron al padre Wasson de su obligación con la Virgen de Guadalupe. "¡Todos!", le dijeron excitados. "Cada uno de nosotros prometió ir, y ¡usted va a encabezar la procesión!"
>
> Wasson estaba estupefacto. Le ofendía la idea de un sacerdote de Estados Unidos haciendo ese tipo de espectáculo consigo mismo. Olía a flagelantes, a penitentes [...] El padre Wasson no les podía fallar. Dijo que sí, estaría listo [...] Los curiosos llegaron ese domingo a la basílica, y no fueron decepcionados [...] Atrás, junto a él, dos docenas de niños cayeron de rodillas. Sus ropas andrajosas estaban recién lavadas, sus caras limpias, y sus ojos brillaban. Entonces empezaron a desplazarse [...] Para el sacerdote norteamericano fue una humillación [en el sentido religioso de la palabra] que recuerda con viva claridad [...] Hoy dice de la experiencia tan sólo que "aprendió muchas cosas" allá de rodillas, con sus niños.[389]

[388] Nicholson, Nick, *I was a stranger*, New York: Sheed and Ward, 1982, p. 46.
[389] *Ibid.*, pp. 46-48.



Helen Hayes, norteamericana que ayudaba en los orfanatos de Nuestros Pequeños Hermanos en Cuernavaca, decía a Nicholson:

> ¡Eran maravillosos esos niños! Un escritor sabio dijo un día que todos los niños deberían de ser mexicanos hasta la edad de once años. ¡Y estoy de acuerdo! Son los niños más atractivos de todo el mundo [...] El niño mexicano se comunica con una confianza y un amor tranquilo... con una aceptación incuestionable a uno. Una vez que se siente eso viniendo de un niño, entonces no hay necesidad de otra comunicación; es una total comunicación de amor. Es algo increíble. Cuando un niño mexicano lo mira a uno, tiene de cierta forma el poder de hacernos sentir buena persona. ¡Mi pasión por esos niños mexicanos! Son México. Son su futuro, y llevan en ellos su pasado, una historia increíble y merecedora de orgullo.[390]

He aquí otra reveladora anécdota, cuando Wasson recibió a un matrimonio estadounidense:

> Fue visitado una vez por una pareja adinerada, de edad madura, que, como le dijeron, "viajaban alrededor del mundo haciendo el bien". Le enseñaron una fotografía de ellos mismos con uno de los grandes hombres de la filantropía, y le pidieron que se les tomara una foto con él, también. Después, cuando agradecieron y se despidieron, el hombre puso unos billetes en la mano de Wasson. Todo el tiempo de su adiós, Wasson apretaba el dinero bien fuerte y con una creciente excitación. Resultaron ser cinco billetes de a peso.[391]
>
> [En contraste,] había una mujer mexicana chaparrita, arrugada, que vino a verlo un día en la sacristía de la iglesia de Cuernavaca. Era evidentemente pobre, pero tenía un porte digno. En una preciosa voz como de pajarito dijo que tenía algo para él. Le preguntó si era un estipendio para una misa, y dijo que no, que era para los Pequeños Hermanos. Le dio un sobre. Él agradeció y preguntó su nombre, para que le pudieran mandar una carta

[390] *Ibid.*, pp. 90 y 99.
[391] *Ibid.*, p. 117.



de agradecimiento. No era necesario, dijo. Le insistió, pero ella se rehusó, y luego cortésmente se retiró. Wasson puso el sobre en su manga y se le olvidó con los apuros de sus deberes dominicales. Una semana después lo encontró, lo abrió, y encontró cinco billetes de 100 pesos.[392]

Jack Kerouac
EN EL CAMINO

Jack Kerouac (Massachusetts, 1922-1969) es considerado uno de los baluartes de la generación *beat* y este libro suyo, *En el camino*, de 1957, fue una especie de biblia para los *beatniks*. Es una trama autobiográfica y se desarrolla en varios lugares de Estados Unidos y a lo largo de un recorrido de Nuevo Laredo a la Ciudad de México. Kerouac murió a los 47 años, víctima del alcoholismo.

El autor vio con buenos ojos al pueblo mexicano, que él generalizaba considerando a todos los morenos como indios. Esto escribía en Sabinas Hidalgo, Nuevo León: "Aquí nadie desconfía, nadie recela. Todo el mundo está tranquilo, todos te miran directamente a los ojos y no dicen nada, sólo miran con sus ojos oscuros, y en esas miradas hay unas cualidades humanas suaves, tranquilas, pero que están siempre ahí. Fíjate en todas esas historias que hemos leído sobre México y el mexicano dormilón y toda esa mierda sobre que son grasientos y sucios y todo eso, cuando aquí la gente es honrada, es amable, no molesta [...]".[393]

Ahora se encuentra Kerouac en Tamaulipas: "Estos individuos eran indudablemente indios y en nada se parecían a los Pedros y Panchos del estúpido saber popular americano... tenían pómulos salientes y ojos oblicuos y gestos delicados; no eran idiotas, no eran payasos; eran indios solemnes y graves, eran el

392 *Ibid.*, pp. 117 y 118.

393 Kerouac, Jack, *En el camino*, España: Anagrama, 2000, p. 330.



origen de la humanidad, sus padres [...]".[394] En la Ciudad de México el ambiente era diferente:

> El ruido era increíble [...] La gente, incluso las señoras mayores, corrían detrás de autobuses que nunca se detenían. Jóvenes ejecutivos mexicanos hacían apuestas y corrían en grupo tras los autobuses y saltaban atléticamente a ellos. Los conductores iban descalzos y gesticulaban como locos. Llevaban camiseta y se arrellanaban cómodamente delante de los enormes volantes. Encima solían tener una imagen [religiosa]. Las luces de los autobuses eran pardas y verdosas, y se veían rostros morenos sentados en sus bancos de madera [...].[395]

En el centro capitalino, quizás por el rumbo de Garibaldi:

> El mambo sonaba por todas partes. Cientos de putas se alineaban a lo largo de las oscuras y estrechas calles y sus tristes ojos nos seguían brillando en la noche. Andábamos como en sueños. Comimos unas ricas chuletas por cuarenta y ocho centavos en una extraña cafetería mexicana con azulejos y varias generaciones de tocadores de marimba de pie junto a una marimba enorme... También pasaban guitarristas cantando y había viejos tocando la trompeta en los rincones. Al pasar se olía el agrío hedor de las pulquerías; allí te daban un vaso de jugo de cacto por dos centavos. Nada se detenía. Las calles estaban vivas toda la noche. Los mendigos dormían envueltos en carteles de anuncios arrancados de las paredes. Había familias enteras de ellos sentadas en las aceras, tocando pequeñas flautas y charlando y riéndose durante la noche. Se veían sus pies descalzos, ardían sus velas macilentas; todo México era un campamento de gitanos. En las esquinas, unas viejas cortaban trozos de cabeza de ternera, los envolvían en tortilla y los servían con salsa picante en servilletas hechas con papel de periódico. Era la grande y definitiva ciudad de los salvajes y desinhibidos [...].[396]

---

394 *Ibid.*, p. 332.

395 *Ibid.*, p. 354.

396 *Ibid.*, p. 355.



Harry B. Love
A MEXICAN SKETCHBOOK

Harry B. Lave trabajó en el diario de la Ciudad de México, *The News*, y publicó un gran número de "esbozos de la vida mexicana durante once años de caminar las calles de la ciudad". En 1960 editó en inglés el primer volumen del libro *A mexican sketchbook*, recopilación de sus artículos mencionados. Dejemos en sus palabras la historia de cómo emigró: "En los años cuarenta, Mary y yo visitamos México varias veces. Tras haber conocido a los mexicanos y haber aspirado el aroma de sus anafres de carbón, nos enamoramos de este país con forma de cornucopia, y de su gente. Así que en 1949 decidimos venir a vivir aquí".[397] Poco después de 1961 murió en la Ciudad de México.

La gran diversidad de temas sobre los que B. Lave escribió, van desde algunos tan usuales como el Bosque de Chapultepec, los nacimientos navideños, la forma de celebrar el Día de Reyes y nuestro festivo papel picado de colores, hasta algunos asuntos en los que yo nunca me había parado a reflexionar, como la solemnidad de nuestras peluquerías o la telegrafía de los macheteros: esos clásicos y efectivos golpeteos en la carrocería de los camiones para indicar: "viene" con dos golpes o "alto" con uno sólo. Desde luego, no falta un capítulo alusivo a los merolicos de los que, por cierto, en los últimos años ha proliferado una variante: los mimos, con cierto ascenso en la escala social, tanto del artista callejero como de su público. A Harry B. Lave da gusto escucharlo:

> Entre los pueblos más amables del mundo se encuentra el de México. Y también entre los más agradecidos. Así que las palabras de agradecimiento que pueda expresar un mexicano le salen del corazón [...].
>
> Un retrato colectivo de los mexicanos es un rostro feliz. Éste es un pueblo que presenta una actitud satisfecha ante la vida y ante el mundo

397 Love, Harry B., *A mexican sketchbook,* México: Edición del autor, 1960, p.13.



> que lo rodea. Son alegres tanto en el trabajo como en sus ratos de esparcimiento. Quizá una de las mejores pruebas de esto se presenta temprano en la mañana. Si se sube a uno de esos camiones de segunda que van siempre llenos a esas horas, se verá que muchos de los pasajeros están muy entusiasmados en conversaciones con sus acompañantes y que los que viajan solos no tienen mala cara: le hacen frente al nuevo día con interés, con una expresión feliz. Una de las expresiones favoritas de los mexicanos es "no te preocupes", y no lo hacen.[398]

Mucho antes de que la semántica oficial hubiera puesto de moda cierto concepto, este autor aseveraba:

> No importa lo que se opine acerca de la solidaridad, los mexicanos la vienen practicando desde hace cientos de años, tanto en el trabajo como a la hora de divertirse. Cuando están trabajando, uno no tiene más alternativa que unirse a ellos; es muy difícil encontrar a alguien ocioso con quien platicar o divertirse. Pero cuando tienen un día de fiesta, una vez más no puede hacerse otra cosa que no sea participar con ellos. Los negocios cierran y el festejo de ese día se vuelve la razón y el centro de todo.[399]

Asimismo, llamó la atención de Love, no tanto la religiosidad de nuestro pueblo, sino la manera de manifestarla:

> Los altares que aparecen en los hogares y talleres en México, como en otros miles de lugares más, se pueden apreciar también en los elevadores. Algunos tienen flores frescas todos los días y otros inclusive iluminación eléctrica [...] Casi todos los taxis y camiones tienen adentro un altarcito. Algunos son muy sencillos, otros más elaborados. La mayoría van muy iluminados.

398 *Ibid.*, pp. 79 y 105.

399 *Ibid.*, p. 31.



Para el taxista o chofer mexicano su coche es su oficina y ahí lleva su altar particular, flores y material de lectura.[400]

Groucho Marx

GROUCHO Y YO

El cómico de cine Groucho Marx (Nueva York, 1890-1977) fue el más exitoso de los famosos Hermanos Marx, hijos de inmigrantes judíos alemanes. Los hermanos eran Chico, Harpo, Gummo, Zeppo y Groucho (del inglés *grouch*: *gruñón*), cuyo verdadero nombre era Julius Henry. Merecedor de un Oscar, Groucho escribió seis libros, uno de ellos de carácter autobiográfico: *Groucho y yo*, publicado en 1959. Allí se lee:

> Pocos años atrás fui invitado a ir a México en una gira de buena voluntad. Como todo el viaje tenía que ser sin ningún protocolo, y a mí siempre me ha gustado hablar con franqueza, acepté enseguida.
>
> Se celebró un festival cinematográfico para agasajar a actores y actrices famosos de todo el mundo. Al primer día en la ciudad de México, fuimos acorralados en una espaciosa sala de conferencias donde un representante del Gobierno nos explicó con detalles interminables cuáles iban a ser nuestras actividades durante la semana siguiente. Hablaba rápidamente en español, pero por fortuna hacía una pausa cada pocos minutos para permitir que su ayudante tradujera sus palabras al francés, al alemán, al portugués y al inglés.
>
> En un momento dado dijo:
>
> – Me siento profundamente honrado de informarles que mañana a las cuatro de la tarde están todos ustedes invitados a ir al palacio presidencial, para ser presentados al presidente.
>
> Levanté la mano. El intérprete me observó y dijo:
>
> – ¿De qué se trata, señor Marx?
>
> Respondí.

[400] *Ibid.*, pp. 77 y 83.



– ¿Qué seguridad tengo de que mañana a las cuatro de la tarde seguirá siendo presidente?

Desde aquel momento, por algún motivo desconocido, nadie del grupo quiso hablar conmigo. Ni los procedentes de Hollywood, ni los hispanoamericanos, ni los visitantes europeos consideraron prudente mostrarse en mi compañía. Una observación desafortunada y, de la noche a la mañana, heme aquí convertido en un paria en un país extranjero.

Cada noche de aquella semana se celebró un banquete en honor de una u otra cosa, pero, no importaba cuál fuese la causa del acontecimiento, yo siempre me encontraba sentado en una mesita individual en el extremo más alejado del comedor, completamente aislado del bullicio enloquecedor. Todos bebían vino con la comida. Lo mejor que pude conseguir fue agua embotellada y tamales.

Mi observación no había sido ciertamente muy oportuna y supongo que debió de resultar bastante descortés, pero mi profecía resultó casi exacta. Dos días después de mi *faux pas* encontraron a uno de los colaboradores del presidente tendido boca abajo en su cama, con un gran cuchillo clavado en la espalda. Parece que se había mostrado demasiado atento con la esposa de uno de sus amigos. Lo mismo hubiese podido ocurrirle al presidente de México. Creo que se llamaba Delaney, o Alemán o algo por el estilo.[401]

Robert Brady

CARTAS

Notable coleccionista de arte mexicano y amante de nuestro país, el estadounidense Robert Brady (1928-1986) se instaló desde el inicio de la década de los sesenta en Cuernavaca, para lo cual compró la Casa de la Torre (colindante con el obispado catedralicio). De pudiente familia con empresas transportistas, Brady por su parte tuvo corazón de artista:

[401] Marx, Groucho, *Groucho y yo*, España: Tusquets, 2014, pp. 282 y 283.



pintor –sobre todo retratista–, creador de tapetes, decorador en el más exacto sentido de la palabra. El extraordinario acervo que atesoró y la hermosa mansión colonial que lo alberga constituyen hoy el importante museo que lleva su nombre. Gracias a la presidenta de la Fundación Robert Brady, A. C., tuvimos acceso a estos fragmentos de cartas (en inglés) escritas de 1959 a 1961, dirigidas por nuestro personaje a una amiga. En un Día de Muertos le escribe:

> Necesito hacerte una descripción. Tú ya tienes alguna idea de cómo los mexicanos tratan a la muerte... pero hoy fue fantástico. Fui a uno de los más grandes y populares cementerios [quizá el de Ocotepec]. Los mexicanos acuden por millares a pasar el día con sus muertos. La alegre decoración de las tumbas es intrincada y artística, con flores anaranjadas y otras de brillante color magenta. Los deudos se sientan alrededor de la tumba bebiendo pulque, cantando y bailando –¡una suerte de picnic macabro!–. Hacen esto por su gente amada. Es algo realmente maravilloso e inteligente, en un sentido primitivo. Muy diferente de lo que hace la gente de manera gris y depresiva en Europa y en Estados Unidos. En los alrededores hay toda clase de puestos donde venden comida, tortas, tacos, fritangas [...] Todos los niños tienen globos festivos y el ambiente general es el de una colorida fiesta o carnaval. La mayor parte de la tarde estuve absorto y excitado, [trabajando] con mi cuaderno de bocetos. Normalmente detesto los cementerios, pero éste fue diferente. ¡La fastuosidad, el colorido, la gente y la alegría![402]

En diversas epístolas agregaba otros comentarios: "Nunca en mi vida quise asentarme, ni trabajar como ahora lo hago [en Cuernavaca], pero obtengo las compensaciones que en una persona sensible y artista son muchas [...] Soy muy feliz y me siento como si siempre hubiera vivido aquí".[403]

Cuando remodelaba la Casa de la Torre –obra que él personalmente dirigió, con los excelentes resultados que hoy podemos apreciar–, le escribía a su

[402] Brady, Robert, *Cartas inéditas*, Fundación Robert Brady, A. C.

[403] *Idem*.



amiga: “Los trabajadores son amables y sensibles”.[404] Llegó a haber más de 20 de manera simultánea.

Louis L'Amour
EL TESORO MEXICANO

De ascendencia franco-irlandesa, Louis L'Amour (1908-1988) es el novelista estadounidense de mayores ventas en el género *western*, aunque realmente se llamaba Louis Dearborn LaMoore, fue muy reconocido y laureado en su país. *El tesoro mexicano*, publicada en 1963, se desarrolla en 1872 y trata de un supuesto tesoro acumulado por el presidente Juárez para enfrentar la Invasión francesa, su ocultamiento en Sonora y el robo que se planea hacer para recuperarlo de su escondite. He aquí algunos diálogos de la novela:

> Sebastián Lerdo de Tejada era la mano derecha de Juárez durante unos tiempos difíciles, y antes de la intervención francesa los conservadores y los liberales necesitaban dinero. La forma más sencilla de conseguirlo era confiscar algunos de los embarques de las minas, y Lerdo de Tejada actuó rápidamente. Acababan de apropiarse de uno de esos envíos cuando, el 10 de junio de 1863, el general Forey entró en la Ciudad de México con 30 000 soldados franceses.
>
> Juárez huyó a San Luís Potosí y el tren de mulas cargado con dos millones de dólares en plata y oro desapareció del mapa. Sin embargo, en 1867, cuando Juárez fue elegido presidente y Lerdo estaba en su gabinete, ya se tenían recelo. Después, Lerdo se postuló a la presidencia contra Juárez, fue derrotado, pero lo nombraron presidente del Tribunal Supremo; y a la muerte de Juárez, Lerdo de Tejada pasó a ser presidente.

[404] *Idem.*



– ¿Qué sucedió con los dos millones en plata?

–Parte de esos dos millones era en oro. Bien, nadie que conozca esta historia la contará; pero Lerdo era ambicioso y al parecer se guardó los detalles de ese tesoro, hasta ahora. Ya es presidente y una fortuna así le vendría muy bien, sobre todo contra un rival como el general Díaz [...].

– ¿Podía haber estado esa plata en Sonora cuando desapareció?

– ¿Entonces has oído la historia? Sí, estaba [...].[405]

Hermosillo tenía una población inferior a quince mil habitantes, y era una ciudad pequeña y agradable situada en los márgenes del río Sonora, entre huertos de naranjos y jardines. Fuera del pueblo, el valle estaba salpicado de campos de cereal, y todo era verde y pintoresco. A esa hora las calles estaban desiertas, y Cowan echaba en falta las muchachas delgadas y elegantes de Sonora, famoso por sus mujeres bonitas [...].[406]

Normalmente, los seris vivían en la costa, excepto cuando hacían una incursión, o se quedaban en su fortaleza en la isla de Tiburón, en el Golfo de California. Feroces como los apaches (Catlow había escuchado que eran caníbales) los seris habían saqueado extensas áreas del país, y él conducía la columna de mulas justo al territorio desde donde viajaban para hacer sus incursiones.[407]

Philip Wayne Powell

PONZOÑA EN LAS NIEVES

El historiador estadounidense Philip Wayne Powell (1913-1987), profesor emérito de la Universidad de California, estuvo dedicado a estudiar la historia del norte de México y escribió varios libros y numerosos artículos al respecto, incluida esta novela de 1966: *Ponzoña en las nieves* (que firmó sólo con sus nombres Philip Wayne, sin el apellido, para ocultar su identidad académica). Brillante estudiante y maestro en diversas

405 L'Amour, Louis, *El tesoro mexicano*, México: Grijalbo, 2011, pp. 96 y 97.

406 *Ibid.*, p. 128.

407 *Ibid.*, p. 157.



universidades de Estados Unidos, asesor del Departamento de Estado en Asuntos Latinoamericanos, escritor de atractiva prosa, Powell es considerado por los españoles como uno de los pilares de la "leyenda negra" en contra del país hispano del siglo XVI.

El protagonista de esta novela histórica es Francisco de Urdiñola, acaudalado minero y terrateniente de ese siglo en Nueva Vizcaya (donde fue gobernador) y en Nueva Galicia (donde fue capitán general), provincias en las que resultó definitiva su acción pacificadora ante los indios nómadas. Asimismo, fue fundador de Parras y de Concepción del Oro, entre otras poblaciones, y alcalde de Saltillo, Urdiñola sufrió la acusación judicial, al parecer injusta, por el supuesto asesinato de su esposa y de algunos sirvientes y colaboradores.

El virrey Luis de Velasco II, en 1594 le había ofrecido a Urdiñola:

> Señor capitán, al requerir vuestra presencia aquí os escribí que deseaba discutir con vos el problema de la colonización del Nuevo México. Como sabéis, mis predecesores han considerado este problema repetidas veces y los franciscanos han insistido en que se iniciara la tarea, en bien de las muchas almas indígenas que sabemos se encuentran en aquellas lejanas tierras. Asimismo, como sin duda sabréis, personalidades de renombrada valía en Nueva España y en Nueva Galicia se han dirigido a nos y al Rey solicitando un contrato para llevar a cabo esta gran empresa.
>
> Vos, señor capitán, no habéis pretendido nunca ese contrato. Pero por lo que de vos conozco, de las misiones que habéis llevado a cabo con tanta fortuna y por los excelentes informes de otras personas, parecéis estar eminentemente calificado para prestar tan gran servicio al Rey y a estas tierras [...].
>
> Don Francisco, sabréis probablemente que el más ansioso pretendiente de este contrato ha sido Juan Bautista de Lomas y Colmenares, vuestro vecino en Nieves [Zacatecas], hombre de mucha influencia en los asuntos de ambas audiencias. Asimismo, habrá llegado a vuestro conocimiento que mi predecesor, el Marqués de Villamanrique, ha tiempo que mandó a las Cortes un contrato firmado ya por Lomas, pero con exigencias excesivas [...].[408]

[408] Powell, Philip W., *Ponzoña en las nieves*, México: M. A. Porrúa, 2000, pp. 90 y 91.



Urdiñola respondió al virrey: "Como sabe Vuestra Excelencia, he estado durante mucho tiempo ocupado en la pacificación de los gentiles, en la instalación del pueblo tlaxcalteca [llevado al norte como migrante], y en el cuidado de las empresas mineras, ganaderas y comerciales que me fueron confiadas por mi suegro [...]".[409]

Lomas y Colmenares se convirtió en el peor enemigo de Urdiñola, y en complot con su yerno, oidor en Guadalajara, urdió las acusaciones que llevarían al mismo virrey a ordenar poco después el encarcelamiento de Urdiñola. Finalmente, en 1599 Urdiñola fue absuelto, pero el proceso le costó el Gobierno de Nuevo México (aunque años más tarde sería gobernador de la Nueva Vizcaya, de 1603 a 1612). Durante su ausencia, sus propiedades cerca de Saltillo fueron atacadas por los indios guachichiles y los indios tlaxcaltecas, llevados por los españoles para colonizar las tierras del norte de México, ya no tenían la casta guerrera de 80 años atrás, cuando se llevo a cabo la conquista:

> Los indios cristianos del sur se quedaban en todo momento paralizados por los aullidos penetrantes y los alaridos y gritos de los guerreros guachichiles, desnudos y pintarrajeados grotescamente. Me entristecía que los nietos de aquellos, que habían luchado tan fieramente contra Cortés el Conquistador y contra mi propio pueblo, hubiesen sido avasallados en forma tan completa por la pacífica vida cristiana. Excepto en los contados casos en que recibían entrenamiento guerrero intensivo, se hallaban inermes ante los salvajes nómadas de esta tierra septentrional.[410]

La crueldad de los guachichiles no está aquí exagerada por el historiador novelista: "Por los jirones secos de entrañas que vimos esparcidos por las rocas y matorrales, conocimos que les habían acuchillado los vientres. Los trozos de piel pegados a sus labios, nos decían que les habían sido cortados los órganos genitales que luego habíanles sido embutidos en la boca,

[409] *Ibid.*, p. 91.
[410] *Ibid.*, p. 317.



probablemente mientras algunos aún se encontraban con vida [...] Todos habían sido descabellados [...]".[411]

Warren Hinckle

UNA HISTORIA SOCIAL DE LOS HIPPIES

El periodista político estadounidense Warren Hinckle (1938-2016), egresado de la Universidad de San Francisco, colaboró a lo largo de su vida en los principales periódicos de esa ciudad y fue activista en contra de la Guerra de Vietnam. Autor de una decena de libros, publicó en 1967 un artículo titulado "Una historia social de los hippies", en el *Ramparts Magazine* de San Francisco, del cual era editor. El artículo se reprodujo ese mismo año en un libro más amplio sobre el fenómeno del *hippismo*.[412]

En ese trabajo encontramos estas referencias a México, si bien indirectas, en todo caso de interés, y se agrega la simpática ironía de Hinckle:

> La primera droga psicodélica que llegó al Village [en Nueva York] en cierta cantidad fue el peyote, un botón de cacto alucinatorio y desconocido usado por los indios en ceremonias religiosas. El peyote era barato y abundante (todavía se puede mandar pedir por correo a Laredo a razón de 10 dólares cien "botones") y pronto fue altamente elogiado Havelock EIlis y Aldous Huxley lo recomendaban. El único problema con el peyote era que sabía a rayos, así que, al crecer el culto del peyote, empezaron a aparecer recetarios para preparar esa cosa horrible de manera que matara el sabor. Pero Chester [Anderson, líder hippie] recuerda a alguien que le dijo: "Mira, si me pudiera meter en onda, hasta mierda comería". Como con toda droga "mental" nueva, el tomar peyote fue considerado un evento casi religioso. La primera vez que lo ingirió Chester, lo hizo con mucho rito ante una estatua de Buda.

[411] *Ibid*., pp. 318 y 319.

[412] Hinckle, Warren, "Una historia social de los hippies", en Randall, Margaret, *Los hippies*, México: Siglo XXI, 2010.



A finales de 1957, el peyote era la moda, y para el verano de 1958 la mescalina, primer psicodélico sintético, estaba siendo distribuido ampliamente. Los motos reaccionaron como madres solteras a las píldoras anticonceptivas ya no dependían de la naturaleza. ¡Las "ondas" podían ser fabricadas! [...].[413]

En seguida el autor se refiere a un "pretendiente al trono hippie" y cómo estaba vestido:

El traje era un Brooks Brothers de 1959, y la corbata tejida una J. Press contemporánea, pero la mandala egipcia tallada en hueso que pendía de su cuello, de no haber sido hecha en Japón, no podría tener menos de 2000 años. El Dr. Timothy Leary, bachiller en artes de la Universidad de Alabama, doctor en filosofía de la Universidad de California, LSD de Cuernavaca y clase 86 de Harvard College, se había arreglado como para una noche de diversión, sin embargo, de acuerdo con los devotos de este incansable prosélito de la causa psicodélica, era para trabajo, trabajo y más trabajo [...].[414]

Donald y Dorothy Cordry

INDUMENTARIA INDIGENA MEXICANA

Los esposos estadounidenses Donald Cordry (Detroit, 1907-Cuernavaca, 1978) y Dorothy fueron importantes coleccionistas de máscaras indígenas mexicanas y de piezas arqueológicas prehispánicas; asimismo estudiosos de nuestro arte popular, juntos escribieron el libro *Mexican indian costumes*, publicado en 1968. Destacan estas referencias a textiles mexicanos:

[413] *Ibid.*, pp. 42 y 43.

[414] *Ibid.*, p. 46.



La mujer indígena tiene un gusto impecable cuando se basa en sus propios diseños tradicionales, en lugar de los "patrones" ahora vendidos en cualquier mercado. Estos diseños con tulipanes holandeses y otros motivos no indígenas están influenciando las ropas tradicionales [...].

Mujeres de muchos pueblos indígenas tienen ropas distintivas y están muy orgullosas de ellas. Uno puede, en la mayoría de los casos, reconocer el origen de alguna, y su grupo étnico, por su aspecto general, la distribución de los elementos del diseño, el número de hilos, el tipo del tejido, el color, etc. [...].

Muchas prácticas antiguas sobrevivientes relacionadas con el tejido y la ropa, no están registradas. Pero no sobrevivirán por mucho tiempo: las viejas creencias y las costumbres están cambiando rápidamente.

Aunque la gente joven quiere cambiar, hay todavía razones (algunas de ellas muy válidas), por las cuales en algunas regiones, aún no es tiempo para el cambio. El problema en su conjunto es muy complicado; para las niñas y mujeres indígenas, desechar sus ropas tradicionales es aún un gran paso que dar.[415]

Robert Lowell

México

El poeta bostoniano Robert Triall Spence Lowell (1917-1977) recibió numerosos reconocimientos, entre ellos dos veces el premio Pulitzer de Poesía. Con problemas psiquiátricos y políticamente contradictorio (convertido al catolicismo, franquista y activista contra la Guerra de Vietnam), en 1967 vino a México y tuvo un apasionado amorío con la asistente de Iván Illich, en Cuernavaca. Compuso un poema titulado "México" que consta de 12 "sonetos", llamados así por él, aunque no tienen las características formales del verdadero soneto. He aquí algunos de ellos:

[415] Cordry, Dorothy y Donald, *Mexican indian costumes*, Texas: University of Texas Press, 1968, *apud* Iturriaga, José N., *Chiapas en miradas extranjeras*, México: Conaculta, 2016, p. 219.



Deseando alzar la cruz del Rey. Sacrificado en el monasterio de Emmaús
en Cuernavaca- nombre mundano para su planta aerodinámica
y sus crucifijos vanguardistas, los monjes, como Pablo, se han ganado con
artesanías al costo de la transferencia de profundidad.
Aquí acampó dos años una Comisión Papal,
y emitió su decreto: el análisis no es obligatorio, su sereno Prior belga era
herético, un desviado...
No pudimos hallar el cadáver removido por un helicóptero; las celdas
estaban vacías, pero el arte aún se vendía;
legos neuróticos te acechaban como venados,
alambres de púas en cabañas blancas e inmaculadas, cuyos nombres eran
Sigmund y Karl... Viven la vida de los monjes, una revelación alivia el
estrago de la anterior [...]
En medio del invierno de México. Sin embargo, altas flores rojas persisten
en los árboles, y todo está en la hoja,
el crepúsculo quema los ladrillos enormes como hogazas-
en algún sitio debí encontrar este color, el rosa enfebrecido, y supe su
mensaje: ¿o será que a tu casa veinte veces
te he encaminado, y luego retorné sobre mis pisadas? Ningún momento
vuelve y es manejable, ni dos veces ni una. Hemos esperado, pienso, toda
una vida para este paseo,
y el polvo blando bajo nuestros pies se deshace como la sal de la pureza,
alba y estéril; incluso
es sal tu blusa de encaje abullonado. Los ladrillos se apagan; al minuto
más común no se divide, ni una ni dos veces... Cuando sales, te evoco, cada
hora del día,
cada minuto de la hora, cada segundo del minuto [...]
Tres almohadas, punta a punta, elásticas, curvas, y frías cubiertas por la
sábana del diván. Por un segundo,
la mano alucinaba-
me pensé descubriéndote. En el crepúsculo,
el lavabo despide su golpeante perfume, su dulzura,
un enlace de ron y coca-cola. Oscuridad, querida, oscuridad: aquí siempre,
lo ilusorio de la noche, las luces
observan a los mexicanos, niños casi todos, conformados
por habitaciones



como cajas en una calle donde los autobuses devoran la acera. Y la medianoche del Año Nuevo; en el mercado tres beben cerveza
en latas adornadas con limones y sal; una mujer azteca, canta sus baladas de adulterio; y llora porque
su esposo la ha abandonado por tres mujeres para asumir
la pobreza que todos los hombres deben enfrentar a la hora de la muerte [...].[416]

Burt Hirschfeld
ACAPULCO

Burt Hirschfeld escribió esta novela, cuya intriga se desarrolla principalmente en Acapulco. En apariencia fue llevada a la pantalla con actores mexicanos.

La trama gira alrededor de una filmación en nuestro puerto, donde se entrelazan las estereotipadas figuras norteamericanas del productor mercantilista, el director artista y la actriz joven y guapa que acaba violada y asesinada. En un libro como éste no podía faltar drogas, prostitutas, multimillonarios, fiestas deslumbrantes y secuestros. El autor inventa un grupo de indígenas muy agresivos en la sierra vecina a Acapulco y suceden escenas inverosímiles ("Según tengo entendido, los montañeses son gente dura que no aprecia a los extranjeros. Tal como me lo han contado, allá arriba todos llevan pistola y se consideran émulos de Pancho Villa.").[417] Pero dejemos que el propio Hirschfeld hable:

> Al principio, foreman tuvo grandes esperanzas de poder captar la esencia de méxico en la película, pero ahora se daba cuenta de que había sido

[416] Lowell, Robert, "México", sección La Jornada Semanal, en *La Jornada*, México, 6 de mayo de 2001, p. 12.



una idea demasiado presuntuosa. méxico era un país demasiado complejo y contradictorio. méxico era tanto aquella plaza de mercado como los rutilantes hoteles de acapulco. y lo mismo podía decirse de jiquilisco [?] y del paseo de la reforma, en la ciudad de méxico, con sus elegantes tiendas y sus mujeres caras, y sus hombres de negocios de mirada dura como el pedernal. o monterrey, con sus desnudas montañas de granito y su aire polvoriento, y el puerto de veracruz, y todos aquellos míseros poblados que llevan nombre de santo. las contradicciones impuestas por las mezclas de sangre, de culturas y de historia. el pasado altivo y vergonzoso, tierno y sangriento a la vez; el miserable presente, en el que aún había lugar para el optimismo... México, estaba más allá de la razón. lo cual, dicho sea de paso, constituía su cualidad más atrayente.[418]

Este comentario tiene lugar en el mercado de Acapulco:

Durante las primeras semanas de su estancia en el país, aquel continuo contacto corporal le molestaba. La gente se le acercaba demasiado y todo el mundo se abría paso a codazos, ejerciendo una presión física permanente, apartando a los demás de una manera que le recordaba desagradablemente los brutales empellones norteamericanos. Pero había terminado por acostumbrarse, pues se dio cuenta de que los codazos y los empellones eran en realidad delicados y suaves, sin la hostilidad que se encontraba en Times Square o en el Loop. Aquí el contacto de la carne era más bien como una señal muda de la presencia ajena, una declaración sin palabras de que uno tenía que pasar en una dirección determinada.[419]

[417] Hirschfeld, Burt, *Acapulco*, México: Roca, 1973, p. 55.

[418] *Ibid.*, p. 61.

[419] *Ibid.*, p. 150.



Judith Friedlander

SER INDIO EN HUEYAPAN

La antropóloga estadounidense Judith Friedlander hizo su doctorado en la Universidad de Chicago, con una investigación realizada en Hueyapan, a las faldas morelenses del Popocatépetl, entre 1969 y 1970. Trabajó también en el American Museum of Natural History de Nueva York. Su tesis se publicó como libro y de este se obtuvieron estos fragmentos de nuestro interés, sobre todo porque son un buen botón de muestra de lo que aún sucede con los pueblos indígenas de México:

> El vivir con los hueyapeños me enseñó, de modo muy directo y personal, qué significa estar sojuzgado y cuán perturbador es para el indígena el sentirse discriminado por ser indio y, al mismo tiempo, ser admirado por representar el "espíritu auténtico" de México, prueba viva de la noble herencia prehispánica. Añadida a esto, mi experiencia en Hueyapan me condujo a descubrir paralelos entre esos hueyapeños y otros grupos étnicos y raciales oprimidos, que se han convertido en "mascotas" de una clase media romántica y alienada [...].[420]
>
> La cuestión de la identidad india ha sido usada por las facciones políticas de Hueyapan. Auque los pueblerinos que entrevisté estaban de acuerdo en que el pueblo era una comunidad homogénea de indios pobres, muchos explicaban que algunos de los habitantes intentaban perder su identidad india cambiando la imagen del pueblo, mientras los otros nada hacían. Los progresistas decían que querían "culturizar" a Hueyapan, y habían decidido hacerlo aceptando la guía de mexicanos no indios y los programas promovidos por ellos. Se suponía que los miembros de la otra facción, a quienes los progresistas llamaban conservadores, estaban en contra de la modernización [...].[421]

[420] Friedlander, Judith, *Ser indio en Hueyapan*, México: FCE, 1977, p. 18.

[421] *Ibid.*, p. 112.



La tradición de Hueyapan de hilar con malacate y palito y luego tejer tela con el telar de cintura es indiscutiblemente de origen prehispánico. No obstante, como en el caso del idioma náhuatl, esta técnica indígena ha sido adaptada al sistema cultural hispánico [...].[422]

Los lugareños consideran que su arte culinario es indio. En realidad, los hueyapeños han conservado sus métodos indígenas así como muchas de sus comidas primitivas, en gran parte porque las técnicas fueron adoptadas por la cultura dominante.[423]

Aquí la autora se refiere al uso, en buena parte del país, del comal, el molcajete, el metate y el chiquihuite, asimilados por la población mestiza.

Los lugareños y la gente de los cercanos pueblos no indios consideran que algunos aspectos de la vida religiosa de estos pobladores son ilustrativos de la indianidad de los hueyapeños. Sin embargo, los lugareños evidentemente están participando del ritual católico. Lo que puede identificarse como indígena ha sido "bautizado" e integrado a la versión hispánica del catolicismo [...].

Los rezos pidiendo lluvia y buenas cosechas están sancionados por la Iglesia aun hoy día, como también el uso del incienso copal. Además, la tendencia a deificar a los santos, desde luego no exclusiva de los indios mexicanos, es controlada por el catolicismo mexicano.

Acaso la más notable tradición religiosa indígena que sobrevive en el Hueyapan actual sea la práctica de algunas ancianas hacedoras de lluvia, de comer hongos alucinógenos mientras invocan a la lluvia.[424]

422 *Ibid.*, p. 123.
423 *Ibid.*, p. 132.
424 *Ibid.*, p. 115.



Margaret Shedd
LA MALINCHE Y CORTÉS

La norteamericana Margaret Shedd (1900-1987), egresada de la Universidad de Stanford, vivió en México algunos años y su aprecio hacia lo nuestro quedó plasmado en la dedicatoria que incluyó en su novela *La Malinche y Cortés*, de 1971: "Dedico este libro al pueblo de México, al que he aprendido a amar entrañablemente a través de su historia".[425]

Relatada en su mayor parte en primera persona por la propia Malinche, esta novela abarca el efímero matrimonio de nuestra abuela indígena con Hernández Portocarrero, su amorío con Cortés durante siete años y su matrimonio con Juan Jaramillo.

La Malinche pondera sin ambages los atributos del conquistador: "Ahora era como si estuviera tocando ese miembro hermoso tan aparente en la apretada ropa de Cortés, abajo de la coraza de hierro que llevaba encima [...] Debe ser puesto en claro que yo no sabía si era posible encontrar algún camino para obtener este goce furioso que anhelaba".[426]

La Shedd hace girar la vida de la Malinche en torno a su erotismo y la hace decir:

> [...] apenas si podía escucharles a causa de la exuberancia de mi deseo satisfecho por el caudillo de todos estos hombres, la única persona en el mundo a quien Moctezuma temía; éste que desde mi nacimiento había sido el emblema de la fuerza viviente más poderosa. Y ahora yo era la concubina mimada y, más que eso, la edecán del conquistador de Moctezuma. ¿Por qué no había de estar en éxtasis? [...].[427]
>
> En cuanto a las demás, yo estaba segura de que en ningún caso podría él encontrar el mismo placer con ellas del que hallábamos juntos; además

[425] Shedd, Margaret, *La Malinche y Cortés*, México: Diana, 1974, p. 5.

[426] *Ibid.*, p. 26.

[427] *Ibid.*, pp. 65 y 66.



> el nuestro era ya conocido y ennoblecido por ello, y tan saludable como el agua de los manantiales de Chapultepec: de él, como un dios del agua de las fuentes, emergió este niño nuestro. Aún llegué a soñar (qué falsedad) que el niño nos envolvería juntándonos de manera nueva, y que finalmente podría casarse conmigo.[428]

Martín Cortés, hijo del conquistador y de su intérprete aborigen, fue llevado por su padre a España para educarlo; con cierto descaro, el propio Cortés, algunos años más tarde, le puso también Martín al hijo que tuvo con su segunda esposa, Juana de Zúñiga. Martín el mestizo se hizo soldado; Martín el criollo heredó el título de marqués de su padre. Cuando fueron acusados ambos de conspiración en 1565, el segundo marqués del Valle de Oaxaca fue exiliado de la Nueva España y su medio hermano torturado y también deportado.

Haniel Long
MALINCHE

Haniel Long (1888-1956) nació en Birmania, sus padres, ambos americanos, eran misioneros metodistas en ese país asiático. Escribió dos novelas históricas, una sobre Cabeza de Vaca y la aquí mencionada sobre la Malinche, de 1939.

Escrito en primera persona en labios de la Malinche, este opúsculo es una especie de reflexión poética que concluye con la caída de Tenochtitlan. Con cierto sentido fatalista, esta Malinche a veces sobreactúa: “No debemos soñar que nuestros hombres le ganarán al Dios Blanco. Ellos pelearán y cuando sean conquistados tendrán que ofrecerle mujeres y oro. ¡Oh recién vuelto Dios Blanco, moriré si no me encuentro entre los regalos que te entreguen!”.[429]

[428] *Ibid.*, p. 103.
[429] Long, Haniel, *Malinche*, London: Souvenir Press, 1972, p. 46.



La protagonista tiene sentido político, pero también aparece como una mujer sensible en su intimidad:

> Doy un servicio constante para Cortés. Durante el día me necesita a su lado; por la noche descansa en mis brazos. El amor me está enseñando su idioma rápido; y por ello agradezco a la Virgen y al Niño, y también agradezco a mi propio Dios, el Emplumado Quetzalcóatl [...] Todo lo que Cortés dice a mi pueblo les llega a través de mis labios. Todo lo que ellos le dicen a él lo alcanza a través de mis labios. Soy la boca de mi señor y soy la boca de mi tierra... Estoy triste. Las palabras pueden ser disfraces. Muchas de las palabras que usa Cortés para mí son disfraces. Persiguen un propósito, no el amor.[430]

Elia Kazan

LOS ASESINOS

Elia Kazan, cineasta, dramaturgo, actor y novelista estadounidense, dirigió clásicos del séptimo arte como ***Un tranvía llamado deseo*** y ***Al este del paraíso***; también es suyo el film ***Viva Zapata***, referido a nuestro héroe. Dirigió cinco obras teatrales que merecieron el premio Pulitzer y ha escrito, entre otras novelas, *Actos de amor*, *El doble*, *America, America*, *The arrangement*, estas dos últimas llevadas a la pantalla; y *Los asesinos*, cuyo protagonista es un inmigrante de nuestro país a Estados Unidos ("cuando sonreía uno podía ver que era mexicano"). Dicha obra la concluyó en 1972.

La trama es la siguiente: Cesáreo Flores era teniente del Ejército de Estados Unidos y cuando estuvo asignado a una base en Alemania, se casó con una chica de ese país: "A los dieciocho años, aquella pieza de porcelana

[430] *Ibid.*, p. 52 y 53.



ornamental jamás había conocido a un hombre. Cesáreo vio en ella todo lo que habría hallado en una doncella mejicana: llenita en los sitios donde debía estarlo, pero tan pura como un cirio de iglesia".[431]

Tiempo después, destinado a otra base en Nuevo México, su esposa cavilaba: "Había tres cosas allí que asombraban a Elsa. Cuando se casó con Cesáreo en Baviera, él era norteamericano. En América, era un mexicano. En Baviera Cesáreo era rico, y los criados se peleaban por sus dólares. En América la familia apenas podía sobrevivir y no podía permitirse el lujo de tener criados. En Baviera Cesáreo era un héroe. En América era miembro de una minoría racial".[432]

"Educado en una sociedad tan dominada por la Virgen María", no le faltaba una medalla guadalupana colgada del espejo de su coche ni un óleo suyo en casa. Completa el estereotipo su afición al box y sus éxitos amateurs en ese terreno. "Ustedes los mejicanos han construido toda una cultura sobre el supuesto absolutamente básico, de que uno sólo vale lo que sus huevos. Macho o pendejo, ¿no es así?".[433]

La tragedia gira alrededor de su primogénita, una belleza champurrada en la mente de Kazan:

> [...] con una pizca de marrón añadida, Juana, por algún accidente genético, era pura azteca. Tenía los ojos más hermosos que jamás hubiera visto, casi negros, cierto que un poco juntos, pero eso le daba intensidad a la mirada. Y una nariz que en alguna época lejana había tomado su forma de las indias representadas en las pirámides de Chichén Itzá. Era igual que las fotos que Cesáreo tenía de su madre cuando era joven, tomadas frente a una pared de yeso en Sonora.[434]

[431] Kazan, Elia, *Los asesinos*, España: Pomaire, 1972, p. 11.
[432] *Ibid.*, p. 12.
[433] *Ibid.*, p. 27.
[434] *Ibid.*, p. 13.



La joven se involucra con un grupo de drogadictos y su padre, el mexicano, mata a sangre fría a dos de ellos. La mayor parte de la novela es la descripción del juicio; el título de *Los asesinos* alude al *stablishment* estadounidense, que exculpa al criminal por ser miembro de la Fuerza Aérea e inculpa a las víctimas, por ser *hippies* con pelo largo.

Michael Maccoby
Sociopsicoanálisis del campesino mexicano

El psicoanalista y antropólogo neoyorquino Michael Maccoby (1933) publicó en 1974 el libro *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, en coautoría con el connotado alemán Erich Fromm, uno de los psicoanalistas más reconocidos del mundo después de Sigmund Freud. Maccoby ha sido consultor de muchas instituciones internacionales, entre ellas el Banco Mundial. Los coautores dejan en el anonimato a esta comunidad rural del estado de Morelos:

> El escenario del estudio es un pueblecito del Estado de Morelos, de cerca de 800 habitantes, situado a unos 75 kilómetros al sur de la ciudad de México. El pueblo está ubicado en uno de los valles más verdes de México, fertilizado por manantiales subterráneos y arroyos montañosos que se convierten en ríos entrecruzando el valle. El clima es subtropical y el invierno seco. La temperatura promedio anual es de 22 grados; nunca hace frío y rara vez hace demasiado calor. Durante siglos las principales cosechas de esta zona han sido la caña de azúcar y el arroz, siendo también las principales en este pueblo, en donde la mayoría se dedica a la agricultura. La caña se riega por medio del río y de los manantiales subterráneos, y las lluvias que caen de mayo a octubre permiten a los aldeanos inundar los bordeados campos de arroz. El clima y la relativa abundancia de agua también mantienen la siembra de otras cosechas durante todo el año y la tierra es hospitalaria para los muchos árboles frutales, flores y hierbas medicinales



que se pueden encontrar en todo el valle. La población del lugar es mestiza, es decir, mezcla de indígena y español.[435]

Hoy en día ya no quedan rastros de la herencia india en el pueblo; los pobladores son hijos de la Conquista y, al igual que el 90% de los mexicanos, hablan exclusivamente español. En las cercanías existen pueblos en donde la gente aún habla náhuatl y donde se conservan algunas de las antiguas costumbres, pero los pobladores a los que hemos estudiado han perdido completamente los lazos culturales que los unían al pasado azteca. Lo único que queda como recordatorio de la cultura prehispánica son los nombres de los lugares.[436]

Para muchos [...], las exigencias de la sociedad industrial moderna están en conflicto con las formas tradicionales, con el amor por el descanso y las fiestas y con la sospecha de que las formas modernas son corruptas y peligrosas. Durante los últimos 50 años, el poblado se ha visto envuelto en un rápido proceso de cambio. Antes de 1910 era una hacienda. Después de 1923, se convirtió en una comunidad de ejidatarios.[437]

El aldeano actual probablemente se siente más insatisfecho y desesperanzado que el de la época preindustrial, el cual no tenía la sensación de que nunca podría arreglárselas para adquirir las comodidades que, según se le había dicho, hacen que la vida valga la pena. Aún más, en la medida en que los pobladores se sienten más atraídos por la radio, la televisión y el cine, pierden el interés hacia las formas más activas del entretenimiento y la autoexpresión.[438]

Al leer el siguiente párrafo, recordemos que este libro de Maccoby y Fromm es de sociopsicoanálisis; para hacerlo, llevaron a cabo numerosas pruebas psicológicas individuales a fin de arribar a conclusiones sociológicas o colectivas:

435 Maccoby, Michael y Erich Fromm, *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano,* México: FCE, 1974, p. 53.

436 *Ibid.*, pp. 53 y 54.

437 *Ibid.*, p. 54.

438 *Ibid.*, p. 55.



> Los aldeanos que hemos estudiado tienen muchas de las cualidades descritas en los relatos de campesinos de otros lugares y tiempos. Son envidiosos, suspicaces de los motivos mutuos, pesimistas en cuanto al futuro y fatalistas. Muchos se muestran sumisos e insatisfechos de ellos mismos aunque son capaces de rebelarse y de iniciar la revolución. Se sienten inferiores a los citadinos, más estúpidos y menos educados. Existe un sentimiento abrumador de impotencia para influir a la naturaleza o a la máquina industrial que les domina [...] La desconfianza, el pesimismo y la malicia constituyen un aspecto de la vida campesina [...] A ellos les gustaría tener fe en sus prójimos, amar a sus vecinos, pero sus experiencias y su carácter hacen esto difícil [...] Aún más, a pesar de la sumisión del campesino, llaman la atención su dignidad y su autoconocimiento [...] Aunque el campesino se humilla ante los poderosos, a menudo se presenta el caso de un aldeano que prefiere dejar el trabajo y arriesgarse a la inanición antes que aceptar un insulto a su persona.[439]

Dwight y Barbara Worker

Fuga de Lecumberri

Dwight y Barbara Worker son los autores de la obra *Fuga de Lecumberri*, de 1977, y los protagonistas de la trama/drama que contiene. Según reza el subtítulo, ésta es la "historia verídica de un escalofriante escape del Palacio Negro" (sobrenombre que se aplicaba a esa cárcel). Dwight estaba preso por narcotráfico y en una visita que le hizo un amigo fue acompañado por Barbara; la conoció entonces y al paso del tiempo acabaron casándose, estando él aún en prisión. Ella le ayudó a fugarse disfrazado de mujer. Pocos días después cruzaron la frontera. Así relata Barbara su primera visita al reclusorio, hoy Archivo General de la Nación:

[439] *Ibid.*, pp. 60, 62 y 63.



Reconocí Lecumberri antes de que Stephan me lo señalara. Las torres y garitas, dibujadas contra el sucio gris del cielo, predominaban sobre la fachada de arquitectura de principios de siglo [...] Me llevó quince minutos sólo caminar desde la puerta del frente hasta la trasera, donde los guardias, cuando pasé junto a ellos para entrar a la prisión, juntaban los labios y los hacían chasquear. Me arrepentí instantáneamente de haberme puesto el veraniego vestido de tirantes que había escogido sin pensar [...].

La celadora que estaba allí al acecho se hizo a un lado de mala gana y cerró la puerta tras de mí. Tenía el "zipper" de la falda abierto para dar un poco más de amplitud a las lonjas de carne que se le desbordaban, y lo había asegurado con un alfiler de seguridad; tenía las uñas negras. Me encogí contra la pared, pero me jaló hacia ella. *Un registro.* Echándome el aliento en la cara, empezó a tentarme el cuerpo a través de la ropa. Me hice la fuerte, agradeciendo por lo menos que Stephan me había prevenido de antemano sobre esto. Después de unos momentos interminables, con gesto de mal humor me hizo señas de que pasara [...].

Los guardias me echaban miradas de lujuria desde todos los ángulos, como demonios, riéndose cuando veían que andaba perdida, y siempre chasqueando los labios mojados. Finalmente un guardia me indicó el rondín, un corredor circular que parecía ser el eje de la prisión. En su centro, una torre de ametralladoras se elevaba unos cuarenta y cinco metros sobre mi cabeza [...] Altas rejas de poco más de siete y medio metros de alto desembocaban en largas y angostas rejas, desde donde los presos, con sus morenas y trapajientas caras pegadas a los barrotes, me echaban silbidos y miradas lujuriosas. No tenía la menor idea de dónde me había metido, y debo haber dado varias vueltas antes de ver la letra "F" sobre una de las enormes rejas [...].[440]

Ahora escuchemos a Dwight hablando de los presos políticos:

Todos sin excepción eran honestos, corteses, bien informados y siempre ansiosos de debatir cualquier tema. Por lo general tenían excelentes equipos

[440] Worker, Dwight y Barbara, *Fuga de Lecumberri*, México: Diana, 1990, pp. 130-132.



> de deporte y eran los mejores jugadores de ajedrez. No usaban drogas ni participaban en ninguno de los negocios sucios de la prisión. Al revés de los otros presos, parecían tener sentido de ética [...] En los niveles de las prisiones mexicanas, los políticos se hallaban en el último peldaño de la escala, aún por debajo de los *gringos drugeros* y de los violadores de niñas. A ellos, lo mejor de todos los presos, se les veía como cáncer social.[441]

Albert Stagg
LOS ALMADA Y ÁLAMOS, 1783-1867

Albert Stagg nació en Nueva York en 1903; descendiente directo de los Almada de Álamos, Sonora (su madre nació en dicha población), él visitó por primera vez "el Taxco del Noroeste" en 1970. Para escribir este libro (y otro más, *El primer obispo de Sonora*), Stagg realizó investigaciones en diversos países (México, España, Portugal, Estados Unidos e Inglaterra) que le permitieron reconstruir muy interesantes imágenes de ese bello poblado.

Hacia fines del siglo XVII se fundó el Real de Minas de la Purísima Concepción de Los Álamos; aunque el primer Almada (español de origen portugués) llegó a Sonora un siglo después –1783–, sus descendientes llegaron a ser durante el siglo XIX de los mineros más poderosos del país.

> Para un viajero procedente de Guaymas, Álamos parecía un espejismo. Después de pasar por humildes aldeas de yaquis y mayos, el encontrar de pronto majestuosas mansiones y calles pavimentadas con docenas de carruajes resplandecientes, parecía irreal [...] Hubo un auge de construcción en Álamos que resultó en calles empedradas tortuosas con encantador descuido de líneas rectas y flanqueadas por hileras no interrumpidas de

[441] *Ibid.*, p. 112.



> casas de techo plano, construidas sólidamente. Las más grandiosas en sus fachadas tenían pórticos para dar sombra y elegancia; las verjas de fierro que protegían las inmensas ventanas tenían cabezas en forma de lanza, mientras los marcos con sus contraventanas de madera dura estaban colocados en paredes de casi un metro de ancho. Las casas más modestas eran de adobe, pero, como las mansiones, estaban estucadas y encaladas, dando una agradable impresión de frescura a la ciudad.[442]

Alguna parte de su descripción se conserva actualmente con melancólica belleza.

> Los alamenses más sofisticados tenían candelabros de cristal que colgaban del techo y muebles tapizados de diseño Luis XV y XVI y espléndidos juegos de porcelana hechos a la orden en Limoges o Fontainebleau. Se usaba plata sin discriminación desde cubiertos hasta bacines. Las entradas principales estaban protegidas por puertas labradas y tachonadas de madera dura que se abrían durante el día para permitir una vista de los interiores a través de protectoras rejas de fierro. Los patios externos con arbustos floridos, rosales, gardenias, helechos y bugambilias formaban un contraste lleno de colorido con las columnas y pasillos encalados. Cada casa tenía su propio pozo y generalmente una cisterna para recoger el agua de lluvia.[443]

Muy interesante es el siguiente pasaje sobre las "conductas" de metal precioso de Sonora a la capital del país:

> Ya con la marca de buena calidad de la oficina de ensaye en Álamos, debían ser transportadas [las barras de plata] a la ciudad de México vía Guadalajara, por la conducta, la recua de mulas que salía para el sur dos veces al año. Una carga de mula la constituían dos barras que pesaban 45 kilos cada una, atadas

[442] Stagg, Albert, *Los Almada y Álamos, 1783-1867*, México: (s.e.), 1983, pp. 45 y 57.
[443] *Ibid.*, pp. 38 y 39.



> una a cada lado del aparejo. Hasta ochocientas mulas con sus arrieros y unos cien guardias armados estarían en camino durante varias semanas con una carga que valía más de un millón de pesos. A principios de enero y otra vez en julio la conducta hacía el viaje de quinientas leguas a la capital con toda la plata procesada en Sonora durante los seis meses anteriores. De la ciudad de México otra conducta tenía la responsabilidad de llevar la plata a Veracruz para ser embarcada a Europa. La llegada de la conducta era siempre foco de interés y movimiento en Álamos. Aparte de la repentina aparición de tantos animales y hombres, traía mercancías del puerto de Guaymas.[444]

Sobre el lujo argentífero que solían tener las familias prominentes, Stagg reproduce una carta de la señora Karam, de Arizona, quien recuerda las reminiscencias de su abuela Isabel Almada, nacida en 1833:

> Las barras de plata eran traídas de las minas en los lomos de mulas y almacenadas en un enorme cuarto de la casa grande. Allí eran amontonadas hilera tras hilera [...] En las comidas toda la familia se sentaba a una larga, larga mesa y toda la vajilla era de plata, hasta las tazas y platillos y vasos para beber. A medida que pasaban los años, con el uso, los platos estaban todos abollados, y mi abuela y su hermana los odiaban. Anhelaban tener platos de loza o por lo menos vasos para tomar como tenían las otras familias, pero su padre no escucharía nada al respecto. Cuando a un sirviente se le caía un plato exclamaba: "Dos reales a la bolsa". Pues si hubiera sido de loza, se hubiera quebrado. Un día mi abuela de algún modo se hizo de un pequeño vaso y lo conservaba escondido en su recámara como algo precioso. Decía que las jarras y jofainas en sus recámaras también eran de plata. Todas las jarras tenían grabados sus nombres. El de ella decía: "Soy de mi dueña Isabel Almada" [...] Una vez su padre quiso poner barras de plata en las ventanas en lugar de las de fierro, pero las autoridades lo detuvieron porque los ladrones se las podrían llevar. En esos días no había bancos y supongo que el querido viejo tenía tanta plata que no sabía qué hacer con ella.[445]

---

[444] *Ibid.*, p. 46.
[445] *Ibid.*, p. 65.



Susan Eger

EL ARTE DE LAS MUJERES HUICHOLAS

Susan Eger, estadounidense casada con un artista huichol, en 1981 fundó The Huichol Center for Cultural Survival and Traditional Arts, en Seattle, mismo que dirigió ella misma. En un libro que publicó en 1978 el Museo de Bellas Artes de San Francisco, California (*Arte de los indios huicholes*), se incluye un ensayo de Eger ("Huichol women's art") sobre el arte de las mujeres de ese notable grupo étnico. Esto escribió la investigadora:

> Hay tanta actividad cultural alrededor del peyote y su fiesta anual, que son pocos los aspectos de la vida huichola que no se relacionan con ello.
>
> El trabajo artístico refleja también la presencia grandiosa del peyote. Las representaciones del peyote son las más numerosas y variadas en el arte huichol, no solamente por el significado simbólico del cactus, sino porque es simétrico, de forma que lleva a elaboraciones estéticas, especialmente cuando es visto en un estado de alucinación.
>
> Claramente, el peyote es el puente entre lo mundano y el conocimiento sobrenatural, y los huicholes consideran muy elevado el conocimiento que reciben cuando están en vivencia de peyote. Es más importante cuando ellos lo recuerdan y puede ser utilizado en el futuro. Esto es un hecho interesante, en particular con relación a la producción artística, ya que involucra combinaciones de colores y diseños geométricos muy sugestivos de las imágenes alucinatorias. La habilidad para recordar detalles exactos del estado de somnolencia es de extrema importancia en la preparación del *marakame* [o *chamán*] y requiere de fuertes y bien entrenadas mentes.
>
> En la educación no formal huichola, cada acción está enfocada a orientar a los niños hacia el futuro uso y apreciación del peyote.[446]

[446] Eger, Susan, "Huichol women's art", en Bean, Lowell John *et al.*, *Art of the huichol indians,* Nueva York: The Fine Arts Museum of San Francisco, 1978.



Peter T. Furst
EL ARTE DE “SER HUICHOL”

El antropólogo estadounidense Peter T. Furst, especializado en chamanismo y plantas alucinógenas, escribió este ensayo de significativo nombre, “El arte de ‘ser huichol’” (“The art of ‘being huichol’”), para un libro sobre las expresiones estéticas de ese grupo indígena, mismo que fue publicado en 1978 por el Museo de Bellas Artes de San Francisco, California. Profesor emérito en la Universidad del Estado de Nueva York y profesor asociado en el Museo de Arqueología de la Universidad de Pennsylvania así como en el Museo de Nuevo México, asegura Furst en dicho ensayo:

> Casi todas las mujeres huicholas son muy hábiles en el arte del tejido y del bordado y muchos hombres y mujeres son expertos en ensartar pequeñas cuentas [chaquira] en bellísimos aretes, pulseras y collares cuyos motivos derivan del simbolismo sagrado heredado comunitariamente.
>
> Para el huichol el arte es rezo, es comunicación directa y participativa con el nivel sagrado. El arte dirigido a asegurar una vida bella y buena: salud y fertilidad para las semillas, animales y personas; prosperidad en lo individual, para las personas cercanas y para la sociedad en su conjunto. El arte es funcional a la vez que bello, como resulta evidente en la peregrinación del peyote. Cada “peyotero” trabaja durante semanas para preparar su ofrenda ritual, flechas ceremoniales, calabazas votivas decoradas, miniaturas, telas pintadas artísticamente, que vienen a cerrar el círculo de lo sagrado a lo comercial y de nuevo a la realidad de lo sagrado. Para el occidental acostumbrado a la separación y aún alejamiento del artista y su trabajo de la sociedad, esa participación tan completa y de tantas personas con un simbolismo colectivo, hacen que el arte sagrado huichol sea una nueva experiencia.[447]

[447] Furst, Peter T., *The art of “being huichol”*, en Bean, Lowell John *et al.*, *Art of the huichol indians,* Nueva York: The Fine Arts Museum of San Francisco, 1978.



Jane Lewis Brandt
LA CHINGADA

Jane Lewis Brandt, oriunda de Estados Unidos, publicó en Nueva York, y en inglés, esta novela, en el año 1979, bajo el título de *La Chingada*. Es una más sobre este socorrido tema; esa pasmosa historia real que muchos autores han tratado de capitalizar, demuestra una vez más que la realidad supera a la fantasía. El aderezo o agregado de esta autora a los sucesos verídicos consiste en un soldado –criollo cubano– que se enamora de la Malinche. Un final de telenovela es la noticia de que la madre del joven cubano había sido seducida por Cortés en España, muchos años atrás.

La Malinche relata su infancia: "Aprendí todo lo referente a los muchos animales del bosque y del mar; que la púa de la raya es empleada por los sacerdotes para lacerar su propia carne, y que, hace mucho tiempo, las madres que tenían demasiada leche solían amamantar a un pequeño cuatí de manitas negras".[448]

El cubano, por su parte, describe el campamento español: "En el centro del animado grupo, Orteguilla se mantenía cabeza abajo, agitando las piernas en el aire y cantando una obscena canción sobre las delicias de la fornicación, que, según sabía yo, había sido escrita hacía medio siglo por un fraile que tenía varias concubinas y, entre ellas, una monja de su propia orden. Alguien eructó ruidosamente. Alguien se echó a reír".[449] La intérprete indígena "echa de cabeza" a Hernán Cortés:

> Él me besó delicadamente, muchas veces, y después lo hizo con más ardor, y volvió a murmurar las bellas palabras que solía decir: que yo era su adorada amazona, más hermosa de lo que podían imaginar todas las crónicas y leyendas. Yo le dije que le amaba, y nos besamos largo rato, y

[448] Brandt, Jane Lewis, *Malinche*, México: Plaza & Janés, 1985, pp. 22 y 23.
[449] *Ibid.*, p. 91.



> mi deseo de consumación llegó a hacerse casi insoportable. Pero entonces su cuerpo se puso laxo y, aunque sus brazos seguían estrechándome, comprendí que se había quedado dormido.[450]

El soldado enamorado de la Malinche obtuvo ciertos favores encerrado con ella en la cámara que ocultaba el tesoro de los reyes aztecas:

> Rodé sobre un costado, hacia ella. Mis labios encontraron los suyos con la misma facilidad que si los rayos del sol hubiesen brillado sobre nosotros. Su boca era más dulce que cuanto había podido imaginar en sueños. Sentí, detrás de mí, en la oscuridad, la gélida mirada de la calavera de cristal, y un escalofrío recorrió mi espinazo. Pero, atraído por Malinche, escapé de aquélla y me sumí en el calor del cuerpo de ésta, en el éxtasis que tanto había esperado.[451]

No falta una escena de celos de doña Marina provocada por Cortés:

> ¿Qué podía hacer para cambiar la amarga verdad? Ella era su esposa española; yo era su amante india. Yo no podía deshacer su matrimonio. No podía blanquear mi piel, dar a mis ojos un color más claro, convertirme en una dama española. Una noche, yaciendo a solas e imaginándole a él con ella, pensé desesperadamente en llevarme a mi hijo de Texcoco y ocultarme en algún sitio donde él no pudiese encontrarme jamás. Entonces quizá se preocuparía de si estaba viva o muerta, ¡y de dónde podía hallarse su hijo! Pero al día siguiente, al mirar a Martín, comprendí que era mi única esperanza de recobrar a Cortés, y escruté su rostro buscando el parecido con su padre.[452]

[450] *Ibid.*, p. 225.
[451] *Ibid.*, p. 244.
[452] *Ibid.*, p. 338.



Guillermo Watson
Cuentan unos hombres

Guillermo Watson nació en Texas en 1927. Egresado del Seminario de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada en San Antonio, prosiguió sus estudios de Teología en Roma y se doctoró en la Universidad de Austin. Llegó a México en 1973 y aquí trabajó hasta 1980, sobre todo en labores educativas en la capital y en las misiones del área de Tehuantepec.

La orden de los oblatos fue fundada en 1816 por Charles Joseph Eugene de Mazenod, francés que sería declarado beato por el Vaticano. Las primeras incursiones misioneras que tuvieron en México fueron durante la segunda mitad del siglo XIX y alcanzaron Ciudad Victoria y Agualeguas; se les conocía como la Caballería de Cristo. En 1901 se iniciaron en Oaxaca y en Puebla, apoyados por el arzobispo Eulogio Gillow, de gran fortuna personal y reconocido poder político ante su amigo don Porfirio. También obtuvieron los templos de San Jerónimo y San Felipe de Jesús en la Ciudad de México hasta 1914, año en que salieron del país por los conflictos revolucionarios. Fue hasta 1943 cuando vuelven, ahora a la capilla de La Guadalupita, en la colonia capitalina de San Rafael. En 1950 iniciaron el establecimiento de misiones en la región de Tehuantepec, siempre bajo la férula de su provincia madre ubicada en Texas. En 1980 había cerca de 30 oblatos en México.

Guillermo Watson escribe experiencias vividas entre los indígenas zapotecas, chontales y huaves de la zona istmeña, donde mucho ayudaron las habilidades de "radiestesia" del padre Seidel, como en Huamelula; allí localizó agua en el subsuelo: "Para ello se corta una varita verde bifurcada en forma de Y con su corteza intacta. Luego se mantiene con la punta arriba y las dos ramas de la Y ligeramente curvadas y cerradas, con las palmas de la mano vueltas hacia adentro. Se recorre lentamente el terreno



a explorar. Cuando se está por encima del agua o de un tesoro, la varita se tuerce [...]".[453]

Otro colega de Watson, Joe Mosel, realizó una expedición para llegar a Santo Tomás Quieri:

> Me dieron un nuevo caballo, pero el pobre no aguantó el peso de un gran "gringo". En el camino perdimos una hora más al detenernos en otro poblado: Lachivía, porque la gente, al darse cuenta de la llegada de un "Padrecito", quiso –cada uno– besarme la mano... ceremonia que da pena a un norteamericano. Llegamos por fin a Quieri dos horas después de haberse puesto el sol. A la entrada del pueblo, me vino a recibir el presidente municipal con una banda de músicos rústicos y me condujo por la calle principal hasta la iglesia, donde me regalaron muchas flores (hasta los hombres me dieron ofrendas florales). Las vísperas fueron solemnes y duraron –con todo y banda– unos setenta y cinco minutos, cuando ya veinte podían ser demasiados. Además me pidieron les cantara *maitines*, pero aquí me impuse, sobre todo por el frío, el hambre y el cansancio del camino. Entonces se compadecieron de mi y me trajeron dos huevos y un café mezclado con tanto mezcal que era imposible de tragar [...] A mediodía me trajeron un nuevo caballo, bastante grande esta vez, pero a mi juicio me pareció todavía no domado. Cuando lo monté dio un salto hacia atrás y se levantó sobre las dos patas. Lo intenté otra vez y monté al bronco unos diez segundos más; luego se rompió la correa de la silla y me lanzó hacia las nubes. Entonces hubo muchos aplausos y gritos de aprobación. "Fíjese padre, que es una bestia que nadie ha podido domar". Y me buscaron otro animal.[454]

El propio Mosel relata sus vivencias en Tequisixtlán, de la misma zona:

> El centro de las dos grandes devociones populares en "Tequis" está dirigido hacia "La Virgen" María Magdalena y "San José Borracho". Este último es

[453] Watson, Guillermo, *Cuentan unos hombres*, México: Oblatos de México, 1981, p. 161.

[454] *Ibid.*, pp. 165 y 166.



> en realidad una estatua de nuestro Señor de la Resurrección, que por costumbre cada noche del Sábado de Gloria lo sacan de la iglesia en procesión y extienden el desfile por todo el pueblo. En "devoción" todo el pueblo se emborracha. Hay también otras dos estatuas muy veneradas: "La Virgen San Miguel" y "La Virgen San Sebastián".[455]

Singular ofrecimiento de las autoridades zapotecas de Tequis, le fue hecho a Mosel: "Una cosa curiosa es que el Presidente pasó a verme un día con la proposición de que una de las maestras de la escuela habitara conmigo en el curato".[456]

Entre los indios huaves de San Mateo del Mar (quizás de remoto origen peruano), misionó el oblato Roberto Biasiolli: "¿Por qué no quieren ampliar el panteón?› –le pregunté a uno de ellos. – 'No se puede, Padre' –me respondió–, '¿Y por qué no?' –'Porque si lo hacemos más grande –agregó el indígena– va a morir más gente'".[457]

Él mismo escribía este otro incidente acerca de una enfermedad huave, que era *el espanto*:

> Llamaron al médico y a un servidor para atender a un niño enfermo que vivía a unos kilómetros del pueblo y que había sido *espantado* por el "remolino del diablo". Le administramos lo que necesitaba: la confesión y el consuelo por parte mía y unas vitaminas por parte del doctor. Cuando nos fuimos, las personas mayores de la familia consultaron entre sí y decidieron llamar también al espiritista. Cuando regresamos después de ocho días encontramos al niño totalmente cubierto de arena caliente y casi muerto de hambre. Lo habían mantenido así, sin alimentos, durante toda la semana para curarlo del *espanto*.[458]

[455] *Ibid.*, p. 172.
[456] *Ibid.*, p. 175.
[457] *Ibid.*, p. 191.
[458] *Ibid.*, p. 193.



Gary Jennings
AZTECA

Gary Jennings (1928-1999), norteamericano de Virginia, escribió esta novela, la cual se convirtió en un *best seller* mundial (no obstante, sus casi 900 páginas). *Azteca* tiene los atributos para ser un típico éxito de ventas: mucha sangre y sexo, viajes, acción e información a borbollones que no siempre es exacta o histórica.

El protagonista de la novela es un azteca nacido hacia 1467 en Xaltocan, una isla en el lago de Texcoco. El azteca es seleccionado en 1530 por el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, para hacer un relato solicitado por el emperador Carlos V. En varias y larguísimas sesiones, cuatro frailes –una especie de taquígrafos– anotaron las declaraciones del azteca.

En contraste con otras novelas históricas sobre la misma época (como las de Salvador de Madariaga, László Passuth o Luca de Tena), esta novela de Jennings revuelve gran cantidad de datos verídicos, pertenecientes a la historia, con muchas otras informaciones falsas producidas por su fecunda y, ¿por qué no?, calenturienta imaginación. Este último adjetivo, como se verá, no es un exceso mío.

El azteca inicia su crónica lamentándose acerca de lo difícil que le resulta "evocar la inmensidad de lo que era su mundo", y así se dirige a Zumárraga:

> Piense, Su Ilustrísima; imagíneselo como un árbol de gran sombra. Vea en su mente su inmensidad, sus poderosas ramas y los pájaros que habitan entre ellas; el follaje lozano, la luz del sol a través de él, la frescura que deja caer sobre la casa, sobre una familia; la niña y el niño que éramos mi hermana y yo. ¿Podría, Su Ilustrísima, comprimir ese árbol de gran sombra dentro de una bellota, como la que una vez el padre de Su Ilustrísima empujó entre las piernas de su madre?
>
> *Yya, ayya*, he desagradado a Su Ilustrísima y consternado a sus escribanos. Perdóneme, Su Ilustrísima. Debí haber supuesto que la copulación privada de los hombres blancos con sus mujeres blancas debe ser diferente,



> más delicada, de como yo los he visto copular a la fuerza con nuestras mujeres en público, y seguramente la cristiana copulación de la cual fue producto Su Ilustrísima, debió haber sido aún mucho más delicada que...
>
> Sí, sí, Su Ilustrísima, desisto.[459]

Mixtli, el azteca, describe con todo detalle las incestuosas relaciones sexuales que mantuvo con su hermana hasta que ella desapareció; a los anonadados frailes les tocó escuchar también este sacrificio en honor del dios Atlaua:

> Esto continuó lo suficiente como para aburrirme, si es que no aburrió también a Atlaua. Entonces, sin ningún ritual florido, sin ningún aviso, el sacerdote bajó la flecha de repente y la clavó con todas sus fuerzas tirando después hacia arriba, retorciéndola, dentro de los órganos genitales del hombre azul [se refiere a un chinanteca que padecía el *mal del pinto*]. La víctima, por mucho que hubiera deseado aliviarse de esta vida, dio un grito. Aulló y ululó un grito tan agudo y penetrante que destacó sobre el sonido de las flautas, del tambor y del canto. Gritó, sí, pero no por mucho tiempo [...].[460]

Earl shorris
BAJO EL ESTIGMA DEL QUINTO SOL

Earl Shorris (1936-2012), nacido en Texas, en 1980 escribió esta novela sobre Pancho Villa y la tituló *Bajo el estigma del quinto sol*. Tiene publicados otros libros, algunos de tema mexicano. Ésta es la biografía de Pancho Villa y por supuesto no se desaprovechan los numerosos aspectos históricos -que de por sí ya parecen novelados- de la vida extraordinaria de este personaje. De cualquier modo, muchas veces queda la

[459] Jennings, Gary, *Azteca*, México: Planeta, 1985, pp. 14 y 15.
[460] *Ibid.*, pp. 22 y 23.



incógnita de cuál es la frontera entre los sucesos reales y la imaginación del autor. Hay muchos pasajes que pretenden ser surrealistas al estilo de García Márquez. El autor trata de ser *efectista* y en ocasiones linda con lo cursi. Puede comprenderse que la escenografía y reparto frecuentes en esta novela son palenques y galleros, cantinas y prostitutas.

Una especie de coprotagonista es un *chamán* tepehuán que dialoga con Villa a lo largo de su vida y a veces habla en primera persona, dejándonos la impresión de que Shorris quería emular a Carlos Castaneda. Entre *limpias* y buenos augurios, ese *maracame* tuvo a Villa en sus brazos cuando apenas era un recién nacido:

> Perforé el pene de la criatura con una espina de maguey y dejé que la sangre cayera sobre la superficie del espejo. Ella [su madre] mostró temor, mas el niño no lanzó un solo gemido y ella comprendió que el acto de súplica sería aceptado y que el nuevo día y momento de su vida, cuando se le impusiera nombre, afectaría los cálculos. Dentro de treinta días, le dije, debe ponérsele nombre. Entonces sería la fiesta de los mandatarios y del nuevo grano, pero también del sacrificio de mujeres. Elegí un momento que concordara con la intersección, Piltzintecuchtli, el Señor de los Príncipes, el dios sol. La ofrenda de sangre auguraba al niño el poder y quizás las riquezas. Sólo las mujeres de su vida, incluso su madre, se hallaban en peligro.[461]

A ese respecto, cabe mencionar que la descripción que el novelista hace de la violación sufrida por la hermana de Villa por parte de un hacendado es francamente vulgar. Y no es que yo suponga que una afrenta de esa índole pueda ser de otra manera, pero sí creo que puede haber diferentes maneras de escribir un mismo asunto. En otra ocasión, el *chamán* y Villa sostuvieron esta conversación, medio esotérica:

[461] Shorris, Earl, *Bajo el estigma del quinto sol,* México: Edivisión, 1985, p. 9.



Le recordé que la muerte es únicamente una ilusión, un sueño, que es lo que él vino a inquirir.

—¿Y el sufrimiento? –preguntó.

-No hay sufrimiento en la muerte, si el moribundo entiende que la muerte es únicamente invención del hombre, que sólo la detención del sol es el final.

—No -dijo él—. Yo te pregunto sobre el sufrimiento de la vida.

—Son castigos.

—Hay inocentes que sufren.

—¿Por qué me preguntas esto con el tono de una acusación? Nunca dije que el mal no existiera. No, nunca negué el mal. Nunca he dicho que tenemos control sobre él. ¿No he señalado la ruta al sol, la luna, la estrella de la mañana y la estrella vespertina? ¿Qué es lo que estás preguntando? ¿Qué es lo que quieres creer?

—No lo sé -aceptó él—. Lo único que sé es que no soy feliz –y luego me dijo que ya se iba y que pasaría mucho tiempo antes de que regresara.

—Las tres piedras estarán aquí –le recordé– y habrá fuego.

Antes de partir me abrazó. Entré de nuevo a la casa, puse copal en el fuego y quemé una serpiente por él.[462]

Procurando un estilo del Macondo garciamarquiano, la madre de Villa luchaba contra la miseria como podía:

De ahí en adelante, el sastre compartió con la viuda de Arango todos sus retazos de tela y los errores ocasionados por su pérdida de vista. De cosas tales como un saco de tres mangas, un pedazo de tela roja de algodón del tamaño de un pañuelo, una tira de seda, una camisa sin cuello y una bola de hilo lleno de nudos, desechos de la vista de Retana, y los sobrantes de los deseos de mercaderes y hacendados, Micaela vestía a sus hijos.[463]

[462] *Ibid.*, pp. 118 y 119.
[463] *Ibid.*, p. 22.



Clifford Irving
TOM MIX Y PANCHO VILLA

Clifford Irving (1930), estadounidense de Manhattan, escribió en 1982 esta novela histórica. *Tom Mix y Pancho VilLa* está basada en un hecho real: la participación de ese *cowboy* como voluntario en la División del Norte, antes de hacerse famoso en Hollywood. En medio de un exceso de palabras altisonantes y escenas sexuales (adobado infructuosamente con citas de Shakespeare), este libro hace una crónica de la campaña de Villa. Es un relato en primera persona puesto en boca del propio Tom Mix, primero vaquero en Texas y Nuevo México, después colaborador de Villa (envuelto -en esta novela- en un triángulo amoroso con una alemana y una tarahumara) y finalmente convertido en famoso actor de cine.

La imagen fronteriza de México nunca ha sido la mejor, ni representativa de toda la nación. Este autor hace poco comedido al joven Tom Mix con respecto a nosotros: “Los campesinos, el pueblo pobre del país, se revolcaban borrachos y medio muertos de hambre por las calles, con las bocas abiertas y cubiertas de moscas”.[464] Se destaca que Ciudad Juárez rebosaba de casas de juego, tequila, prostitutas y basura.

Dos apodos despectivos recibimos los mexicanos, sobre todo en el sur de Estados Unidos: *chiles* y *grasientos*

> Los *chiles* se mataban de un día para otro con tanta rapidez, que no se podía saber al día siguiente quién estaba en la cumbre y quién a seis pies de tierra [...] Chocamos las manos limpiamente. Tuve cuidado de no apretar demasiado fuerte, porque los *grasientos* no gustan de este tipo de presión yanqui, habiendo vivido con ella la mayor parte de su historia, y simplemente ofrecen su mano para mostrar que no ocultan ninguna botella rota en su interior.[465]

[464] Irving, Clifford, *Tom Mix y Pancho Villa*, México: Planeta, 1985, p. 13.
[465] *Ibid*., pp. 18 y 19.



Este autor denuesta a varios personajes de nuestra Revolución, como Zapata y Carranza, y recuerda un suceso verídico sucedido en 1926: unos norteamericanos profanaron la tumba de Pancho Villa y robaron su cabeza, llevándosela a Estados Unidos.

Jonathan Kandell

LA CAPITAL. LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

El estadounidense Jonathan Kandell pasó buena parte de su infancia y juventud en la Ciudad de México, en la década de los cincuentas, y por tanto está familiarizado con nuestra cultura. Durante un lustro trabajó en el *New York Times* como especialista en asuntos latinoamericanos y en los años noventa era subjefe de noticias internacionales del *Wall Street Journal*. Antes de este libro sobre la Ciudad de México, escrito en 1989, publicó *Passage through El Dorado*.

Con base en numerosas fuentes, el autor se remonta a la época prehispánica del valle de México y sigue cronológicamente su historia hasta los últimos años ochenta del siglo XX; con frecuencia no es la historia de la capital, sino del país, sobre todo cuando se refiere a los gobiernos nacionales. Kandell hace observaciones interesantes y más lo serán al paso del tiempo:

> Estos vestigios de una vida tradicional más pausada estaban siendo avasallados por la norteamericanización. Suntuosos hoteles proveían a ejércitos de visitantes procedentes de los Estados Unidos, que empezaron a llegar al sur en gran cantidad durante la segunda Guerra Mundial, cuando Europa se volvió inaccesible. El comercio turístico surgió como la mayor industria mexicana, y fue la vanguardia de una invasión económica y cultural norteamericana. Ciudad Satélite, situada en las afueras de la capital, al noroeste, creció hasta convertirse en un enorme suburbio de clase media, con casas idénticas cuyo modelo eran las comunidades posbélicas del sur de California y de Long Island. En toda la capital, los merenderos



donde se ofrecían hamburguesas, *hog dogs* y pizza competían con los puestos de tacos. El público del beisbol rivalizaba con los de las corridas de toros y los partidos de futbol. Los supermercados tenían sus estantes llenos de copos de cereales Kellog's, sopas Campbell, Coca-Cola, salsa de tomate Heinz y frijoles cocidos de Van Camp. En los letreros de neón brillaba una nomenclatura de las grandes empresas norteamericanas: Ford, General Motors, Chrysler, Zenith, General Electric. Los "blue jeans" pasaron a ser el uniforme de la generación más joven, ricos y pobres. En la radio los éxitos del *rock and roll* competían con los corridos mexicanos [...] Muchas series norteamericanas de televisión tenían partidarios leales. Hollywood relegaba las películas mexicanas a las salas más decrépitas. Hasta la Navidad se norteamericanizó: en las grandes tiendas los niños embelesados se sentaban en las rodillas de un Santa Claus de roja chaqueta y blanca barba; en casa, se colgaban medias sobre la chimenea y se amontonaban regalos bajo pinos festoneados con luces palpitantes y copos de nieve hechos con algodón. Únicamente las familias más atadas a la tradición seguían representando "posadas", aquellas procesiones navideñas que conmemoraban los nueve días de viaje de María y José desde Nazaret hasta Belén [...].[466]

Mueve a reflexión este fragmento de Kandell:

Yo siempre oía referirse a los pobres como "indios" o "inditos", aunque muchos fuesen "mestizos". "Indio" era casi inevitablemente un término de escarnio [...] Y sin embargo, en la escuela y en casa, a nosotros -los extranjeros, los descendientes de europeos o los mestizos de piel más clara- se nos enseñaba que ésta era la ciudad de ellos, los indios, y que ellos eran los grandes protagonistas de su historia [...] Pero era difícil relacionar a aquellos indios -guerreros y artesanos aztecas, revolucionarios y modelos para artistas- con los que yo veía diariamente. En la historia se los glorificaba. En la vida eran simples supervivientes, actores de reparto folklóricos de una

[466] Kandell, Jonathan, *La capital: la historia de la ciudad de México*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1992, pp. 472 y 473.



ciudad que afirmaba estar transformándose en una metrópoli moderna, sin despojarse de sus encantos tradicionales.[467]

William Heffernan
TOLTECA

William Heffernan (1940), nacido en Connecticut, primero periodista y finalmente novelista, es autor de varios libros de este género, entre ellos *Tolteca.* La trama se desarrolla en el Nueva York contemporáneo y algunas escenas en la península de Yucatán. Se trata de una serie de asesinatos ejecutados en esa metrópoli, a la manera de ciertos sacrificios prehispánicos, decapitando a la víctima y haciéndole un despellejamiento parcial en la espalda. El subtítulo de la novela desorienta: *Los antiguos dioses están en la ciudad y exigen un ritual de sangre.* El coctel tiene ingredientes como éstos: arqueólogas del Metropolitan Museum inmoladas una a una; sacrificios humanos recientes en pequeñas poblaciones yucatecas; un sacerdote norteamericano ayudando a indígenas mayas para refugiarse en Nueva York. Pero lo que "se lleva las palmas" es que el policía encargado del caso resulta ser el multiasesino; para colmo, se enamora de la protagonista que también debía matar.

Acerca de la "jungla" yucateca, el imaginativo autor no se tomó la molestia de investigar que en esa península de suelo calcáreo no existen ríos ni cascadas (por ello surge el fenómeno de los cenotes): "Entraron en un claro por cuyo centro corría un estrecho arroyo, y los sonidos acuáticos que ellos habían oído provenían de una cascada de un par de metros de altura cuyas aguas se volcaban en un pequeño estanque rodeado de rocas".[468]

467 *Ibid.*, pp. 15 y 16.

468 Heffernan, William, *Tolteca*, Argentina: Javier Vergara Editor, 1989, p. 201.



Elaine Shannon
DESPERADOS

Elaine Shannon (1946) nació en Georgia y desde sus años universitarios en Tennessee ya era reportera de un periódico. En 1970 llegó a Washington y hacia los ochenta fungía como corresponsal de la revista *Time.*

Este libro, *Desperados,* es un espeluznante reportaje sobre el tema indicado en el subtítulo: *Los caciques latinos de la droga, los agentes de la ley y la guerra que Estados Unidos no puede ganar.* Basado en numerosas entrevistas y documentos, gira alrededor del secuestro, tortura y asesinato de Enrique "Kiki" Camarena, el agente de la DEA (Drug Enforcement Administration) desaparecido en Guadalajara en febrero de 1985.

Por el libro desfilan todos los más famosos traficantes contemporáneos de nuestro país y Sudamérica y queda al descubierto el fenómeno de los narcopolíticos y los narcopolicías (esta obra fue escrita en 1988; la *nota roja* del siglo XXI en México corrobora esa situación). No puede ser una disculpa que esgriman los representantes de la ley, pero el lema de los narcotraficantes frente a los policías, jueces y diversas autoridades civiles y militares era o es "plata o plomo".

Esta historia se desarrolla principalmente en México:

> De día, Guadalajara tenía un rostro plácido. En la ciudad pululaban los turistas que visitaban el museo Orozco, que compraban alfarería local, que disfrutaban de la cacofonía alegre de los mariachis en la plaza. No era ésa la Guadalajara que conocían los agentes y sus esposas, pues habían visto el lado nocturno de la ciudad, que era impenetrable y de maldad, como los rostros de las brujas, las hechiceras que vivían en los callejones y que vendían sortilegios a campesinos sedientos de venganza.[469]

[469] Shannon, Elaine, *Desperados*, México: Lasser, 1990, p. 27.



Aunque Shannon escribe sobre un tema muy escabroso, debiera haberse informado que no todos los mexicanos corresponden a un solo prototipo: "Se le conocía [a un traficante] con el sobrenombre de El Mexicano, posiblemente por razón de su afinidad con México, posiblemente por su lenguaje soez".[470]

Bob Shacochis

UN GRINGO EN MÉXICO

Bob Shacochis (1951), periodista nacido en Pensilvania, fue editor asociado del *Harper's Magazine*. Allí publicó, en julio de 1989, un ensayo sobre el turismo en la República Mexicana, referido sobre todo a Acapulco y a Huatulco. El diario capitalino *El Nacional* reprodujo ese texto al mes siguiente, desde luego ya en castellano.

El norteamericano alude a sus propios paisanos y también a los centros turísticos destinados a recibirlos: "De lo que estoy hablando es de esa red tendida alrededor del mundo del 'diviértase bajo el sol'; me refiero a esa coqueta y acaramelada telaraña para atrapar bolsillos; esas otras fantasilandias erigidas en lo alto de las montañas o estructuradas en las costas de los países del Tercer Mundo".[471]

En concreto acerca de nuestro país y la política turística oficial, vaticina: "Voluntaria y cuidadosamente el gobierno mexicano ha diseñado y construido un archipiélago de paraísos artificiales a lo largo de las empobrecidas costas de ese país. ¿Qué podrá rescatar a México de un innecesario y pronosticado colapso? No el aceite crudo [petróleo] sino el aceite bronceador. Los turistas. Usted y yo, los gringos".[472]

[470] *Ibid.*, p. 456.

[471] Shacochis, Bob, *Un gringo en México*, en "Política", suplemento del diario *El Nacional*, México, 17 de agosto de 1989, p. 12.

[472] *Idem.*



El puerto se convirtió en un polo turístico de fama internacional (muy bien ganada) y ello acarreó de la mano el ruido de las urbes. Como quiera que sea, Shacochis de seguro fue a Acapulco en plena temporada:

> Reinaba la cacofonía, el asalto auditivo enmascarando una experiencia transcultural. Un mariachi alternaba mugidos y ladridos a través de los amplificadores. El aullido pulverizador de los mezcladores eléctricos producía un interminable río de cocteles margarita. Embotellamientos de tráfico prácticamente coagulado formaban colas interminables, semáforo tras semáforo, a todo lo largo de los cuatro carriles de la avenida Costera, tras la muralla de hoteles. De los amplificadores emergía el español a ritmo de seis octavos, revolucionadas lanchas rápidas pasaban dejando estelas a una distancia de tiro de piedra de la playa; pero ninguno de estos estruendos igualaba el producido por la colectividad de voces de los vendedores, la infantería mercantil que interminablemente desfilaba.[473]

El advenimiento de una gran ciudad como Acapulco, trae aparejada la pobreza y ello, a su vez, el desempleo, el subempleo y otras formas de ganarse la vida, incluso algunas ingeniosas:

> Los vendedores ambulantes transitan millas sobre la arena caliente de la franja de playa federal, yendo de uno de estos cotos de exclusividad [de un hotel] a otro, estaciones en el viacrucis de los desclasados mexicanos que practican la religión del comercio [...] Los miembros pertenecientes al *jet-set* abdicaron de las playas céntricas para entronizarse en villas exclusivas de alta seguridad y pomposa factura [...] Hay quien progresa en la escarpada pendiente del comercio callejero, pero ¿tal cantidad?, ¿una ciudad completa de *boutiques* en marcha, tiendas ambulantes de recuerdos? El vendedor ambulante más pequeño que conocí tenía cinco años, el más viejo era un encorvado bisabuelo que vendía anteojos para el sol. En su mayoría son indios, los residuos más bajos de los niveles económico y racial mexicanos,

[473] *Ibid.*, p. 13.



> de rostro inexpresivo y estoico. A excepción de las gorras de beisbolistas, se visten como si nunca hubieran dejado su ejido, en el campo [...].
>
> De un hato que ha dejado caer a sus pies, un mestizo extiende un sarape oaxaqueño que le cubre el pecho, sus brazos en alto y, ayudándose al sacar el vientre en actitud torera, lanza una mirada retadora que dirige hacia el corral particular de gringos en el que me encuentro; como si enfrentara un piquete de fusilamiento permanece en esa actitud por un tiempo que se me antoja interminable, esperando, y cuando bajó el sarape ante nuestra indiferencia -¿cuántas docenas de sarapes hemos visto ya durante la tarde?- se posa en su cara una inconfundible mirada que revela esa profunda sensación de haber sido traicionado. Lo que me gustaría saber, pero que sólo puedo preguntarme a mí mismo, es: ¿la expresión del hombre es una artimaña profesional o una ventana por donde se puede mirar su alma? Esas son las preguntas del turismo.[474]

O este periodista debiera ser sujeto de estudio de algún discípulo del caviloso Dr. Freud, o la frialdad característica del pueblo al que pertenece lo hace ver "moros con tranchete":

> Dos vagabundos, ninguno de los cuales pasaba de los diez años, un muchachito con un tambor y una chiquilla con una placa de metal perforada a manera de rallador, hacían música de percusiones primitivas mientras una vagabunda aún más pequeña bailaba una danza incitante levantando su terrosa camiseta para menear el prepubescente vientre. El espectáculo era obsceno, y no sólo debido a su evidente insinuación sexual; un hombre pálido, hambriento de sol, se levantó y le dio, junto con una mueca, una moneda a la niña; no estaba pagando el espectáculo del grupo, que no tenía virtud, ni ningún tipo de valor de cambio concebible; le estaba pagando para que se fuera.[475]

[474] *Idem.*
[475] *Idem.*



Por fortuna para nosotros, el hermoso Acapulco es mucho más de lo que Shacochis vio.

Barry Gifford

PERDITA DURANGO

El escritor, poeta y guionista estadounidense Barry Gifford (1946) es conocido por sus trabajos en el género de cine negro y su equivalente en literatura y por cierta pertenencia, tardía, a la generación *beat*. De sus numerosos libros, cuando menos tres se relacionan con México: *The Sinaloa story*, *The stars above Veracruz* y *Perdita Durango*. Este último, de 1991, se desarrolla en la zona fronteriza de México y Estados Unidos, de Tamaulipas a Sonora, y trata de una pareja de jóvenes –Perdita Durango ("medio texana, medio mexicana") y Romeo Dolorosa (caribeño)- que buscan el placer en el sexo y el asesinato. Practicante él de una singular santería vudú, llevan a cabo sacrificios humanos y antropofagia ritual. Secuestran a dos jóvenes americanos y los hacen sus esclavos sexuales.

La práctica de la santería requería de cierta infraestructura:

> Había un edificio principal, una especie de cabaña en realidad, de unos ocho metros por diez, hecha de papel alquitranado y madera. Las ventanas eran toscos cuadrados pensados para alojar unas tablas movibles, pero éstas estaban clavadas. Bajo un simple agujero para el humo había un caldero negro, que en aquel momento contenía el cerebro hervido de un cerdo, una concha de tortuga, una herradura, la columna vertebral de una cabra, y sangre seca. En las paredes, por toda decoración, colgaban estampas baratas de la virgen de Guadalupe y Jesucristo. En el suelo, junto al rústico altar, había un *Libro de ritos* de la Iglesia Lukumi Babalu-Aye.[476]

[476] Gifford, Barry, *Perdita Durango*, Barcelona: Anagrama, 1992, p. 33.



Este es el sacrificio de un niño, con remembranzas prehispánicas:

> Estaba desnudo por completo y le habían pintado el cuerpo de blanco, cubriéndoselo de aceite aromático y ajo. Romeo se inclinó sobre el chico y vomitó encima de su pecho. Juan seguía con los ojos cerrados. Romeo cogió un gran cuchillo del altar y lo levantó sobre el cuello de Juan.
>
> —¡Shango! –gritó Romeo, y de un solo golpe le rebanó la garganta [...]
>
> Ahora todos los presentes miraban a Romeo, que se volvió hacia el cuerpo y hundió el cuchillo profundamente en el pecho de Juan, desgarrándolo y abriéndolo hasta que consiguió arrancar el corazón del chico. Luego soltó el cuchillo y levantó el corazón, sanguinolento y todavía latiendo, y bebió de él, mientras cara, manos, brazos y pecho le brillaban rojos a la luz cobriza.[477]

Ahora se trata de un asesinato:

> —Hay un hombre en Nogales, en el lado mexicano, al que quiero ver, y como pasamos cerca... Me debe pasta. Se llama Amaury "Gran Jefe" Catalina. Se puso él mismo eso de Gran Jefe porque presume de ser descendiente directo de un rey azteca. Cojones, todos somos descendientes de un rey u otro. Tiene un restaurante que se llama La Florida. Casi seguro que estará allí, a no ser que haya muerto, como debiera. No está nada bien que la gente deba dinero. Es malsano [...].
>
> Perdita, cariño, en Nogales estacionaré este trasto a este lado de la frontera, en el aparcamiento del supermercado Safeway. Dejaremos los dos vehículos allí y cruzaremos la frontera a pie. Creo que la Estrellita y el bueno de Duane se comportarán como es debido, ¿no te parece? Ahora tengo que hacer una llamada desde una cabina que hay ahí, junto a la antigua estación del tren. No tardaré [...].
>
> Perdita arrancó el Cherokee y siguió a Romeo. Media hora después se detenía detrás de él en el aparcamiento del Safeway de Nogales. Se apearon todos.

[477] *Ibid.*, p. 80.



—Chicos, haced lo que yo os diga y no os pasará nada –les dijo Romeo a Duane y Estrellita-. Como cualquiera de los dos les diga algo a los aduaneros, os liquidaré allí mismo y al aduanero también. Muy bien, vámonos.

Atravesaron el torniquete y entraron en la parte mexicana. Romeo abría la marcha mientras pasaban por delante de hileras de mendigos y una multitud de chulos y sus protegidas, llegando a un callejón lateral que en comparación estaba desierto, para terminar entrando en un patio. Un rótulo de neón blanco que decía Billares parpadeaba y crepitaba sobre una de las dos puertas. Encima de la otra había un globo luminoso de un amarillo mortecino con La Florida escrito en él con letras negras [...].

—*¿El señor Catalina está aquí?*, preguntó Romeo cuando se sentaron.

—Vendrá como en unos diez minutos –dijo el encargado, que les dio una carta a cada uno. ¿Es usted amigo suyo?

—Claro que lo soy –dijo Romeo–. Y desde hace mucho.

—Le diré que está usted aquí en cuanto llegue. ¿Cuál es su nombre?

—Dolorosa. Dígale sólo Dolorosa.

El encargado siguió sonriendo y dijo:

—Como usted desee. El camarero les atenderá enseguida.

Cuando llegó el camarero, Romeo pidió margaritas para todos. Llevaba bebida la mitad de la suya, cuando distinguió a Amaury Catalina que se acercaba, avanzando como un tiburón entre las otras mesas. El Gran Jefe no sonreía.

—Romeo, amigo. ¿Qué tal? ¡Qué sorpresa tan maravillosa el volverte a ver! –exclamó Catalina, que ahora sonreía con todas las partes de su redonda cara morena excepto los ojos, que eran duros y apagados, como perdigones negros inmóviles.

Romeo se levantó y le abrazó.

—No lo dudaba –dijo Romeo, sonriendo también sin ganas [...].

—Oye, Jefe, ¿por qué no vamos a alguna parte donde podamos hablar tranquilos?

—Claro, claro. Podemos ir a mi despacho.

—Enseguida vuelvo, Perdita –dijo Romeo–. No pierdas de vista a los chicos. Y asegúrate de que se comen la ensalada.

Catalina hizo seña al camarero, que se acercó de inmediato.

—Atiende bien a estos señores –dijo el Gran Jefe–. Todo corre por cuenta de la casa.



El despacho de Catalina era una especie de caja de dos metros y medio de lado, sin ventanas, con una mesa, dos sillas y un archivador. En la pared, a un lado de la mesa, había una postal con la foto de Pancho Villa a caballo al frente de su ejército en 1914. Catalina sacó una botella de mezcal Gusano Rojo y dos vasos de un cajón y los dejó encima de la mesa, luego sirvió dos dobles para Romeo y para él.

—Antes de que me hables de tu dinero, amigo, tomemos un trago, ¿de acuerdo? Es un buen mezcal, de Oaxaca [...].

Romeo se puso de pie, cogió la botella de Gusano Rojo y la estrelló con todas sus fuerzas en la cara del Gran Jefe. El vidrio se rompió e hizo cortes en la nariz, mejillas y mentón de Catalina. Romeo recogió del suelo el trozo mayor y lo hundió en los ojos del otro, luego le hincó el afilado borde en la garganta y lo degolló. La sangre salía a chorros de la cara y cuello del Gran Jefe, pero éste no hizo el menor ruido a no ser un leve gorgoteo antes de derrumbarse en el suelo, al otro lado de su mesa. Romeo se inclinó sobre él y vio el gusano del mezcal en el suelo. Lo cogió y se lo metió a Catalina en la boca.

—Ahí tienes, macho –le dijo–. Ya has demostrado lo valiente que eres.

Fue a reunirse con los demás.

—No nos vamos a quedar a cenar –dijo, mientras cogía a Estrellita por el brazo y la obligaba a ponerse de pie–. Perdita, Duane, vámonos de aquí. Me han dicho que la comida no es buena [...].[478]

Tom Clancy

THE SUM OF ALL FEARS

El estadounidense Tom Clancy (Baltimore, 1947-2013), originalmente agente de seguros, siempre soñó con escribir una novela y logró publicar la primera en 1984. Finalmente, autor de más de una veintena, muchas de ellas convertidas en películas, escribió esta titulada *La suma de todos los miedos*, publicada en 1991, y llevada a la pantalla grande.

[478] *Ibid.*, pp. 132, 134-138.



México aparece en ella de manera colateral y con una de sus más lamentables facetas: la corrupción gubernamental.

El protagonista (presente en varias novelas de Clancy) es un alto directivo de la CIA que, en los años noventa del siglo XX, se enfrenta a una grave amenaza de terrorismo nuclear. Se trata de un grupo iraní que contrata a un científico alemán para fabricar una bomba atómica y buena parte del libro relata a detalle la confección de la misma; por ello este género es llamado *technothriller*. De un bando u otro, están involucrados árabes e israelíes, palestinos y rusos, suizos y el Vaticano. La bomba explota en un "Supertazón" de futbol americano en Denver, pero había sido sobreestimada y los daños fueron mucho menores a lo esperado. Los terroristas huyen hacia México, donde coincidentemente una misión japonesa está realizando negociaciones que traicionan sus compromisos económicos con Estados Unidos. El funcionario de la CIA atrapa a los terroristas, los envía a Arabia Saudita y allá los decapitan.

Los japoneses:

> Estaban a punto de concertar algo en México... algo que tiene que ver con la visita de Estado de su primer ministro a Washington el próximo mes de febrero. En lugar de comprar productos de las granjas americanas, los japoneses optarán por comprarlos más baratos en México, en contra de las de tarifas negociadas con Estados Unidos. Ese era el plan. No estaban seguros si podrían obtener la concesión del gobierno de México, y planificaban... ¿una mordida?
>
> El Partido [...] no tenía exactamente un expediente ejemplar de integridad, ¿pero eso...? El asunto sería manejado cara a cara en las discusiones en la ciudad de México. Si obtienen la concesión, el acceso comercial a los productos alimenticios mexicanos por parte de Japón, reducirá las compras que se comprometieron a realizar en los mercados estadunidenses. Tenía sentido comercial. Japón obtendría alimentos un poco más baratos que en Estados Unidos y al mismo tiempo abriría un nuevo mercado. Su excusa ante los agricultores americanos tendría que ver con los agroquímicos y razones de salud pública [...].
>
> La mordida era totalmente en proporción a la magnitud del objetivo. Veinticinco millones de dólares, a ser pagados de un modo casi legal.



> Cuando el presidente mexicano dejara su puesto al año siguiente, dirigiría una nueva corporación [...] pagándole un impresionante salario a cambio de su evidente pericia en relaciones públicas.
>
> Era casi cómico, y la parte graciosa era que podría hasta ser legal en Estados Unidos si alguien contrata a un abogado bastante listo. A lo mejor ni siquiera tanto [...].[479]

Para lograr el apoyo mexicano a Estados Unidos en la captura de los terroristas, que están por llegar al aeropuerto de la Ciudad de México, el directivo de la CIA se comunica con el embajador estadounidense en la capital de nuestro país: "Señor embajador, necesito que llame al presidente de México ahora mismo, y que le diga que requerimos su cooperación; es de vida o muerte, ¿de acuerdo? Si no acepta de inmediato, quiero que le diga esto, y necesito que lo apunte. Dígale que sabemos de su plan de jubilación. ¿De acuerdo? Use estas palabras exactas: Sabemos de su plan de jubilación".[480]

Hecha la gestión a ese nivel y apresados los terroristas, el de la CIA comenta: "La policía mexicana probó ser extremadamente cooperativa".[481]

James A. Michener

MEXICO

El neoyorkino James A. Michener (1907-1997), novelista, ensayista, periodista y escritor de libros de viaje, graduado en la Universidad de Colorado y profesor en la de Harvard, se inició como autor a los 39 años de edad y recibió el premio Pulitzer por su primer libro, de crónicas de la Segunda Guerra Mundial. En 1972, acompañó al presidente Nixon a varias de

[479] Clancy, Tom, *The sum of all fears*, Nueva York: Berkley, 1992, pp. 442 y 443.
[480] *Ibid.*, p. 855.
[481] *Ibid.*, p. 880.



sus giras extranjeras, como las de la URSS y China. Con cuatro decenas de libros, vendió millones de ejemplares. Varios fueron llevados a las pantallas grande y chica.

Esta novela titulada *Mexico* se desarrolla en una ficticia población minera llamada Toledo, ubicada aproximadamente por Irapuato. El tema es taurino y la historia de los personajes da lugar a que el autor se remonte a épocas prehispánicas con un grupo indígena, asimismo ficticio, llamado *altomecas* (por sus características similares a los chichimecas); asimismo, aparecen ancestros españoles de los protagonistas, fundadores de Toledo, donde hubo una ciudad precolombina. Buena parte de la novela es la historia desde aquellos tiempos remotos hasta el siglo XX.

Michener califica al maguey y al cactus (probablemente el nopal), como los "símbolos contrarios del espíritu mexicano".

> Esos magueyes son las plantas que imparten gracia y dignidad al país. Son como bailarines con manos preciosas. O como mujeres. Son la mejor mitad de la vida. El maguey siempre fue el símbolo de la paz y de la construcción. De sus hojas trituradas nuestros ancestros [dice un personaje indígena] hicieron el papel sobre el cual fueron transcritos nuestros testimonios; sus fibras eran los hilos que hicieron posible la vestimenta; sus espinas eran los alfileres y agujas que nuestras madres usaron, trayéndonos a la civilización; sus raíces blancas nos suministraron los vegetales de los cuales adquirimos nuestro sustento [¿?]; y su jugo se volvió nuestra miel, nuestro vinagre y después de mucho tiempo el vino que nos destruyó con la felicidad y visiones inmortales.
>
> El cactus era el espíritu del cazador solitario; el maguey era la inspiración para los artistas que construyeron las pirámides y decoraron las catedrales. Uno era el espíritu macho tan dominante en la vida mexicana; el otro era la hembra, el conquistador sutil que invariablemente triunfa al final.[482]

[482] Michener, James A., *Mexico*, Nueva York: Random House, 1992, pp. 10 y 11.



Ya ubicados en el México del siglo XX, hacia 1961, aparece este juicio crítico de otro personaje, pero obviamente es el del autor:

> Los indios tenían negado casi todo lo requerido para una vida decente [...] Cuando comparo la civilización que construyeron para ellos en los siglos catorce y quince con lo que tienen hoy, siento que tenían el derecho a rebelarse [...] Y sin embargo amo a este país, su color, su música, su amistad cálida, sus ciudades preciosas mucho más antiguas que las de Estados Unidos.[483]

Thomas C. Boyle
La cortina de tortilla

El escritor neoyorquino Thomas C. Boyle (1948) ha cultivado el cuento y la novela. Doctorado en la Universidad de Iowa y profesor en la de California, Boyle es autor de una quincena de libros de ficción y colaborador de varias revistas literarias. Entre otros premios, recibió el PEN/Faulkner en Estados Unidos y el Prix Médicis en Francia.

La novela titulada *The tortilla curtain* (1995), seguramente como alusión irónica a la "Cortina de Hierro" comunista, quiere resaltar la existencia de una frontera no sólo política sino cultural entre su país y el nuestro. Se trata de una visión desde adentro de los prejuicios y actitudes de los estadounidenses en contra de los latinos y sobre todo de los mexicanos. La trama se desarrolla en los años noventa y se trata de dos historias paralelas que se cruzan ocasionalmente. Una es la de una pareja anglosajona de un escritor ambientalista y su exitosa esposa dedicada a los bienes raíces; otra es la de una pareja de indocumentados mexicanos: él es atropellado por el escritor. El ambientalista se revela como agresivo racista y trata de matar a la pareja mexicana y a su hija recién nacida; un alud impide el crimen y el mexicano salva la vida al americano.

483 *Ibid.*, pp. 381 y 382.



Nótese la despistada información del novelista acerca de nuestra gastronomía:

> No tenía nada en la panza, absolutamente nada [...] Estaba ahora en el cuarto mes de su embarazo y los vómitos habían terminado, pero moría de hambre, tenía hambre hasta perder la cabeza, tener que comer para dos ¡cuando ni siquiera tenía cómo nutrir a una sola persona! Soñaba con guisos, con los romeritos que preparaba su madre el Jueves Santo, con tortillas cocidas al horno con rebanadas de jitomate, con los chiles y el queso rallado, con cabezas de pollo fritas en aceite, con camarones, con ostiones y con un mole tan rico y tan fuerte de chiles serranos que se le hizo agua la boca tan sólo de pensar en eso. De pie en el amanecer tibio y perfumado, bebía a sorbos su café, y tenía aún más hambre.[484]

Ahora se trata de reflejar cierto aspecto de nuestro carácter: "La 'migra' arresta a varios mexicanos en territorio norteamericano. No tratan de escaparse. Se tomaba la cosa a la mexicana: se decía sí, y se aceptaba. Las cosas cambiarían, por supuesto, pero solamente si Dios lo quería".[485]

Kathryn S. Blair
A la sombra del Ángel

Periodista y ahora novelista, la escritora estadounidense Kathryn Skidmore (nacida en Cuba en 1920) publicó ésta, su primera novela, a los 75 años de edad. Casada con el único hijo de Antonieta Rivas Mercado, Kathryn convierte en protagonista del libro a su suegra, quien fuera hija del arquitecto diseñador del Ángel de la Independencia y muriera

[484] Boyle, T. C., *América* (*The tortilla curtain*), Francia: Grasset, 1999, p. 113.

[485] *Ibid.*, p. 228.



trágicamente por su propia mano, a los 31 años de edad, arrodillada en el interior de la catedral de Notre Dame, en París, con un arma.

Esta biografía novelada sobre Rivas Mercado, talentosa heredera de una fortuna que utilizó como mecenas para promover el arte, la literatura y hasta las corrientes políticas con las que simpatizaba, refleja bien el drama de una influyente y poderosa mujer que en lo interior sufría angustias e inseguridades. Poco tiempo estuvo casada con el americano Albert Blair, con quien tuvo a su hijo. La fracasada campaña presidencial vasconcelista, que Antonieta patrocinó en buena medida, y el alejamiento de su pareja, que era el propio José Vasconcelos, se sumaron a la pérdida de la patria potestad del niño, para trastornar el equilibrio de la mujer apenas treintañera.

Leamos esta recreación de la ciudad de México en 1900, año de nacimiento de Antonieta Rivas Mercado:

> El *Brougham coupé* dio vuelta en la esquina de Palacio y se introdujo en el enredado tránsito del Zócalo. Feliciano esquivó hábilmente un tranvía arrastrado por mulas y un carro de entregas que se disputaban el derecho de paso. Había compradores cruzando la calle sin mirar y damas que subían o bajaban de los coches a su antojo, entorpeciendo la circulación [...].[486]

Así ve nuestra autora a su suegro Blair (ambos estadounidenses), recién llegado a México y ante un retablo católico:

> Cruzó el umbral y se quedó clavado en el piso, escandalizado ante la representación de un Cristo colgando por encima del ornamentado altar... una imagen horripilante clavada en la cruz, chorreando sangre, con la cabeza caída y una faldilla orlada de encaje alrededor de la cintura. ¿Se verían a sí mismos los mexicanos como Cristo crucificado? ¿Dónde estaba el Cristo resucitado? Para los mexicanos, el sufrimiento era un valor asfixiante. A la

[486] Blair, Kathryn Skidmore, *A la sombra del Ángel*, México: Patria, 2003, p. 34.



oscura y parpadeante luz de las velas había vislumbrado otras imágenes en nichos. Imágenes por todos lados. Albert salió tambaleándose.[487]

Michael K. Schuessler

Guadalupe Amor, la undécima musa

Doctor en literatura latinoamericana por la Universidad de California, el estadounidense Michael K. Schuessler (1967) ha profundizado en la vida y la obra de varias mujeres notables mexicanas o vinculadas con nuestro país. Así lo vemos en sus libros *Elenísima: ingenio y figura de Elena Poniatowska* (nominado al premio Pulitzer), *Peregrina: mi idilio socialista con Felipe Carrillo Puerto* (que trata sobre su paisana Alma Reed) y éste que ahora nos ocupa sobre nuestra gran poeta: *Guadalupe Amor, la undécima musa.* Leamos al autor, actualmente profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana:

> La búsqueda de Guadalupe Amor, que para mí se había convertido en una suerte de obsesiva peregrinación espiritual, terminó un día en el *lobby* del Hotel General Prim de la ciudad de México [...] El gerente de éste, señor González, resultó ser el "gachupín inmundo" sobre quien Pita me dictaría una carta explosiva dirigida al presidente Carlos Salinas de Gortari, exigiendo su inmediata expulsión del "reino de México".[488]

Continúa Schuessler:

> En el restaurante del antes lujoso Hotel General Prim, apareció una figura marchita, encorvada, sosteniendo en una mano repleta de anillos preciosos

[487] *Ibid.*, p. 188.

[488] Schuessler, K. Michael, *Guadalupe Amor, la undécima musa*, México: Diana, 2008, pp. 28 y 29.



> un bolso de lamé azul con diseños de mariposas, y en la otra un rústico bastón de madera. Vestía de manera extravagante con joyas de toda clase y valor que sobrecargaban su delicada postura. Aún poseía los vestigios de un pasado glorioso: en la cabeza llevaba una flor de seda contrastando con su pelo corto teñido de color caoba. Lentamente se movía, con notable inseguridad de sus pasos, observando todo con sus ojos enormes, enmarcados por una sombra azul-gris aplicada sin moderación, y magnificados por unos anteojos mal asentados [...].[489]

Schuessler rememora cómo el éxito literario y la fama de Pita fueron aumentando a la vez que los escándalos que provocaba. Varios de los "grandes" la pintaron de cuerpo entero, desnuda, entre ellos Rivera. Atrás del lienzo ella escribió: "Terminamos este retrato al que Diego y yo nos entregamos sin límite de ninguna especie".[490] Sigue el autor estadounidense:

> Raúl Anguiano, Rivera, Ignacio Asúnsolo, Roberto Montenegro, Juan Soriano, Gustavo Montoya, Cordelia Urueta, Guillermo Meza y Antonio Peláez la retrataron en múltiples estilos y estados de desnudez. Su hermano José María cuenta que José Clemente Orozco puso mucho empeño en pintarla, pero Pita no se dejó porque, según ella, la iba a pintar muy fea. En algunas ocasiones, sus cuadros desafiaron al gusto y los modales asfixiantes de la gente 'bien' —parientes e íntimos amigos incluidos— debido al hecho de que, en más de una ocasión, se dejó pintar desnuda [...][491]

Otros escándalos provenían de su programa semanal de televisión:

> Pita fulmina a los cobardes e hipócritas que la atacan por su creciente presencia e importancia en la comunidad literaria. Esto quizás debido a su manera —algo iconoclasta y hasta irreverente— de presentar a los grandes

[489] *Ibid.*, p. 31.
[490] *Ibid.*, p. 131.
[491] *Ibid.*, p. 137.



poetas del Siglo de Oro, pues recitaba a San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús enseñando la casi totalidad de sus nacarados pechos para que todos los televidentes pudieran gozar de una estimulante experiencia cultural.[492]

Concluyamos con dos divertidas citas de Michael Schuessler:

Cuando le pregunté (con notable zozobra) qué había pensado de [la primera edición de] mi libro sobre su vida y obra, [Pita] respondió tranquilamente que no tenía opinión porque nunca lo leyó, pero que le servía perfectamente como cuña para su teléfono que estaba chueco y siempre tambaleaba sobre su mesa de noche [...].

No resulta extraño que Novo comente algunos aspectos de la vida de Pita de modo sarcástico. Esta actitud parece algo contradictoria (y hasta hipócrita) en el caso de don Salvador, pues solía llegar a su oficina en Palacio Nacional, con la responsabilidad de desempeñar su solemne cargo [de cronista de la ciudad] en la Secretaría de Educación Pública, con las manos cuajadas de sortijas y una peluca de varios colores, pintarrajeado como apache en guerra.[493]

John Womack

CHIAPAS, EL OBISPO DE SAN CRISTÓBAL Y LA REVUELTA ZAPATISTA

John Womack Jr. nació en Oklahoma en 1937. Ha sido maestro de la Universidad de Oxford y de la Universidad de Harvard desde 1965. Diversos ensayos y libros de este autor sobre la revolución de 1910 y años posteriores se han convertido en textos obligados para los estudiosos de ese periodo; destaca el ya clásico estudio biográfico *Zapata y la Revolución*

492 *Ibid.*, pp. 166 y 167.
493 *Ibid.*, pp. 263 y 173.



Mexicana. Para este otro libro enmarcado en Chiapas, que ahora glosamos, el historiador realizó varias entrevistas al obispo Samuel Ruiz y más que un trabajo de periodismo circunstancial, es un ensayo histórico que ofrece una "visión de conjunto [y una] perspectiva de larga duración". Veamos algunos fragmentos relevantes:

> Los norteamericanos tienden a pensar en México como un lugar exótico, lo cual permite fantasear interminablemente sobre él. Pero México es real. Es un país grande, complicado, católico en su mayoría, aún muy chapado a la antigua y, a pesar de todo, en gran medida moderno y a la vez pobre [...] Antes y después de la Revolución, salvo por un interludio de reforma populista en los años treinta, el sistema político mexicano ha sido una intrincada colusión de empresarios y políticos.[494]

Diversos factores se conjugaron para desatar la revuelta neozapatista:

> De todos los estados, el más agrícola, menos electrificado, menos escolarizado, menos alfabetizado y el más pobre ha sido Chiapas [...] Lo más molesto es que en cada distrito, incluso en los más pobres, diferentes clases de personas viven en términos escandalosamente diferentes [...].
>
> A lo largo de los años cincuenta y sesenta, los habitantes resentidos con los nuevos principales y sus mafias, sobre todo hombres jóvenes sin tierras, se acercaron a los misioneros y se convirtieron [...].
>
> En San Cristóbal, Bachajón, Comitán y Ocosingo, [el obispo Samuel Ruiz] amplió su programa para capacitar a catequistas indígenas [...] En 1967, la diócesis tenía unos 600 catequistas indígenas trabajando en la enseñanza de la antigua doctrina en la nueva modalidad conciliar, más de 300 de ellos en Las Cañadas de Ocosingo [...].

494 Womack Jr., John, *Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista*, México: Cal y Arena, 1998, pp. 7 y 8.



> Los Altos, con sus indígenas tan pobres, tan furiosos, tan conscientes, tan concienzudos, organizados y militantes, eran por entonces muy atractivos para la izquierda mexicana. Ya había varias facciones de la izquierda trabajando en la diócesis.[495]

Todo ello concurrió para la formación de la guerrilla. Para 1993 se estimaba que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional tenía 12 000 personas reclutadas, un tercio de ellas mujeres.

> En términos militares, la ofensiva del EZLN fue un éxito maravilloso el primer día, pero una calamidad lamentable el segundo [...] Sin embargo, políticamente los zapatistas habían provocado una tremenda conmoción en el país. Una opinión pública esperanzada en que a través del TLC por fin se iba a establecer en "el Primer Mundo", de repente tuvo que reconocer de nuevo hasta qué punto seguía siendo parte del tercero [...].[496]

SAMUEL P. HUNTINGTON
EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

SAMUEL P. HUNTINGTON (1927-2008), POLITÓLOGO ESTADOUNIDENSE DE NUEVA YORK, FUE PROFESOR DE CIENCIAS POLÍTICAS Y DIRECTOR DEL INSTITUTO PARA ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD, EN Estados Unidos. En 1970 fundó la revista *Foreign Policy* y la editó hasta 1977; ese año y el siguiente fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, en Washington, y participó en varias Comisiones en materia de desarrollo y de asuntos militares. Sobre ambos temas escribió varios libros, entre ellos *La tercera ola*.

495 *Ibid.*, pp. 21, 22, 30, 51, 52 y 61.
496 *Ibid.*, p. 79.



Esta otra obra, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, fue publicada en 1996. Se trata de una especie de vaticinio de lo que ha empezado a suceder desde 2003 con la guerra de Estados Unidos contra Irak. El autor sostiene que la rivalidad de las superpotencias que caracterizó la segunda mitad del siglo XX –capitalismo *vs* comunismo– cambiará en el siglo XXI por un choque de civilizaciones, definidas principalmente por religión y raza. Las guerras estarán determinadas por factores culturales, ya no por factores ideológicos, políticos o económicos. La llamada "civilización universal" en realidad es occidental y la inventó Occidente. Esta cultura (que es básicamente Europa y Norteamérica) se enfrentará a otras culturas, sobre todo el islam.

Pareciera que el autor se refiere premonitoriamente al presidente Bush: "Las pretensiones universalistas de Occidente le hacen entrar cada vez más en conflicto con otras civilizaciones, de forma más grave con el islam y China [...] Evitar una guerra mundial entre civilizaciones depende de que los líderes mundiales acepten la naturaleza de la política global, con raíces en múltiples civilizaciones, y cooperen para su mantenimiento".[497]

Acerca de México, este libro contiene diversas alusiones. En 1994 se manifestaron en Los Ángeles cerca de 70 000 personas "bajo un mar de banderas mexicanas", en contra de un proyecto de ley que negaba prestaciones gubernamentales a los inmigrantes ilegales y a sus hijos. "¿Por qué van por la calle con banderas mexicanas y exigiendo que este país les dé una educación gratuita?, preguntaban los observadores. Deberían hacer ondear la bandera estadounidense".[498]

Muy interesante es la comparación que hace Huntington de Turquía y nosotros:

497 Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones*, México: Paidós, 2001, p. 21.

498 *Ibid.*, p. 19.



Sus relaciones históricas con Occidente guardan ciertas semejanzas. Como Turquía, México tenía una cultura claramente no occidental. Incluso en el siglo XX, como dice Octavio Paz, el núcleo de México es indio [...] Lo mismo que las reformas de Ataturk se proponían transformar Turquía, país musulmán, [...] en un país laico europeo, las reformas de Salinas se proponían cambiar México, país latinoamericano, en un país norteamericano [...].[499]

Tras la ratificación del NAFTA, la oposición a cualquier otro compromiso más estrecho con México se puso de manifiesto en los Estados Unidos en forma de exigencias de mayores restricciones a la inmigración, quejas sobre fábricas que se trasladaban al sur y dudas acerca de la capacidad de México para atenerse a los conceptos norteamericanos de libertad y de imperio de la ley [...].

Estados Unidos y Canadá intentan absorber a México en la zona de libre comercio norteamericana, en un proceso cuyo éxito a largo plazo depende en gran medida de la capacidad de México para redefinirse culturalmente, pasando de ser un país latinoamericano a uno norteamericano.[500]

Con respecto a la migración, se lee:

Mientras que a Europa el problema inmediato se lo plantean los musulmanes, quienes se lo plantean a los Estados Unidos son los mexicanos [...] En su debido momento, los resultados de la expansión militar estadounidense en el siglo XIX podrían verse amenazados por la expansión demográfica mexicana en el siglo XXI.[501]

Baste mencionar que en 1993, 10 por ciento de la población de Estados Unidos era de origen hispano, para 2020 el autor estima 16 por ciento y para 2050, 25 por ciento.

499 *Ibid.*, pp. 176 y 177.

500 *Ibid.*, p. 178

501 *Ibid.*, pp. 243 y 245.



Cormac McCarthy
MERIDIANO DE SANGRE

Aunque el estadounidense Cormac McCarthy es considerado representante de la *nueva* literatura norteamericana, lo cierto es que nació en 1933, en Rhode Island. Como de manera rigurosa no concede entrevistas, se le ha creado una cierta biografía legendaria que lo ubica, de joven, más bien dedicado a la *dolce far niente*. Su carrera literaria despega hacia el éxito hasta 1992 con *Todos los hermosos caballos*, novela que ganó el National Book Award. Este libro es el primero de la llamada *Trilogía de la frontera*, seguido por *En la frontera* y por *Ciudades de la llanura*. Otro libro suyo es *Meridiano de sangre*. Estas cuatro novelas son crudas, de escenas fuertes y violentas, con cierto estilo *western* (si de cine se tratara). Hay personajes que hacen profundas reflexiones, casi fuera de lugar en una trama de tanta acción.

Meridiano de sangre refiere a un hecho histórico, cuando los Gobiernos de Texas y de Chihuahua patrocinaron grupos paramilitares con el objeto de exterminar indios pieles rojas, principalmente apaches. Las autoridades chihuahuenses pagaban por indio muerto (incluidos niños y mujeres) y como prueba del crimen, para cobrar la recompensa, los mercenarios debían llevar las cabezas o cuando menos las cabelleras o las orejas; esto se prestaba a engaños y así mataron a mestizos para cobrar también por ellos. Esta novela es una permanente cabalgata que cruza indistintamente la frontera, de un lado a otro; los personajes principales son un adolescente, "El Chaval", y un juez –Holden– asesino, cruel, violador y pederasta. Leamos algunos "botones de muestra", como este hallazgo de un crimen colectivo cometido por apaches, cerca de Mapimí:

> Llegaron a un arbusto del que colgaban bebés muertos. Se detuvieron codo con codo, tambaleándose al asfixiante calor. A aquellas pequeñas víctimas, habría siete u ocho, les habían hecho agujeros en el maxilar inferior y así colgaban por la garganta de las ramas rotas de un mezquite mirando ciegos al cielo desnudo. Calvos y pálidos e hinchados, larvas de un ser inescrutable



[…] Por la tarde arribaron a un pueblo en la llanura de cuyas ruinas aún salía humo, y todos sus habitantes estaban muertos […] Las sombras eran más largas ahora en la plaza y pequeñas pelotas de polvo viajaban por las calles de arcilla reseca. Los carroñeros ocupaban los ángulos superiores de las casas con sus alas extendidas en posturas de exhortación, como pequeños obispos oscuros [En la iglesia] habían arrastrado los altares y saqueado el tabernáculo y desalojado de su cáliz de oro al gran Dios durmiente de los mexicanos.[502]

Más adelante encontraron otro poblado, éste de fiesta, con ciertas

mujeres envueltas en rebozos oscuros, algunas con los pechos al aire, teñidas las caras de rojo con almagre y fumando puros pequeños […] El bazar estaba en su apogeo. Una feria ambulante, un circo primitivo. Pasaron junto a robustas jaulas de sauce atestadas de víboras, de enormes serpientes de color lima procedentes de alguna latitud más meridional o granulosos lagartos con la boca negra húmeda de veneno. Un raquítico leproso viejo sostenía en alto puñados de tenias sacadas de un tarro y pregonaba sus remedios contra la solitaria y era zarandeado por otros boticarios impertinentes y por buhoneros y mendigos hasta que llegaron todos ante una mesa de caballete sobre la cual había una damajuana de cristal que contenía un mezcal translúcido. En dicho recipiente, con el pelo flotando y los ojos vueltos hacia arriba en una cara pálida, había una cabeza humana.[503]

Esto se refiere a la ciudad de Chihuahua y la atrocidad es histórica:

Dejaron atrás el palacio del gobernador y la catedral, en cuyos cornisamentos se habían posado unos buitres, así como entre los nichos de la fachada esculpida junto a las figuras del Cristo y de sus apóstoles, las aves mostrando sus propias oscuras levitas en posturas de una extraña

[502] McCarthy, Cormac, *Meridiano de sangre,* España: Debate, 2001, pp. 74, 75 y 77.

[503] *Ibid.*, p. 88.



benevolencia, mientras a su alrededor las cabelleras secas de unos indios ondeaban al viento colgadas de cuerdas, los largos cabellos opacos meciéndose como filamentos de ciertas especies marinas y los cueros repicando contra las piedras.

Frente a la puerta de la catedral había viejos pedigüeños con las manos acartonadas extendidas y mendigos lisiados de mirada triste vestidos con andrajos y niños durmiendo a la sombra con las moscas paseándose por sus caras sin sueño. Oscuras monedas de cobre en unas tablillas, los arrugados ojos de los ciegos. Amanuenses agachados junto a los escalones con sus plumillas y tinteros y cuencos de arena y leprosos gimiendo por las calles y perros lampiños que parecían esqueletos andantes y vendedores de tamales y viejas de rostro oscuro y torturado como la propia región acuclilladas en las cunetas atendiendo lumbres de carbón de leña donde chisporroteaban unas tiras renegridas de carne anónima. Pequeños huérfanos que parecían enanos irascibles y tontos y borrachines babeando y tambaleándose [...].[504]

Cerca de Saltillo:

[...] había una gruta que había servido de sepultura a los lipanos. Debía de haber más de mil indios allí metidos. Llevaban puestas sus mejores ropas y mantas y eso. Y también sus arcos y sus cuchillos. Sus collares. Los mexicanos se lo llevaron todo. Los desnudaron de pies a cabeza. Les quitaron todo. Se llevaron indios enteros a sus casas y los pusieron en un rincón vestidos de arriba abajo, pero empezaron a corromperse desde que habían salido de la gruta y tuvieron que tirarlos. Para colmo entraron unos americanos y les cortaron las cabelleras a los que quedaban para ver de venderlas en Durango. No sé si tuvieron suerte o no. Creo que algunos de aquellos indios llevaban muertos un centenar de años.[505]

[504] *Ibid.*, pp. 91 y 92.
[505] *Ibid.*, p. 99.



Hildegard Albrecht

La vida en salsa… agridulce

La escritora Hildegard Albrecht Dinsmore (1930-2015) nació en Estados Unidos, hija de padre alemán y madre de ascendencia irlandesa, y vivió en México más de medio siglo. Estuvo casada, hasta enviudar, con el periodista y asimismo escritor mexicano Arturo Sotomayor. De profesión pedagoga, escribió en español numerosos libros de cuentos y relatos, entre ellos *Pépsico y unos cuantos cuentos más*, publicado por Miguel Ángel Porrúa. Supo escudriñar lo profundo en lo cotidiano y poner a pensar a sus lectores. En sus textos, “la frontera entre la crítica, la sátira y la realidad se confunden”.

Leamos de Hilde este cuento morelense, “Genoveva: protagonista involuntaria”, incluido en su libro *La vida en salsa… agridulce*, de 1998:

> Eran pasaditas las cuatro de la tarde. El Zócalo de Cuernavaca pronto mostraría el bullicio típico de sus atardeceres con un rico despliegue de vendedores, mercancías, compradores y paseantes.
>
> Genoveva, al llegar al jardín, aún encontró una banca desocupada que pronto tendría sombra y con vista al Quiosco. Se sentó con decisión y con algo de la rigidez ya propia de su personalidad. Sacó lápiz y papel de un reluciente morral de dibujos y colores “étnicos”, y mecánicamente apretó con su brazo la bolsa de mano, –esa sí un poco más usada–, que colgaba de su hombro izquierdo. Se acomodó dispuesta a permanecer el tiempo necesario para lograr su propósito; el de cumplir con la tarea que había dejado su maestra en días pasados; tarea que aún no había podido comenzar. Allí sentada, seria y sola, la aún joven mujer no pudo desprenderse de ese aire de semiausente que la envolvía y que suelen tener aquellas personas que viven instaladas en el futuro, cuando su presente no les funciona. Para ella, el presente no es más que un espacio que hay que atravesar y dejar atrás cuanto antes en el tránsito hacia un mañana más tangible, más prometedor y con más sentido que la realidad escueta de hoy, terreno desértico que no amerita el regalo de su atención.



Sin embargo ella deseaba cumplir con la encomienda de su maestra y se dispuso a pasar un buen rato precisamente *atendiendo* a su entorno. Genoveva realmente no tenía inclinación especial hacia las letras y para su propia sorpresa se había inscrito en un taller de literatura; quizá convencida que ya era hora de "hacer algo" para propiciar algún acontecimiento inesperado, alguna aventura insólita, algún hecho trascendente, lo que seguramente hallaría muy pronto y a la vuelta de la próxima esquina.

Por el momento debería constituirse en testigo ocular de cualquier suceso que le llamara la atención –que la involucrara en el aquí y el ahora– para trasladar al papel, una vez convertido en palabras, todo lo que alcanzaran a percibir y a captar sus cinco sentidos.

Incómoda al sentirse prácticamente presa del presente, Genoveva sin embargo se esforzó en cumplir.

Un mundo de colores entró en sus ojos. Escuchó el sin fin de sonidos que la envolvían. Registraba las ráfagas de olores que llegaron a su pequeña nariz. Y se encontraba dispuesta a sumergirse voluntariamente, por simple disciplina, en ese mundo de gente que nada tenía que ver con su vida, vida en permanente suspenso. Intentó entablar conversación con quienes casualmente llegaron a invadir su espacio al compartir con ella por un momento, la dura banca del jardín central. Pero pronto desistió.

Comprobó que de ningún modo hablaban el mismo idioma: unos eran turistas del extranjero, otros eran matlatzincas y otros eran habitantes del mundo de la pobreza absoluta, cuyas fronteras Genoveva jamás había cruzado. También hubo niños, aún habitantes de la infancia: un mundo que desde hacía más de 25 años, había dejado de existir para ella.

Por último, llegó a sentarse a su lado un joven con mirada tan torva, que Genoveva optó por darle la espalda y clavar sus ojos en una riña que sorpresivamente surgió casi al alcance de sus manos, entre dos muchachas "del pueblo". Tal como se inició la riña, cesó de súbito el conflicto y se encontró nuevamente sola, cansada y aburrida en su banca. Con un suspiro y un gesto de resignación guardó lápiz y papel en su llamativo morral nuevo, afianzó la bolsa que permanecía colgada de su hombro, se incorporó para dirigirse a un puesto de periódicos donde escogería alguna revista cursi, propiciadora de sueños, que pronto descubriría no poder pagar. De lejos pudo verse el tremendo boquete que habían hecho en su bolsa de mano para sustraerle su monedero, en el momento preciso en que estuvo atenta a la improvisada riña.



Pobre Genoveva: ¡por fin involucrada directamente! ¡por fin protagonista principal de un acontecer! Pero no le fue dado vivir como testigo ocular la aventura del momento [...].[506]

James Carlos Blake
TIERRAS FRONTERIZAS

Aunque el novelista chicano James Carlos Blake nació en México, creció y ha vivido siempre en Estados Unidos. De hecho, sus libros los escribe en inglés, como el titulado *BorderLands*, de 1999. Él mismo revela, en voz de un personaje:

> Siempre he sido un forastero, un extraño en todas las tribus. No hay en esto jactancia ni resentimiento por mi parte; tampoco pido compasión. Y, por supuesto, no soy el único. Lo que define al forastero es una sensación de desarraigo respecto del mundo que lo rodea, una sensación que va más allá de lo meramente geográfico. Incluso en su propio país, entre sus compatriotas o sus familiares, el genuino forastero se considera un extraño y la suya es un alma extranjera.[507]

De manera casi inevitable, en las novelas hay elementos autobiográficos. Quizá éste es uno de ellos:

> Mi padre conoció a mi madre en un baile en la localidad de Brownsville (Tejas), y el subsiguiente noviazgo fue brevísimo. Ella era hija única de un ganadero mexicano cuyo rancho abarcaba varios miles de hectáreas justo al sur de la frontera, en el estado de Tamaulipas. No obstante, la madre de ella

[506] Albrecht, Hildegard, *La vida en salsa... agridulce*, Cuernavaca: s. e., 1998, pp. 29-32.
[507] Blake, James Carlos, *Tierras fronterizas*, España: Ediciones B, 2001, p. 13.



odiaba la vida en el rancho, de modo que su padre les compró una casa en Brownsville. Estrella había ido al colegio en esa localidad y aprendió a hablar tan bien el inglés que su madre, que no sabía una palabra de ese idioma, solía regañarla por expresarse mejor en inglés que en español. Se convirtió en una auténtica mexicana de la frontera: bailaba el *jitterbug*, tomaba *black cows* en el *drugstore* y suspiraba por Clark Gable [...].[508]

Años después,

la naturaleza intervino haciendo que mi madre se pusiera de parto antes de hora. Mis padres se dieron prisa por llegar al hospital de Tampico, el pestilente puerto de piratas, y allí nací, mexicano. Me figuro la desilusión que se llevó mi madre y la amplia sonrisa de mi padre mientras saboreaba el puro de rigor [...].

Después me percaté de que no había dejado atrás la verdadera tierra fronteriza, es decir, el mundo aislado del forastero. Con el tiempo comprendí que la frontera es tanto una región del espíritu como un escenario físico, que algunos nacemos allí y llegamos a conocerla bien durante la infancia y ya no la abandonamos por muy lejos que estemos de ella geográficamente [...].[509]

He aquí otro personaje femenino de la novela:

El primer marido, con el que se había casado a los dieciséis años en la iglesia del Sagrado Corazón de su ciudad natal, Brownsville (Tejas), había muerto en un accidente acaecido en un pozo petrolífero de las afueras de Corpus Christi pocos meses después de que naciera su hijo Raúl. El marido carecía de seguro de vida y la dejó sin un centavo. Durante los dos años siguientes, Esperanza vivió con dos tías suyas en Matamoros. Cuidaba de su bebé y rezaba cada noche por huir de aquel par de viragos. La solución le llegó en la persona del guapo Salvador Escondido, a quien conoció una mañana bajo las palmeras del parque próximo al río. Aún no había transcurrido un mes cuando él le

[508] *Ibid.*, p. 17.
[509] *Ibid.*, pp. 20 y 30.



> pidió que se fueran juntos a Florida. Al día siguiente, con Raúl en el regazo, se ponían en camino en el desvencijado Chevrolet de Salvador.[510]

La trama de la novela refleja la dureza de la vida fronteriza para muchas personas; la protagonista padece violencia, prostitución, violaciones, una efímera felicidad, viudez y suicidio. Es un drama contemporáneo, por desgracia no muy alejado de la realidad.

Laura Claridge

TAMARA DE LEMPICKA: UNA VIDA DE DÉCO Y DECADENCIA

La escritora estadounidense Laura Claridge ha enfocado desde el feminismo la mayoría de sus libros, entre ellos varias biografías. En 1986 obtuvo su doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de Maryland. También profesora universitaria y periodista en prestigiados diarios y revistas de su país, ha recibido varios reconocimientos por sus investigaciones, mismas que han abarcado los campos literario, artístico y sicoanalítico. Autora de numerosos artículos y de siete libros, uno de ellos, concluido en 1999, es la biografía de la pintora eslava Tamara de Lempicka, amante de México y en particular de Cuernavaca; allí pasaba largas temporadas en una casa de su propiedad, donde murió. El libro se titula con el nombre de la artista y el subtítulo reza: “Una vida de déco y decadencia”.

Tamara de Lempicka (¿1898?-1980), nos dice la editorial que publicó la citada biografía:

> Nacida en Rusia [o en Polonia] en una familia burguesa de origen polaco, a raíz de la Revolución [en 1918] emigró a París, donde en el periodo de

[510] *Ibid.*, pp. 124 y 125.



> entreguerras elaboró sus cuadros más valiosos: retratos y desnudos de técnica impecable [*art decó*] inspirados en los maestros del Renacimiento, a los que dotaba de una nueva libertad. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, [en 1937] se trasladó a los Estados Unidos y, aunque nunca abandonó la pintura, a partir de entonces su glamurosa faceta social eclipsaría a la artística, hasta que en la década de los setenta los más jóvenes iniciaron una justa revalorización de su arte. Pese a que la propia Tamara de Lempicka había oscurecido muchos de sus datos personales, [su biógrafa] Claridge ha sabido trazar la peripecia de una mujer avasalladora, excéntrica y elegante que se cuenta entre las personalidades femeninas más singulares del siglo XX.[511]

Tamara fue desde niña autoritaria y voluntariosa. Antes de los 15 años de edad pintó su primer cuadro, un retrato de su hermana. En 1911 viajó a Italia con su abuela, descubriendo su vocación artística e iniciando poco después sus estudios de pintura en San Petersburgo. Allí casó en 1916 con el conde polaco que le dio el apellido Lempicka, viviendo lujosamente hasta que estalló la Revolución de octubre. Él fue apresado, pero Tamara logró su liberación y migraron a Dinamarca. En 1923 se trasladaron a Francia, donde nació Kizette, su hija. En 1925 participó en la primera exposición *art decó* de París, donde inició su renombre artístico. En 1927 recibió el primer premio en la Exposición Internacional de Burdeos, por un retrato de su hija. En 1929 se divorció y conoció al barón Raoul Kuffner, un coleccionista de su pintura. Con él viajó a Estados Unidos, pasaron un par de años en Nueva York donde aumentó su fama con varias exposiciones, y se casaron en 1933. De 1937 a 1942 vivieron en Beverly Hills y los siguientes seis años, de vuelta en Nueva York. Durante los años cincuenta residieron alternadamente en Estados Unidos, Francia, Italia, Cuba y México. En los sesenta, Tamara comenzó a permutar su estilo, dando un giro hacia el abstraccionismo. En 1962, enviudó y se mudó a Houston, donde vivía su hija. Numerosas exposiciones retrospectivas se han hecho de su pintura, sobre todo en Italia, Francia, Inglaterra, España, Japón y México.

[511] Claridge, Laura, *Tamara de Lempicka*, España: Circe, 2000, cuarta de forros.



Una exitosa obra de teatro se representó durante años en Estados Unidos, basada en su vida.

Ahora leamos a Claridge:

> La prueba de que a Tamara le gustaba realmente Cuernavaca fue que muy pronto aquella ciudad comenzó a sustituir a Capri en el itinerario que todos los años recorría la artista [...].
>
> Brady, que se había gastado una pequeña fortuna en restaurar meticulosamente un palacio colonial de la calle Netzahualcóyotl, prestaba a Tamara la atención que ella necesitaba [...] A Tamara y a [su hija] Kizette les encantaba ir a los cócteles que se servían en su casa a la sombra del palacio de Cortés [en realidad es la catedral]. Y, por lo menos delante de ella, Robert Brady trataba a Tamara como si la considerara una auténtica artista [...]
>
> A decir verdad, Tamara valoraba a todos aquellos que incorporaban la creatividad a la vida diaria y siempre buscaba nuevas maneras de hacer extensiva la belleza al medio que la rodeaba [...] En Cuernavaca empezó a diseñarse sus propios vestidos. Sus conjuntos se completaban invariablemente con un desmesurado sombrero a juego. Las costureras mexicanas locales le cosieron docenas de lentejuelas y espejitos en un vestido de dos piezas que Tamara diseñó, confeccionado con una tela estampada con motivos de animales de vivos colores, como verde esmeralda y violeta intenso. La entusiasmaba que una cosa tan bonita sólo costara diez dólares [...].[512]
>
> La excentricidad de la artista demostró ser muy adecuada para Cuernavaca, paraíso para celebridades retiradas del mundo. Al igual que en Hollywood, Tamara había ido a aterrizar a un lugar donde encontró a las figuras más conocidas de la escena contemporánea. Muriel Wolgin recuerda que tal vez no exista ningún otro lugar que atraiga como Cuernavaca a tal diversidad de personajes famosos: "A mí me encantaban especialmente las visitas de María Callas, que vivía conmigo cuando venía en verano. Estaba furiosa con Onassis... se lamentaba de que la había obligado a abortar. Era un ejemplo típico de los visitantes interesantes que frecuentaban la ciudad en la época en que teníamos también a Tamara" [...].[513]

---

512 *Ibid.*, pp. 331 y 332.

513 *Ibid.*, p. 341.





Siglo XXI



Richard S. Felger
HUMEDALES COSTEROS

El ecólogo estadounidense Richard Stephen Felger (biólogo marino, curador en botánica del Museo de Historia Natural en Los Ángeles, investigador de la Universidad de Arizona, fundador y director ejecutivo del Drylands Institute de Tucson, especialista en plantas de zonas áridas y en tortugas marinas, autor de varios libros y de numerosos artículos especializados) escribió esta colaboración titulada "Humedales costeros" para el libro *El Golfo de California. Un mundo aparte*. Destaquemos estos párrafos de interés para nosotros:

> Comencé a hacer trabajo de campo en la región del Golfo y me propuse estudiar la vida de las plantas [...] La primera vez me quedé asombrado al ver mangles al Iado de plantas del desierto. Los brazos de los cardones gigantes se inclinaban sobre los mangles y los tocaban. Según los libros de texto, los mangles crecen en el trópico y el subtrópico, pero en el Golfo de California, los mangles y otra vegetación siempre verde de los humedales costeros, están en contacto directo con el desierto. El contraste es asombroso: franjas y trozos verdes, húmedos y salados cubiertos en su totalidad por plantas, conviven con matorrales secos y espinosos. El carácter único del Golfo de California radica en que se trata de un mar largo y estrecho, rodeado de norte a sur por desiertos, que se elevan en accidentadas montañas. No hay otro lugar igual en el mundo; lo más cercano sería el ecológicamente devastado Mar Rojo.
>
> Las mareas vacían y llenan a diario los esteros y humedales costeros del Golfo de California. Los ríos del continente acarrean agua dulce, sedimentos y nutrientes al Golfo y abastecen a los grandes esteros deltaicos. Por añadidura, innumerables arroyos, normalmente secos, desembocan en el Golfo en ocasiones durante la temporada de lluvias o cuando se producen inundaciones [...].



Los mangles son árboles que se hallan parcialmente sumergidos o por lo menos se ven expuestos al agua marina que trae la marea, en lugares con suelos húmedos y salinos. Por otra parte, hay esteros de agua dulce y salobre en los deltas de los grandes ríos de corriente continua que desembocan en el Golfo, como el río Colorado, el Yaqui, el Fuerte y el Culiacán [...].

Hacia el sur del Golfo y del desierto de Sonora, gradualmente aumenta la precipitación, nunca o rara vez hiela, y la vegetación desértica se vuelve más densa, alta y rica en número de especies. La región meridional y la región media del Golfo mantienen pastos marinos y mangles [...].

A diferencia de las algas marinas, los pastos marinos son plantas que florecen y producen semillas. En el Golfo se dan tres especies [...] La más conspicua es el *trigo de mar*, que crece durante las estaciones más frescas [...] Las praderas de trigo de mar más extensas y famosas del Golfo de California se encuentran en el Canal del Infiernillo [...] El trigo de mar proporciona diversos hábitats para numerosos organismos y es un alimento favorito y esencial de la tortuga prieta y del ganso de collar.

Los seris cosechaban el trigo de mar como uno de sus alimentos básicos y son el único pueblo conocido que cosecha grano en el mar. La primera hogaza de pan marino fue hecha por Hazel Fontana en Tucson [...].

Los mangles del Golfo de California rara vez pasan de cinco metros de altura. Van aumentando de tamaño conforme se avanza hacia el sur, y en el trópico húmedo, mucho más allá del Golfo, estos árboles pueden llegar a medir 25 metros o más de altura [...] Los mangles necesitan un sustrato lodoso-arenoso en aguas someras que se drenan y vuelven a llenar con el flujo y reflujo de la marea. No toleran el agua estancada y mueren cuando se les aísla de la circulación de las mareas [...].

Los ríos de la parte meridional del desierto de Sonora que desembocan en el Golfo, desde el Yaqui hacia el sur, contaban con deltas que gozaban de una vegetación similar a la del Colorado pero con más especies tropicales o subtropicales [...] Abundan los cocodrilos en los canales calurosos y húmedos [...]

Los humedales de marea se hallan amenazados por la construcción de puertos modernos. Otros peligros incluyen los vehículos todoterreno, el vertido de aguas de desecho y, sobre todo, el desarrollo inmobiliario: los esteros son lugares maravillosos para construir marinas. Las más recientes amenazas son las prósperas granjas acuícolas de camarón, desde el delta del Colorado hacia el sur hasta el trópico.



A la gente le gusta vivir en la costa y está habituada a usar los hábitats de tierras pantanosas de manera que resulta destructiva para los paisajes naturales, pero sabemos también que necesitamos los humedales [...] En todo el mundo, las áreas costeras suelen ser los primeros lugares en sufrir devastaciones ecológicas. Muchos de los humedales del Golfo de California están en vías de desaparición, pero, insistimos, quedan muchos recursos como para que valga la pena hacer esfuerzos adicionales para su conservación. No perdamos la alegría mundana que nos producen las plantas y los animales de estos lugares fantásticos.[514]

John Grisham

A PAINTED HOUSE

El novelista estadounidense John Grisham (1955), de Arkansas, quiso ser jugador profesional de beisbol, pero acabó siendo abogado y finalmente escritor de *best sellers*. Sus experiencias como litigante en derecho penal le dieron abundante material para sus libros, el primero publicado en 1987. Mas no abandonó su afición deportiva, pues ha promovido de manera filantrópica a varios clubes de liga menor de beisbol. Con cerca de una veintena de novelas, *Una casa pintada* salió a la luz en 2001.

La trama se desarrolla en una finca algodonera de Arkansas, en 1952. La familia propietaria contrata como trabajadores eventuales, para la pizca, a dos grupos, uno de anglosajones y otro de mexicanos. Uno de aquellos, Hank, blanco y peleonero, mata a otro joven en una riña alevosa, y amenaza a un hijo de los patrones, de siete años de edad, exigiéndole su silencio, pues había presenciado el crimen. Luego, en un partido de beisbol, a propósito golpea con la pelota a un jugador mexicano, fracturándole unas costillas. Hank se dedica a hostilizar a los trabajadores mexicanos, hasta que uno de ellos lo

514 Felger, Richard, "Humedales costeros", en Ezcurra, Exequiel, *et al.*, *El Golfo de California*, México: Pegaso, 2001, pp. 159, 162, 173, 176 y 181.



apuñala y mata. Este mismo se enamora de una joven anglosajona y huyen ambos. El niño de siete años, en paralelo a la trama, se dedica a pintar la casa de blanco, en críptico simbolismo que da nombre a la novela. Inundaciones irremediables arruinan la finca y la familia migra al norte para convertirse en obreros industriales.

Básicamente, este libro defiende a los mexicanos, aunque algunos personajes los denigran. Permítaseme un *collage*:

> Aprendimos mucho acerca de los mexicanos. Nunca nos pedirían nada de nuestra huerta. Tendría que tratarse de un obsequio [...] El baño sabatino era un ritual en el Arkansas rural. En México, aparentemente no lo era [...] Era inconfundible el olor de un mexicano. Se bañaban rara vez, y después de algunos días de pizcar algodón tomaban su propio olor particular [...] Esos pobres mexicanos, los transportan como ganado, los hacen trabajar como perros, y su único día de descanso, el domingo, les fue quitado mientras que el dueño se esconde en la iglesia [...] Hablaban tan rápido que me preguntaba cómo se entendían unos a otros [...].[515]

El narrador es el niño de siete años:

> Las señoras de las iglesias baptistas y metodistas se quejaban abiertamente de las formas primitivas con las cuales los mexicanos habían sido transportados [...] A Pappy no le importaba. Tampoco a los mexicanos; sólo querían trabajar [...] Era cierto que al ganado lo trataban mejor [...] Todos tenían el pelo negro y la piel morena. A pesar de que estaban claramente agotados, cada uno trataba de hacer el esfuerzo de sonreír.
>
> Comían lo menos posible. Su meta era ahorrar cada centavo que podían para Ilevarlo a casa. El año pasado, Juan me reveló los placeres de la comida mexicana [...] Me fue expresamente prohibido comer lo que fuera guisado por los mexicanos. Y eso, por supuesto, le dio más sabor a las tortillas [...].[516]

[515] Grisham, John, *A painted house*, USA: Dell, 2001, pp. 30, 83, 161, 299 y 332.
[516] *Ibid.*, pp. 16-19 y 69.



Cuando el joven mexicano huyó con la chica americana, la madre se lamentaba:

> Su adorada Tally se había fugado con alguien que consideraba de raza baja, un intruso de piel oscura proveniente de un país olvidado de Dios. Su humillación era completa, y muy dolorosa [...] Ella se fugó voluntariamente con un mexicano, lo cual era algo de clase baja y vergonzoso, pero no exactamente un delito [...] Fugarse con un mexicano no era la cosa más inteligente del mundo, pero no es ningún crimen [...].[517]
>
> Mi madre había trabajado duro preparando un lugar limpio para que allí vivieran los mexicanos. Había pasado el invierno recolectando viejas cobijas y almohadas para que ellos durmieran. Había puesto un ventilador y había obligado a mi padre a poner un cable eléctrico desde la casa hasta el establo. "Son humanos, a pesar de lo que piensa cierta gente por aquí", la escuché decir más de una vez. Cuando se fueron los mexicanos, el desván estaba tan limpio y arreglado como el día que habían llegado. Las almohadas y las cobijas estaban apiladas cerca del ventilador. El piso había sido barrido. No había ningún desecho o basura. Ella estaba bastante orgullosa de los mexicanos. Los trató con respeto, y le devolvieron el favor.[518]

Diana Anhalt

VOCES FUGITIVAS. EXPATRIADOS POLÍTICOS NORTEAMERICANOS EN MÉXICO, 1948- 1965

Diana Anhalt llegó a México en 1950, de unos 10 años de edad. Nacida en Nueva York de padres judíos con ideología de izquierda, tuvieron que huir de Estados Unidos por las persecuciones políticas de la era del macartismo, en plena Guerra Fría entre ese país y la Unión Soviética. Traídas ella y su hermana a México por sus padres, de manera sorpresiva y sin

[517] *Ibid.*, pp. 366, 368 y 371.

[518] *Ibid.*, pp. 422 y 423.



explicaciones, pasarían cuatro décadas para que Diana se resolviera a investigar aquella migración de expatriados políticos estadounidenses a nuestro país. Realizó numerosas entrevistas y tuvo acceso a expedientes del FBI, hasta entonces restringidos al público; se vio obligada a usar medidas jurídicas para lograr la apertura de esos archivos y conocer el espionaje del Gobierno de Estados Unidos en contra de sus padres y de otros ciudadanos tildados de comunistas. El resultado de sus pesquisas es este libro, publicado en inglés en el 2001.

En esa nación hubo toda clase de atropellos en aquellos días de McCarthy: juicios contra personas consideradas subversivas, despidos por motivos políticos, delaciones y acusaciones, acciones intimidatorias del Ku Klux Klan, encarcelamientos, espionaje a sindicatos, universidades, artistas e intelectuales. Muchos activistas huyeron a Europa y a México. Acá vivieron los expatriados en la capital, en Cuernavaca y en San Miguel de Allende, principalmente.

> Durante el gobierno de [Miguel] Alemán, los medios de información trataban de influenciar a la opinión pública, en un intento por crear un clima favorable a la política de la Guerra Fría [...] La prensa local publicó una serie de artículos criticando a los expatriados políticos y a la política tolerante en este país. Entre ellos se contaba *Excélsior*, con su artículo: "Cuernavaca convertida en nido de rojos prófugos de Estados Unidos" [...].[519]
>
> La ironía de las cosas es evidente: los izquierdistas norteamericanos acudían a México en busca de refugio cuando el México de Alemán se mostraba cada vez más antagónico a la izquierda. En 1947, un año después de asumir su cargo, Alemán consultó al FBI y con ayuda de esa entidad creó la Dirección Federal de Seguridad [...] El poder del gobierno estadunidense rebasaba las fronteras.[520]

Los asilados políticos de facto eran espiados por el Gobierno mexicano y siempre estaban amenazados con la aplicación del artículo 33 constitucional,

519 Anhalt, Diana, *Voces fugitivas*, México: Segob, 2005, pp. 134 y 135.
520 *Ibid.*, pp. 122 y 160.



que prevé la expulsión del país sin mayores trámites judiciales, a los extranjeros indeseables.

> A pesar de sus atractivos, algunos inconvenientes no faltaban. Las películas norteamericanas tardaban un año en cartelera antes de ser exhibidas aquí; era imposible encontrar una buena malteada o zapatos de talla extra grande; no se podía beber agua de la llave; la atención médica y dental dejaban mucho que desear, y una tormenta podía paralizar a la ciudad. Todo esto aprendimos a aceptarlo. Pero el habituarnos al desparpajo con que se trataba la puntualidad, la extrema pobreza y la corrupción institucionalizada, nos resultó más difícil [...].
>
> Nada de lo que había conocido en el Bronx me había preparado para el Colegio Americano. Todas las niñas [...] iban vestidas de crinolinas y comían emparedados de lechuga y jitomate en pan al que le habían recortado las orillas. Sus madres eran voluntarias en el American British Cowdray Hospital o miembros de la Junior League y del Friendship Club. Los padres trabajaban en la Embajada Americana, en General Electric, General Motors o la CIA [...] En su mayoría, odiaban a México y se les hacía largo el tiempo hasta que [su] papá fuera transferido [...] Del otro lado nos encontrábamos el resto de los alumnos que no nos conformábamos a la norma, los hijos de los expatriados políticamente motivados, uno que otro judío, los rechazados. Veníamos de familias que leían libros, visitaban museos, coleccionaban piezas prehispánicas y escuchaban música clásica. Algunos de nosotros hasta intentamos aprender español [...].
>
> Desde años atrás, había acariciado frecuentemente la idea de marcharme, generalmente después de algún incidente desagradable: un conocido secuestrado o asaltado o –menos importante– la insistencia de amigos en que era incapaz de comprender la política mexicana porque yo misma no lo era, o porque el conductor de un coche daba bocinazos detrás de mí, me rebasaba por la derecha, bajaba su vidrio y me gritaba "pinche gringa" por haberme negado a pasarme la luz roja.[521]

[521] *Ibid.*, pp. 82, 83, 99, 100 y 246.



Aunque los padres de Diana Anhalt regresaron a Estados Unidos en 1982 —después de 32 años de vivir en México— y los hijos de Diana hacia 1985, ella prefirió quedarse acá para siempre.

> Nos aficionamos a la comida condimentada, los colores fuertes y el diseño atrevido, así como a la música de mariachis levemente desentonada. Ya no nos sentimos apenados por demostraciones efusivas de afecto o de emoción profunda, y hemos perdido algo de nuestra seriedad y el aprecio exagerado del pensamiento racional. Sabemos que lo que pueda considerarse extraño o surreal en cualquier otra parte, en México es solamente rutina [...].[522]

Crawford Kilian

GROWING UP BLACKLISTED

El novelista estadounidense Crawford Kilian (1941), autor de numerosos libros y artículos periodísticos, vivió su adolescencia en México en los años cincuenta y escribió estas memorias inéditas cuyo título podríamos traducir como *Aumentando a los inscritos en la lista negra.* Su texto es citado por la autora Diana Anhalt (ver capítulo anterior). Kilian fue alumno de una exclusiva y costosa escuela:

> [...] de México literalmente nos separaba una barrera. El Colegio Americano se asentaba en unos 15 acres tras altos muros de piedra y concreto en Tacubaya, una de las barriadas más abandonadas de la ciudad [...] Las casas que nos rodeaban eran casuchas de cartón y lámina, que a veces se construían en un día, y los niños que abarrotaban las calles polvorientas nunca se asomarían a un aula y menos a las del Colegio Americano, muchos de cuyos

[522] *Ibid.*, pp. 247 y 248.



estudiantes llegaban en limosinas con chofer desde sus caserones en Las Lomas, San Ángel o el Pedregal.[523]

No obstante, algunos jóvenes como Kilian y Anhalt no se atenían a tales barreras en México:

> Podíamos recorrer las ruinas de sus imperios conquistados, aprender las sutilezas de la tauromaquia o incluso comenzar a hablar el idioma. La comida mexicana tenía sustancia y sabor y aquí la luz y el color eran más intensos. Hasta los niños como nosotros gozaban de una extraña libertad. Podíamos recorrer el mercado de cháchara de Tepito, adquirir ahí por muy poco dinero un sable de caballería o una antigua pistola de seis tiros. Ocasionalmente debíamos enfrentarnos a las pandillas mexicanas, pero por lo general no teníamos el menor empacho en atravesar la ciudad, a través de sus colonias más pobres, los parques y las multitudes. Ahora, cuando traigo a mi memoria esos años en México, parecen permeados de cierto esplendor. Las calles y los mercados eran tan bellos, la gente tan vívida, el sol tan brillante, el aire tan transparente, que me parece de un romanticismo imposible.[524]

Steve Alten
EL TESTAMENTO MAYA

El novelista estadounidense Steve Alten (1959), autor de numerosos *bestsellers*, escribió éste en 2001, demasiado fantástico. Maestro de educación física convertido en escritor de libros traducidos a varios idiomas, con gran éxito popular, en *El testamento maya*, cuya trama se desarrolla en 2012, sostiene una misteriosa relación entre Chichén Itzá y

[523] Kilian, Crawford, *Growing up blacklisted*, en Anhalt, Diana, *Voces fugitivas*, México: Segob, 2005, p. 99.

[524] *Ibid.*, p. 105.



Teotihuacán en México, las pirámides de Giza en Egipto, el templo de Angkor Wat en Cambodia, los restos de Stonehenge en Inglaterra y el desierto de Nazca en Perú, "desconcertante rompecabezas que puede impedir la aniquilación de nuestra especie", "inminente final que se indica en el calendario maya", "profecía del juicio final".[525]

Una nave extraterrestre vinculada a Kukulcán y Tezcatlipoca está oculta en el fondo del Golfo de México y realiza solapados ataques nucleares, con millones de muertos, en Rusia y China, países que atacan a Estados Unidos por creerlo el responsable de la masacre. El suicidio del presidente americano impide la tercera Guerra Mundial. La acción se desarrolla en varios países y, sobre todo, en Chichén Itza. Líderes de la NASA y el Pentágono se codean en este libro con científicos y arqueólogos.

Entre descripciones de templos e historias mayas, donde "la sabrosa cocina mexicana no le ha venido muy bien a su cintura",[526] encontramos flujos venenosos de los seres alienígenas y relatos como éste: "El ser sin vida surca la superficie del Golfo a velocidad supersónica planeando sin esfuerzo sobre un denso colchón de antigravedad, haciendo temblar con su estela de energía las cumbres montañosas de México [...]".[527]

En Chichén Itzá –resguardado por fuerzas de Boinas Verdes del Ejército estadounidense– "resulta más bien patético que el único empleo al que pueden acceder los mayas en la ciudad que fundaron sus antepasados sea el de servir comida o acarrear basura".[528]

525 Alten, Steve, *El testamento maya*, México: Grijalbo, 2008, pp. 63, 101 y 105.

526 *Ibid.*, p. 224.

527 *Ibid.*, pp. 318 y 319.

528 *Ibid.*, p. 433.



David Lida

CARTA ABIERTA A GIULIANI DE UN CHILANGO-NEOYORQUINO

Periodista por más de 20 años en Estados Unidos, México, Inglaterra, Canadá y Perú, el estadounidense David Lida es también autor de varios libros, entre ellos *Travel advisory*, conjunto de relatos ubicados en nuestro país, y *First stop in the New World*, sobre "la Ciudad de Mexico, capital del siglo XXI"; asimismo publicó *Las llaves de la ciudad, un mosaico de México*, colección de artículos sobre la propia megalópolis.

Esta irónica *Carta abierta* del 2002 se dirige al famoso exalcalde de Nueva York, que redujo drásticamente la delincuencia y que en el 2002 había sido contratado con dinero del sector privado por las autoridades mexicanas para recibir su asesoría contra el crimen. Entre otras cosas, David Lida le dice a Rudolph Giuliani: "Los últimos doce años he dividido mi tiempo entre la ciudad de México y Nueva York, además de que padecí todos los años de su monarquía –discúlpeme, su alcaldía– [...]".[529]

El escritor compara a los *homeless* neoyorquinos que:

> pasaban trapos grasosos en los parabrisas de los automóviles. Usted mostró al mundo qué duro era por meter tantos de ellos en la cárcel. Bueno, aquí en México, debe saber que los limpiadores de parabrisas –tanto como los tipos que venden CD's piratas en las calles, o los que merodean en las esquinas y guardan los coches mientras sus dueños comen en los restaurantes, o los mendigos que tocan la trompeta en las calles mientras sus hijitos piden limosna– todos están muy bien organizados, y frecuentemente pertenecen a sindicatos. Si usted arresta a uno de ellos, no sólo amenazan con una huelga, sino que armarán manifestaciones enormes,

[529] Lida, David, "Carta abierta a Giuliani", en *Reforma*, 17 de noviembre del 2002, Revista cultural *El Ángel*, p. 10.



parando el tráfico desde Azcapotzalco hasta el Estadio Azteca. Mejor hará en no interferirlos y dejarles hacer su "trabajo" [...].

Tiendas de sexo y bares de table dance no son ilegales aquí, y sería un proceso largo y complicado hacerlos ilegales. Pero hay una manera sencilla de esquivar su legitimidad. Antes de su llegada, "inspectores" de las varias delegaciones han clausurado estos negocios a diestra y siniestra. No por la ilegalidad de su empresa, sino por cometer delitos sumamente serios, por ejemplo, la falta de un foco rojo abajo del lavabo en el baño de mujeres, o la apariencia desgarbada de una grieta en la pintura del techo.

Lejos de intolerante, el espíritu del DF es cooperativo. Si los gerentes de los bares y tiendas están dispuestos a entregar más o menos 20 mil pesos, los inspectores arreglan los delitos al momento. A lo mejor el sistema de "la mordida" no es la manera neoyorquina, pero tiene sus beneficios. Elimina una cantidad enorme de papeleo y otros trámites burocráticos. Toda la gente que trabaja en los establecimientos sigue empleada. Los inspectores, que ganan muy mal, pueden completar sus ingresos y ofrecer a sus familias un estilo de vida con más lujos [...].

Así como los inspectores, también los policías andan siempre en busca de maneras de complementar sus sueldos. Puede ser que detengan a conductores de automóviles por violaciones de leyes viales, reales o imaginarias. Puede ser que detengan gente después de que saca dinero de los cajeros automáticos, quitándoselo para evitar un viaje a la delegación con cargos de faltas a la moral o embriaguez en la vía pública. En casos extremos puede ser que secuestren a algún ciudadano, manteniéndolo como rehén hasta que sus familiares suelten una cantidad de dinero suficiente [...].

Al margen de qué tan serios sean los problemas del crimen en México, sigue siendo una ciudad maravillosa en muchas maneras. Es una ciudad libertina, de ocio, de pleno disfrute, con un balance de placer y peligro excitante –como Nueva York en los años 70 y principio de los 80, antes de que usted fuera elegido alcalde. Relájese, mire a sus alrededores, y si se le hace posible, sea un poco tolerante. A lo mejor se va a divertir.[530]

[530] *Idem.*



Sandra Cisneros
LOS OJOS DE ZAPATA

Estadounidense probablemente de raíces mexicanas, la novelista y poeta Sandra Cisneros (1954) ha sido reconocida con el American Book Award y el Lannan Foundation Literary Award y ha sido becaria de la Fundación MacArthur y del Fonca. Esta novela, originalmente escrita en inglés, se publicó en 2003. La narradora es la primera mujer de Emiliano Zapata, Inés Alfaro. Leamos algunos fragmentos:

> Ay, pero mira. Rasguñadas, partidas y callosas ¿cómo es que las manos envejecen primero? La piel tan áspera como la cresta de una gallina. Es por sembrar en el tlacolol, por el trabajo duro de hombre que hago al limpiar la milpa con el azadón y el machete, trabajo sucio que deja la ropa inmunda, trabajo que ninguna mujer haría antes de la guerra. Pero no le tengo miedo al trabajo duro o a estar a solas en los cerros. No le tengo miedo a la muerte ni a la cárcel. No le tengo miedo a la noche como las otras mujeres que corren a la sacristía a la primera voz de *el gobierno.* No soy como las otras [...].[531]
>
> Te casaste con ella, con esa mujer de Villa de Ayala, es cierto. Pero mira, regresaste a mí. Siempre regresas. Entré y más allá de las otras. Esa es mi magia. Regresas a mí. Me visitaste otra vez el jueves pasado. Te arranqué de la cama de la otra. Te soñé y, cuando desperté, estaba segura de que tu espíritu acababa de revolotear del cuarto. Ya otras veces te he arrancado de tu sueño y te he metido al mío. Te he enredado como un rizo alrededor de un dedo. Amor, llegaste con el corazón lleno de pájaros. Y cuando no me obedecías y no venías cuando te lo ordenaba, me convertía en el alma de un tecolote y hacía la guardia sobre las ramas de una jacaranda púrpura junto a tu puerta, para asegurarme de que nadie le hiciera daño a mi Miliano mientras dormía [...].[532]

[531] Cisneros, Sandra, *Los ojos de Zapata*, México: Entrelíneas editores, 2003, pp. 35 y 36.
[532] *Ibid.*, p. 49.



Estas rancheritas estúpidas, ¿cómo pueden resistirte? El Zapata magnífico con su elegante traje de charro, montado sobre un caballo espléndido. Tu sombrero ancho, un halo alrededor de tu cara. No eres un hombre para ellas; eres una leyenda, un mito, un dios. Pero también eres mi esposo. Aunque sólo sea a veces [...] He visto a tus otros hijos en mis sueños. María Luisa, de esa Gregoria Zúñiga en Quilamula después de que Luz, su hermana gemela, muriera sin darte hijos. Diego, nacido en Tlaltizapán de esa mujer que se hace llamar la Señora de Jorge Piñeiro. Ana María, en Cuautla, de esa cabrona Petra Torres. Mateo, hijo de esa cualquiera, Jesusa Pérez de Temilpa. Todos tus hijos nacidos con esos ojos de Zapata [...] Tus ojos. ¡Ay! Tus ojos. Ojos con dientes. Terribles como la obsidiana. El porvenir en esos ojos, los días pasados. Y bajo esa ferocidad, algo antiguo y tierno como la lluvia. Miliano, Milianito. Y te canto esa canción que les cantaba a Nicolás y Malenita cuando eran chicos y no podían dormir [...].[533]

Cómo me miraste en la Plaza de San Lázaro. Cómo me besaste bajo el arbolito de aguacate de mi padre. Noches en que me amaste con un placer cercano al sollozo, cómo detuve el temblor de tu pecho y te abracé, te abracé. Miliano, Milianito. Mi cielo, mi vida, mis ojos. Déjame verte. Antes de que abras esos ojos tuyos. Los días del porvenir, los días pasados. Antes de regresar a lo que siempre seremos.[534]

Jeffrey Davidow
EL OSO Y EL PUERCOESPÍN

El diplomático estadounidense Jeffrey Davidow (Boston, 1944) trabajó 34 años en el Servicio Exterior de su país y llegó a ser embajador de Estados Unidos en Zambia, Venezuela y México, aquí de 1998 a 2002. En el país africano jugó un papel importante en las negociaciones de paz de 1988-1990. Se retiró en 2003 y desde entonces preside el Instituto de las Américas, en

[533] *Ibid.*, pp. 50 y 51.
[534] *Ibid.*, p. 64.



la Universidad de California, en San Diego. En este libro, *El oso y el puercoespín*, publicado en 2003, Davidow relata su experiencia mexicana, con excelente buen humor. Así fue la presentación oficial del embajador:

> Una nota amarga hizo las delicias de los editores gráficos: un sonriente presidente Zedillo fuertemente asido a mi brazo. Si bien no era más que un gesto amistoso, la disparidad de estaturas hizo que, al parecer, el altísimo nuevo embajador estadunidense estuviera a punto de levantar al presidente mexicano como si fuera un niño o, mejor dicho, un títere [...].
>
> [Yo] era blanco de reporteros maliciosos, editores hostiles y cartonistas, quienes recibieron la llegada de un embajador gringo excedido de peso y con dos metros de estatura como un regalo equiparable a una dotación gratis de lápices de colores durante toda la vida. Y [yo], no siempre era perfectamente cuidadoso. O me mostraba demasiado locuaz o estaba demasiado cansado, demasiado enojado o demasiado desatento con quienes me rodeaban. Pagué el precio de mi falta de cautela cuando asistí a la ceremonia del "Grito". Mientras escuchaba al presidente Zedillo conducir a la muchedumbre festiva con una serie de "¡Vivas!", me dirigí a otro diplomático y le dije que éste parecía ser el discurso más exitoso del año del presidente. Un reportero harto desagradable alcanzó a escucharme e ignoró mi insistencia de que se trataba de una broma *off the record* [...] Hice mal al ser descuidado. Pero sigo pensando que cuando un político puede cautivar a un cuarto de millón de personas gritando 25 palabras, está teniendo su mejor día del año.[535]

Ahora Davidow alude a las cancilleres de los dos países:

> Madeleine [Albright] y Rosario [Green] se reunían con un puñado de otras embajadoras y algunas funcionarias de alto rango de la ONU para cenar, intercambiar impresiones y quejarse acerca de sus colegas masculinos. Tenían puntos de vista radicalmente diferentes acerca de muchos asuntos internacionales, pero sentían que las unía una especie de parentesco por ser mujeres

[535] Davidow, Jeffrey, *El oso y el puercoespín*, México: Grijalbo, 2004, pp. 63-66.



que habían llegado a la cima. Una vez que se resolvían los asuntos formales, echaban a todos los demás, se quitaban sus siempre demasiado estrechos zapatos de tacón alto y compartían opiniones sobre lo difícil que es vivir en un mundo dominado por los hombres, al que ellas habían accedido con éxito. Es probable que Green tuviera más de qué quejarse en comparación con las demás. A pesar de toda la sofisticación y mundo de los funcionarios mexicanos, el sexismo seguía en apogeo. En una ocasión, a Green le agarraron la pierna por debajo de la mesa de las reuniones de gabinete. También me dijo que uno de sus principales asistentes en la Secretaría de Relaciones Exteriores la acusó de tener cambios de humor debidos a cuestiones hormonales.[536]

Davidow cultivó estrecha amistad con Gabriel García Márquez, radicados ambos en la Ciudad de México: "Sobre todo hablábamos de historia. Me alentaba a pensar en México no como un país, sino como una civilización, con una historia y una cultura tan ricas y profundas como las de Egipto o China".[537]

Los viajes por nuestro país lo cautivaron: "No tardamos mucho en agotar las posibilidades de viaje en Zambia y Venezuela, dos países donde habíamos estado antes. México es diferente. Viajar resulta relativamente fácil y casi siempre conduce a experiencias que compensan el esfuerzo con creces [...]".[538]

Uno de los episodios más coloridos ocurrió cuando visitamos por primera vez la capital de Zacatecas. El gobernador recientemente electo, Ricardo Monreal, acudió a nuestro hotel poco tiempo después de que habíamos llegado al lugar. Un festival internacional de danza folklórica estaba a punto de comenzar y acompañamos al gobernador, quien marchaba por la calle principal de la ciudad a la cabeza de un verdadero desfile popular. La estrella de la procesión, sin embargo, no fue el gobernador ni el presidente municipal ni el embajador norteamericano, sino un burro que llevaba a lomos una

[536] *Ibid.*, pp. 67 y 68.
[537] *Ibid.*, p. 168.
[538] *Ibid.*, p. 229.



barrica de tequila y que se había convertido en el amplio favorito de la multitud. El animalito iba de un lado a otro de la calle y se detenía donde mejor le parecía, mientras la gente hacía circular pequeñas jarritas de barro llenas de tequila extraído de la barrica que parecía no tener fondo.[539]

Esto le sucedió con el gobernador de Yucatán:

A la mitad de nuestra reunión, Cervera Pacheco decidió que yo necesitaba remplazar el traje que traía puesto por una guayabera. Tomó el auricular, y en cuestión de minutos, un subordinado jadeante y sudoroso entró en la oficina. La escena era surrealista: al diminuto sastre, evidentemente nervioso, se le ordenó treparse al escritorio del gobernador y tomarme medidas mientras yo estaba de pie y con los brazos extendidos. Parecía como si estuvieran a punto de crucificarme [...].

Hay tremenda belleza en México, pero una parte de ella enmascara una realidad atroz. Esas mujeres que parecen Madonas, cargando niños envueltos en rebozos mientras piden limosna por las calles, pueden parecer imágenes bíblicas, pero la poesía de los libros sagrados tiene poco que ver con su pobreza y no contribuye a alimentarlas. Muchas aldeas indígenas son muy pintorescas, pero desesperadamente pobres [...].

Los norteamericanos que viven y viajan en México no pueden evitar sentirse impresionados por las casi omnipresentes cortesía y hospitalidad [...] Algunos afirman que México es un país de máscaras donde los verdaderos pensamientos y sentimientos se ocultan, al menos parcialmente, por la cortesía excesiva. Cualesquiera que sean sus raíces, la actitud mexicana me pareció infinitamente preferible a la aspereza con la que he sido tratado en algunas ocasiones [...].

Con los viajes empezamos a apreciar más adecuadamente a México, y también a comprenderlo un poco mejor. Los regresos a la Ciudad de México para enfrentar la carga de problemas acumulados en la embajada o al gobierno mexicano, así como los ires y venires de Washington, me desalentaban un

[539] *Ibid.*, p. 232.



poco. Esperábamos con ansia la próxima oportunidad de disfrutar de una cultura tan maravillosa y tan rica.[540]

Jared Diamond
COLAPSO

El científico estadounidense Jared Mason Diamond (1937), biogeógrafo, fisiólogo evolucionista, doctor por la Universidad de Cambrige y profesor en la de California, ha recibido varios premios por sus trabajos de literatura científica, entre ellos el Pulitzer. En este libro del 2004, *Colapso*, el subtítulo habla de su contenido: *Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Leamos estos párrafos:

> Millones de turistas modernos han visitado hasta la fecha las ruinas de la antigua civilización maya, que se vino abajo hace aproximadamente mil años, en la península mexicana de Yucatán y en otras zonas adyacentes de América Central. A todos nos atrae el romanticismo del misterio, y los mayas depositan uno de ellos a nuestras puertas [...] Para visitar una antigua ciudad maya basta con embarcarse en un vuelo directo desde Estados Unidos hasta la moderna capital de estado mexicana de Mérida, tomar un coche de alquiler o un microbús y conducir durante una hora por una autopista bien asfaltada.
>
> Hoy día, muchas ruinas mayas, con sus grandiosos templos y monumentos, están todavía rodeadas por la jungla, lejos de los actuales asentamientos humanos. Sin embargo, en otro tiempo fueron los emplazamientos de la civilización indígena americana más avanzada del Nuevo Mundo antes de la llegada de los europeos, y la única con textos escritos de consideración que han sido descifrados. ¿Cómo pudieron haber alimentado estos pueblos de la Antigüedad sociedades urbanas en zonas donde hoy día pocos agricultores pueden a duras penas ganarse la vida? Las ciudades mayas nos impresionan no solo por ese misterio y esa belleza suyos, sino también porque

[540] *Ibid.*, pp. 235-237 y 300.



constituyen yacimientos arqueológicos «puros». Es decir, los lugares en que estaban ubicadas se despoblaron, de modo que no quedaron enterrados por edificaciones posteriores, como les sucedió a muchas otras ciudades [...].

La historia maya nos brinda algunas ventajas a todos aquellos que estamos interesados en la desaparición de culturas del pasado. En primer lugar, aunque los registros escritos que nos han quedado de los mayas son descorazonadoramente incompletos, resultan no obstante útiles para reconstruir la historia de este pueblo [...] El grandioso arte y arquitectura de las ciudades mayas ha dado lugar a que el número de arqueólogos que estudia a los mayas sea muy superior al que se podría esperar si este hubiera sido un pueblo de simples cazadores recolectores analfabetos que hubieran vivido en chozas. Los climatólogos y paleoecólogos han conseguido reconocer recientemente varias señales de antiguos cambios climáticos y medioambientales que intervinieron en la desaparición de los mayas. Por último, hoy día todavía hay personas con cultura maya que viven en su antigua tierra natal y hablan lenguas mayas. Como gran parte de la cultura maya antigua sobrevivió al desastre, los primeros visitantes europeos de aquellas tierras recogieron alguna información sobre la sociedad maya de la época que ha desempeñado un papel esencial en nuestra comprensión de la antigua sociedad maya.[541]

Eugene Gogol

La batalla por Oaxaca: la represión y la resistencia revolucionaria

El sociólogo estadounidense Eugene Walker Gogol (1942) creció en la época de los Derechos Civiles, enseñando "Historia negra" (de los negros) en el Programa de Verano de 1964, en Mississippi. Ha publicado varios libros, entre ellos *El concepto del otro en la liberación latinoamericana. La fusión del pensamiento filosófico emancipador y las revueltas sociales* y *El movimiento*

[541] Diamond, Jared, *Colapso*, España: DeBolsillo, 2007, pp. 213 y 215.



por la libertad de la palabra y la revolución negra (escrito en colaboración con la filósofa marxista Raya Dunayevskaya y Mario Salvio). En 1968 fue testigo del Mayo francés, escribiendo *Francia, primavera de 1968: las masas en movimiento, las ideas en su libre flujo.* A mediados de los años setenta fue profesor de Estudios Latinoamericanos en la Universidad Estatal de California, y escribió *Mariátegui y Marx: la transformación social en los países en vías de desarrollo.* En los años ochenta trabajó como editor general del periódico humanista *News & Letters*, en Detroit y Chicago.

En diciembre de 2006, Gogol fue parte de una "delegación de emergencia de los derechos humanos" en Oaxaca; de esa visita escribió un ensayo titulado "La batalla por Oaxaca: la represión y la resistencia revolucionaria" y he aquí algunos fragmentos:

> Oaxaca es suelo de recrudecimiento revolucionario, de represión y resistencia. En estos momentos, la represión con mano dura está a la orden del día, y los oaxaqueños, quienes han sido decisivos en el recrudecimiento, son detenidos en las calles, golpeados por la policía local o estatal y luego liberados, como señal de propagación del miedo en la comunidad. Otros permanecen encarcelados unas semanas más hasta ser barridos por la policía federal preventiva, quienes enconadamente disolvieron una marcha de protesta a finales de noviembre [...].
>
> Miles de personas tomaron las calles de Oaxaca en una marcha organizada por la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), formada por un enorme contingente de maestros y activistas recientemente excarcelados, así como por familiares de los aún detenidos que participaron en la resistencia a la ocupación de la ciudad por la policía federal y estatal. Este mismo día, defensores en alrededor de 37 países realizaron manifestaciones en "El día de la movilización mundial por Oaxaca" [...] La fecha era al mismo tiempo el 9º aniversario de la masacre de 45 indígenas en la comunidad de Acteal, en Chiapas, una escena de horror obsceno que ha quedado impune hasta la fecha, e incluso el autor intelectual de este crimen, permanece aún sin ser juzgado.[542]

[542] Gogol, Eugene, "La batalla por Oaxaca", en *Revista Ciudad Principal*, año 3, núm. 5, octubre de 2008, pp. 28-34.



Gogol destaca que en "la batalla por Oaxaca" participaron indígenas, maestros y mujeres:

> De hecho, es frecuente encontrar en una misma persona a un indígena, un maestro, una mujer [...] Es cierto que gran parte de las mujeres, hombres y niños toman estos asuntos en sus propias manos.
>
> ¿Cómo podríamos comprender este nuevo momento de la lucha por la emancipación en México con su multiplicidad de formas creativas? Algunos ya han hablado sobre la Comuna de Oaxaca, encontrando en ella los ecos históricos de la Comuna de París de 1871, cuando los habitantes se apoderaron de la ciudad y empezaron a crear un "estado no-estado" y que abarcaba los intentos por reorganizar el trabajo y avanzar hacia un tipo de trabajo libremente asociado [...].[543]

Norman Spinrad

MEXICA

El estadounidense Norman Spinrad (1940) viene a alargar en 2007 la ya extensa nómina de los novelistas que han escrito sobre la Conquista de México. En esa gesta la realidad superó a la fantasía, de manera que mucho se presta para hacer libros que llamen la atención –simplemente porque relatan la historia real– y con alguna trama adicionada, ¡ya están!

Tales novelas empezaron a elaborarse desde el siglo XIX y proliferaron en el XX y ahora, ya de lleno en el XXI, tenemos a *Mexica* de Spinrad. Entre las anteriores a ella están las que escribieron cinco españoles: Pí y Margall (*Guatimozín y Hernán Cortés*), Manuel Cano y Cueto (*El hombre de piedra*), Salvador de Madariaga (*El corazón de piedra verde*), Torcuato Luca de Tena (*El futuro fue ayer*) y José Luis Olaizola (*Hernán Cortés, crónica de un imposible*);

[543] *Idem.*



cinco estadounidenses: Margaret Shedd (*La Malinche y Cortés*), Jane Lewis Brandt (*Malinche*), Haniel Long (*Malinche*), Gary Jennings (*Azteca*) y Robert Somerlott (*La muerte del quinto sol*); cuatro ingleses: Rider Haggard (*La hija de Moctezuma*), Maurice Collis (*Cortes and Moctezuma*), Simon Levack (*Sangre Azteca*) y Colin Falconer (*La princesa azteca*); tres franceses: Jean Babelon (*Hernán Cortés*), Carole Achache (*La india de Cortés*) y Francis Pisani (*Huracán, corazón del cielo*); y sendos autores de cinco países más: el húngaro Laszlo Passuth (*El dios de la lluvia llora sobre México*), la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (*Guatimozín*), el guatemalteco Raúl Leiva (*La serpiente emplumada*), el costarricense José León Sánchez (*Tenochtitlán. La última batalla de los aztecas*) y el canadiense Oakland Ross (*La Virgen Morena*). He aquí 23 novelas sobre el mismo tema, integrando una relación no exhaustiva.

Ocasional crítico literario, actor, analista político, compositor y conductor de radio, Spinrad es autor de más de 20 novelas y de seis libros de cuentos, además de algunos guiones para cine y televisión.

Escribir novelas históricas acerca de un país que no es el propio aumenta las dificultades y por ello se puede incurrir en errores. Como sabemos, la distancia de Veracruz a la Ciudad de México rebasa los 300 kilómetros, en tanto que este libro apunta "más de cien". Ubica pulque producido en la isla de Cozumel, lo cual jamás ha sucedido pues en Quintana Roo no existe el agave del que proviene esa bebida. Al mexicanísimo nixtamal, derivado de moler maíz remojado en agua caliente con cal, lo convierte en mazorcas de elote fresco desgranadas, luego secados los granos y después "procesados con una solución blancuzca", para ser vueltos a secar y molidos como harina (¡!).

El protagonista de la novela es un español, judío secreto, que se hace cercano colaborador de Hernán Cortés y amante –más secreto aún– de la Malinche. Aprende náhuatl y la alecciona sobre la cultura española; cuando le describe los autos de fe de la Inquisición, prendiendo fuego a los reos, ella se pregunta: "¿Estos cristianos, que nos exigen dejar de sacrificar corazones a nuestros dioses, queman víctimas vivas en los sacrificios al



suyo?”[544] Y cuando se lleva a cabo un castigo impuesto por Cortés a unos indígenas, matándolos en la hoguera, se lee que azoraba a los mexicas un “espectáculo de tan novedosa forma de sacrificio”.[545] Todo lo contrario: entre las más de 10 maneras de sacrificios prehispánicos que existían, una de ellas era por supuesto la de quemar viva a la persona inmolada.

Un cura que acompañaba a Cortés afirma que los indios “participan del vino y la hostia, pero sólo por la novedad de devorar el cuerpo y la sangre de un dios”.[546] Igualmente equivocado. Ellos hacían ídolos de masa representando a sus dioses y en las fiestas respectivas el sacerdote los destruía para darlos a comer a la gente. Así lo hace constar fray Diego Durán.

No podían faltar en este género de novela las escenas eróticas. Cortés confía a su colaborador que la Malinche “se quitó la túnica y realizó tal suerte de posturas amatorias que me hizo saber que no era una virgen inocente”.[547]

Jefferson Morley

NUESTRO HOMBRE EN MÉXICO. WINSTON SCOTT Y LA HISTORIA OCULTA DE LA CIA

Jefferson Morley (Minnesota, 1958), veterano periodista estadounidense, ha colaborado en su larga carrera con numerosos medios de su país, destacadamente tres lustros en el *Washington Post*. Resaltan sus publicaciones sobre la CIA, el asesinato del presidente Kennedy, la guerra contra las drogas y la del Golfo Pérsico. Este libro, publicado en 2008, trata de los dos primeros asuntos.

[544] Spinrad, Norman, *Mexica,* México: Ediciones B, 2007, p. 188.

[545] *Ibid.*, p. 342.

[546] *Ibid.*, p. 237.

[547] *Ibid.*, p. 97.



Como el título señala, el eje del relato es el legendario espía *Win* Scott (1909-1971), jefe de la CIA en México durante 13 años (1957-1969), formado durante la Guerra Fría con la Unión Soviética y fundador de la propia Agencia. Al jubilarse en 1969, siguió viviendo en nuestro país hasta su muerte, al parecer de un infarto, dos años después.

Scott obtuvo una maestría en Matemáticas, un doctorado en Álgebra, estudió Teoría de Matrices en Escocia y su aplicación para analizar comunicación codificada, por ello el FBI lo contrató en 1941. Durante la Segunda Guerra, pasó a la Oficina de Servicios Estratégicos de la Marina, en Londres, donde un grupo de estadounidenses aprendió de los británicos el "arte de la inteligencia" y así, al tiempo, la OSE se convertiría en la CIA. Parte del aprendizaje fue el contraespionaje a través de agentes dobles.

Scott fue jefe de la CIA en Inglaterra al crearse la Agencia, hacia 1947, y luego, en Washington, estuvo en Operaciones Especiales ("eufemismo de la época para sabotaje, insurrección, guerra psicológica y todo tipo de trucos sucios"). [548] En 1954 participó en el derrocamiento del presidente guatemalteco legítimamente elegido, Jacobo Árbenz: "La operación secreta de la CIA condujo una democracia floreciente hacia décadas de guerra civil que costarían unas 200,000 vidas".[549]

Mujeriego, atractivo, astuto, seductor, con varios matrimonios, en 1957 Scott llegó a México bajo la fachada de primer secretario de la Embajada de Estados Unidos, pero en realidad era el jefe de la CIA en nuestro país. "Su tarea era combatir el comunismo" y, al efecto, interceptaba llamadas telefónicas de extranjeros y de mexicanos de izquierda, y sacaba fotografías con telefoto de los accesos a las Embajadas rusa y cubana.

> El México moderno no iba más allá del Distrito Federal y otras pocas ciudades. En el campo había una tierra vasta de caciques y campesinos. La tecnología era primitiva. Las actitudes eran xenofóbicas. El recuerdo de la Revolución de

[548] Morley, Jefferson, *Nuestro hombre en México. Winston Scott y la historia oculta de la CIA*, México: Taurus, 2011, p. 75.

[549] *Ibid.*, p. 91.



> 1910 reivindicaba los llamados a acciones comunitarias y reproches a los ricos [...] Pero mientras los presidentes y líderes de las agencias de seguridad de México usaban la retórica revolucionaria, cada vez más le temían a la realidad de la sociedad que gobernaban; y ahí yacía la oportunidad de Win. La élite mexicana tenía que ser antiyanqui en el discurso público. En privado, querían proteger sus privilegios [...].
>
> La cercanía de Win con López Mateos y Díaz Ordaz fue legendaria dentro de la agencia [...] Tenía en su nómina catorce agentes en los altos mandos del gobierno [...] Decir que Win tenía a la clase gobernante en el bolsillo no es exagerado. [Él], no el embajador, estaba a cargo de las relaciones norteamericanas con el jefe del Estado mexicano [...].[550]

Scott casó con la exesposa de un cercano amigo suyo de la CIA, provocándose un escándalo en la colonia americana en México y en la propia Agencia. El testigo de la boda fue el presidente López Mateos, con quien Scott desayunaba frecuentemente en Los Pinos. Estuvo presente buena parte del gabinete.[551]

En el lapso de dos años, entre su retiro y su muerte, los excelentes contactos de Scott le ayudaron a poner un despacho en México e intermediar varios negocios entre el Gobierno mexicano y empresas estadounidenses, con pingües ganancias.

A su deceso, de inmediato la CIA presionó a su viuda para que entregara el diario y los archivos de Scott, y ella obedeció. Casi cuatro décadas después, el hijo de Scott, Michael, consiguió la devolución del manuscrito, pero con numerosas mutilaciones eliminando información delicada, sobre todo las fallas –por decir lo menos– que tuvo la CIA para prevenir el asesinato de Kennedy.

Michael compartió las memorias de su padre con el autor de este libro y además lo prologó. Leamos estas interesantes reflexiones del espía desaparecido:

550 *Ibid.*, pp. 124, 131 y 164.

551 *Ibid.*, p. 199.



> El oficial de contraespionaje era más proclive a volverse esquizoide que el oficial de operaciones clandestinas. En el caso de un buen oficial activo de contraespionaje, la relación del individuo consigo mismo se vuelve seudopersonal; su verdadero yo trata a su falso yo como si su falso yo fuese otra persona [...].
>
> El oficial de inteligencia inevitablemente acaba por desconfiar de casi todos, mirar el significado oculto y los motivos de hasta los más sinceros comentarios de amigos y parientes.[552]

Jonathan Schlefer

Política palaciega. El partido gobernante y los orígenes de la crisis en México

El politólogo estadounidense Jonathan Schlefer (1949) obtuvo su doctorado en el Massachusetts Institute of Technology (mit) y allí dirigió la publicación *Technology Review*. Es colaborador independiente de varios periódicos, como el *New York Times* y el *Washington Post*. Vive actualmente en Boston y es investigador y profesor en la Universidad de Harvard. Con notables contactos dentro de nuestro país, Schlefer sacó a la luz en 2008 este libro: *Política palaciega. El partido gobernante y los orígenes de la crisis en México,* a partir de numerosas entrevistas a personajes de primer nivel y una meticulosa investigación. Con una prosa amena, el autor sostiene que las crisis iniciadas en nuestra nación desde los años setenta se debieron al cambio de dinámica que se dio entre las élites políticas mexicanas, derivado del derrumbe de los mecanismos de cooperación entre las diferentes facciones del partido hegemónico.

[552] *Ibid.*, pp. 371 y 374.



Durante la mayor parte del siglo XX, el partido gobernante mexicano parecía eterno [...] El partido gobernante era el terreno donde ocurría la verdadera contienda por la sucesión política [...].

Sólo la diestra acción del gobierno mexicano evitó media docena de crisis que podían haber estallado en los años cincuenta y sesenta [...].

Una cosa que la Revolución mexicana no legó, a diferencia de las revoluciones sociales de Francia, Rusia y China, fue la exigencia de homogeneidad ideológica. Uno podía adoptar creencias que fluctuaban desde la liberal decimonónica, pasando por la católica orientada socialmente, hasta la "marxista heterodoxa" [...].

Si las élites políticas tenían una ideología unificadora, ésta era un ferviente nacionalismo. Ellas se veían a sí mismas como intensamente mexicanas. En sus hogares y oficinas desplegaban una devoción por el arte mexicano, el cual en alguna medida real ellas crearon. No habría los murales públicos de Diego Rivera, Rufino Tamayo, José Clemente Orozco o David Alfaro Siqueiros, si estos trabajos no los hubiera comisionado la élite política [...].

Dos reglas no escritas de la cooperación de la élite constituían el requisito decisivo que dio al presidente autoridad excepcional en las décadas de 1950 y 1960. La primera regla prohibía a los grupos la movilización abierta de sus propios miembros o, peor, la movilización de la sociedad civil para desafiar al presidente [en cuanto a la sucesión presidencial] [...] La segunda regla no escrita sólo estuvo en plena vigencia durante los años cincuenta y sesenta: siempre y cuando los grupos no desafiaran abiertamente la autoridad del presidente, él les prometía, a cambio, la supervivencia política [...].[553]

Para mantener la estabilidad político laboral:

Los métodos de las autoridades eran duros: compraban a algunos trabajadores con aumentos, despedían a muchos, desalojaban familias de sus casas, provocaban violencia, llenaban las prisiones más allá de su capacidad

553 Schlefer, Jonathan, *Política palaciega. El partido gobernante y los orígenes de la crisis en México*, México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2009, pp. 72, 84, 109, 110, 286 y 287.



y encarcelaban a los cabecillas por una década. Se trataba de un esfuerzo concertado para mantener la estabilidad económica".[554]

Christopher McDougall

NACIDOS PARA CORRER

El periodista americano Christopher McDougall (1962) ha trabajado para *Esquire*, *The New York Times Magazine*, *Outside*, *Men's Journal*, *New Yorker* y *Men's Health*. Tres veces finalista del National Magazine Award, McDougall se aficionó a las carreras de fondo y ha corrido competencias de 80 kilómetros en la Sierra Tarahumara. Este libro de 2009, *Nacidos para correr*, tiene como subtítulo *La historia de una tribu oculta, un grupo de superatletas y la mayor carrera de la historia*. Es un texto apasionante y revelador de un mundo poco conocido para la mayoría, el de los ultramaratones. Valgan estos fragmentos para asomarnos en él:

> Los tarahumaras, una tribu casi mítica de superatletas de la Edad de Piedra, quizá sean las personas más sanas y serenas del planeta, y los más grandes corredores de todos los tiempos [...][555] Y como si ser las personas más amables y felices del planeta no fuera suficiente, los tarahumaras eran además los más fuertes: pareciera que su única característica capaz de rivalizar con esa serenidad sobrehumana era su tolerancia sobrehumana al dolor y la "lechuguilla", un espantoso tequila casero hecho con restos de serpiente cascabel y savia de cactus [...] Las barrancas [del Cobre] en plena luna de cosecha no tienen nada que envidiarle a Cancún en *spring break*.[556]

---

554 *Ibid.*, p. 270.

555 McDougall, Christopher, *Nacidos para correr*, España: Debate, 2013, p. 12.

556 *Ibid.*, p. 27.



Cada equipo de corredores tenía su personal de apoyo:

> Como nutricionista tenía a Sunny Blende, una preciosa especialista en resistencia deportiva que no solo controlaba sus calorías, sino que se levantaba la camiseta y le mostraba las tetas a Sweeney cada vez que necesitaba un poco de ánimo.
>
> El equipo de Jerker no estaba tan bien engrasado. Uno de los asistentes de Scott iba por detrás abanicándolo con una sudadera, sin caer en la cuenta de que Scott estaba demasiado cansado para quejarse de que el cierre estaba rasgándole la espalda.[557]

Una joven pareja estadounidense de novios eran extraordinarios corredores, pero les encantaba beber y fumar de todo. Alguien comentó, la víspera de la competencia entre un equipo tarahumara y otro de norteamericanos, "–Si corren de la misma manera que salen de juerga, los tarahumaras no tienen ninguna oportunidad –me dijo entre dientes Eric–. ¿Dónde encontraste a estos dos?"[558]

Algo novedoso para mí es lo que podríamos llamar la ingeniería de los deportes. El pie humano está diseñado por la naturaleza para caminar y correr descalzo; el calzado es un invento cultural y su extremo más dañino son los zapatos para correr. Leamos a McDougall:

> Leonardo da Vinci consideraba el pie humano, con su fantástico sistema de suspensión de peso compuesto por la cuarta parte de los huesos del cuerpo, "una obra maestra de ingeniería y una pieza de arte".
>
> [Un especialista] aprendió acerca de Abebe Bikila –el maratonista etíope que corrió descalzo sobre los adoquines de Roma para ganar la maratón olímpica de 1960– y acerca del doctor Charlie Robbins, una voz solitaria en la jungla médica que corre descalzo [...].[559]

---

557 *Ibid.*, p. 179.

558 *Ibid.*, p. 199.

559 *Ibid.*, p. 219.



Tomemos en consideración las palabras del doctor Daniel Lieberman, profesor de antropología biológica en la Universidad de Harvard: "Muchas de las lesiones de pie y rodilla que padecemos actualmente están causadas, realmente, por el uso de zapatillas deportivas que en realidad hacen más débiles nuestros pies y hacen que realicemos un movimiento de pronación excesivo, lo que termina produciendo problemas de rodilla" [...].

Esa es una tremenda carga de responsabilidad sobre los hombros de Nike. Pero ¿qué es lo más sorprendente de todo? Que Nike ya lo sabía [...].[560]

Semanas después [...], había ido a entrevistar a Eric por encargo de una revista. Como entrenador de deportes de aventura en Jackson Hole, Wyoming, y antiguo director del Health Sciences Center de la Universidad de Colorado, la especialidad de Eric es desmontar los deportes de resistencia hasta reducidos a su mecanismo integral y encontrar técnicas susceptibles de ser enseñadas y trasladadas a otras disciplinas. Había estudiado la escalada en roca para encontrar técnicas en el uso de los hombros que pudieran servir a conductores de kayaks, y había aplicado el sistema de propulsión del esquí nórdico a la bicicleta de montaña. Lo que Eric busca son principios básicos de ingeniería; está convencido de que el próximo gran avance en lo que a ejercicio se refiere no tendrá que ver con sistemas de entrenamiento o tecnología sino con la técnica: aquel atleta que logre dejar a un lado las lesiones será aquel que logra dejar a un lado la competencia.

Eric había leído mi artículo sobre los tarahumaras y estaba profundamente interesado en oír más al respecto. "Lo que hacen los tarahumaras es puro arte corporal –me dijo–. Nadie más en todo el planeta ha conseguido hacer de la autopropulsión una virtud a ese nivel". Eric ha estado fascinado con los tarahumaras desde que un corredor al que entrenaba regresó de Leadville contando historias maravillosas acerca de estos fantásticos indios que volaban atravesando la noche druida en sandalias y batas. Eric registró bibliotecas en busca de libros sobre los tarahumaras, pero no encontró más que algunos textos antropológicos de los años cincuenta y la crónica amateur de un matrimonio que viajó por México en su caravana. Existía un desconcertante vacío al respecto en la literatura deportiva.[561]

[560] *Ibid.*, pp. 235 y 236.

[561] *Ibid.*, pp. 283 y 284.



Ahora están en Urique, a punto de iniciar la competencia tarahumaras *versus* americanos:

> Cuando Caballo y yo salimos del restaurante, me quedé atónito al ver que todo el pueblo estaba ahí para saludarnos. Mientras desayunábamos, habían colgado guirnaldas de flores frescas y serpentinas de papel, y una banda de mariachis ataviados con sombreros y trajes de torero había empezado a calentar las guitarras con unas cuantas canciones. Había mujeres y niños bailando en la calle, mientras que el alcalde apuntaba al cielo con una escopeta, practicando para dar el pistoletazo de salida sin arruinar las serpentinas.[562]

Catherine M. Mayo

EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DEL IMPERIO MEXICANO

La estadounidense Catherine Mansell Mayo (1961), residente en México, se ha especializado en investigaciones sobre nuestro país que han sido publicadas en numerosas revistas literarias de Estados Unidos. Cuentos, ensayos, relatos de viaje y novelas históricas le han merecido variados reconocimientos y becas. Curiosamente, también es economista, trabajaba en un banco y ha escrito sobre temas financieros. Obtuvo una maestría en Economía en la Universidad de Chicago.

El último príncipe del imperio mexicano (2009), novela muy bien documentada, trata sobre el pequeño nieto de Agustín de Iturbide, hijo de una americana que fue "comprado" por Maximiliano y Carlota con la aparente intención de hacerlo heredero al trono, ante la ausencia de hijos de esa ilusa y malograda pareja. Ángel Iturbide era hijo de nuestro ridículo emperador y padre del niño Agustín de Iturbide y Green, protagonista de esta novela. Ángel se había hecho diplomático y en Estados Unidos casó

[562] *Ibid.*, p. 361.



con Alice Green, procreando a Agustín; luego vinieron a México. Cuando Agustín tenía dos años de edad, en 1865, Maximiliano y Carlota decidieron hacerse del niño, como una maniobra política. La oferta que hicieron a la familia parecía atractiva: Agustín sería príncipe heredero, sus tíos se convertirían en príncipes imperiales y sus padres recibirían, además del mismo título nobiliario, una cuantiosa cantidad y una pensión vitalicia. Los padres de Agustín acabaron aceptando y firmando el contrato secreto para ceder su hijo a los emperadores "mexicanos".

La camarista de Carlota hacía un recuento mental de los hechos: "Respecto a ese 'emperador' de hojalata, Iturbide, ya ha oído toda la historia [...] Y ahora el hijo de Iturbide vende su niño a cambio de una pensión. La madre se ha de haber vuelto loca como la luna. La tía del bebé [Pepa Iturbide], esa bruja, se lo ha devorado: una pildorita deliciosa, y todo el mundo puede verlo. Qué buen arreglo para una solterona insignificante esto de vivir aquí, ¡y como su alteza imperial! [...]".[563]

El propio Maximiliano reflexionaba: "Y a todo el montón condescendió uno a hacerlos altezas de su Imperio, cuando, ¿qué son, después de todo, sino la progenie de un criollo oportunista trepado al poder? No más que los príncipes de Murat, ciertamente, descendientes de un posadero; las revoluciones hacen brotar esa clase de personas".[564]

Al entregar el niño a los emperadores, no sólo sus padres sufrieron, sino la tía Pepa –la princesa Josefa de Iturbide–, aunque ella vivía en la corte imperial, y así lo veía con frecuencia: "Dulce cordero, piensa Pepa. Dulce, inocente criatura de Dios. Lo ama y mucho más, cree, de lo que su madre natural lo habría amado jamás. Pepa ha querido a este niño desde el primer día en que lo vio abrir sus ojos azules, pero, durante este mes y medio, su amor ha florecido en lo más grande que ella hubiera sentido en su vida".[565]

563 Mayo, Catherine M., *El último príncipe del imperio mexicano*, México: Grijalbo, 2010, p. 97.
564 *Ibid.*, p. 158.
565 *Ibid.*, p. 199.



Pero ahora el niño estaba rodeado de una cohorte insufrible: "¡Una plaga de metiches! Empezando por la emperatriz, que sabiendo de crianza de niños lo mismo que de canguros, le ordenó a la niñera que le diera a Agustín ¡baños de agua fría y una dosis diaria de aceite de pescado! Ni qué admirarse de que el niño gritara".[566]

Poco tardaron los padres de Agustín en arrepentirse y en exigir la devolución de su hijo, pero Maximiliano los hizo salir de la capital y finalmente del país. Pepa medio tranquilizó a su atribulada cuñada, prometiéndole que a diario le escribiría para mantenerla informada acerca de su hijo:

> Durante cinco meses que le han vuelto el alma inerte, Alicia se ha preguntado: ¿C*ó*mo pudo Pepa, que dec*í*a amarla, hacerle esto? Llenarle la cabeza de sueños de princesa y mentiras, mentiras arteras, ¡ahora tan obvias como un olor de orines de gato! Alicia odia a Maximiliano y a Carlota, pero la que le hace subir la bilis a la garganta es Pepa.
>
> Todo lo que Alicia tiene de su bebé es un rizo de sus cabellos y su fotografía, que le tomaron el día de su bautizo. En aquel entonces era un hombrecito calvo, apenas capaz de sentarse. Con todo y que ella ha atesorado esta fotografía y ha llorado con ella cientos de veces, esto ya no es él [...] Va a ser su tercer cumpleaños. ¿Cómo se verá ahora?[567]

Finalmente, Maximiliano y Carlota aceptaron disolver el convenio con la familia Iturbide y devolver al niño. "Luego de la muerte de su esposo, madame [Alicia] de Iturbide había educado a su hijo en Washington, en Inglaterra y, por un breve tiempo, en un colegio jesuita para varones de Bélgica".[568] Después volverían a México y Agustín se haría cadete en el Colegio Militar.

[566] *Ibid.*, p. 201.

[567] *Ibid.*, pp. 313 y 314.

[568] *Ibid.*, p. 418.



Su carrera en la caballería mexicana concluyó de golpe en 1890, cuando lo sometieron a corte marcial y lo enviaron a prisión durante 340 días por haber publicado en un periódico una carta donde criticaba al presidente Porfirio Díaz. Cuando salió libre, él y su madre volvieron a Washington. En 1892, cuando iba sola a la ciudad de México para concluir algún negocio, Alicia murió repentinamente de una infección en el pie. Pronto, otro inoportuno arranque de decir la verdad dio como resultado la expulsión de Agustín del exclusivo Club Metropolitano de Washington, aunque muchos de los miembros consideraron esto tan burdamente injusto que años después hubo un intento, sin su cooperación, de restituirle su membresía.

Y así, quien alguna vez fuera príncipe de México, huérfano, aislado y agobiado por una tuberculosis ósea crónica, empezó a ganarse la vida como traductor de los hermanos franciscanos y, después, como profesor de francés y español en Georgetown. No obstante tuvo un matrimonio feliz [con Louise Kearney], que duró una década, hasta su muerte en 1925.[569]

Laurie Saunders

QUIERO SER MEXICANA

Laurie Saunders nació en New Jersey en 1955 y a los 20 años de edad vino a nuestro país a estudiar un año. Regresó a Estados Unidos a acabar sus estudios universitarios, mas, "como me enamore de México", volvió en 1977 a pasar tres semanas de vacaciones. "Pero el destino me tenía otros planes. Entré como violinista a la Orquesta Sinfónica del Estado de México en Toluca y me casé con un mexicano".[570] Laurie escribió su autobiografía, en español, con más de 80 escritos, aún inéditos, y aquí reproduzco algunos fragmentos de nuestro interés:

569 *Ibid.*, p. 435.

570 Saunders, Laurie, *Quiero ser mexicana*, texto inédito proporcionado por la autora, 2017.



Empecé con el violín tarde y a pesar de que todo el mundo, incluyendo una maestra de Julliard, decía que no se puede ser violinista si uno empieza los estudios después de los cinco años, he hecho toda una vida gracias a esa cajita. Luego mi mamá rogaba, antes de venirme a México, que no me enamorara de un mexicano, que estaría muy lejos de ella, pero lo hice; más tarde me dijeron que no iba a poder tener hijos, y tuve tres. Me casé después de que naciera mi segundo hijo, con el papá de ellos, y nuestra unión lleva más de 34 años (me advirtieron que no duraría por falta de una ceremonia religiosa). Vivo en una de las zonas más conflictivas del país [Huitzilac, Morelos], pero he hecho la paz con la comunidad por medio de nuestro proyecto de una orquesta para los niños [...] Ahora quiero ser mexicana y me han puesto barreras. Tengo 36 años en el país, con un marido, tres hijos, y tres nietos mexicanos. ¡Pero siempre falta un documento más! Nos avisan que, como registraron a mi esposo cuando tenía cuatro años (en 1947 era usual), ahora necesitamos las actas de nacimiento de sus abuelos. ¿No es suficiente que estoy enamorada del país? ¿Esa no es una buena razón para que me den mi nacionalidad? ¿Porque me encanta tanto? Compartir la vida con los seres queridos tiene mucho valor para los mexicanos. Se toman tiempo para preparar los alimentos, para comer y para convivir y eso ayuda a mantener la salud mental y física [...] La última vez que fui a ver a mi hermano Harold en Michigan, platicamos en el coche del aeropuerto a su casa. Ese aventón fue toda la visita porque nunca comimos juntos, siempre estaba corriendo para llegar a alguna actividad, a juntas, ensayos. Y luego, se fue de viaje [...] Partir el pan juntos es un acto sagrado y más importante que cualquier cosa para mí y mi familia, y todavía tiene mucho valor en México [...] El saludo y la despedida de beso y abrazo entre amigos es un ritual sagrado y me tomó tiempo acostumbrarme; los americanos son muy neuróticos sobre el "espacio personal" y si es la primera vez que se conocen, solamente dan la mano. Entre tanto beso y abrazo es difícil no sentirse apreciado. Cuando subes a un camión o tienes cualquier trato con un extraño siempre te saludan, en una caseta en la autopista, en el cajero del supermercado, hasta los choferes de los autobuses cuando pasan de frente en la carretera [...].

En todas partes hay gente dispuesta a ayudarte: los que cuidan el coche, empacan tu súper, cargan tus cosas, abren las puertas, lavan tu coche. Aunque esperan una propina, me siento rodeada de gente con buena disposición



[...] La gente más humilde de los pueblitos es la más generosa. Siempre te invitan, a la hora que sea y con todo corazón, a "un taco".

El mexicano sabe divertirse y disfrutar las fiestas. Fuimos a la boda de mi hermana en Estados Unidos y el baile duró exactamente tres horas. ¡Qué decepción! [...] Después de cenar la gente se quedaba en sus sillas como si estuviéramos en un velorio [...] Esta desgracia jamás pasaría en México [...].

Aceptan la muerte como algo natural de nuestro ciclo en la tierra. En Estados Unidos escondemos todo, nunca hablamos ni pensamos en el asunto y, cuando sucede, nos pega muy duro, no estamos preparados.

Lo que más me encanta de México es que cuando me levanto en la mañana nunca sé qué me va a pasar [...] Sólo tengo que estar dispuesta a recibir y, como magia, me caen multitud de bendiciones inesperadas.[571]

[571] *Idem.*

BIBLIOGRAFÍA

Albrecht, Hildegard, *La vida en salsa...agridulce*, Cuernavaca: (s. e.), 1998.

Alten, Steve, *El testamento maya*, México: Grijalbo, 2008.

Anhalt, Diana, *Voces fugitivas*, México: Segob, 2005.

Austin, Maude, *En Yucatán,* México: Conaculta, 2005.

Barrows, Clarence, "Viaje a Chihuahua", en Friedrich, Katz, *Villa: el gobernador revolucionario de Chihuahua,* México: Asociación Chihuahuense de Escritores, 1984.

Bean, Ellis Peter, "Memorias (1800-1816)", en Delalande, Jean Marie, *Aventuras en México y Texas del coronel E.P. Bean*, México: Patria, 1959.

Bennett, Wendell C., y Zingg, Robert, *Los tarahumaras. Una tribu india del norte de México,* México: INI, 1986.

Blair, Kathryn Skidmore, *A la sombra del Ángel*, México: Nueva Imagen-Patria, 2003.

Blake, James Carlos, *Tierras fronterizas*, España: Ediciones B, 2001.

Bowles, Paul, *Desafío a la identidad*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013.

Boyle, T. C., *America* (*The tortilla curtain*), Francia: Grasset, 1999.

Bradbury, Ray, "El zorro y el bosque", en *El hombre ilustrado*, México: Minotauro, 1990.

Brady, Robert, *Cartas inéditas*, Fundación Robert Brady, A. C.

Brandt, Jane Lewis, *Malinche*, México: Plaza & Janés, 1985.

Brenner, Anita, *La Revolución en blanco y negro*, México: FCE, 1985.

Bryant, William C., "Una visita a México", en Chapman, Arnold, *México y el señor Bryant,* México: FCE, 1984.

Burroughs, William S., *Marica*, Barcelona: Anagrama, 2002.

Chamberlain, Samuel, "Matanza de Agua Nueva", en Libura, Krystyna M. *et al.*, *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México: Tecolote, 2004.

Cisneros, Sandra, *Los ojos de Zapata*, México: Entrelíneas editores, 2003.

Clancy, Tom, *The sum of all fears*, Nueva York: Berkley, 1992.

Claridge, Laura, *Tamara de Lempicka*, España: Circe, 2000.

Collins, Francis A., "The camera man", en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992.

Connor, Seymour V., y Faulk, Odie B., *La guerra de intervención 1846-1848,* México: Diana, 1975.

Cordry, Donald B. y Dorothy M., *Trajes y tejidos de los indios zoques de Chiapas*, México: Gobierno del Estado, 1988.

Crane, Stephen, *Cuentos mexicanos*, México: FCE, 1997.

Daniels, Josephus, *Diplomático en mangas de camisa,* México: TGN, 1949, *apud* Iturriaga, José, *Cien forasteros en Morelos*, Cuernavaca: Gobierno del Estado, 2015.

Davidow, Jeffrey, *El oso y el puercoespín*, México: Grijalbo, 2004.

Dean, Herbert M., *Con Villa en México*, "Reel Life", 9 de mayo de 1914, en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992.

Diamond, Jared, *Colapso*, España: DeBolsillo, 2007.

Doubleday, Abner, *My life in the old Army*, en Villarreal Lozano, Javier, *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002.

Eger, Susan, "Huichol women's art", en Bean, Lowell John *et al.*, *Art of the huichol indians,* Nueva York: The Fine Arts Museum of San Francisco, 1978.

Evans, Albert S., "Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico", en *Cien viajeros en Veracruz,* México: Gobierno del Estado de Veracruz, 1992.

________________., "Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico", en Muriá, José Ma., y Peregrina, Angélica, *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX,* México: INAH, 1992.

Evans, Rosalie, *Cartas desde México*, México: EOSA, 1986.

Fast, Howard, *Cristo en Cuernavaca*, México: Clandestino, 2007.

Felger, Richard, "Humedales costeros", en Ezcurra, Exequiel, *et al.*, *El Golfo de California*, México: Pegaso, 2001.

Flandrau, Charles Macomb, *¡Viva México!,* México: Conaculta (col. Mirada Viajera), 1994.

Foster, John Watson, *Memorias diplomáticas*, México: Porrúa, 1971.

Foster, Obispo, *La catedral de Puebla*, en Gooch, Fanny Chambers, *Los mexicanos vistos de cerca*, México: Banco de México, 1993.

Fox de Dorsey, Edith S., "Reminiscencias de mis días en el viejo México", en Lizárraga Arámburu, Pablo, *Luz de luna*, Sinaloa: Caades, 1985.

Friedlander, Judith, *Ser indio en Hueyapan,* México: FCE, 1977.

Furst, Peter T., *The art of "being huichol*", en Bean, Lowell John *et al.*, *Art of the huichol indians,* Nueva York: USA, The Fine Arts Museum of San Francisco, 1978.

Gifford, Barry, *Perdita Durango*, Barcelona: Anagrama, 1992.

Gilliam, Albert M., *Viajes por México*, México: Conaculta, 1996.

Gogol, Eugene, "La batalla por Oaxaca", en *Revista Herramienta*, núm. 34, marzo de 2007, Buenos Aires.

Gooch, Fanny Chambers, *Los mexicanos vistos de cerca*, México: Banco de México, 1993.

Gregg, Josiah, *El comercio en las llanuras,* México: Conaculta (col. Mirada Viajera), 1995.

Grisham, John, *A painted house*, USA: Dell, 2001.

Halliburton, Richard, *Rutas del Nuevo Mundo,* Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1942.

Hancock, Ralph, *The magic land: Mexico*, Nueva York: Coward-McCann, 1948.

Hansen, Asael T., *Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935*, México: INAH, 1984.

Heffernan, William, *Tolteca*, Argentina: Vergara, 1989.

Hinckle, Warren, "Una historia social de los hippies", en Randall, M., *Los hippies*, México: Siglo XXI, 2010.

Hirschfeld, Burt, *Acapulco*, México: Roca, 1973.

Hughes, George Wurtz, *Memoir descriptive of the march of a Division of the United States Army*, en Villarreal Lozano, J., *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref.

de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002.

Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones*, México: Paidós, 2001.

Irving, Clifford, *Tom Mix y Pancho Villa*, México: Planeta, 1985.

Jennings, Gary, *Azteca*, México: Planeta, 1985.

Kandell, Jonathan, *La capital: la historia de la ciudad de México*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1992.

Kazan, Elia, *Los asesinos*, España: Pomaire, 1972.

Kerouac, Jack, *En el camino*, España: Anagrama, 2000.

Kilian, Crawford, *Growing up blacklisted*, memorias inéditas, en Anhalt, Diana, *Voces fugitivas*, México: Segob, 2005.

La Farge, Oliver, y Blom, Frans, *Tribus y templos,* México: INI, 1986.

L'Amour, Louis, *El tesoro mexicano*, México: Grijalbo, 2011.

Lida, David, "Carta abierta a Giuliani", *Reforma*, 17 de noviembre del 2002, Revista cultural *El Ángel*.

Logan, Walter S., *El sitio de Cuautla*, Cuernavaca: Municipio de Cuautla, 2017.

London, Jack, *México intervenido,* México: Toledo, 1990.

Long, Haniel, *Malinche*, Londres: Souvenir Press, 1972.

Longfellow, Henry Wadsworth, *Las campanas de San Blas*, en Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, México: Antigua Librería Robredo, 1955.

Love, Harry B., *A mexican sketchbook,* México: ed. del autor, 1960.

Lowell, Robert, "México", en *Periódico La Jornada*, sección La Jornada Semanal, México, 6 de mayo de 2001.

Lundie, Thomas Yates, *Letters from Mexico*, en Villarreal Lozano, Javier, *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002.

Maccoby, Michael y Fromm, Erich, *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano,* México: FCE, 1974.

Marx, Groucho, *Groucho y yo*, España: Tusquets, 2014.

Mayer, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, México: FCE, col. Biblioteca Americana, 1953, (Serie Viajeros).

Mayo, Catherine M., *El último príncipe del imperio mexicano*, México: Grijalbo, 2010.

McCarthy, Cormac, *Meridiano de sangre,* España: Debate, 2001.

McDougall, Christopher, *Nacidos para correr*, España: Debate, 2013.

McGee, William J., *Los seris*, México: INI, 1980.

Michener, James A., *Mexico*, Nueva York: Random House, 1992.

Morley, Jefferson, *Nuestro hombre en México. Winston Scott y la historia oculta de la CIA*, México: Taurus, 2011.

Morrow, Elizabeth C., *Casa "Mañana",* Cuernavaca: Gobierno del Estado de Morelos, 1982.

Nicholson, Nick, *I was a stranger*, Nueva York: Sheed and Ward, 1972.

Norman, Benjamín Moore, *Rambles in Yucatan*, Nueva York: Langley, 1843, *apud* Iturriaga, José, *Viajeros extranjeros en el estado de Yucatán*, México: Gobierno del Estado, 2013.

O'Shaughnessy, Edith, *Huerta y la Revolución vistos por la esposa de un diplomático en México,* México: Diógenes, 1971.

Poinsett, J. R., *Notas sobre México,* México: Jus, 1950.

Polk, James K., *Diario 1845-1849,* México: Antigua Librería Robredo, 1948.

Porter, Katherine Anne, *Un país familiar*; México: Conaculta, 1998.

Powell, Philip Wayne, *Ponzoña en las nieves*, México: M. A. Porrúa, 2000.

Prescott, William H., *Correspondencia mexicana*, México: Conaculta, 2001.

Redfield, Robert, *Tepoztlan: a mexican village,* Chicago: University of Chicago Press, 1930, *apud* Echeverría, Eugenia, *Tepoztlán, ¡que viva la fiesta!*, Cuernavaca: Pacmyc, 1994.

Reed, Alma, *Peregrina*, México: Diana, 2006.

Reed, John, *México insurgente*, México: Emusa, 1984.

Reh, Emma, *Cartas*, en Valle, Rafael Heliodoro, *México imponderable*, Chile: Ercilla, 1936.

Robertson, Thomas A., *Utopía del sudoeste*, Sinaloa: The Ward Ritchie Press, 1979.

Robinson, William Davis y Brush, James A., *Memorias de la revolución de Méjico y de la expedición del gral. D. Francisco Javier Mina*, París: J.I. Ferrer, 1888.

Royer, Fanchon, *El padre Pro: un mártir mexicano*, México: La Buena Prensa, 1987.

Salm-Salm, Princesa de, *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa de Salm-Salm*, en *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México: Porrúa, 1967.

Saunders, Laurie, *Quiero ser mexicana*, texto inédito proporcionado por la autora, 2017.

Schlarman, Joseph H. L., *México, tierra de volcanes*, México: Porrúa, 1999.

Schlefer, Jonathan, *Política palaciega. El partido gobernante y los orígenes de la crisis en México*, México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2009.

Schuessler, Michael, "Epistolario", en *Tuyo hasta que me muera*, México: Conaculta, 2011.

______________, *Guadalupe Amor, la undécima musa*, México: Diana, 2008.

Schwartz, William P., Cartas, en Villarreal Lozano, Javier, *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*, pref. de Jean Meyer, México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo-Papel de la Memoria, 2002.

Seargeant, Helen H., *San Antonio Nexapa*, México: (s.e.), 1971.

Shacochis, Bob, *Un gringo en México*, en "Política", suplemento del diario *El Nacional*, México, 17 de agosto de 1989.

Shaler, William, *Diario de un viaje entre China y la costa noroeste de América*, México: UIA, 1991.

Shannon, Elaine, *Desperados*, México: Lasser Press, 1990.

Shedd, Margaret, *La Malinche y Cortés*, México: Diana, 1974.

Shephered, Grant, *Magnate de plata,* Chihuahua: La Prensa, 1978.

Shorris, Earl, *Bajo el estigma del quinto sol,* México: Edivisión, 1985.

Sobarzo, Alejandro, *Nicolás Trist, el negociador norteamericano*, México: Diana, 1990.

Spinrad, Norman, *Mexica,* México: Ediciones B, 2007.

Spratling, William, *México tras lomita,* México: Diana, 1991.

Stagg, Albert, *Los Almada y Álamos, 1783-1867*, México: (s.e.), 1983.

Starr, Frederick, *En el México indio,* México: Conaculta, 1995.

Steinbeck, John, *Por el mar de Cortés*, Barcelona: Caralt, 1963.

Stephens, John, *Viajes a Yucatán,* México: Dante, 1984.

Tennery, Thomas D., *Diario de la guerra contra México*, México: Conaculta, 2007.

Tozzer, Alfred M., *Mayas y lacandones*, México: INI, 1982.

Turner, John Kenneth, México bárbaro, México: Quinto Sol, 1985.

Turner, Timothy G., *Bullets, bottles and gardenias*, Dallas: South West Press, 1935, en De los Reyes, Aurelio, *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México: UNAM-INEHRM, 1992.

Vries, Lini M. de, *Please god, take care of the mule*, México: Minuteae Mexicana, 1975.

Walsh, Raoul, *El cine en sus manos*, España: JC Clementine, 1998.

Wasson, R. Gordon, *El hongo maravilloso Teonanácatl. Micolatría en Mesoamérica*, México: FCE, 1983.

Watson, Guillermo, *Cuentan unos hombres*, México: Oblatos de México, 1981.

Wheat, Marvin, *Cartas de viaje por el Occidente,* Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 1994.

Williams, J.J., *El istmo de Tehuantepec*, Nueva York: D. Appleton & Company, 1852, *apud* Iturriaga, José, *Viajeros extranjeros en el estado de Oaxaca*, Oaxaca: Gobierno del Estado, 2009.

Williams, Tennessee, *La noche de la iguana*, Buenos Aires: Losada, 1979.

Womack Jr., John, *Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista*, México: Cal y Arena, 1998.

Wool, John E., "La batalla de Buenavista o de La Angostura", en Libura, Krystyna M. *et al.*, *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México: Tecolote, 2004.

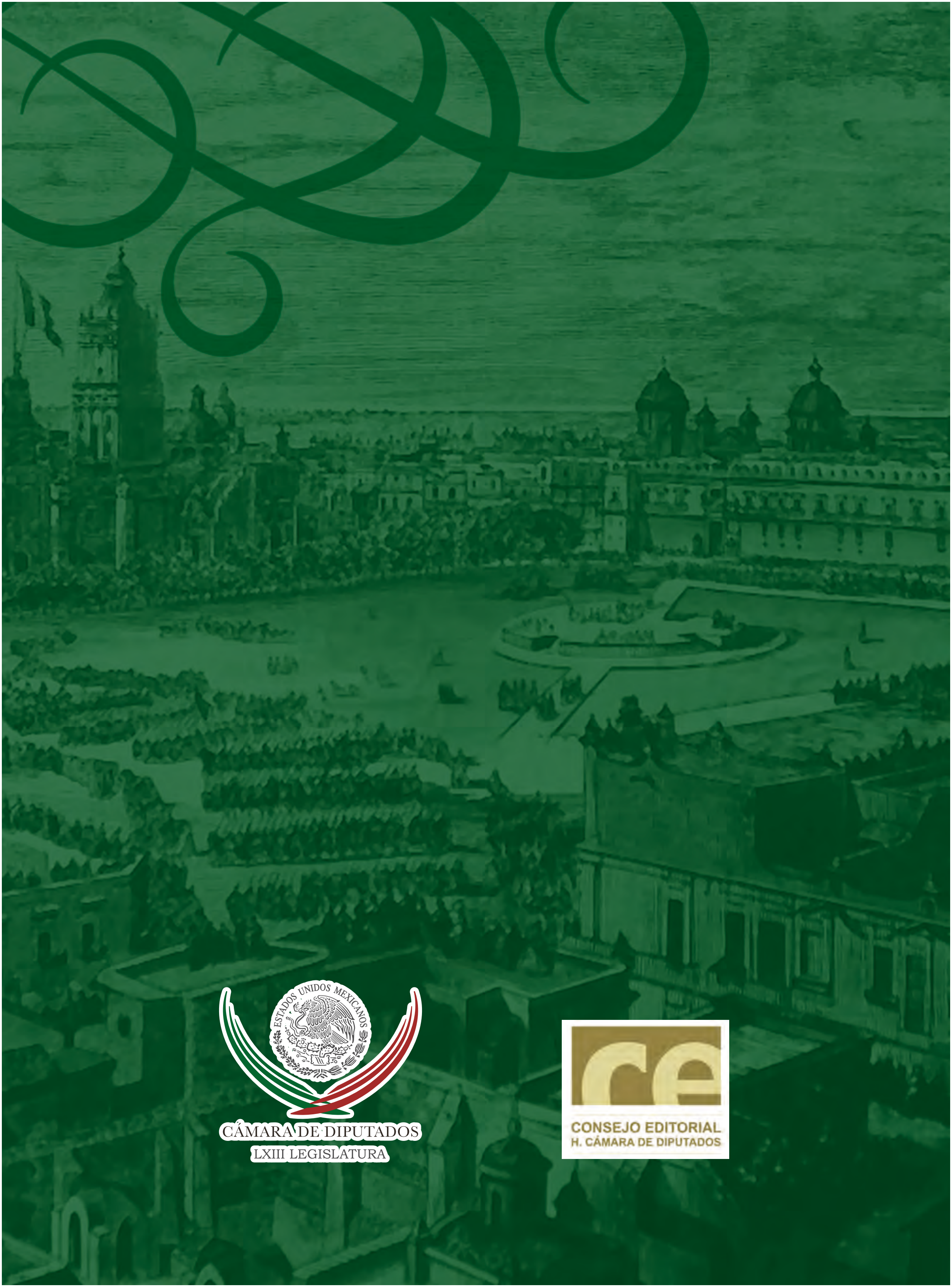
Worker, Dwight y Worker, Bárbara, *Fuga de Lecumberri*, México: Diana, 1990.





Esta edición de *México en las miradas de Estados Unidos* se terminó de imprimir en diciembre de 2017 en los talleres de Editorial Las Ánimas S.A. de C.V. Para su composición se utilizaron los tipos de la familia Playfair Display y Merriweather Light.




ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA
ce
CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS